

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXI-XXV

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 176

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXI-XXV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN GIL.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

Depósito Legal: M. 549-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.

ISBN 84-249-1608-5. Tomo IV.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6539.

NOTA TEXTUAL

La presente traducción corresponde al texto latino de la edición de Oxford (reimpresión con correcciones de 1982) debida a C. F. Walters y R. S. Conway. Las disidencias con respecto a dicho texto van indicadas en nota a pie de página.

LIBRO XXI

SINOPSIS

Preámbulo a la Segunda Guerra Púnica. Sus orígenes (1-3).

Retrato de Aníbal (4).

Caps. 5-20: SAGUNTO.

Pasos previos al ataque de Sagunto. Embajadas saguntina y romana (5-6).

Ataque a Sagunto. Aníbal herido. Brecha en la muralla (7-8).

La embajada romana, no recibida por Aníbal, se dirige al senado cartaginés (9-10).

Nueva ofensiva sobre Sagunto. Ataque a la ciudadela (11-12, 3).

Tentativa de paz de Alcón y Alorco (12, 3-13).

Toma de Sagunto: exterminio (14-15).

Reacciones en Roma; preparativos para la guerra (16-17).

Embajada romana a Cartago, Hispania y la Galia, con poco éxito (18-20).

Caps. 21-38: MARCHA DE ANÍBAL HASTA ITALIA.

Aníbal prepara e inicia la marcha por tierra hacia Italia. El sueño de Aníbal (21-22).

Travesía de los Pirineos. Inquietud en la Galia al paso de Aníbal (23-24).

Levantamientos antirromanos en el norte de Italia. Llegada de Aníbal al Ródano (25-26).

Aníbal cruza el Ródano. Combate de caballería (27-29).

Arenga de Aníbal al iniciar la marcha hacia los Alpes (30-31).

El cónsul Cornelio pasa a Génova a esperar a Aníbal, que tiene dificultades en el ascenso a los Alpes (32-34).

El paso por la cumbre de los Alpes (35-36).

El descenso de los Alpes (37-38).

Caps. 39-46: TESINO.

Preámbulos a la batalla del Tesino: los ejércitos, los generales (39).

Arenga de Escipión (40-41).

Aníbal convierte a los prisioneros en soldados suyos (42).

Arenga de Aníbal (43-44).

Movimientos previos: batalla del Tesino (45-46).

Caps. 47-56: TREBIA.

Movimientos de tropas en torno a Placencia y luego al Trebia (47-48).

La guerra por mar. El cónsul Sempronio se dirige al Trebia (49-51).

Disparidad de criterios tácticos entre los dos cónsules (52-53).

Aníbal tiende una emboscada (54).

Batalla del Trebia (55-56).

Caps. 57-63: OTRAS ACCIONES BÉLICAS.

Roma: alarma, elecciones consulares. La acción en Placencia y Victúmulas. Marcha de Aníbal a Etruria (57-58).

Batalla cerca de Placencia (59).

Hispania: operaciones bélicas de Escipión, Hannón y Asdrúbal (60-61).

Roma: prodigios. Controvertida toma de posesión del consulado por Flaminio.

Marcha del ejército a Etruria (62-63).

Preámbulo a la Segunda Guerra Púnica. Sus orígenes

En este punto de mi obra tengo derecho [1] a decir por adelantado lo que muchos historiadores manifiestan en los inicios del conjunto de la suya: que voy a narrar por escrito la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo, la que hicieron los cartagineses, capitaneados por Aníbal, contra el pueblo romano. En efecto, no hubo otras naciones o pueblos más [2] dotados de recursos que midieran sus armas, ni estos mismos contaron en ningún otro momento con tantos efectivos y tantas fuerzas; se confrontaban, además, unas artes bélicas que no les eran recíprocamente desconocidas, sino que las habían experimentado ya en la Primera Guerra Púnica, y la suerte de la guerra tuvo tantas alternativas y su resultado final fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron. Fue casi mayor, incluso, el encono [3] que las fuerzas con que se enfrentaron, llenos de indignación los romanos porque los vencidos tomaban la iniciativa bélica en contra de los vencedores, y los cartagineses porque a su entender se había ejercido sobre los vencidos un dominio tiránico y cicatero. Se cuenta¹, por otra parte, [4] que Aníbal, cuando tenía nueve años, al pedir a su padre Amílcar, entre carantoñas infantiles, que lo llevase a Hispania, en el momento en que estaba ofreciendo un sacrificio con la intención de pasar allí a su ejército una vez finalizada la guerra de África², fue acercado al altar y con la mano puesta sobre la víctima obligado a jurar que tan pronto como pudiera se convertiría en enemigo del pueblo [5] romano³. La pérdida de Sicilia y Cerdeña traía a mal traer a aquel hombre de gran espíritu, pues en su opinión se había entregado Sicilia al dar por perdida la situación de forma demasiado precipitada, y en cuanto a Cerdeña, los romanos se habían apoderado de ella a traición durante la rebelión de África, imponiéndole encima un nuevo tributo⁴.

[2] Torturado por estos sentimientos, durante la guerra de África que tuvo lugar inmediatamente a continuación de la paz con Roma y duró cinco años⁵, y luego en Hispania, durante nueve años, actuó de tal forma incrementando el [2] poderío cartaginés que resultaba evidente que andaba dándole vueltas a la idea de una guerra de mayor alcance que la que estaba haciendo y que, si hubiese vivido más tiempo, conducidos por Amílcar los cartagineses habrían llevado a Italia la guerra que⁶ llevaron conducidos por Aníbal.

[3] La muerte de Amílcar, muy oportuna, y la corta edad de Aníbal aplazaron la guerra. En el período intermedio entre el padre y el hijo, durante casi ocho años ocupó el mando Asdrúbal, que en la flor de la edad, según cuentan, [4] se ganó primero la

voluntad de Amílcar, luego fue promocionado a yerno en atención sin duda a los otros rasgos de su carácter, y como era el yerno, fue puesto en el poder por influencia del partido de los Barca, más que mediana entre la tropa y la plebe, aunque claramente en contra de la voluntad de los nobles⁷. Asdrúbal, recurriendo a la prudencia [5] en mayor medida que a la fuerza, estableciendo lazos de hospitalidad con los reyezuelos y ganándose nuevos pueblos por la vía de la amistad con sus principales más que por la de la guerra o las armas, incrementó el poderío cartaginés. Sin embargo la paz no le supuso una mayor [6] seguridad: un bárbaro, desechado porque había hecho morir a su amo, le cortó la cabeza públicamente, y, apresado por los que estaban alrededor, con la misma expresión en su rostro que si hubiera escapado, a pesar incluso de ser sometido a tortura conservó tal semblante que, sobreponiéndose con alegría a los dolores, incluso parecía estar sonriendo. Con este Asdrúbal, dado que había mostrado [7] una sorprendente habilidad para atraerse a los pueblos e incorporarlos a su dominio, había renovado el pueblo romano el tratado de alianza⁸ según el cual el río Ebro constituiría la línea de demarcación entre ambos imperios y se les respetaría la independencia a los saguntinos, situados en la zona intermedia entre los dominios de ambos pueblos.

No había dudas acerca de quién iba a suceder a Asdrúbal [3] ocupando su puesto; la iniciativa militar por la que el joven⁹ Aníbal había sido llevado inmediatamente a la tienda de mando y había sido aclamado general con un griterío unánime desbordante, era secundada por el favor [2] popular. Cuando apenas era un adolescente, Asdrúbal, por carta, le había llamado a su lado¹⁰, y también en el senado había sido tratada la cuestión. Mientras que los Barca se empeñaban en que Aníbal se habituase a la vida militar [3] y sucediese a su padre en el poder, Hannón, jefe del partido contrario, dijo: «Parece que Asdrúbal pide una cosa justa, pero yo, sin embargo, no creo que se deba conceder [4] lo que pide». Como atrajo la atención de todos por la sorpresa ante un pronunciamiento tan ambiguo, añadió: «Cree Asdrúbal que la flor de la edad que él brindó al padre de Aníbal para que la disfrutara la puede a su vez reclamar del hijo con todo derecho; pero no está bien, en absoluto, que a cambio del aprendizaje de la milicia nosotros habituemos a nuestros jóvenes al capricho de los generales. [5] ¿Es que tenemos miedo a que el hijo de Amílcar tarde demasiado en ver los poderes desmedidos y esa especie de tiranía de su padre, y que nosotros tardemos más de la cuenta en ser esclavos del hijo de un rey a cuyo yerno se le han dejado nuestros ejércitos como en herencia? [6] Yo estimo que se debe mantener a ese joven en casa sometido a las leyes, a las autoridades, que se le debe enseñar a vivir con los mismos derechos que los demás, no vaya a ser que en algún momento esta pequeña chispa provoque un enorme incendio».

Retrato de Aníbal

Pocos, pero prácticamente los mejores, [4] se mostraban de acuerdo con Hannón, pero como ocurre las más de las veces, la cantidad se impuso a la calidad.

Enviado Aníbal a Hispania, nada más llegar se ganó a todo el ejército: los soldados veteranos [2] tenían la impresión de que les había sido devuelto el Amílcar joven; veían la misma energía en sus rasgos, la misma fuerza en su mirada, la misma expresión en su semblante, idéntica fisonomía. Después, en muy poco tiempo, consiguió que lo que tenía de su padre fuese lo menos importante en orden a granjearse las simpatías. Nunca un mismo [3] carácter fue más dispuesto para cosas enteramente contrapuestas: obedecer y mandar. No resultaría fácil, por ello, discernir si era más apreciado por el general o por la tropa. Ni Asdrúbal prefería a ningún otro para confiarle el mando [4] cuando había que actuar con valor y denuedo, ni los soldados se mostraban más confiados o intrépidos con ningún otro jefe. Era de lo más audaz para afrontar los peligros, [5] y de lo más prudente en medio mismo del peligro. No había tarea capaz de fatigar su cuerpo o doblegar su moral. El mismo aguante para el calor y el frío; su manera de [6] comer y beber, atemperada por las necesidades de la naturaleza, no por el placer; el tiempo de vigilia y de sueño, repartido indistintamente a lo largo del día o de la noche; el tiempo que le quedaba libre de actividad era el que dedicaba [7] al descanso, para el cual no buscaba ni muelle lecho ni silencio: muchos lo vieron a menudo echado por el suelo, tapado con el capote militar, en medio de los puestos de guardia o de vigilancia militar. No se distinguía en absoluto [8] entre los de su edad por la indumentaria, sí llamaban la atención sus armas y sus caballos. Era, con diferencia, el mejor soldado de caballería y de infantería a un mismo tiempo; el primero en marchar al combate, el último en [9] retirarse una vez trabada la pelea. Las virtudes tan pronunciadas de este hombre se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, [10] ningún escrúpulo religioso. Con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ver quien iba a ser un gran general.

Pasos previos al ataque de Sagunto. Embajadas saguntina y romana

[5] Pero desde el día en que fue proclamado general, como si le hubiese sido asignada Italia por decreto como provincia y se le hubiese encargado la guerra contra [2] Roma, persuadido de que no había momento que perder no fuese a ocurrir que también

a él como a su padre Amílcar y después a Asdrúbal lo sorprendiese alguna eventualidad mientras andaba en vacilaciones, [3] decidió hacer la guerra a los saguntinos. Como al atacarlos iba a provocar con toda seguridad una reacción armada por parte de los romanos, llevó primero¹¹ a su ejército al territorio de los ólcades¹² —pueblo éste situado en el territorio de los cartagineses más que bajo su dominio, al otro lado del Ebro— para que pudiese dar la impresión, no de que había atacado a los saguntinos, sino de que se había visto arrastrado a esta guerra por la concatenación de los hechos, una vez dominados y anexionados los pueblos [4] circundantes. Asalta y saquea la rica ciudad de Cartala¹³, capital de dicho pueblo; sacudidas por esta amenaza, las ciudades más pequeñas se someten a su dominio imponiéndoseles un tributo. El ejército victorioso y cargado de botín es conducido a Cartagena a los cuarteles de invierno. Allí, repartiendo con generosidad el botín y abonando debidamente [5] las pagas militares atrasadas se aseguró por completo las voluntades de conciudadanos y aliados y a principios de la primavera¹⁴ puso en marcha la guerra contra los vacceos¹⁵. Sus ciudades de Hermándica¹⁶ y Arbocala¹⁷ [6] fueron tomadas por la fuerza. Arbocala se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. Los fugitivos de Hermándica después de unirse a los exiliados [7] de los ólcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos¹⁸, y atacando a Aníbal a su regreso [8] del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército cargado con el botín. Aníbal obvió [9] el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. Dio orden a la caballería de [10] que atacasen a la columna entorpecida cuando la viesan metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. Entre carpetanos y tropas auxiliares [11] de ólcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. Por ello, intrépidos [12] por naturaleza y confiando además en el número, y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo, convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el hecho de estar el río de por medio, lanzando el grito de guerra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando [13] alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. También desde la otra orilla se lanza al río un enorme contingente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque [14] absolutamente desigual, puesto que mientras el soldado de a pie, falto de estabilidad y poco confiado en el vado, podía ser abatido por un jinete incluso desarmado que lanzase su caballo al azar, el soldado de a caballo, con libertad de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca y de lejos con un caballo estable

incluso en medio [15] de los remolinos. En buena parte perecieron en el río; algunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes. [16] Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon, y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cuadro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasarlo el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumisión [17] de los carpetanos. Desde ese momento quedaba en poder de los cartagineses todo el territorio del otro lado del Ebro, exceptuados los saguntinos.

[6] Con los saguntinos no había guerra todavía pero ya se producían gérmenes de guerra, enfrentamientos con sus [2] vecinos, sobre todo los turdetanos¹⁹ Como éstos tenían el apoyo del mismo que promovía el conflicto y estaba claro que lo que se buscaba era no la discusión de un derecho sino la violencia, los saguntinos enviaron a Roma embajadores para pedir ayuda con vistas a una guerra inminente ya sin lugar a dudas. Eran cónsules en Roma por [3] entonces²⁰ Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Longo. Presentaron éstos a los embajadores ante el senado y abrieron un debate sobre los intereses de la república; se acordó enviar a Hispania embajadores con el fin de examinar la situación de los aliados²¹ y, si les parecía que [4] su causa lo merecía, que comunicasen formalmente a Aníbal que se abstuviese de tocar a los saguntinos, aliados del pueblo romano, y que cruzasen a África, a Cartago, y presentasen las quejas de los aliados del pueblo romano; acordado, pero no efectuado aún el envío de esta embajada, [5] llegó la noticia de que Sagunto, antes de lo que nadie se esperaba, estaba siendo atacada. Se sometió entonces [6] toda la cuestión a reexamen del senado; unos eran partidarios de que se desarrollase la acción por tierra y mar, asignándoseles a los cónsules Hispania y África como provincias, y otros de que se centrara en Hispania, contra Aníbal, la guerra en su totalidad; había quienes opinaban que [7] no se debía desencadenar a la ligera una operación de tanta envergadura y que se debía esperar a que volvieran de Hispania los embajadores. Se impuso este criterio, que [8] parecía el más seguro, y por eso se efectuó con mayor prontitud el envío de los embajadores Publio Valerio Flaco y Quinto Bebio Tánfilo a Sagunto a ver a Aníbal y después, si no desistía de la guerra, a Cartago, a exigir la entrega del propio general como sanción por la ruptura del tratado.

Ataque a Sagunto. Aníbal herido. Brecha en la muralla

[7] Mientras los romanos debatían y preparaban estas medidas, ya Sagunto era [2] objeto de un violentísimo ataque. Estaba esta ciudad, la más rica con mucho del otro

lado del Ebro, situada a unos mil pasos del mar. Sus habitantes eran oriundos, dicen, de la isla de Zacinto²², con los que se mezclaron también algunos [3] del linaje de los rútuos procedentes de Árdea; sus recursos, por otra parte, se habían desarrollado en poco tiempo hasta aquel extremo con el producto del comercio marítimo y de la tierra, o bien por el crecimiento de su población, o por la integridad de costumbres, con la que cultivaron la fidelidad a sus aliados hasta el punto de costarles la ruina.

[4] Aníbal, con su ejército en son de guerra, se internó en su territorio y después de arrasarlo por completo sus campos por todas partes, ataca la ciudad por tres puntos. [5] Había un ángulo de la muralla que estaba orientado hacia un valle más llano y abierto que el resto del contorno. En dirección a él decidió acercar los manteletes que permitirían [6] la aproximación del ariete a las murallas. Pero así como el terreno alejado del muro resultó bastante apropiado para movilizar los manteletes, no tuvo, sin embargo, igual éxito el intento cuando se llegó al momento de rematar la operación. Por una parte, los dominaba una enorme [7] torre, y el muro estaba fortificado a una altura mayor que el resto, dado que el lugar no ofrecía garantías, y, por otra parte, la juventud más escogida ofrecía una resistencia más enconada allí donde se veía que el peligro era más amenazante. Empezaron por repeler al enemigo con proyectiles, [8] sin dejar que los que realizaban las tareas de asedio estuviesen lo bastante a salvo en ninguna parte; después no sólo blandían sus armas arrojadas en defensa de las murallas y la torre, sino que incluso tenían coraje para salir bruscamente contra los puestos de vigilancia y las obras de asedio del enemigo; en estos ataques en tromba [9] apenas caían más saguntinos que cartagineses. Ahora [10] bien, cuando el propio Aníbal, al acercarse al muro sin tomar las debidas precauciones, cayó herido de gravedad en la parte delantera del muslo por una jabalina de doble punta, la huida en torno suyo fue tan acusada y tan precipitada que poco faltó para que quedaran abandonados los trabajos de asedio y los manteletes.

Después, durante unos cuantos días, lo que hubo fue [8] más un asedio que un ataque mientras se curaba la herida del general. Durante este tiempo, si bien los combates estaban interrumpidos, no lo estaban los preparativos de las obras de asedio y de defensa, que no cesaron ni un momento. Así pues, se reinició la lucha de nuevo con mayor [2] dureza; y en varios puntos, pues algunos sitios apenas si admitían obras, se comenzó a hacer avanzar los manteletes y a acercar el ariete. Los cartagineses contaban con efectivos [3] muy abundantes: se cree, con bastante fundamento, que tenían unos ciento cincuenta mil combatientes. Los [4] habitantes de la plaza, que habían comenzado a repartirse en múltiples direcciones, no daban abasto a acudir a todas [5] partes y defenderlo todo. De modo que los muros sufrían ya los embates de los arietes y estaban

debilitados en muchas de sus partes; una de ellas, con sus derrumbes ininterrumpidos, había dejado la ciudad al descubierto; tres torres, sucesivamente, y todo el muro que las unía se habían [6] venido abajo con gran estrépito. Los cartagineses habían dado la plaza por tomada con este derrumbamiento, punto por el que desde uno y otro lado se precipitaron a la lucha, como si la muralla hubiese parapetado por igual a unos [7] y otros. No había ningún parecido con los combates atropellados que suelen entablarse en los asaltos de las ciudades cuando a uno de los contendientes se le presenta una oportunidad, sino que los ejércitos en orden de batalla habían tomado posiciones, como en campo abierto, entre los escombros del muro y los edificios de la ciudad, distantes [8] entre sí un trecho no muy largo. En un bando tensa los ánimos la esperanza, en el otro la desesperación, convencido el cartaginés de que con un poco de esfuerzo la toma de la ciudad es cosa hecha, y poniendo los saguntinos sus cuerpos como barrera delante de la ciudad desguarnecida de murallas, sin que ninguno dé un paso atrás por miedo a que el enemigo ocupe el espacio que él deje libre. [9] De este modo, cuanto mayor era el desnudo y más cerrada la formación con que se batían, mayor era el número de heridos, al no resultar fallido ninguno de los dardos [10] que caían entre cuerpos y armaduras. Los saguntinos tenían la falárica, arma arrojadiza de mango de abeto redondeado todo él excepto el extremo en el que se encajaba el hierro; éste, cuadrado como el del *pilum*, lo liaban con [11] estopa y lo untaban de pez; el hierro, por otra parte, tenía tres pies de largo a fin de que pudiese traspasar el cuerpo a la vez que la armadura. Pero era especialmente temible, aunque quedase clavado en el escudo y no penetrase en el cuerpo, porque, como se le prendía fuego por el centro [12] antes de lanzarlo y con el propio movimiento la llama que portaba cobraba gran incremento, obligaba a soltar el arma defensiva y dejaba al soldado desprotegido para los golpes siguientes.

*La embajada romana, no recibida por Aníbal, se dirige al senado
cartaginés*

El combate se había mantenido incierto [9] durante largo tiempo y la moral de los saguntinos estaba crecida porque, contra lo que cabía esperar, se mantenían firmes, mientras que el cartaginés se consideraba vencido porque no había resultado vencedor, cuando súbitamente los habitantes [2] de la plaza dando el grito de guerra rechazan al enemigo hasta los escombros del muro; de allí, embarazado y en pleno desconcierto, lo desalojan violentamente, y por último lo dispersan, lo ponen en fuga y lo obligan a retirarse al campamento.

Entretanto cundió la noticia de que habían llegado unos [3] embajadores de Roma;

Aníbal envió a la costa a su encuentro unos emisarios a comunicarles que ni iban a poder llegar hasta él con seguridad a través de tantos pueblos armados tan incontrolables, ni Aníbal tenía tiempo de escuchar embajadas en una situación tan comprometida. Resultaba evidente que al no ser recibidos se dirigirían inmediatamente [4] a Cartago. Aníbal, por consiguiente, se anticipa enviando una carta y unos mensajeros a los jefes de la facción de los Barca para que preparen los ánimos de los suyos, no vaya a ser que la facción contraria haga alguna concesión al pueblo romano.

De esta forma, también aquella embajada, aparte del [10] hecho de ser recibida y escuchada, resultó completamente inútil. Hannón, en solitario frente al senado, defendió la [2] causa del tratado, en medio de un gran silencio debido a su prestigio, no a que los oyentes le dieran su aprobación; [3] en nombre de los dioses árbitros y testigos de los tratados, hizo un llamamiento a los senadores para que no desencadenaran una guerra con Roma a la vez que con Sagunto; él les había advertido, los había prevenido para que no enviasen al ejército a un descendiente de Amílcar; ni los manes ni la estirpe de este hombre se estarían tranquilos, ni jamás, mientras quedase algún superviviente de la sangre y el nombre de los Barca, tendrían estabilidad los [4] tratados con Roma. «Enviasteis al ejército, echando leña al fuego, a un joven que ardía en ansias de realeza y que tenía entre ceja y ceja un único camino para conseguirla: vivir rodeado de legiones armadas empalmando una guerra con otra. Alimentasteis, por tanto, estas llamas en que ahora [5] os abrasáis. Vuestros ejércitos asedian Sagunto, cosa que les prohíbe un tratado; pronto asediarán Cartago las legiones romanas, guiadas por los mismos dioses por los que vengaron la ruptura de los tratados en la guerra anterior. [6] ¿Es que no conocéis al enemigo, o no os conocéis a vosotros mismos, o no conocéis la suerte de uno y otro pueblo? A unos embajadores que venían de parte de unos aliados en favor de sus aliados, vuestro general no los recibió en su campamento; violó el derecho de gentes; ellos, no obstante, rechazados de donde no se rechaza ni siquiera a los embajadores enemigos, se presentaron a vosotros; exigen una reparación de acuerdo con el tratado; no se falte oficialmente a la palabra: reclaman al culpable responsable [7] del delito. Cuanto más moderadamente actúan, cuanto más tardan en pasar a la acción, más persistente temo que sea su dureza cuando empiecen. Fijad vuestra atención en las islas Egates y en el Érice, y en lo que habéis soportado por tierra y mar a lo largo de veinticuatro años²³. Y no era el general este muchacho, sino el propio Amílcar, [8] su padre, un nuevo Marte según esos pretenden. Pero no nos mantuvimos alejados de Tarento, o sea de Italia, a tenor del tratado, igual que ahora no nos mantenemos alejados de Sagunto. Vencieron, pues, los dioses y los hombres, [9] y lo que se discutía de palabra, cuál de los dos

pueblos había violado el tratado²⁴, lo dirimió el resultado de la guerra, como juez justo, dando la victoria a quien tenía el derecho de su parte. Ahora Aníbal acerca a Cartago [10] sus manteletes y sus torres, bate con el ariete las murallas de Cartago; las ruinas de Sagunto —¡ojalá resulte yo un falso adivino!— caerán sobre vuestras cabezas, y la guerra iniciada contra los saguntinos habrá que mantenerla contra los romanos. ¿Vamos entonces a entregar a Aníbal?, [11] se dirá. Soy consciente de que mi autoridad en esta cuestión es escasa debido a mi enemistad con su padre; pero si me alegré de la muerte de Amílcar fue porque si él estuviera vivo estaríamos ya en guerra con los romanos, y a este joven lo detesto profundamente como genio maligno y atizador de esta guerra; y no sólo debe ser entregado [12] como reparación por la violación del tratado sino que, aun en caso de que nadie lo reclamase, habría que deportarlo al último confín del mar y de la tierra, relegarlo a un lugar desde donde no pudiese llegar hasta nosotros ni su nombre ni su fama, ni él pudiese turbar la situación de tranquilidad [13] de la población, eso es lo que yo pienso. Mi parecer es que se deben enviar inmediatamente unos embajadores a Roma a presentar excusas al senado, otros a comunicar a Aníbal que retire de Sagunto el ejército y hacer entrega del propio Aníbal a los romanos de acuerdo con el tratado, y una tercera embajada a ofrecerles una reparación a los saguntinos».

Nueva ofensiva sobre Sagunto. Ataque a la ciudadela

[11] Cuando Hannón terminó su discurso no hubo necesidad de que nadie interviniese para rebatirlo: hasta ese extremo estaba con Aníbal prácticamente todo el senado; se argüía incluso que Hannón había hablado con mayor hostilidad que el embajador romano [2] Flaco Valerio²⁵. Se les respondió luego a los embajadores romanos que la guerra la habían originado los saguntinos, no Aníbal; que el pueblo romano no obraba con justicia si ponían a los saguntinos por encima de la antiquísima²⁶ alianza con los cartagineses.

[3] Mientras los romanos pasaban el tiempo enviando embajadores, Aníbal, como tenía a sus hombres agotados por los combates y las obras, les concedió unos cuantos días de descanso después de establecer guardias para vigilar los manteletes y las otras obras. Entretanto enardece sus ánimos encendiendo unas veces su rabia contra los enemigos [4] y otras con la esperanza de recompensas; eso sí, cuando proclamó ante la asamblea de soldados que si la ciudad era tomada el botín iba a ser para el ejército, les entró a todos tal fiebre que daba la impresión de que no habría fuerza capaz de resistirlos si se diera en ese momento la señal de ataque. Los saguntinos habían tenido una tregua [5] en los combates sin ser hostigados ni hostigar durante algunos días, pero habían

trabajado sin cesar día y noche para levantar un nuevo muro en la parte donde la ciudad había quedado desguarnecida por el derrumbe. Fueron luego [6] objeto de un ataque bastante más encarnizado que antes, y al cundir por todas partes una algarabía de gritos contrapuestos no eran capaces de saber con certeza a dónde acudir en auxilio con mayor presteza o con mayor intensidad. El propio Aníbal animaba en el sitio por donde se hacía [7] avanzar una torre móvil que ganaba en altura a todas las fortificaciones de la ciudad. Cuando esta torre, una vez arrimada a las murallas, las barrió de defensores con las catapultas y ballestas colocadas en todos sus pisos, Aníbal, [8] convencido de que era el momento oportuno, envió a unos quinientos africanos con zapapicos para socavar la base de la muralla. No era una tarea difícil, porque no se les había dado consistencia a las piedras a base de mortero sino que estaban unidas con barro según el antiguo sistema de construcción, de modo que el muro se venía abajo en [9] otros puntos además de los que recibían los embates, y por las brechas abiertas con los desmoronamientos penetraban en la ciudad grupos de hombres armados. Ocupan además [10] una posición elevada y, concentrando allí las catapultas y ballestas, levantan un muro alrededor para tener dentro mismo de la ciudad un fortín como ciudadela dominante. A su vez los saguntinos levantan un muro interior delante de la zona de la ciudad no ocupada aún. Unos y otros [11] fortifican y combaten con la mayor intensidad, pero los saguntinos, al fortificar cada vez más adentro, cada día que pasa hacen más pequeña la ciudad. Al mismo tiempo, [12] con el prolongado asedio se va incrementando la escasez de todo y se van debilitando las esperanzas de una ayuda del exterior, al estar tan lejos los romanos, su única esperanza, [13] y en poder del enemigo todo el contorno. No obstante, reanimó un tanto su baja moral una súbita expedición de Aníbal contra los oretanos²⁷ y carpetanos, dos pueblos éstos que, soliviantados por el rigor del llamamiento a filas, habían retenido a los reclutadores haciendo temer una defección, pero que desistieron de un levantamiento armado sorprendidos por la rápida reacción de Aníbal.

[12] Sin embargo, el ataque a Sagunto no perdía intensidad: Maharbal, hijo de Himilcón —Aníbal le había dejado el mando—, dirigía las operaciones con tal diligencia que ni sus compatriotas ni los enemigos notaban la ausencia del general. [2] Maharbal libró algunos combates con éxito, y con tres arietes derribó una buena porción de muralla, mostrándole a Aníbal a su regreso todo el suelo sembrado de escombros [3] recientes. Así pues, el ejército fue llevado inmediatamente hacia la propia ciudadela y se entabló un combate encarnizado con gran cantidad de bajas por ambos bandos, y fue tomada una parte de la ciudadela.

Tentativa de paz de Alcón y Alorco

Hubo a continuación una tentativa de paz, con pocas esperanzas, por parte de dos hombres: Alcón, saguntino, y Alorco, [4] hispano. Sin que se enteraran los saguntinos, Alcón, pensando que con súplicas iba a conseguir algo, se trasladó durante la noche a presencia de Aníbal; como las lágrimas no surtían efecto y se exigían unas condiciones muy duras, propias de un vencedor encolerizado, pasó de intercesor a tráfuga y se quedó con el enemigo asegurando que perdería la vida quien llevase una propuesta de paz con semejantes condiciones. En efecto, se pretendía que diesen una reparación a los [5] turdetanos y que, previa entrega de todo el oro y la plata, salieran de la ciudad con lo puesto y se establecieran donde el cartaginés les indicase. Mientras que Alcón decía que [6] los saguntinos no iban a aceptar unas condiciones semejantes, Alorco, sosteniendo que las voluntades se doblegan cuando se doblega todo lo demás, se ofrece como intermediario de semejante paz; era entonces soldado de Aníbal, pero amigo reconocido y huésped de los saguntinos. Después [7] de entregar de forma bien visible su arma a los centinelas enemigos, una vez rebasadas las fortificaciones fue conducido, y además a petición propia, ante el jefe de los saguntinos. Se produjo allí al instante una aglomeración [8] de gente de todo tipo, y después de desalojar al resto de la multitud se le concedió a Alorco audiencia ante el senado. Su discurso fue como sigue²⁸:

«Si vuestro compatriota Alcón, igual que se presentó [13] a Aníbal para pedir la paz, hubiera vuelto a informaros de las condiciones de paz puestas por Aníbal, hubiera estado de más este viaje que me ha traído hasta vosotros sin ser un tráfuga ni venir en nombre de Aníbal; pero como [2] él se ha quedado con el enemigo, sea vuestra o suya la culpa —suya si el miedo lo fingió, vuestra si los que informan con veracidad corren peligro entre vosotros—, yo, para que no ignoraseis que se os brindan algunas condiciones de salvación y de paz, he acudido a vosotros en nombre de los antiguos lazos de hospitalidad que nos unen. Pues bien, que hablo en nombre de vuestra causa y en el [3] de nadie más os lo garantice ya el hecho de que ni mientras os mantuvisteis firmes con vuestras propias fuerzas ni mientras estuvisteis a la espera de la ayuda de los romanos, [4] jamás os hice alusión a la paz. Ahora que ni os queda esperanza alguna de parte de los romanos ni os protegen ya suficientemente vuestras armas ni vuestras murallas, os traigo la propuesta de una paz más obligada que ventajosa. [5] Hay alguna esperanza de paz a condición de que vosotros la aceptéis como vencidos, de la misma manera que Aníbal la propone como vencedor, y que no valoréis como un perjuicio lo que se pierde, puesto que todo pertenece al vencedor, [6] sino como un regalo lo que se

os deja. Os quita una ciudad que tiene tomada casi por completo, derruida en gran parte; os deja los campos, con la intención de asignaros un espacio para que en él edificuéis una nueva ciudad. [7] El oro y la plata tanto públicos como privados pide que le sean entregados en su totalidad; vuestras personas y las de vuestras mujeres e hijos las preserva de malos tratos si os avenís a salir de Sagunto con dos equipos de ropa cada uno. [8] Esto es lo que os exige el enemigo vencedor; esto, aunque es duro y amargo, os lo aconseja vuestra situación. Yo, la verdad, abrigo alguna esperanza de que, cuando lo hayáis entregado todo en sus manos, rebajará algo estas condiciones; [9] pero creo que es preferible soportarlas incluso tal cual a dejar que vuestros cuerpos sean destrozados y vuestras mujeres e hijos arrebatados y arrastrados ante vuestros ojos según el derecho de guerra».

Toma de Sagunto: exterminio

[14] Como para escucharlo se había ido situando poco a poco en derredor la multitud mezclándose asamblea del pueblo y senado, súbitamente los ciudadanos principales se retiraron antes de que se diera una respuesta, reunieron en el foro todo el oro y plata del tesoro público y privado, y arrojándolo al fuego encendido con ese fin de prisa y corriendo, también ellos en su mayor parte se precipitaron en las llamas. Cuando el pánico [2] y la confusión consiguiente habían cundido por toda la ciudad, se oyó también otro nuevo alboroto procedente de la ciudadela. Una torre, batida largo tiempo, se había venido abajo y por entre sus escombros una cohorte de cartagineses se lanzó a la carga e hizo a su general la señal de que la ciudad enemiga estaba desguarnecida de las habituales guardias y centinelas. Aníbal, pensando que no cabían [3] vacilaciones ante una oportunidad semejante, atacó con todos sus efectivos y en un instante tomó la ciudad dando la consigna de matar a todos los hombres en edad militar. Orden cruel ésta, pero casi obligada como se comprendió por el desarrollo final de los acontecimientos; en efecto, [4] ¿a quién se hubiera podido perdonar de unos hombres que o bien se encerraron con sus mujeres e hijos en sus casas haciendo que se desplomaran en llamas sobre sus cabezas, o bien, sin soltar las armas, no pusieron más fin al combate que la muerte?

La ciudad fue tomada con un enorme botín. A pesar [15] de que en su mayor parte había sido destruido adrede por sus dueños, y de que durante la matanza la rabia apenas había hecho distinción alguna de edades, y los prisioneros habían constituido el botín de la tropa, sin embargo es [2] un hecho comprobado que con el importe de la venta de los objetos se reunió bastante dinero y que se envió a Cartago abundante mobiliario y ropa

de gran valor.

Según algunos historiadores²⁹, Sagunto fue tomada siete [3] meses después de haber comenzado el asedio, de allí Aníbal se retiró a Cartagena a los cuarteles de invierno, y cuatro meses después de partir de Cartagena llegó a Italia. [4] Si esto es así, no pudieron ser Publio Cornelio y Tiberio Sempronio los cónsules a quienes fueron enviados los embajadores saguntinos al comienzo del asedio y los mismos que en el desempeño de su cargo combatieron contra Aníbal, en el río Tesino uno de ellos y un poco más tarde [5] los dos en el Trebia. O bien todo ocurrió en bastante menos tiempo, o a comienzos del año del consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio tuvo lugar no el comienzo [6] del asedio, sino la toma de Sagunto. En efecto, la batalla del Trebia no podemos situarla en el año del consulado de Gneo Servilio y Gayo Flaminio³⁰, porque Gayo Flaminio tomó posesión de su cargo en Arimino, habiendo sido proclamado por el cónsul Tiberio Sempronio³¹, que acudió a Roma después de la batalla del Trebia para las elecciones consulares y, una vez finalizados los comicios, regresó al ejército a los cuarteles de invierno.

Reacciones en Roma; preparativos para la guerra

[16] Casi simultáneamente los embajadores, que estaban de vuelta de Cartago, informaron en Roma de que allí el ambiente era del todo hostil, y se anunció la destrucción [2] de Sagunto; a los senadores les invadió un pesar tan profundo y al mismo tiempo lástima por los aliados tan indignamente exterminados así como vergüenza por no haberles prestado ayuda y cólera contra los cartagineses y miedo por la situación en su conjunto como si ya el enemigo estuviese a la puerta, que, conturbados sus ánimos por tantos sentimientos simultáneos, [3] en vez de tomar decisiones se azoraban. Sentían, en efecto, que nunca había combatido contra ellos enemigo más implacable y belicoso, ni el estado romano se había mostrado jamás tan decaído y tan débil; los sardos y corsos y los [4] istros e ilirios lo que habían hecho había sido provocar más que poner a prueba al ejército romano, y con los galos más que guerra había habido escaramuzas; el enemigo [5] cartaginés, veterano de veintitrés años³² de durísima campaña entre los pueblos hispanos, siempre victorioso, habituado a un general implacable, que acababa de destruir una ciudad riquísima, cruzaba el Ebro, arrastraba consigo [6] a gran número de pueblos a los que había hecho salir de Hispania, iba a concitar a los pueblos galos, siempre sedientos de combate; los romanos iban a tener que hacer la guerra contra el mundo entero en Italia y ante los muros de Roma.

Ya se habían designado con anterioridad los campos [17] de operaciones de los cónsules; se les pidió entonces que los echaran a suertes. A Cornelio le tocó Hispania, a Sempronio África junto con Sicilia. Se decretó para aquel año [2] el alistamiento de seis legiones, el número de aliados que los cónsules estimaran, y flota, la mayor que se pudiera aprestar. Romanos se alistaron veinticuatro mil de a pie [3] y mil ochocientos de a caballo, y aliados cuarenta mil de a pie y cuatro mil cuatrocientos de a caballo; naves se fletaron doscientas veinte quinquerremes y veinte ligeras. Se preguntó luego al pueblo si quería y mandaba que se [4] declarase la guerra al pueblo cartaginés, y con motivo de dicha guerra una rogativa pública recorrió la ciudad y se suplicó a los dioses que tuviese un desenlace bueno y feliz la guerra que el pueblo había mandado.

Se repartieron las tropas entre los cónsules de la forma [5] siguiente: a Sempronio le fueron asignadas dos legiones —cada una suponía cuatro mil hombres de infantería y trescientos de caballería—, y aliados, dieciséis mil de infantería y mil ochocientos de caballería; naves pesadas ciento [6] sesenta, y ligeras doce. Con estos efectivos de tierra y mar Tiberio Sempronio fue enviado a Sicilia con la idea de hacerlos cruzar a África si el otro cónsul se bastaba para [7] alejar de Italia al cartaginés. El número de efectivos asignados a Cornelio fue más reducido, porque se enviaba también a la Galia al pretor Lucio Manlio con una guarnición [8] nada floja; se le rebajó sobre todo el número de navíos a Cornelio: le fueron asignadas sesenta quinquerremes, pues no se creía que el enemigo fuese a llegar por mar o que fuese a tener lugar una confrontación naval, dos legiones romanas con la caballería correspondiente, y catorce mil [9] aliados de a pie con mil seiscientos jinetes. La provincia de la Galia contó con dos legiones romanas y diez mil aliados de infantería, y de caballería mil aliados y seiscientos romanos, efectivos destinados al mismo fin, la Guerra Púnica.

Embajada romana a Cartago, Hispania, la Galia, con poco éxito

[18] Efectuados estos preparativos, para cumplir con todos los requisitos legales previos a la guerra envían a África unos embajadores de edad avanzada, Quinto Fabio³³, Marco Livio, Lucio Emilio, Gayo Licinio y Quinto Bebio³⁴, para inquirir de los cartagineses si Aníbal había atacado Sagunto por decisión oficial, [2] y en caso de que los cartagineses reconociesen y mantuviesen, como parecía que iban a hacer, que se había actuado por decisión oficial, declarar la guerra al pueblo cartaginés. Una vez que los romanos llegaron a Cartago y les fue concedida [3] audiencia en el senado, cuando Quinto Fabio se limitó a hacer la única pregunta que se le había encomendado, uno de los cartagineses dijo: «Ya fue precipitada, romanos, [4] vuestra anterior embajada,

cuando exigíais la entrega de Aníbal por atacar Sagunto a iniciativa propia; pero esta embajada, hasta ahora más suave de palabra, en la práctica es más dura. Entonces, en efecto, era Aníbal [5] el acusado y reclamado; ahora se nos quiere arrancar a nosotros una confesión del culpa y además se nos exige, como a confesos, una reparación inmediata. Yo desde luego [6] creo que lo que debe inquirirse es, no si el ataque a Sagunto obedeció a una iniciativa pública o privada, sino si fue justo o injusto. Es, en efecto, cuestión nuestra investigar [7] en qué actuó por decisión nuestra y en qué por decisión suya un conciudadano nuestro, y tomar medidas contra él: lo único que cabe discutir con vosotros es si el tratado³⁵ permitía hacerlo o no. Así pues, ya que os parece [8] correcto que se establezca qué hacen los generales por decisión oficial y qué por iniciativa propia: tenemos un tratado con vosotros, un tratado firmado por el cónsul Gayo Lutacio, en el cual, si bien se estipulaban medidas precautorias con respecto a los aliados de ambos, nada se estipuló referente a los saguntinos, pues todavía no eran aliados vuestros. Pero, se dirá, en el tratado aquel que se concluyó [9] con Asdrúbal quedan exceptuados los saguntinos. En respuesta [10] a esto, yo no voy a decir nada más que lo que aprendí de vosotros. El tratado que primeramente ajustó con nosotros Gayo Lutacio vosotros dijisteis, en efecto, que no os obligaba porque no había sido concertado con el refrendo del senado ni por mandato del pueblo; consiguientemente, se concertó un nuevo tratado por decisión oficial. [11] Si a vosotros no os obligan vuestros tratados, a no ser los firmados con vuestro refrendo o por mandato vuestro, tampoco a nosotros pudo obligarnos el tratado que Asdrúbal [12] firmó sin nuestro conocimiento. Dejad, por tanto, de referiros a Sagunto y al Ebro y parid de una vez lo que vuestra [13] intención lleva largo tiempo gestando». Entonces el romano, dando un pliegue a la toga, dijo: «Aquí os traemos la paz y la guerra: escoged lo que os plazca». A estas palabras se respondió a gritos, con no menos arrogancia, que [14] diera lo que quisiera, y cuando él, deshaciendo otra vez el pliegue, dijo que daba la guerra, replicaron todos que la aceptaban y que con la misma decisión con que la aceptaban la iban a hacer.

[19] Esta forma directa de llevar a cabo la inquisitoria y declarar la guerra pareció más acorde con la dignidad del pueblo que hacer disquisiciones verbales acerca de la legitimidad de los tratados tanto antes como especialmente después [2] de la destrucción de Sagunto. Pero si se hubiera tratado de una discusión de palabras, ¿cómo se iba a comparar el tratado de Asdrúbal con el anterior de Lutacio que [3] fue modificado, si en el tratado de Lutacio se había añadido expresamente que tendría plena validez si el pueblo lo aprobaba, mientras que en el tratado de Asdrúbal no figuraba una cláusula de excepción semejante, y por otra parte el tratado se vio confirmado hasta tal punto por

tantos años de silencio en vida de su autor que ni siquiera muerto [4] éste se introdujo modificación alguna? Y eso que, aun ateniéndose al tratado anterior, estaban suficientemente salvaguardados los saguntinos al hacerse excepción de los aliados de una y otra parte, pues no se había añadido «los que lo son en la actualidad» ni «no se incorporará a otros en el futuro». Y puesto que se permitía la incorporación [5] de nuevos aliados, ¿quién estimaría justo que no se admitiese como amigo a ningún pueblo fuesen cuales fuesen sus merecimientos, o que una vez admitido como aliado no se le defendiera, únicamente con la condición de no instigar a la defección a los aliados de los cartagineses ni darles acogida si se pasaban por iniciativa propia?

Los embajadores romanos pasaron de Cartago a Hispania, [6] según se les había ordenado en Roma³⁶, para dirigirse a los pueblos y atraerlos a su alianza o alejarlos de los cartagineses. Llegaron en primer lugar a los dominios [7] de los bargusios, que les dispensaron una buena acogida, y despertaron en muchos pueblos del otro lado del Ebro las ganas de un cambio de suerte, porque estaban hartos del dominio cartaginés. A continuación llegaron al territorio [8] de los volcianos³⁷, cuya respuesta, divulgada por toda Hispania, apartó de la alianza con Roma a los demás pueblos, pues la persona de más edad de entre ellos respondió así en la asamblea: «¿No os da vergüenza, romanos, pedirnos [9] que prefiramos vuestra amistad a la de los cartagineses cuando con quienes así lo hicieron vosotros fuisteis más crueles al traicionarlos que el enemigo cartaginés al acabar con ellos? Mi opinión es que vayáis a buscar aliados donde [10] no se conozca el desastre de Sagunto; para los pueblos de Hispania, las ruinas de Sagunto serán un ejemplo tan siniestro como señalado para que nadie se fíe de la lealtad o de la alianza romana». Invitados a continuación a abandonar [11] inmediatamente el territorio de los volcianos, en adelante no recibieron palabras menos duras de ninguna asamblea de Hispania. Después de recorrer así Hispania infructuosamente, pasaron a la Galia.

[20] Allí presenciaron un espectáculo nuevo y terrible, porque se presentaron armados en la asamblea según costumbre [2] de aquel pueblo. Cuando, con palabras de alabanza para la gloria y el valor del pueblo romano y la grandeza de su imperio, pidieron que no le permitieran el paso a través de sus campos y ciudades al cartaginés que llevaba [3] la guerra a Italia, dicen que estalló un ataque de risa tan violento que les costó trabajo a los magistrados y a los [4] de más edad calmar a la juventud, tan estúpida y descarada les pareció la pretensión de proponer que los galos, para no dejar pasar la guerra a Italia, la desviarán hacia sí mismos y expusieran al saqueo sus campos en lugar de los [5] ajenos. Calmado por fin el alboroto, se les respondió a los embajadores que a ellos ni los romanos les habían hecho favores ni los cartagineses afrentas por los que empuñar las

armas ni a favor de los romanos ni en contra de [6] los cartagineses; que, por el contrario, ellos tenían noticias de que hombres de su raza eran desalojados de las tierras y las fronteras de Italia por el pueblo romano, y que pagaban [7] tributos, y sufrían otras humillaciones. Más o menos lo mismo se dijo y se escuchó en las demás asambleas de la Galia, y hasta que llegaron a Marsella no oyeron una [8] palabra medianamente acogedora o pacífica. Allí se enteraron con detalle y fidelidad de todo lo que los aliados³⁸ habían averiguado: que ya con anterioridad Aníbal se había ganado los ánimos de los galos, pero que aquella gente ni siquiera para con él iba a ser lo bastante tratable, tan fiero e indómito era su carácter, a no ser que de forma intermitente se ganase la voluntad de sus jefes a base de oro, del que esa gente es muy ávida. De esta forma, después [9] de recorrer los pueblos de Hispania y de la Galia, retornan a Roma los embajadores no mucho después de haber salido los cónsules hacia sus provincias. Encontraron a toda la población tensa por la expectativa de la guerra, al haberse confirmado la noticia de que los cartagineses habían cruzado ya el Ebro.

Aníbal prepara e inicia la marcha por tierra hacia Italia. El sueño de Aníbal

Tomada Sagunto, Aníbal se había retirado [21] a Cartagena a los cuarteles de invierno, y allí, enterado de las medidas tomadas y decretadas en Roma y en Cartago y de que él era no sólo el general, sino la causa de la guerra, después de repartir [2] y vender el resto del botín, convencido de que no debía dejar nada para más adelante convoca a los soldados de origen hispano. «Yo creo que incluso [3] vosotros mismos, aliados —dice—, os dais cuenta de que una vez pacificados todos los pueblos de Hispania tenemos que dar fin a la campaña y licenciar los ejércitos, o trasladar la guerra a otras tierras; en efecto, estos pueblos [4] florecerán con los frutos de la victoria tanto como de la paz sólo a condición de que busquemos en otros el botín y la gloria. Por consiguiente, como se avecina una campaña [5] lejos de casa y no es seguro cuándo vais a ver vuestros hogares y a los seres queridos que cada uno tiene en ellos, si alguno de vosotros quiere visitar a los suyos le concedo permiso. Tenéis orden de presentaros al principio de la [6] primavera para iniciar, con la ayuda de los dioses, una guerra que nos ha de reportar enorme gloria y botín». A casi todos les resultaba grata la posibilidad, brindada [7] espontáneamente, de visitar sus casas, pues ya echaban de menos a los suyos y además preveían que los iban a añorar [8] en mayor medida en el futuro. El descanso durante todo lo que duró el invierno, entre las fatigas ya pasadas y las que iban a pasar bien pronto, restableció sus fuerzas físicas y su moral para aguantarlo todo de

nuevo; al comienzo de la primavera, de acuerdo con la orden recibida, se presentaron.

[9] Aníbal, después de pasar revista a las tropas auxiliares de todos los pueblos, marchó a Cádiz y cumplió sus votos a Hércules comprometiéndose con otros nuevos para el caso [10] de que todo lo demás saliera bien. A continuación, preocupándose al mismo tiempo de la ofensiva y la defensiva bélica, no fuera a ocurrir que, mientras él se dirigía a Italia por tierra a través de Hispania y de la Galia, quedase África desguarnecida y con el flanco descubierto por la parte de Sicilia para los romanos, decidió asegurarla con [11] una sólida guarnición. A cambio pidió a su vez un complemento de tropas procedentes de África, lanzadores de venablos sobre todo, con armamento ligero, con el fin de que los africanos en Hispania y los hispanos en África, que iban a ser mejores soldados tanto unos como otros lejos de su patria, hicieran su servicio de armas como obligados con rehenes [12] mutuos. Envío a África trece mil ochocientos cincuenta soldados de infantería armados de *caetra*³⁹, ochocientos setenta honderos baleares y mil doscientos jinetes de múltiples [13] nacionalidades entremezcladas. A estas tropas les da orden de servir en parte de guarnición a Cartago y en parte distribuirse por África. Al mismo tiempo, después de enviar reclutadores a las ciudades, ordena que los cuatro mil jóvenes escogidos reclutados sean conducidos a Cartago como guarnición a la vez que como rehenes.

Pensando que tampoco Hispania debía quedar descuidada, [22] y ello por mayor razón porque no era desconocedor de que la habían recorrido los embajadores romanos para atraerse la voluntad de sus jefes, se la asigna como campo [2] de operaciones a su hermano Asdrúbal, hombre activo, y le da seguridad con refuerzos sobre todo africanos: once mil ochocientos cincuenta africanos de infantería, trescientos lígures, quinientos baleares. A estas fuerzas auxiliares [3] de infantería se sumaron cuatrocientos cincuenta jinetes libiofenicios, mezcla este contingente de cartagineses y africanos, y unos mil ochocientos númidas y moros, que habitan a la orilla del océano, más un reducido contingente, doscientos jinetes, de ilergetes⁴⁰ procedentes de Hispania; y para que no faltase ningún tipo de apoyo terrestre, veintiún elefantes. Además, para proteger la costa, pues cabía [4] pensar que los romanos desarrollarían las operaciones bélicas, también entonces, en el terreno en que habían salido victoriosos⁴¹, se le asigna una flota compuesta por cincuenta quinquerremes, dos cuatrirremes y cinco trirremes; pero utilizables y equipadas con sus remeros, había treinta y dos quinquerremes y las cinco trirremes.

De Cádiz retornó a Cartagena al campamento de invierno [5] del ejército, y emprendiendo desde allí la marcha lo conduce por la costa, pasando por la ciudad de

Onusa⁴², hacia el Ebro. Cuentan que allí, durante el sueño⁴³, [6] se le apareció un joven de aspecto divino diciendo que era un enviado de Júpiter para guiar a Aníbal a Italia; que le siguiera, por tanto, y no apartase de él los ojos en ningún [7] momento. Al principio lo siguió, sobrecogido, sin volver la vista ni un instante hacia los lados ni hacia atrás; después, por esa curiosidad propia de la naturaleza humana, como andaba preguntándose qué sería lo que se le había prohibido mirar a su espalda, no fue capaz de controlar [8] sus ojos; vio entonces que tras él una serpiente de un tamaño extraordinario reptaba causando enormes estragos entre árboles y arbustos, y que detrás venía una nube de [9] tormenta acompañada de fragor celeste. Al preguntar entonces qué enormidad era aquella y de qué prodigio se trataba, oyó que era la destrucción de Italia, que siguiese adelante su marcha y no hiciese más preguntas, dejando que los destinos se mantuvieran ocultos.

Travesía de los Pirineos. Inquietud en la Galia al paso de Aníbal

[23] Lleno de alegría por esta visión, hizo que sus tropas cruzaran el Ebro en tres cuerpos enviando por delante unos emisarios para ganarse a base de dádivas los ánimos de los galos por donde tenía que pasar el ejército y para efectuar un reconocimiento de los pasos de los Alpes. Cruzó el Ebro con noventa mil soldados de a pie y doce mil de a caballo. [2] Sometió seguidamente a los ilergetes y bargusios y a los ausetanos⁴⁴ y la Lacetania⁴⁵, que está situada en las estribaciones de los montes Pirineos, y le dio a Hannón el mando de toda aquella comarca para mantener bajo su control los desfiladeros que comunican las Hispanias con las Galias. [3] Para mantener la ocupación de la zona le fue entregado a Hannón un destacamento de diez mil soldados de infantería y mil de caballería. Cuando comenzó la travesía del [4] ejército por los desfiladeros de los Pirineos⁴⁶ y se difundió entre los bárbaros el rumor, bastante fundado, de una guerra contra Roma, tres mil soldados de a pie carpetanos dieron la vuelta desde allí. Era un hecho que los impulsó a ello no tanto la guerra como lo largo del camino y el paso infranqueable de los Alpes. Aníbal, como era arriesgado [5] hacerles volver o retenerlos por la fuerza, no fuesen a encrespase también los ánimos irreductibles de los demás, despachó a sus casas a más de siete mil hombres, a los [6] que personalmente se había dado cuenta de que les resultaba una carga servir a las armas, simulando que también a los carpetanos los había licenciado él.

A continuación, para que la demora y la inactividad [24] no enervara los ánimos, cruza los Pirineos con el resto de las tropas⁴⁷ y acampa junto a la ciudad de Iliberri⁴⁸.

Los galos, aunque oían decir que la guerra iba dirigida [2] contra Italia, sin embargo,

como era voz común que al otro lado de los Pirineos los hispanos habían sido sometidos por la fuerza y se les habían impuesto fuertes guarniciones, acudieron a las armas por miedo a la esclavitud y se concentraron en Ruscinón⁴⁹ unos cuantos pueblos. Aníbal, cuando le llegó esta noticia, por temor a un retraso [3] más que a la guerra envió emisarios a sus reyezuelos para decirles que quería tener una entrevista personal con ellos, que o bien se acercaban ellos hasta Iliberri o bien se adelantaba él hasta Ruscinón para que la corta distancia [4] facilitase el encuentro; que los recibiría de buen grado en su campamento, pero que también estaba dispuesto a acudir personalmente a su encuentro sin vacilar, pues él había llegado a la Galia como huésped, no como enemigo, y no tenía pensado desenvainar la espada, si los galos no ponían [5] inconveniente, hasta llegar a Italia. Esto se lo comunicó a través de mensajeros; pero cuando los reyezuelos de los galos trasladaron al instante su campamento a Iliberri y acudieron de buen grado a ver al cartaginés, ganados a base de obsequios dejaron que el ejército pasara por su territorio pacíficamente bordeando la plaza de Ruscinón.

Levantamientos antirromanos en el norte de Italia. Llegada de Aníbal al Ródano

[25] A Italia, entre tanto, la única noticia que había llegado era la del paso del Ebro por parte de Aníbal, comunicada en Roma por los embajadores marselleses; [2] entonces, como si ya hubiese atravesado los Alpes, se sublevaron los boyos⁵⁰ instigando a los ínsubres⁵¹, y no tanto por su antiguo resentimiento contra el pueblo romano como porque soportaban a regañadientes el establecimiento reciente de colonias en las proximidades del Po, en Placencia y Cremona, en [3] territorio galo. Así pues, empuñando las armas de forma repentina, atacaron precisamente ese territorio y provocaron tal pánico y confusión que, además de la masa campesina, incluso los propios triunviros romanos, Gayo Lutacio, Gayo Servilio y Marco Anio, venidos para hacer el reparto de tierras, faltos de confianza en las murallas de Placencia se refugiaron en Múтина⁵². El nombre de Lutacio [4] no ofrece dudas; en lugar de Anio y Servilio, algunos anales traen Manio Acilio y Gayo Herenio⁵³, y otros, Publio Cornelio Asina y Gayo Papirio Masón. Tampoco se [5] sabe seguro si los embajadores enviados a los boyos a presentar la reclamación fueron maltratados, o si se produjo el ataque contra los triúnviro cuando estaban midiendo las tierras.

Cuando Múтина era asediada, como aquella gente inexperta [6] en las técnicas del asedio de las ciudades y al mismo tiempo muy poco activa para las tareas militares se

sentaba sin hacer nada ante las murallas intactas, comenzaron a simular que querían negociaciones de paz y los embajadores, [7] convocados por los jefes galos para parlamentar, fueron apresados, no sólo contraviniendo el derecho de gentes, sino violando además el compromiso adquirido para aquella ocasión, asegurando los galos que no los dejarían en libertad si no se les entregaban los rehenes. Cuando [8] llegaron estas noticias referentes a los embajadores, como además Mútina y su guarnición corrían peligro, el pretor Lucio Manlio encendido de ira lleva hacia Mútina su ejército en marcha desordenada.

Había por entonces bosques a los lados del camino, [9] tierras sin cultivar en su mayor parte. Al haber emprendido la marcha sin explorar el terreno, se metió allí en una emboscada y tras perder a muchos de sus hombres salió, trabajosamente, a campo abierto. Allí atrincheró el campamento, [10] y gracias a que los galos anduvieron faltos de confianza para atacarlo se rehízo la moral de los soldados, aunque sabían seguro que habían caído cerca de quinientos. [11] Se reanudó luego la marcha de nuevo, y mientras la columna avanzaba por espacios despejados no apareció el enemigo; [12] pero en cuanto se internaron otra vez en los bosques, entonces, atacando a la retaguardia en medio de una gran confusión y pánico generalizado dieron muerte a setecientos soldados y se hicieron con seis enseñas militares. [13] Así que se salió de aquella espesura impracticable y llena de obstáculos dejaron los galos de provocar pánico y los romanos de sentirlo. A partir de allí, protegiendo sin dificultad su marcha por lugares despejados los romanos se dirigieron [14] a Taneto⁵⁴, poblado cercano al Po. Allí, con una fortificación de circunstancias y con las provisiones que llegaban por el río, e incluso con la ayuda de los galos brixianos, se iban defendiendo frente a una multitud de enemigos cada día más numerosa.

[26] Cuando llegó a Roma la noticia de esta súbita sublevación y se enteraron los senadores de que a la Guerra Púnica [2] había venido a sumarse además la de los galos, dispusieron que el pretor Gayo Atilio con una legión de romanos y con cinco mil aliados, alistados por el cónsul en un reciente llamamiento a filas, llevase ayuda a Manlio; Atilio llegó a Taneto sin combatir ni una vez, pues el enemigo se había retirado por miedo.

[3] También Publio Cornelio, después de alistar una nueva legión en sustitución de la que había marchado con el pretor, partiendo de Roma con sesenta naves largas, bordeando la costa de Etruria y los montes de los lígures y luego de los saluvios llegó a Marsella y acampó cerca de la boca [4] más cercana del Ródano —pues este río entra en el mar por varias desembocaduras— resistiéndose a creer del todo que Aníbal hubiera salvado los montes Pirineos. Cuando [5] se percató de que éste andaba pensando en

cruzar también el Ródano, como no estaba seguro sobre el sitio en que salirle al paso y los soldados no estaban aún suficientemente repuestos del traqueteo marítimo, envió entretanto delante a trescientos jinetes escogidos guiados por marsellese y auxiliares galos para hacer una exploración completa y observar al enemigo desde una posición a cubierto. Aníbal, después de neutralizar a los demás con amenazas [6] o dinero, había llegado ya al territorio de un pueblo fuerte, el de los volcas⁵⁵. Habitan en los contornos de las dos orillas del Ródano; pero, desconfiando de poder mantener al cartaginés alejado del territorio de su lado, para tener el río como barrera pasaron casi todas sus cosas por el Ródano y defendían con sus armas la otra orilla. A los [7] demás ribereños, e incluso a los propios volcas que se habían quedado donde residían, los convence Aníbal con dádivas para que reúnan y construyan embarcaciones por todas partes, y al mismo tiempo también ellos mismos deseaban que el ejército pasara al otro lado y su comarca se viera aligerada cuanto antes de la carga que suponía tan ingente masa humana. Se reunió así una enorme cantidad [8] de naves y barcas habilitadas de cualquier manera para uso de los vecinos; los galos comenzaron los primeros a construir otras nuevas vaciando un tronco de árbol para [9] cada una; después, también los propios soldados, animados por la abundancia de madera a la vez que por la facilidad de la tarea, fabricaban unas balsas toscas sin preocuparse de más con tal de que pudiesen mantenerse a flote sobre el agua y soportar carga para trasladarse deprisa y corriendo a la otra orilla ellos y su equipo.

Aníbal cruza el Ródano. Combate de caballería

[27] Cuando estaba ya todo listo para cruzar, los enemigos los amenazaban desde el lado opuesto, ocupando hombres y caballos [2] toda la orilla. Para alejarlos, Aníbal ordena a Hannón, hijo de Bomílcar, que salga durante el primer relevo de la guardia dirigiéndose río arriba durante una jornada con una parte de las [3] tropas, hispanas sobre todo, y que tan pronto como pueda cruce el río lo más a escondidas posible y lleve las tropas dando un rodeo para atacar al enemigo por la espalda en [4] el momento preciso. Los galos asignados como guías para la operación le explicaron que, unas veinticinco millas más arriba, el río discurría en torno a un islote presentando un lugar de paso, al ser más ancho y por tanto menos profundo [5] su caudal en el punto donde se bifurcaba. Una vez allí cortaron madera a toda prisa y construyeron balsas en las que trasladar al otro lado a hombres, caballos y bagajes. Los hispanos cruzaron el río sin ninguna dificultad poniendo las ropas en odres, colocando encima sus [6] escudos y luego tendiéndose ellos. También pasó el resto de las tropas uniendo balsas, y acampando cerca del río, se repusieron del cansancio de la marcha nocturna y de los

trabajos con un día de descanso, poniendo cuidado el [7] jefe en el cumplimiento puntual del plan. Emprendida la marcha al día siguiente, desde un lugar elevado hacen señales con humo indicando que han cruzado y que no están muy lejos. Cuando Aníbal recibió este aviso dio la señal de cruzar para no desaprovechar la ocasión.

La infantería tenía ya las embarcaciones preparadas y [8] a punto y los jinetes iban casi junto a los caballos que cruzaban a nado... Una hilera de naves atravesada en la parte de más arriba para frenar la fuerza de la corriente proporcionaba tranquilidad a las barcas que cruzaban más abajo; la mayor parte de los caballos iban a nado sujetos [9] de las bridas desde las popas, a no ser los que habían colocado ensillados y embridados sobre las embarcaciones para que pudieran ser utilizados por los jinetes nada más salir a la orilla.

Los galos se presentan en la orilla entre alaridos diversos [28] y con sus cantos de costumbre, sacudiendo los escudos por encima de sus cabezas y blandiendo venablos en sus diestras, a pesar de que también desde el otro lado [2] daba miedo tan gran cantidad de embarcaciones junto con el fortísimo rumor del río y los diferentes gritos de marineros y soldados, tanto los de quienes pugnaban por romper la fuerza de la corriente como los de aquellos que desde la otra orilla animaban a los suyos que estaban cruzando. Ya era bastante el pánico que sentían por el tumulto que [3] les venía de cara, cuando los sorprendió por la espalda un griterío más temible aún, al ser tomado por Hannón su campamento. Al poco se presentaba el propio Hannón, y una doble amenaza los envolvía, al saltar a tierra desde las naves tan gran número de hombres armados y acosarlos por la espalda un ejército con el que no contaban. Los galos, al verse rechazados en su intento de oponer resistencia [4] en ambos frentes, salen de estampida por donde les parece que el paso es más expedito y huyen en desbandada hacia sus aldeas en todas direcciones. Aníbal, después de cruzar tranquilamente el resto de las tropas, asienta el campamento despreocupándose ya de los ataques de los galos.

[5] Para hacer pasar a los elefantes fueron varios, creo, los sistemas; los relatos acerca de cómo se llevó a cabo la operación son en verdad diversos. Según relatan algunos, una vez agrupados en la orilla los elefantes, el más salvaje de todos fue aguijoneado por su guía y al lanzarse al agua tras éste, que escapaba nadando, arrastró consigo a la manada, impulsándolos hasta la otra orilla la propia corriente del río a medida que su miedo a la profundidad [6] les fue haciendo perder pie. Pero son más los que sostienen que se les hizo cruzar en balsas; este procedimiento, así como sería el más seguro en principio, resulta asimismo más verosímil una vez que la operación se llevó a cabo. [7] Arrastraron al río desde tierra una balsa de doscientos pies de largo por

cincuenta de ancho y, para que no se la llevase la corriente, la sujetaron a la orilla, río arriba, con muchas y fuertes amarras y le echaron tierra encima cubriéndola como si fuera un puente para que los animales pasaran [8] sin miedo como por tierra firme. Una segunda balsa de la misma anchura y de cien pies de largo, habilitada para cruzar el río, fue empalmada con la primera; entonces tres elefantes, precedidos por sus hembras, fueron conducidos como por un camino a través de la balsa estable; cuando pasaron a la balsa más pequeña adosada a ella, [9] inmediatamente, sueltas las amarras que la mantenían flojamente sujeta, es remolcada hacia la otra orilla por unas cuantas embarcaciones ligeras; de esta forma, una vez desembarcados los primeros, se volvió acto seguido a buscar [10] a otros y se los trasladó al otro lado. No mostraban ningún temor, en absoluto, mientras eran conducidos como a través de un puente ininterrumpido; su primera reacción de pánico tenía lugar cuando se veían impulsados corriente adentro al desligar la balsa del resto. Entonces, empujándose [11] unos a otros reculando los que estaban más cerca del agua, creaban cierta agitación hasta que su propio miedo, al ver agua todo alrededor, les hacía estarse quietos. Algunos sí cayeron al río, enfurecidos, pero gracias a la [12] estabilidad que les daba su propio peso, después de descabargar a sus guías, buscando hacer pie paso a paso en los vados salieron a tierra firme.

Mientras se pasaba a los elefantes a la otra orilla, Aníbal [29] había enviado entretanto a quinientos jinetes nómadas en dirección al campamento romano para observar su emplazamiento, cuántos eran sus efectivos y qué se proponían hacer. Con este escuadrón de jinetes se topan los trescientos [2] jinetes romanos enviados, como se ha dicho antes, desde la desembocadura del Ródano. Se entabla un combate más encarnizado de lo que correspondía al número de combatientes, pues aparte de los muy numerosos heridos [3] se produjo también una matanza casi igual por ambos lados; la huida espantada de los nómadas dio la victoria a unos romanos ya completamente extenuados. Los vencedores tuvieron cerca de ciento sesenta bajas, si bien no todos romanos sino galos en buena parte, los vencidos más de doscientas. Este principio y a la vez presagio del resultado [4] de la guerra por una parte hizo prever un desenlace favorable de la contienda en su conjunto, y por otra les vaticinó a los romanos una victoria en modo alguno incruenta y una lucha incierta.

Cuando, una vez finalizada así la acción, volvieron unos [5] y otros al lado de sus generales respectivos, a Escipión no le quedaba la posibilidad de atenerse a otro criterio fijo que el de tomar sus decisiones a partir de los planes y propósitos del enemigo, y en cuanto a Aníbal, indeciso entre [6] continuar hacia Italia la marcha emprendida o entablar

combate con el primer ejército romano que se le presentaba, lo disuadió de combatir de inmediato la llegada de embajadores de los boyos y del reyezuelo Magalo; éstos, asegurando que serán guías en la marcha y camaradas en el peligro, se manifiestan a favor de dirigirse a Italia sin combatir antes, sin tantear antes las fuerzas en ninguna parte. [7] La tropa temía sin duda al enemigo, al no haberse borrado aún el recuerdo de la guerra anterior, pero tenía más miedo a la interminable travesía y a los Alpes, de horrible fama especialmente para quienes no los conocían.

Arenga de Aníbal al iniciar la marcha hacia los Alpes

[30] Así pues, Aníbal, después de tomar la resolución de continuar la marcha y dirigirse a Italia, reunió la asamblea de soldados y les hizo reaccionar por procedimientos diferentes: recriminándolos y animándolos. [2] Les dice que está sorprendido del pánico que ha invadido de repente sus corazones siempre impávidos; tantos años como llevaban en el ejército venciendo, ya que no habían salido de Hispania hasta que todos los pueblos y las tierras abrazadas por dos mares opuestos fueran de [3] los cartagineses; luego, llenos de indignación porque el pueblo romano pedía que le fueran entregados como merecedores de castigo todos aquellos que hubiesen participado en el asedio de Sagunto, habían cruzado el Ebro para borrar [4] el nombre romano y liberar al mundo entero; entonces, cuando emprendían el camino de occidente a oriente, [5] a nadie le había parecido largo; ahora, cuando ven recorrida la mayor parte con mucho del camino, salvado el desfiladero del Pirineo por en medio de los pueblos más arriscados; cruzado el Ródano, un río tan caudaloso, con tantos miles de galos tratando de impedirlo, dominando además la fuerza de la corriente del propio río; cuando tienen al alcance de la vista los Alpes, cuya otra vertiente pertenece a Italia, se paran cansados ante las puertas mismas del enemigo; ¿qué otra cosa se creen que son los Alpes más [6] que montañas altas? Aunque se los imaginasen más altos que las cumbres del Pirineo, sin lugar a dudas no hay tierra [7] que toque el cielo ni que sea inaccesible para el género humano; los Alpes seguro que están habitados, son cultivados, producen y sustentan seres vivientes; si son transitables para unos pocos, lo son también para los ejércitos; aquellos mismos embajadores que están viendo no han franqueado [8] los Alpes gracias a unas alas que los elevasen por los aires, ni siquiera eran indígenas sus antepasados sino extranjeros que habían hecho la travesía, sin peligro, para poblar Italia, por esos mismos Alpes, a menudo en interminables caravanas de emigrantes con sus hijos y sus mujeres; ahora bien, para un soldado armado que no lleva consigo [9] más que sus útiles de guerra ¿qué hay intransitable o infranqueable?, ¿cuántos peligros, cuántos trabajos no han pasado a lo

largo de ocho meses para tomar Sagunto?; al dirigirse a Roma, la capital del orbe, ¿hay algo que les [10] pueda parecer tan duro y tan arduo como para diferir su propósito? En otro tiempo los galos se apoderaron de lo [11] que los cartagineses desesperan de poder alcanzar; por consiguiente, o han de reconocerse inferiores en coraje y valor a un pueblo tantas veces vencido por ellos por aquellas fechas, o han de esperar como meta final de su marcha la planicie⁵⁶ situada entre el Tíber y las murallas de Roma.

Después de estimularlos con estas palabras de aliento [31] les ordena reponer fuerzas y prepararse para la marcha. Parte al día siguiente remontando el Ródano por la orilla [2] y se dirige al interior de la Galia, no porque fuese el camino más directo hacia los Alpes, sino porque estaba convencido de que cuanto más se alejase de la costa menos [3] probable iba a ser un encuentro con los romanos, con los cuales no tenía intención de entrar en combate antes de haber [4] llegado a Italia. En la cuarta etapa llega a Ínsula. Allí los ríos Isara⁵⁷ y Ródano, que bajan desde puntos opuestos de los Alpes, confluyen después de abarcar una considerable extensión de terreno; a la llanura que queda en [5] medio se le dio el nombre de Ínsula. En torno viven los alóbroges⁵⁸, pueblo que ya por entonces no le iba a la zaga a ningún otro de la Galia ni en recursos ni en reputación. [6] Entonces estaba dividido: dos hermanos estaban enfrentados disputándose el trono; al mayor, llamado Braneo, que había ocupado el poder primero, querían derrocarlo el hermano menor y un grupo de los más jóvenes, [7] que tenían menos derecho, pero más fuerza. Como la resolución de este litigio le fue encomendada, muy oportunamente, a Aníbal, éste, convertido en árbitro del trono, ya que el senado⁵⁹ y los principales se habían pronunciado [8] en ese sentido, devolvió el poder al mayor. Por este servicio recibió como ayuda víveres y abundancia de material de todo tipo, sobre todo ropa, que la mala fama de los Alpes debida a sus bajas temperaturas hacía forzoso preparar. [9] Apaciguado el enfrentamiento de los alóbroges, cuando ya se dirigía a los Alpes decidió no seguir en línea recta, sino doblar hacia la izquierda⁶⁰ en dirección al territorio tricastino⁶¹; de allí, por la franja límite del territorio de los voconcios, se dirigió a los trigorios⁶², sin ver obstaculizada la marcha en ninguna parte hasta que llegó al río Druencia⁶³. Este río, alpino también, es con mucho el más [10] difícil de vadear de todos los ríos de la Galia, pues a pesar [11] de llevar un enorme caudal no es apto, sin embargo, para las embarcaciones porque al no estar encajonado entre riberas de ninguna clase discurre a la vez por múltiples y no siempre los mismos cauces, por vados y remolinos siempre nuevos, y por eso mismo el paso es inseguro incluso para quien va a pie; arrastra además cantos rodados, y no ofrece ninguna estabilidad ni seguridad al que se mete en él. Se daba [12] además entonces la circunstancia de que venía crecido por

las lluvias, y provocó una gran perturbación entre quienes lo cruzaban, azorados por su propia confusión, aparte de la reinante, y por la confusa algarabía.

*El cónsul Cornelio pasa a Génova a esperar a Aníbal, que tiene
dificultades en el ascenso a los Alpes*

El cónsul Publio Cornelio, unos tres [32] días después de marchar Aníbal de la orilla del Ródano, había llegado en formación cuadrangular al campamento enemigo con el propósito de no diferir el combate ni un instante. Pero al ver las defensas [2] abandonadas y ver que no podrá dar alcance fácilmente a quienes llevaban tanta delantera, retorna a las naves, al mar, con la intención de hacerle así frente a Aníbal con mayor seguridad y facilidad cuando descienda de los Alpes. Sin embargo, para que no quedase [3] desguarnecida de tropas auxiliares romanas Hispania, que le había tocado en suerte como provincia, envía contra Asdrúbal a su hermano Gneo Escipión⁶⁴ con la mayor parte [4] de sus efectivos, con el objeto de proteger a los antiguos aliados y además para desalojar de Hispania a Asdrúbal. [5] Él, con unos efectivos francamente escasos, se dirige de nuevo a Génova⁶⁵ con el propósito de defender Italia con el ejército que estaba en las cercanías del Po.

[6] Aníbal llegó a los Alpes desde el Druencia por una ruta casi toda llana⁶⁶ sin que le crearan dificultades los [7] galos que habitaban aquella comarca. Entonces, aunque ya antes la fama, que suele exagerar lo poco conocido, les había hecho prever la realidad, renovó sin embargo sus prevenciones la altura de las montañas contempladas de cerca, y las nieves casi confundidas con el cielo, y las cabañas irregulares enclavadas en las rocas, el ganado y las bestias de carga encogidas de frío, los hombres desgredados y desaliñados, todo bicho viviente y no viviente entumecido por el frío, y lo demás con un aspecto más desagradable [8] a la vista de lo que se puede contar. Cuando la columna escalaba las primeras rampas, aparecieron apostados sobre las alturas dominantes los montañeses, que, si se hubieran situado en valles escondidos, lanzándose a la lucha de forma repentina, hubieran provocado una desbandada caótica. [9] Aníbal dio la orden de hacer un alto y envió por delante a unos galos para reconocer el terreno; cuando se enteró de que por allí no había paso, estableció el campamento en el valle más amplio que le fue posible, un enclave [10] completamente escarpado y abrupto. Entonces, por medio de los mismos galos, que a decir verdad no se diferenciaban mucho de los montañeses en habla y costumbres y se habían mezclado en sus conversaciones, se enteró de que el desfiladero sólo estaba vigilado durante el día y que por la noche se marchaban cada uno a su casa; al romper el día avanzó hacia las alturas como si tuviera

intención de abrirse paso por el desfiladero abiertamente y a pleno día. Luego, después de dedicar el día a simular otra cosa [11] distinta de la que tramaba, atrincheró el campamento en el mismo lugar donde habían hecho un alto y, cuando se [12] dio cuenta de que los montañeses habían bajado de las alturas y se había relajado la vigilancia, mandó encender hogueras en mayor número del que correspondía a la cifra de los que se quedaban, para dar una falsa impresión, dejó los bagajes con la caballería y la mayor parte de la infantería, y él, con tropas ligeras formadas con los hombres más [13] aguerridos, sale rápidamente del desfiladero y ocupa aquellas mismas alturas que habían estado ocupadas por los enemigos.

Con las primeras luces del día siguiente se levantó [33] el campamento y el resto del ejército inició la marcha. Los montañeses, a una señal dada, acudían ya desde sus [2] refugios al puesto de vigilancia acostumbrado cuando de pronto observan que unos enemigos los amenazan por encima de sus cabezas después de ocupar su reducto defensivo, mientras que otros cruzan por el sendero. Estas dos circunstancias, [3] que se les ofrecieron a la vez a la vista y a la mente, los dejaron paralizados unos instantes; luego, cuando vieron el desbarajuste reinante en el desfiladero y que la columna se embarullaba ella sola con su propio ajetreo, espantándose sobre todo los caballos, convencidos [4] de que cualquier motivo de alarma que ellos añadiesen sería suficiente para acabar con los enemigos, bajaron a la carrera por las irregulares rocas⁶⁷, acostumbrados al [5] terreno impracticable y escarpado. Pues bien, los cartagineses tenían entonces en contra a los enemigos y también las dificultades del terreno, siendo mayor la pugna entre ellos que con el enemigo, al empeñarse cada uno en escapar [6] el primero del peligro. Los caballos hacían especialmente peligrosa la marcha, pues se agitaban espantados por los gritos confusos, amplificados además por el eco de los valles y los bosques, y si por un azar eran golpeados o heridos se excitaban de tal modo que provocaban un [7] enorme caos entre hombres y todo tipo de bagajes; el tropel hizo que se despeñaran desde una altura enorme un buen número de ellos e incluso algunos hombres armados, pues a ambos lados había gargantas verticales y cortadas a pico, y sobre todo las acémilas rodaban con sus cargas [8] como si se derrumbaran. Aunque esto constituía un horrible espectáculo, Aníbal se quedó sin embargo quieto durante algún tiempo y contuvo a los suyos, para no aumentar [9] la confusión y el desconcierto; después, cuando vio que la columna sufría cortes y corría el riesgo de pasar al otro lado con un ejército desprovisto de bagajes y salvado para nada, bajó corriendo desde su posición dominante y, aunque con el propio impulso desbarató al enemigo, también [10] aumentó la confusión entre los suyos. Pero esta confusión se serena en un instante

cuando el camino queda libre con la huida de los montañeses, y en poco tiempo pasan todos [11] no sólo con tranquilidad, sino casi sin ruido. A continuación tomó una fortaleza, que constituía la cabeza de aquella comarca, y las aldeas circundantes, y con la comida y el ganado capturado alimentó durante tres días al ejército; y como no les creaban especiales dificultades ni los montañeses, asustados desde un principio, ni el terreno, adelantó bastante camino en aquellos tres días.

Se llegó después hasta otro pueblo⁶⁸ de muchos habitantes [34] para ser montañeses. Allí estuvo Aníbal a punto de verse copado no en guerra abierta sino con sus propias armas, la astucia y la emboscada. Los jefes, de edad avanzada, [2] de los reductos fortificados, acuden en embajada al cartaginés manifestando que han aprendido de las calamidades ajenas, lección provechosa, y que prefieren experimentar la amistad antes que la violencia de los cartagineses; que, por lo tanto, harán dócilmente lo que se les mande; [3] que acepte provisiones y guías para el camino y rehenes como garantía de su compromiso. Aníbal, considerando [4] que no debía ni creerles por las buenas ni rechazarlos, no fuera a ocurrir que el rechazo los convirtiera en enemigos declarados, respondió con buenas palabras, aceptó los rehenes que le ofrecían, hizo uso de las provisiones que se habían traído para el camino y los siguió como guías, si bien con un orden de marcha completamente distinto al que adoptaría a través de territorio amigo⁶⁹. En la cabeza [5] de la columna iban los elefantes y la caballería; detrás marchaba él mismo con el grueso de la infantería, observándolo todo alrededor con gran cuidado. Al llegar a un estrechamiento [6] del camino, dominado en uno de sus lados por una elevada cima, surgen de una emboscada bárbaros por todas partes, de frente y por la espalda, atacan de cerca y de lejos, y hacen rodar enormes piedras sobre la columna. El mayor número de enemigos atacaba por la espalda. La infantería, [7] que se revolvió contra ellos, demostró claramente que, si no se hubiesen reforzado los extremos de la columna, se habría sufrido un revés muy serio en aquella garganta. [8] Incluso en aquellas circunstancias corrió un peligro extremo y se estuvo al borde de ser aniquilados; en efecto, mientras Aníbal dudaba si hacer que su columna bajase hasta la garganta, porque, así como él servía de cobertura a la caballería, a la infantería sin embargo no le había dejado ningún refuerzo por retaguardia, los montañeses, atacando de través, ocuparon el camino después de cortar la columna por el centro, y Aníbal pasó la noche entera sin la caballería y sin los bagajes.

El paso por la cumbre de los Alpes

[35] Al día siguiente, al perder contundencia las cargas de los bárbaros, se

reagruparon las tropas y se salvó el desfiladero no sin graves pérdidas, mayores sin embargo en bestias de carga que en hombres. [2] A partir de entonces los montañeses lanzaban ya sus ataques con menor frecuencia y más al estilo del bandolerismo que de la guerra, unas veces contra la cabeza y otras contra la retaguardia de la columna, según que el terreno se presentara propicio o los que se adelantaban o rezagaban [3] les brindasen la oportunidad. Los elefantes, así como en los caminos estrechos y empinados⁷⁰ se desplazaban con gran lentitud, sin embargo por dondequiera que avanzaban mantenían a los enemigos alejados de la columna, porque les daba miedo acercarse más, al resultarles algo para ellos insólito.

[4] A los ocho días se llegó a la cima de los Alpes por caminos en gran parte impracticables, con extravíos en la ruta ocasionados o bien por los guías a mala fe o bien, cuando éstos no merecían confianza, por personas que se echaban a adivinar sobre la ruta adentrándose en los valles al azar. Estuvieron acampados en la cima durante dos días [5] y se les concedió un descanso a los soldados, fatigados por los trabajos y los combates, y algunas acémilas que habían resbalado en las rocas llegaron hasta el campamento siguiendo el rastro de la columna. A los hombres, cansados [6] como estaban por la repetición de tantas calamidades, les supuso además un motivo de grave preocupación la caída de la nieve —pues ya declinaba la constelación de las Pléyades⁷¹—. Cuando la columna, después de emprender [7] la marcha al amanecer, avanzaba cansinamente a través de la nieve que lo cubría todo y en todos los semblantes se reflejaba la desgana y la desesperanza, Aníbal, [8] adelantándose a las enseñas, mandó hacer un alto en un promontorio desde el que se divisaba una amplia panorámica en todas direcciones y les mostró a sus hombres Italia, y al pie de las montañas alpinas las llanuras bañadas por el Po; les dice que en esos momentos están franqueando [9] las murallas, no ya de Italia, sino de la propia ciudad de Roma; lo que falta va a ser llano o cuesta abajo; con una batalla, o a lo sumo con un par de ellas, van a tener en sus manos y en su poder la ciudadela y capital de Italia. La columna reemprendió acto seguido la marcha sin que [10] ni siquiera los enemigos hicieran tentativa alguna, salvo asaltos de poca monta cuando la ocasión se les presentaba. Pero el descenso fue mucho más difícil que la subida, y es que la mayor parte de las rutas de los Alpes por la vertiente itálica, si bien son más cortas, son también más pendientes. El camino era, en efecto, casi en su totalidad, [11] abrupto, estrecho, resbaladizo, hasta el punto de que ni podían mantener la estabilidad, al resbalar, ni podían sostenerse firmes sobre sus pies a poco que se desequilibrasen, y caían unos encima de otros y las bestias de carga encima de los hombres.

[36] Se llegó luego a un paso mucho más estrecho de paredes rocosas tan cortadas a pico que apenas si podía bajar un soldado sin equipo, tanteando y agarrándose con las manos a los matorrales y tocones que sobresalían por allí [2] alrededor. El lugar, ya de por sí escarpado, tenía un corte de unos mil pies de profundidad debido a un reciente desprendimiento [3] de tierra. Como los jinetes se detuvieron allí lo mismo que si se tratara del final del camino, Aníbal preguntó extrañado qué les detenía y se informó de que [4] no había paso por la roca. En seguida se adelantó a reconocer personalmente el lugar. Le pareció fuera de toda duda que tendría que conducir al ejército dando un rodeo, aunque de gran diámetro, por un itinerario no transitable [5] ni pisado hasta entonces. Pero resultó infranqueable dicha ruta, pues al haber una nueva capa de nieve de mediano espesor sobre la anterior, intacta, los pies de los que avanzaban se afianzaban con facilidad en la capa blanda y no [6] muy espesa, pero cuando ésta se derretió debido al paso de tantos hombres y acémilas, pisaban sobre el desnudo hielo de debajo y el agua sucia de la nieve derretida. [7] Los esfuerzos eran entonces tremendos, pues el hielo no dejaba que se afianzaran las pisadas y en las pendientes hacía que los pies fallaran antes, de suerte que si se ayudaban con las manos o las rodillas para incorporarse, también estos puntos de apoyo resbalaban, y volvían a caerse; no había por allí tocones o raíces en que poder apoyar el pie o la mano; así, al ir exclusivamente sobre hielo liso [8] y nieve derretida, caían rodando. Los animales de carga al avanzar producían a veces cortes también en la capa de debajo y si caían, al agitar con mayor violencia los cascos en sus esfuerzos por incorporarse, la horadaban más profundamente, de suerte que la mayor parte, como atrapados en un cepo, quedaban inmovilizados en el hielo duro y compacto de gran espesor.

El descenso de los Alpes

Al fin, agotados inútilmente los hombres [37] y las acémilas, establecieron el campamento en la cumbre después de conseguir con enorme trabajo limpiar el lugar para su emplazamiento dada la gran cantidad de nieve que fue preciso remover y transportar.

Después, los soldados que fueron llevados a abrir camino [2] en la roca, único sitio por donde podía haber paso, y como era preciso cortar la peña, talaron y trocearon árboles gigantescos que había por allí cerca y formaron una enorme pila de leños, y como además se había levantado un fuerte viento a propósito para hacer fuego, los encendieron, y cuando la roca estaba abrasada vertieron vinagre⁷² y la deshicieron. Con la roca así al rojo por efecto [3] de las llamas la abren con el hierro y suavizan las rampas con curvas moderadas para hacer posible el descenso no sólo de las acémilas, sino

también de los elefantes. Se consumieron cuatro días en torno a la roca, faltando [4] poco para que las bestias de carga murieran de hambre, pues las cumbres están prácticamente peladas, y si algo de pasto hay, lo cubren las nieves. La zona de más abajo tiene [5] valles, algunas colinas soleadas y ríos cerca de bosques, y espacios ya más apropiados para el hábitat humano. Se envió a los animales a pastar allí y se les concedió un [6] descanso a los hombres, cansados de trabajar para abrir el paso. Tres días después se descendió al llano, siendo ya menos duros tanto la configuración del terreno como el carácter de los habitantes.

[38] Así fue, a grandes rasgos, como se llegó a Italia, cinco meses después de salir de Cartagena, según sostienen algunos historiadores, empleando quince días en vencer los [2] Alpes. Por lo que se refiere al número de tropas con que Aníbal contaba después de pasar a Italia no hay en absoluto acuerdo entre los historiadores. Los que dan las cifras más altas escriben que eran cien mil de a pie y veinte mil de a caballo; los que dan las más bajas, veinte mil de a [3] pie y seis mil de a caballo. Lucio Cincio Alimento, que según él mismo escribe fue hecho prisionero por Aníbal, sería el historiador más creíble si no embarullara las cifras [4] sumando galos y lígures; contando a éstos, pasaron, según él, ochenta mil de a pie y diez mil de a caballo (pero resulta más verosímil que aquéllos se incorporaran en Italia, [5] y así lo sostienen algunos historiadores); pues bien, dice que oyó de labios del propio Aníbal que, después de cruzar el Ródano, había perdido treinta y seis mil hombres y una enorme cantidad de caballos y otras bestias de carga. El primer pueblo con que se encontró al bajar a Italia [6] fue el de los taurinos semigalos⁷³. Como quiera que todos los historiadores están de acuerdo en este punto, me sorprende por ello más que se discuta por dónde cruzó los Alpes y que sea opinión generalizada que lo hizo por el Penino⁷⁴ —y de ahí el nombre que se le puso a dicha cumbre de los Alpes—, mientras que Celio⁷⁵ sostiene que [7] pasó por el macizo de Cremón⁷⁶. Estos dos pasos habrían llevado su descenso no hasta los taurinos, sino en la dirección de los galos libuos a través del territorio de los salasos⁷⁷ montanos. No es verosímil, por otra parte, que [8] estuviesen entonces abiertas esas vías hacia la Galia⁷⁸, y sobre todo las que conducen al Penino, hubiesen estado bloqueadas por pueblos semigermanos. Y tampoco, la [9] verdad, los sedunoveragros⁷⁹ que pueblan dicha cumbre tienen conocimiento de que a estos montes les venga el nombre, si es que a alguien le preocupa esta cuestión, de ningún paso de los cartagineses, sino del que los montañeses llaman Penino, divinidad venerada en lo más alto de la cima⁸⁰.

Preámbulos a la batalla del Tesino: los ejércitos, los generales

Muy oportunamente, en los inicios de [39] las operaciones los taurinos, el pueblo que tenían más próximo, habían desencadenado una guerra contra los ínsubres. Pero Aníbal no podía meter en el conflicto armado a su ejército para ayudar a una de las partes, pues, precisamente mientras se restablecía, experimentaba éste los efectos de las calamidades pasadas anteriormente; en efecto, [2] el paso del trabajo al descanso, de la penuria a la abundancia, del desaliño y la suciedad al aseo, provocaba diferentes reacciones en sus organismos desatendidos y ya casi salvajes. Fue ésta la razón por la cual el cónsul Publio [3] Cornelio, que había llegado con sus naves a Pisa y había recibido de Manlio y Atilio⁸¹ un ejército bisono y acobardado por los recientes reveses, se dirigió al Po a toda prisa para entrar en combate con un enemigo no recuperado aún. [4] Pero cuando el cónsul llegó a Placencia, ya había marchado Aníbal del campamento y había tomado al asalto una ciudad de los taurinos, capital de dicho pueblo, que no [5] había aceptado espontáneamente su amistad; y se habrían unido a él los galos que habitaban en las riberas del Po, no sólo por miedo sino por propia voluntad, si no los hubiera sorprendido la repentina llegada del cónsul cuando estaban estudiando el momento oportuno para pasarse al [6] enemigo. Aníbal marchó también del país de los taurinos, convencido de que, en su incertidumbre sobre qué partido tomar, los galos iban a seguir a quien tuvieran ante ellos. [7] Ya casi se avistaban los ejércitos y habían acudido los generales que, si bien no se conocían aún entre sí lo suficiente, estaban sin embargo imbuidos de cierta admiración mutua; [8] en efecto, el nombre de Aníbal era ya muy famoso entre los romanos antes de la destrucción de Sagunto, y en cuanto a Escipión, Aníbal lo consideraba un guerrero sobresaliente desde el momento que había sido justo el general [9] elegido⁸² para enfrentarse a él; habían además mejorado la opinión que tenían uno del otro: Escipión, porque después de ser dejado en la Galia le había salido al encuentro a Aníbal cuando ya había cruzado a Italia, y Aníbal por haber tenido la audacia de cruzar los Alpes y haberlo [10] conseguido. Sin embargo, Escipión se anticipó a cruzar el Po y, después de trasladar el campamento a orillas del río Tesino, para dar ánimos a sus hombres antes de hacer salir al ejército en orden de batalla, comenzó una arenga en estos términos:

Arenga de Escipión

«Soldados, si yo llevara al frente de batalla [40] el mismo ejército que tenía conmigo en la Galia, me habría ahorrado el dirigiros la palabra; ¿qué necesidad habría, [2] en efecto, de animar tanto a unos jinetes que habían vencido de forma brillante a la caballería enemiga junto al Ródano como a aquella infantería con la que perseguí a este

mismo enemigo en su huida y del que obtuve, si no la victoria, sí la confesión que suponía el retirarse y rehuir el combate? Ahora, puesto que aquel [3] ejército, reclutado para la provincia de Hispania, opera con mi hermano Gneo Escipión bajo mis auspicios allí donde fue voluntad del senado y del pueblo romano que operase, yo, para que tuvieseis un cónsul como general frente [4] a Aníbal y los cartagineses, me brindé de forma personal y voluntaria para esta contienda, y un nuevo general debe dirigir algunas palabras a unos nuevos soldados. No seáis [5] desconocedores de las características de esta guerra ni del enemigo: esos con quienes tenéis que luchar, soldados, son los que vencisteis por tierra y por mar en la última guerra, a los que impusisteis un tributo durante veinte años, a costa de los cuales tenéis Sicilia y Cerdeña como trofeos conquistados en la guerra. Vuestra moral y la de ellos en este [6] combate serán, por tanto, las que corresponden a los vencedores y a los vencidos. Además, ahora no van a combatir ellos por valentía, sino por necesidad, ya que es casi mayor el número de los que perecieron que el de los supervivientes; a no ser que creáis que los que rehusaron el combate [7] cuando su ejército estaba entero abrigan mayores esperanzas después de haber perdido los dos tercios de la infantería y la caballería en la travesía de los Alpes. Ahora bien, [8] diréis, efectivamente son pocos pero vigorosos de cuerpo y espíritu, cuyo vigor y energía apenas hay fuerza alguna [9] capaz de resistir. Todo lo contrario: son espectros, sombras de hombres, muertos de hambre, de frío, de suciedad, de falta de higiene, contusionados y quebrantados entre piedras y rocas; con quemaduras, además, en sus miembros, entumecidos por la nieve sus músculos, consumidos por el intenso frío sus organismos, abolladas y rotas sus [10] armas, renqueantes y sin fuerzas sus caballos. Con esa infantería, con una caballería así vais a combatir; no tenéis un enemigo, sino los últimos restos de un enemigo, y lo único que temo es que a alguien pueda parecerle que, aun siendo vosotros los que combatís, a Aníbal lo vencieron [11] los Alpes. Pero tal vez convenía que fuese así, que con un general y un pueblo que violan los tratados entablasen la guerra y decidiesen su final los propios dioses sin ninguna intervención humana, y que nosotros, que fuimos agraviados después de los dioses, rematásemos la guerra emprendida y decidida».

[41] «No temo que alguno de vosotros vaya a pensar que utilizo grandes palabras para arengaros, pero que son muy [2] otros los sentimientos que abriga mi espíritu. Tuve la posibilidad de ir con mi ejército a Hispania, la provincia que me correspondía, hacia donde había ya emprendido la marcha, donde tendría a mi hermano como partícipe de mis planes y compañero en el peligro, y tendría como enemigo a Asdrúbal en lugar de Aníbal, y una guerra indudablemente [3] de menor envergadura; sin embargo, cuando

bordeaba con mis naves la costa de la Galia, salté a tierra al oír hablar de este enemigo, envié por delante la caballería [4] y fui a acampar junto al Ródano. En una batalla de la caballería, único cuerpo del ejército con que se me dio oportunidad de entrar en combate, desbaraté al enemigo⁸³; en cuanto a su infantería, que se desplazaba de forma precipitada como hacen los que huyen, en vista de que no podía darle alcance por tierra regresé a las naves y, con toda la rapidez que pude en una travesía tan larga por mar y tierra, le salí al paso casi en la base misma de los Alpes a este temible enemigo. ¿Doy la impresión de haberme [5] visto abocado por incauto a una confrontación que rehuía, o más bien la de correr tras sus huellas, hostigarlo y arrastrarlo a un combate decisivo? Resulta interesante [6] comprobar si acaso en el transcurso de veinte años la tierra ha sacado a la luz de repente otros cartagineses distintos, o si son los mismos que combatieron en las islas Egates y a los que dejasteis marchar del Érice valorados en dieciocho denarios cada uno; y si este Aníbal es un émulo de [7] los viajes de Hércules⁸⁴, como él mismo pretende, o es el mismo vasallo estipendiario y esclavo del pueblo romano que dejó su padre. Él, si el crimen de Sagunto no lo trajera [8] desasosegado, se acordaría sin duda si no de la derrota de su patria, sí al menos, de su casa, y de su padre, y de los tratados suscritos por la mano de Amílcar, que por [9] orden de nuestro cónsul sacó su destacamento del Érice, que aceptó a la trágala y abatido las duras condiciones impuestas a los cartagineses vencidos, que cedió Sicilia pactando el pago de un tributo al pueblo romano.

Por lo tanto, soldados, mi deseo sería que peleaseis [10] no ya con el coraje acostumbrado contra otros enemigos, sino con una especie de indignación y de rabia, como si vieseis a vuestros esclavos dirigir de pronto sus armas contra vosotros. Pudimos acabar con ellos por hambre, el más [11] espantoso de los sufrimientos humanos, cuando estaban atrapados en el Érice; pudimos llevar hasta África nuestra flota victoriosa y en cosa de unos días destruir Cartago [12] sin ning una resistencia; les dimos cuartel cuando suplicaban, les dejamos salir del asedio teniéndolos cercados, hicimos la paz con ellos cuando estaban vencidos, más tarde los consideramos tutelados nuestros cuando les ponía en [13] aprieto la guerra de África. En pago de este trato de favor vienen a atacar nuestra patria siguiendo a un muchacho que no está en sus cabales. ¡Y ojalá fuera éste para vosotros un combate por la gloria tan sólo, y no por la supervivencia! [14] No tenéis que batiros por la posesión de Sicilia y Cerdeña como se hacía en otro tiempo, sino por Italia. [15] Y no hay detrás de nosotros otro ejército que haga frente al enemigo si nosotros no vencemos, ni hay otros Alpes que nos permitan aprestar nuevos refuerzos mientras son atravesados; es preciso cerrarles el paso aquí, soldados, como [16] si

peleáramos delante de las murallas de Roma. Piense cada uno de vosotros que protege con sus armas no su propio cuerpo, sino a su mujer y a sus hijos pequeños, y no esté sólo preocupado por sus bienes privados, sino que constantemente tenga presente que en nuestras manos tienen puestos sus ojos en estos momentos el senado y el [17] pueblo romano: como sea nuestra fuerza y nuestro valor, así va a ser en adelante la suerte de la ciudad de Roma y de su imperio».

Aníbal convierte a los prisioneros en soldados suyos

[42] Así habló el cónsul a los romanos. Aníbal, convencido de que a los soldados había que estimularlos con hechos más que con palabras, formó al ejército en círculo como para un espectáculo, colocó en el centro encadenados a los montañeses prisioneros y arrojando ante ellos armas de galos ordenó al intérprete que les preguntara si alguno quería batirse a hierro si se le soltaban las ligaduras, y en caso de resultar vencedor se le entregaban armas y un caballo. Como todos de forma unánime [2] reclamaban las armas de combate, se echó a suertes con ese objeto y cada uno de ellos deseaba ser el elegido por la suerte para tal combate, y a medida que iban saliendo [3] sus nombres, llenos de euforia, saltando de alegría mientras los felicitaban, cogían a toda prisa las armas dando saltos como es costumbre entre ellos. Y cuando combatían, [4] la actitud tanto de los que estaban en su misma situación como de la generalidad de los espectadores era tal, que se elogiaba la suerte de los que morían valientemente tanto como la de los vencedores.

Arenga de Aníbal

Después de impresionarlos de esta [43] forma con el espectáculo de unos cuantos pares de combatientes, mandó retirarse a sus hombres, y reuniéndolos luego en asamblea dicen que les habló así: «Si esa misma actitud que habéis tenido hace un rato ante [2] el espectáculo de la suerte ajena la tenéis también dentro de poco al sopesar vuestra propia suerte, nuestra victoria es cosa hecha, soldados; y es que aquello, además de un espectáculo, era una especie de reflejo de vuestra situación. No sé incluso si la fortuna no os rodeó de cadenas más [3] fuertes y de necesidades más apremiantes, a vosotros que a vuestros prisioneros. Por la derecha y por la izquierda [4] nos cierran dos mares, sin que tengamos ni una nave siquiera para escapar; por delante, el Po, más caudaloso e impetuoso que el Ródano; por la espalda nos cierran los Alpes, que costó trabajo cruzar cuando estabais en plenitud de fuerzas. Es preciso vencer o morir, soldados, allí [5] donde se produzca el primer encuentro con el enemigo. Y la misma fortuna que os

impuso la inevitabilidad de luchar os pone delante unas recompensas tan grandes, si vencéis, que no las suelen esperar mayores los hombres ni si [6] quiera de los dioses inmortales. Aunque tan sólo fuésemos a recuperar con nuestro valor Sicilia y Cerdeña, arrebatadas a nuestros padres, bastante grande sería ya la recompensa; todo cuanto poseen los romanos, conseguido y acumulado con tantos triunfos, va a ser vuestro junto con [7] sus propios dueños. Por este botín tan espléndido, vamos, pues, empuñad las armas con la benévola ayuda de los [8] dioses. Bastante tiempo lleváis corriendo detrás del ganado en los desolados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver [9] ningún pago a tantos trabajos y peligros; ya es hora de que hagáis una campaña abundante y fructífera y recibáis una recompensa cumplida por vuestro trabajo tras recorrer una travesía tan larga por medio de tantos montes y ríos y tantos [10] pueblos en armas. Aquí ha puesto la fortuna punto final a vuestros trabajos; aquí os concederá una digna paga al licenciarnos una vez finalizado vuestro servicio militar. [11] Y no vayáis a pensar que la victoria va a ser tan difícil por grande que sea la fama de esta guerra; más de una vez un enemigo menospreciado libró una batalla sangrienta, y pueblos y reyes célebres fueron vencidos sin gran dificultad. [12] Pues aparte de ese relumbrón del nombre de Roma, [13] ¿en qué se les puede comparar a vosotros? Para no hablar de vuestros veinte años de campaña con tanto valor y tanta fortuna: habéis llegado hasta aquí desde las columnas de Hércules, desde el Océano, desde el último confín de la tierra, saliendo vencedores por entre tantos y tan salvajes [14] pueblos de Hispania y de la Galia; vais a combatir contra un ejército bisono, hecho trizas este mismo verano, vencido, asediado por los galos, desconocido aún por su general, [15] al que a su vez tampoco conoce. ¿Es que yo, si no nacido, al menos criado en la tienda de mando de mi padre, general brillantísimo; yo, dominador de Hispania y de la Galia, vencedor además no ya de los pueblos alpinos, sino de los propios Alpes, que es mucho más, me voy a comparar con ese general de seis meses que abandonó a su ejército? Ése, si alguien hoy se lo mostrase a los cartagineses [16] y a los romanos quitadas las enseñas, doy por seguro que no sabría de cuál de los dos ejércitos es cónsul. No le doy yo poca importancia, soldados, al hecho de que [17] no hay entre vosotros ni uno solo ante cuyos ojos no haya yo personalmente realizado en más de una ocasión alguna brillante acción de armas, ni uno solo a quien yo mismo, espectador y testigo de su valor, no pueda recordarle sus hazañas detallando fecha y lugar. Con vosotros, a los que [18] yo he elogiado y galardonado mil veces, yo, discípulo de todos vosotros antes que general, saldré al frente de combate contra quienes son mutuamente desconocedores y desconocidos».

«A dondequiera que vuelvo los ojos a mi alrededor, [44] veo valor y energía

llenándolo todo: una infantería veterana, unos jinetes de los más nobles pueblos, que montan con freno o sin él⁸⁵; vosotros, los aliados, muy leales [2] y valientes; vosotros, los cartagineses, que estáis dispuestos a luchar por la patria y con una más que justificada indignación. Traemos la guerra, y en son de guerra hemos bajado [3] a Italia, tanto más dispuestos a pelear con mayor audacia y valentía que el enemigo cuanto mayores son las esperanzas y mayor es el coraje de quien lanza el ataque que el de quien se defiende. Sirven además de acicate a nuestros [4] ánimos el dolor, los agravios, el trato indigno. Primero me reclamaron a mí, al general, para someterme a suplicio, después a vosotros, a todos los que hubierais atacado Sagunto; una vez entregados, estaban dispuestos a aplicar los más duros suplicios. Pueblo extremadamente cruel y [5] orgulloso, todo lo convierte en suyo y sometido a su capricho; se cree con derecho a imponernos con quiénes, y en qué condiciones, hemos de estar en guerra y con quiénes en paz. Acota y nos encierra dentro de unos límites de montes y ríos que no debemos sobrepasar, y no respeta esos [6] mismos límites que ha establecido. «¡No cruces el Ebro! ¡No te metas en los asuntos de los saguntinos!» ¿Está junto al Ebro Sagunto? «¡No te muevas de tu sitio en ninguna [7] dirección!» ¿No te basta con haberme quitado las provincias de Sicilia y Cerdeña, más desde muy antiguo? Quieres quitarme también las Hispanias, y si me retiro de allí pasarás a África. ¿Pasarás, digo? Has pasado ya, afirmo. A los dos cónsules del presente año los enviaron uno a África y el otro a Hispania. No nos queda nada en ninguna parte, sólo lo que reivindicemos por la vía de las armas. [8] Pueden permitirse ser pusilánimes y cobardes los que tienen a dónde volver la vista tras de sí, a los que acogerán su tierra y sus campos en su huida por territorios seguros y en paz; vosotros no tenéis más remedio que ser guerreros valientes, y al estar cerrada cualquier otra salida que no sea la victoria o la muerte por faltar por completo una esperanza, o vencéis, o si la fortuna se tambalea buscáis [9] la muerte en el combate antes que en la huida. Si todos tenéis esto bien grabado⁸⁶ y decidido en vuestra mente, os lo vuelvo a repetir, habéis vencido; los dioses inmortales no le han concedido al hombre ninguna otra arma más poderosa que el desprecio a la muerte».

Movimientos previos; batalla del Tesino

Cuando la fiebre del combate había penetrado [45] en el ánimo de los soldados de uno y otro bando con estas arengas, los romanos tienden un puente sobre el Tesino y para protegerlo construyen además un fuerte; el cartaginés, mientras los enemigos están ocupados [2] en dicha tarea, envía a Maharbal con un escuadrón de quinientos jinetes nómadas a saquear los campos de los aliados del pueblo romano; da orden de que se

ponga el [3] mayor cuidado en respetar a los galos y de incitar a sus jefes a la defección. Terminado el puente, el ejército romano cruza hasta el territorio de los ínsubres y hace alto a cinco millas de Victúmulas⁸⁷. Allí tenía Aníbal su campamento; [4] hizo volver a toda prisa a Maharbal y sus jinetes, pues veía que el combate era inminente, y persuadido de que nunca era bastante lo que les había dicho y advertido a los soldados para animarlos los convoca a asamblea y les anuncia las recompensas seguras en cuya expectativa van a luchar: les piensa dar tierras en Italia, África o Hispania, [5] donde cada uno prefiera, libres de impuestos para quien las reciba y para sus hijos; al que quiera mejor dinero que tierras, lo satisfará en efectivo; a aquellos aliados [6] que quieran convertirse en ciudadanos cartagineses les dará esa posibilidad, y en cuanto a los que prefieran volver a su patria, él se encargará de que no deseen cambiar su suerte por la de ninguno de sus compatriotas. También [7] a los esclavos que han seguido a sus amos les promete la libertad y por cada uno de ellos promete entregar a sus amos dos esclavos. Y para que sepan que estas promesas [8] serán firmes, sujeta con la mano izquierda un cordero y con la derecha un pedernal y pide a Júpiter y los demás dioses que, si no cumple, lo inmolen lo mismo que él inmola al cordero, y hecha la súplica le rompe al animal [9] la cabeza con la piedra⁸⁸. Entonces, como si individualmente hubiesen recibido de los dioses garantías de lo que esperaban, todos unánimemente, persuadidos de que lo único que retrasaba el que se hiciesen con lo prometido era el no estar ya peleando, piden al unísono el combate.

[46] No había, ni mucho menos, tanta fiebre entre los romanos, aterrados, aparte de todo lo demás, por prodigios [2] recientes, pues un lobo había penetrado en el campamento y después de desgarrar a cuantos encontró en su camino había escapado indemne, y también un enjambre de abejas se había posado en un árbol que se erguía sobre la tienda [3] del general. Conjurados estos prodigios con sacrificios expiatorios, salió Escipión con la caballería y tiradores ligeros en dirección al campamento enemigo para observar de cerca el volumen y el tipo de tropas y se encontró con Aníbal que a su vez se había adelantado con la caballería [4] para inspeccionar el contorno. Al principio, ni unos ni otros veían a los contrarios; después, la densa polvareda levantada al paso de tantos hombres y caballos sirvió de señal de que se acercaban los enemigos. Ambas formaciones hicieron [5] alto y se prepararon para el combate. Escipión coloca a los tiradores y a los jinetes galos en el frente, y a los romanos y las fuerzas aliadas con que contaba, en la reserva; Aníbal sitúa en el centro a los jinetes que usan [6] frenos y con los nómadas refuerza las alas. Apenas dado el grito de combate, los tiradores se replegaron a segunda línea entre las fuerzas de reserva. Tuvo lugar entonces el combate

de la caballería, incierto por algún tiempo; luego, como espantaban a los caballos los soldados de a pie mezclados entre ellos, porque muchos habían caído de los caballos o habían saltado al suelo al ver que los suyos eran rodeados y acosados, la lucha había derivado en gran medida a combate de infantería hasta que los nómadas que [7] se encontraban en las alas dieron un pequeño rodeo y se presentaron por la espalda. Esta maniobra hizo que el pánico cundiera entre los romanos, pánico que incrementó una herida recibida por el cónsul con el consiguiente peligro, conjurado gracias a la intervención de su hijo, apenas un adolescente por entonces. Era éste el joven al que iba [8] a corresponder la gloria de haber dado fin a esta guerra, llamado Africano por su brillante victoria sobre Aníbal y los cartagineses. Sin embargo, la huida en desbandada se [9] produjo sobre todo entre los tiradores, a los que atacaron en primer lugar los nómadas; la caballería que quedaba, apiñados para proteger no sólo con sus armas sino incluso con su cuerpo al cónsul, al que habían acogido en medio, lo llevó de nuevo al campamento sin que la retirada fuese en ningún momento nerviosa ni desordenada. Celio atribuye [10] a un esclavo de origen lígur el honor de haber salvado al cónsul; yo prefiero, no obstante, creer que es verdad lo que con relación a su hijo contaron mayor número de historiadores y conservó la tradición.

Movimientos de tropas en torno a Placencia y luego al Trebia

Ésta fue la primera batalla contra Aníbal; [47] en ella quedó de manifiesto que el cartaginés era superior con la caballería, y que por esa razón los espacios abiertos, como los que hay entre el Po y los Alpes, no eran los apropiados para el desarrollo de las operaciones bélicas por parte de los romanos. Por tanto, la noche [2] siguiente, dando orden a los soldados de recoger los bagajes en silencio, se levantó el campamento de la zona del Tesino y se avivó la marcha hacia el Po para que cruzaran las tropas por el puente de balsas que unía las orillas del río y que todavía no había sido desarmado⁸⁹, sin tumulto [3] y sin acoso por parte del enemigo. Llegaron a Placencia antes de que Aníbal supiese con certeza que se habían marchado del Tesino; no obstante, apresó a unos seiscientos rezagados en la orilla del Po que tenía más cerca mientras soltaban sin darse mucha prisa las amarras de las balsas. No pudo cruzar el puente, pues una vez sueltas las amarras de los extremos, todo el entramado de balsas [4] se deslizó a favor de corriente. Celio sostiene que Magón con la caballería y los soldados hispanos de a pie cruzó inmediatamente el río a nado, y que el propio Aníbal hizo pasar al ejército al otro lado por puntos vadeables que había Po arriba, colocando en fila los elefantes como barrera [5] para refrenar la fuerza de la corriente. A los que conocen bien este río les costará

creer estos extremos, pues no es verosímil que los jinetes venciesen, con armas y caballos a salvo, una corriente tan fuerte —y eso suponiendo que todos los hispanos cruzasen sobre odres inflados—, y por otra parte tendrían que emplear muchos días de rodeo para llegar a los vados del Po por los que pudiese cruzar [6] el ejército cargado con la impedimenta. Para mí están más autorizados los historiadores que dicen que en apenas dos días encontraron un lugar a propósito para comunicar mediante balsas las orillas del río, y que por allí fueron enviados por delante con Magón la caballería y los hispanos [7] ligeros. Mientras Aníbal, que se entretuvo junto al río escuchando a unos embajadores de los galos, hace pasar a la infantería sobrecargada, Magón y la caballería, entretanto, en una jornada de marcha avanzan hacia Placencia en dirección al enemigo. Aníbal pocos días más tarde atrincheró [8] su campamento a seis millas de Placencia⁹⁰ y al día siguiente a la vista del enemigo formó el frente y presentó batalla.

A la noche siguiente, en el campamento romano los galos [48] de reserva llevaron a cabo una matanza, siendo mayor sin embargo la alarma que los daños. Cerca de dos mil [2] soldados de a pie y doscientos de a caballo se pasaron a Aníbal después de degollar a los centinelas de las puertas; el cartaginés les dirigió palabras acogedoras y después de provocar en ellos la expectativa de recompensas muy sustanciosas los envió a cada uno a su ciudad a ganarse las voluntades de sus compatriotas. Escipión, interpretando [3] aquella masacre como un indicio de la defección de todos los galos, que acudirían a las armas contagiados por aquella mala acción como si se les hubiera inoculado la rabia, a pesar de que aún se resentía mucho de su herida, emprendió [4] sin embargo la marcha en silencio durante el cuarto relevo de la guardia de la noche siguiente, trasladando su campamento a orillas del Trebia, a un emplazamiento más elevado esta vez: unas colinas con dificultades de acceso para la caballería. Pasó menos desapercibido que en [5] el Tesino, y Aníbal, enviando primero a los númidas y después a toda la caballería, habría sin duda desbaratado la zaga de la columna de no haberse desviado los númidas, en su afán de botín, hacia el campamento romano abandonado. Mientras pierden allí tiempo registrando cada rincón [6] del campamento sin encontrar nada que justifique suficientemente el retraso, dejan que el enemigo se les escape de las manos, y cuando avistan a los romanos ya habían cruzado el Trebia y estaban haciendo el trazado del campamento; dieron muerte a unos pocos rezagados, a los que [7] cortaron el paso al lado de acá del río. Escipión no podía aguantar más las molestias de la herida enconada por la marcha; considerando, por otra parte, que debía esperar a su colega —pues tenía noticias de que ya se le había llamado de Sicilia—, escogió cerca del río el emplazamiento que le pareció más seguro para un campamento estable [8] y lo fortificó.

Aníbal, que había acampado no lejos de allí⁹¹, con la moral crecida por la victoria de la caballería, pero en la misma medida preocupado por la penuria que era más acuciante cada día al avanzar por tierras enemigas sin tener preparados previamente víveres en ninguna parte, [9] envió hombres a Clastidio⁹², poblado en el que los romanos habían reunido gran cantidad de trigo. Allí, cuando estaban preparando un golpe de fuerza, se les presentó la posibilidad de una traición, y por un precio, la verdad, no muy elevado, cuatrocientas monedas de oro, el prefecto de la guarnición, Dasio de Brundisio, fue sobornado y Clastidio le fue entregado a Aníbal. Éste fue el granero de los cartagineses mientras estuvieron acampados cerca del Trebia. [10] A los prisioneros procedentes de la entrega de la guarnición no se les dieron malos tratos de ninguna clase, con el fin de ganar fama de clemencia desde el comienzo de las operaciones.

La guerra por mar. El cónsul Sempronio se dirige al Trebia

Mientras que la guerra por tierra se había [49] estancado en el Trebia, la acción se desarrolló entretanto en torno a Sicilia y las islas cercanas a Italia por parte del cónsul Sempronio, y antes de su llegada, por tierra y por mar. Los cartagineses enviaron veinte quinquerrems [2] con mil hombres armados para devastar la costa de Italia; nueve de ellas dirigieron su rumbo hacia las Líparas⁹³ y ocho a la isla de Vulcano; a tres las arrastró la corriente hacia el estrecho. Al avistarlas desde Mesina [3] envió doce naves Hierón⁹⁴, rey de Siracusa, que precisamente entonces se encontraba en Mesina esperando al cónsul romano, y sin que nadie opusiera resistencia apresaron las naves y las condujeron al puerto de Mesina. Se supo [4] por los prisioneros que, además de las veinte naves de la flota a la que ellos pertenecían, enviadas a Italia, otras treinta y cinco quinquerrems se dirigían a Sicilia para tratar de atraerse a los antiguos aliados; que su principal objetivo [5] era la ocupación de Lilibeo⁹⁵; que, según creían, la misma tempestad que los había dispersado a ellos habría empujado a dicha flota hacia las islas Egates. Todo esto [6] tal y como lo había oído se lo detalló el rey por escrito al pretor Marco Emilio, a quien correspondía la provincia de Sicilia, y le aconsejó que protegiera Lilibeo con una fuerte guarnición. También el pretor, inmediatamente, envió [7] legados y tribunos a las ciudades del contorno para que sus habitantes se aplicasen a organizar la defensa y sobre [8] todo proteger Lilibeo con todo el dispositivo bélico mediante la publicación de un edicto, disponiendo que la marinería llevase a las naves raciones de víveres para diez días y cuando se diese la señal nadie demorase el embarco ni un instante; se enviaron también por toda la costa vigías para que estuviesen ojo avizor

desde sus atalayas a la llegada de la flota enemiga.

[9] De esta forma, aunque los cartagineses habían reducido adrede la marcha de sus naves para aproximarse a Lilibeo antes del amanecer, se advirtió su llegada porque brillaba la luna toda la noche y avanzaban con los aparejos [10] desplegados. Inmediatamente se hizo la señal desde los puntos de observación y en la ciudad se gritó «¡a las armas!» y subieron a las naves; los soldados se situaron unos en las murallas y en los puestos de vigilancia de las puertas [11] y otros en las naves. Los cartagineses, como veían que no se las iban a haber con hombres cogidos por sorpresa, no tocaron puerto al amanecer, empleando ese tiempo en arriar los aparejos y preparar la flota para el combate. [12] Nada más amanecer retiraron la escuadra hasta alta mar, para que hubiese espacio para la batalla y pudiesen las naves [13] enemigas salir libremente del puerto. Tampoco los romanos rehusaron el combate, confiados tanto en el recuerdo de las hazañas llevadas a cabo en aquel mismo escenario⁹⁶ como en el número y el valor de sus soldados.

[50] Tan pronto salieron a alta mar, los romanos querían [2] entrar en combate y medir de cerca sus fuerzas; por el contrario, los cartagineses los eludían y preferían desarrollar la acción a base de estrategia, no de fuerza, y hacer que se enfrentaran las naves, no los hombres y sus armas, pues tenían una flota tan bien dotada de tripulación como [3] escasa de soldados, y si en algún momento fuera abordada una nave, sus combatientes no podían luchar desde ella en igualdad numérica ni mucho menos. Cuando se cayó [4] en la cuenta de esta circunstancia, la superioridad numérica les elevó la moral a los romanos, y a los cartagineses se la bajó su inferioridad. En un instante, siete naves púnicas [5] fueron rodeadas; las demás emprendieron la huida. En las naves capturadas había mil setecientos hombres contando soldados y tripulación, entre ellos tres nobles cartagineses.

La escuadra romana regresó al puerto intacta, con sólo [6] una nave perforada pero que volvió por sí misma.

Después de esta batalla, cuando los que estaban en Mesina [7] no sabían aún de ella llegó el cónsul Tiberio Sempronio a Mesina. Cuando enfilaba el estrecho, el rey Hierón salió a su encuentro con una escuadra equipada y, pasando [8] de la nave real a la del cónsul, se congratuló de que hubiera llegado con su ejército y sus naves sin novedad y le deseó una travesía a Sicilia próspera y feliz; le expuso [9] a continuación la situación de la isla y las tentativas de los cartagineses, y prometió que ahora en su vejez ayudaría al pueblo romano con el mismo espíritu con que le había ayudado en su juventud en la guerra anterior; que él [10] suministraría de forma gratuita trigo y ropas para las legiones

del cónsul y las tripulaciones; dijo que el peligro que corrían Lilibeo y las ciudades de la costa era grande, y que a algunos les gustaría que se produjese un cambio.

Por estas razones le pareció al cónsul que no debía dudar [11] ni un momento en dirigirse a Lilibeo con su flota. También el rey y su flota marcharon cuando él. Más tarde, ya en plena travesía, se enteraron de la batalla habida en Lilibeo y de que las naves del enemigo habían sido dispersadas o capturadas.

[51] El cónsul despidió a Hierón y a la flota real, dejó un pretor para defender la costa de Sicilia y él cruzó de Lilibeo hacia la isla de Malta, que estaba en poder de los cartagineses. [2] A su llegada le es entregado Amílcar, hijo de Gisgón, jefe de la guarnición, junto con poco menos de dos mil soldados, así como la plaza juntamente con la isla. Pocos días más tarde retornó de allí a Lilibeo, y los prisioneros, a excepción de los varones de ilustre nobleza, fueron vendidos por el cónsul y el pretor en subasta pública. [3] Cuando al cónsul le pareció que Sicilia estaba suficientemente protegida por aquel lado, pasó a las islas de Vulcano⁹⁷, porque corría la voz de que estaba allí surta la escuadra cartaginesa; pero no se encontró ni un enemigo en [4] el contorno de aquellas islas; casualmente ya se habían hecho a la mar para devastar la costa de Italia y después de saquear el territorio de Vibo⁹⁸ amenazaban también [5] la ciudad. Cuando el cónsul iba a regresar a Sicilia se le informa del desembarco efectuado por el enemigo en territorio de Vibo y se le entrega una carta remitida por el senado hablándole del paso de Aníbal a Italia y de que [6] cuanto antes acuda en ayuda de su colega. Indeciso ante tantos motivos de preocupación simultáneos embarcó de inmediato al ejército y lo envió a Arimino por el mar Adriático⁹⁹, encargó al legado Sexto Pomponio de la defensa del territorio vibonense y la costa de Italia con veinticinco [7] naves largas, y al pretor Marco Emilio le completó la flota hasta un total de cincuenta navíos. Él, después de tomar en Sicilia las medidas pertinentes, bordeando con diez naves la costa de Italia llegó a Arimino. Desde allí emprendió la marcha con su ejército en dirección al río Trebia y se reunió con su colega.

Disparidad de criterios tácticos entre los dos cónsules

Ahora, el hecho de enfrentarse a Aníbal [52] los dos cónsules y todos los efectivos con que Roma contaba ponía suficientemente de manifiesto que o bien se podía defender el imperio romano con aquellas tropas o no había ninguna otra esperanza. Sin embargo, [2] uno de los cónsules, achicado por un único combate de caballería y por su herida, prefería retrasar las operaciones; el otro, más animado por sus acciones recientes y por ello más envalentonado, no admitía dilación alguna. El territorio [3] que hay entre el

Trebia y el Po lo habitaban entonces los galos, que adoptando una postura ambigua ante la confrontación entre dos pueblos poderosísimos esperaban el agradecimiento decidido del vencedor. A los romanos [4] esto les bastaba con tal que se estuvieran quietos, pero el cartaginés lo llevaba muy a mal, repitiendo una y otra vez que él había venido porque los galos lo habían llamado para liberarlos. Irritado por esta razón, y al mismo [5] tiempo para alimentar a la tropa con el botín, dio orden de que dos mil hombres de a pie y mil jinetes, númidas en su mayor parte aunque también había algunos galos entre ellos, entrasen a saco en todo el territorio desde allí hasta la ribera del Po. Necesitados de ayuda los galos, a [6] pesar de que hasta entonces habían mantenido una actitud neutral, forzados por los autores del desmán se inclinan hacia quienes podían ser sus vengadores y envían embajadores ante el cónsul pidiendo la ayuda de los romanos para una tierra que estaba en dificultades por la excesiva lealtad de sus habitantes hacia los romanos. A Cornelio no [7] le gustaba ni el motivo ni el momento para entrar en acción, y recelaba de aquella gente por sus muchas traiciones y en concreto por la reciente deslealtad de los boyos, suponiendo que el tiempo hubiese hecho olvidar las demás. [8] Sempronio, por el contrario, pensaba que, para mantener fieles a los aliados, el vínculo más sólido era la defensa [9] de los que primero habían necesitado ayuda. Mientras su colega andaba en dudas, envía a su caballería, a la que suma mil hombres de a pie casi todos tiradores, a defender [10] el territorio galo del otro lado del Trebia. Como cayeron por sorpresa sobre unos soldados dispersos y sin orden, cargados además con el botín la mayor parte, provocaron enorme alarma y muerte y les hicieron huir hasta el campamento y los puestos de guardia enemigos; rechazados entonces al salir gran número de hombres, restablecieron de nuevo [11] el combate con la ayuda de los suyos. La lucha tuvo alternativas a partir de ese momento a favor de perseguidores o perseguidos, y aunque hasta el último momento estuvo equilibrado el combate, como las bajas sufridas fueron más, sin embargo, por parte del enemigo, la victoria les fue atribuida a los romanos.

[53] Pero a nadie le pareció ésta más importante y completa que al propio cónsul; estaba henchido de gozo por haber vencido él con la clase de tropas con que había sido vencido [2] el otro cónsul: se les había devuelto y rehecho la moral a los soldados y no había nadie que quisiera una dilación de la lucha a excepción de su colega; éste, más afectado en su ánimo que en su cuerpo, sentía alergia al campo de batalla y a las armas arrojadizas por el recuerdo de su herida; [3] pero él no iba a hacerse viejo al lado de un enfermo; ¿por qué, pues, andarse con más dilaciones y pérdidas de tiempo? ¿Esperar por un tercer cónsul, por otro ejército? [4] El campamento de los cartagineses estaba en Italia y casi a la vista de Roma; no iba dirigido el ataque contra Sicilia y Cerdeña, arrebatadas a

los vencidos, ni contra la Hispania del otro lado del Ebro, sino que se trataba de expulsar a los romanos del suelo patrio, de la tierra en que habían nacido. «¡Cuánto no se lamentarían nuestros padres», decía, [5] «habitados a hacer la guerra en torno a las murallas de Cartago, al vernos a nosotros, vástagos suyos, dos cónsules y dos ejércitos consulares, temblando de miedo en plena Italia en el interior del campamento mientras que el cartaginés ha extendido su dominio sobre el territorio que va de los Alpes al Apenino!». Esto trataba sentado [6] al lado de su colega enfermo, y lo trataba delante del pretorio casi como si estuviera dirigiendo una arenga. Lo acicateaba además la proximidad de la fecha de las elecciones, por temor a que se aplazase la guerra hasta el nuevo consulado, y la oportunidad de hacer recaer sobre él solo la gloria mientras estaba enfermo su colega. Y así, mientras [7] que Cornelio mostraba su desacuerdo inútilmente, ordenó que los soldados estuviesen listos para un próximo combate.

Aníbal, como sopesaba qué sería lo más conveniente para el enemigo, apenas abrigaba alguna esperanza de que los cónsules fuesen a dar algún paso de forma temeraria y sin tomar precauciones; pero como sabía que el carácter [8] de uno de ellos, al que había conocido de oídas primero y por experiencia después, era impetuoso y orgulloso y suponía que se habría vuelto más orgulloso aún con el triunfo sobre sus merodeadores, no descartaba la posibilidad de una oportunidad de entrar en acción. Para no dejar [9] escapar dicha oportunidad ni por un instante, estaba vigilante y en guardia, mientras los soldados del enemigo eran bisoños, mientras el mejor de los generales estaba inutilizado por su herida, mientras se mantenían con buena [10] moral los galos, que sabía que en su inmensa mayoría le iban a seguir tanto más remisos cuanto más los alejara de su [11] patria. Como por estas razones y otras semejantes estaba a la espera de un combate próximo y deseaba provocarlo si se hacía esperar, y como los espías galos, más seguros para detectar lo que él quería porque militaban en ambos campamentos, le informaron de que los romanos estaban preparados para el combate, el cartaginés comenzó a buscar por los alrededores un sitio para una emboscada.

Aníbal tiende una emboscada

[54] En el terreno intermedio corría un arroyo cerrado por taludes laterales muy altos, ambos tupidos de hierbajos de pantano y de los matojos y zarzas que suelen cubrir los terrenos no cultivados. Cuando se dio una vuelta y comprobó con sus propios ojos que dicho lugar tenía escondrijos suficientes para ocultar incluso [2] a los hombres a caballo dijo a su hermano Magón: «Ésta es la posición que vas a ocupar. Escoge cien hombres de entre toda la infantería y de la caballería y preséntate a mí con ellos durante

el primer relevo de la guardia; ahora es tiempo de reponer fuerzas». A continuación despidió [3] al consejo militar. Al poco tiempo se presentaba Magón con los que había elegido. «Veo que sois guerreros aguerridos», dijo Aníbal, «pero para que seáis fuertes en número también, no sólo en arrojo, escoged cada uno de vosotros entre los escuadrones y manípulos a otros nueve como vosotros. Magón os señalará el lugar donde apostaros, contáis con un enemigo que no ha abierto los ojos a estos [4] ardides de guerra». Despedido así Magón con los mil hombres de a caballo y los mil de a pie, ordena Aníbal que al amanecer los jinetes númidas crucen el río Trebia y cabalguen ante las puertas del enemigo y lanzando proyectiles sobre los puestos de guardia inciten al enemigo a la pelea, y que luego, una vez enzarzados en el combate, replegándose poco a poco los arrastren a este lado del río. Éstas fueron las órdenes dadas a los númidas; al resto de [5] los mandos de infantería y caballería se les dieron instrucciones para que diesen orden de que todos comiesen y después esperasen armados la señal con los caballos ensillados.

Ante el ataque de los númidas, Sempronio, ansioso de [6] pelea, primero hizo salir a toda la caballería, cuerpo del que se sentía orgulloso, después a seis mil hombres de infantería, finalmente a la totalidad de las tropas, de acuerdo con un plan decidido de antemano. Casualmente era [7] la estación invernal, y era un día de nieve en la zona comprendida entre los Alpes y el Apenino, muy helada además debido a la proximidad de ríos y lagunas. A esto hay que [8] añadir que se hizo salir a toda prisa a hombres y caballos sin tomar alimento antes y sin echar mano de nada con que combatir el frío: no tenían ningún calor por dentro y, cuanto más se acercaban a la brisa del río, más penetrante era la fuerza con que soplaba el aire frío. Pero [9] cuando, en su persecución de los númidas que retrocedían, penetraron en el agua —y había crecido con la lluvia caída durante la noche, llegándoles hasta el pecho—, entonces, incluso después de salir, sus miembros quedaron de tal forma ateridos que apenas si tenían fuerzas para sostener las armas y desfallecían de cansancio y al mismo tiempo de hambre, al ir avanzando ya el día.

Batalla del Trebia

Entretanto los hombres de Aníbal encendían [55] hogueras delante de las tiendas y hacían circular por los manípulos aceite para suavizar las articulaciones, y se alimentaban con calma; tan pronto se anunció que el enemigo había cruzado el río, bien dispuestos anímica y físicamente empuñan las armas y salen al [2] campo de batalla. Aníbal sitúa a los baleares delante de las enseñas y las tropas ligeras, unos ocho mil hombres, y detrás a

la infantería de armamento más pesado: la totalidad de los efectivos, de la fuerza con que contaba¹⁰⁰; en las alas distribuye diez mil¹⁰¹ jinetes y repartidos a ambos lados sitúa los elefantes partiendo del extremo de las [3] alas. El cónsul, cuando sus jinetes en desordenada persecución de los númidas se vieron cogidos por sorpresa, al presentarles éstos cara de forma repentina, mandó dar la señal de retirada y cuando estuvieron de vuelta los colocó [4] a los lados de la infantería. Había dieciocho mil romanos, veinte mil aliados de nombre latino, y además las tropas auxiliares de los cenomanos¹⁰²; éste era el único pueblo galo que se había mantenido fiel. Con estos efectivos se produjo el choque.

[5] La batalla la iniciaron los baleares; como la infantería les hacían frente con mayor fuerza, se sacó a toda prisa hacia las alas a las tropas ligeras, maniobra ésta que hizo que la caballería romana se viese inmediatamente en aprietos, [6] pues aparte de que ya de por sí les costaba trabajo, siendo cuatro mil hombres y además cansados, resistir a diez mil jinetes, de refresco en su mayor parte, se vieron encima cubiertos por una nube de proyectiles lanzados por [7] los baleares. Además de esto, los elefantes, apareciendo desde el extremo de las alas, asustaban a los caballos sobre todo, no sólo por su aspecto sino por su extraño olor, y [8] les hacía alejarse huyendo. El combate de los de a pie estaba equilibrado, más en coraje que en fuerzas, que los cartagineses habían llevado intactas al combate después de reponerse físicamente poco antes; por el contrario, los romanos, en ayunas y agotados, tenían los miembros entumecidos de frío. Habrían resistido, no obstante, a base de coraje, de haber tenido que combatir sólo contra la infantería; pero los baleares, después de poner en fuga a la caballería, [9] les disparaban por los flancos, y por otra parte los elefantes se habían desplazado hasta el centro del frente de infantería, y Magón y los númidas, así que el ejército rebasó sus escondrijos sin sospechar nada, surgieron por su retaguardia provocando gran confusión y pánico. A pesar, sin [10] embargo, de tantas dificultades como tenía en torno, la formación se mantuvo firme durante algún tiempo, sobre todo frente a los elefantes, en contra de lo que nadie podía esperar. Los vélites colocados con ese preciso objetivo lanzaban [11] sus venablos haciéndoles volverse, se lanzaban en su persecución cuando habían vuelto grupas y los pinchaban bajo el rabo, donde son más vulnerables por la blandura de la piel.

Cuando ya los elefantes eran presa del pánico y estaban [56] a punto de sembrar el desconcierto entre los suyos, Aníbal ordenó que los condujeran desde el centro del frente hacia un extremo, hacia el ala izquierda, contra los galos de reserva.

Allí provocaron al instante una huida sin paliativos y un nuevo motivo de alarma vino a sumárseles a los romanos cuando vieron la dispersión de sus tropas auxiliares. De

modo que cuando ya peleaban formando el círculo¹⁰³ [2] cerca de diez mil hombres, pues los demás no pudieron escapar, se abrieron paso por el centro de la línea de africanos que estaba reforzada con fuerzas auxiliares galas, matando a un gran número de enemigos, y como no podían [3] regresar al campamento por cortarles el paso el río¹⁰⁴, ni podían, a causa de la lluvia, discernir con suficiente claridad por dónde acudir en ayuda de los suyos, se dirigieron [4] directamente a Placencia. Se produjeron después muchas tentativas de abrirse paso en todas direcciones, y los que se dirigieron al río o bien fueron arrastrados por los rápidos o fueron sorprendidos por los enemigos cuando andaban [5] remisos en echarse al agua. Los que se habían dispersado en su huida a campo traviesa por todas partes siguieron el rastro de la columna en retirada y tomaron el rumbo de Placencia; a otros, el miedo al enemigo les dio audacia para lanzarse al río y cruzándolo llegaron al campamento. [6] La lluvia mezclada con la nieve y la intensidad del frío, insoportable, acabó con muchos hombres y acémilas [7] y casi todos los elefantes. Los cartagineses no cesaron en su persecución del enemigo hasta el río Trebia, y volvieron al campamento tan ateridos de frío que apenas [8] sentían la alegría de la victoria. De modo que la noche siguiente, cuando la guarnición del campamento y lo que quedaba después de la huida de tan gran número de soldados, armados a medias, cruzaron el Trebia en balsas, [9] o bien no sintieron nada debido al ruido del aguacero o simulaban no enterarse, porque ya no podían moverse por el agotamiento y las heridas, y sin que los cartagineses se movieran llevó el cónsul Escipión al ejército en marcha silenciosa hasta Placencia, y de allí, cruzando el Po, a Cremona, para no hacer recaer sobre una sola colonia el peso de los campamentos de invierno de dos ejércitos.

*Roma: alarma, elecciones consulares. La acción en Placencia y
Victúmulas. Marcha de Aníbal a Etruria*

Fue tan intensa la alarma que cundió [57] en Roma a raíz de esta derrota que se creía que el enemigo estaba a punto de llegar a la ciudad de Roma en son de guerra y no había esperanza o ayuda alguna con que rechazar de las puertas y murallas el ataque: derrotado uno de los cónsules [2] en el Tesino, llamado de Sicilia el otro, vencidos estos dos cónsules y los dos ejércitos consulares, ¿qué otros generales, qué otras legiones quedaban a las que poder llamar? En medio de esta consternación llegó el [3] cónsul Sempronio, después de cruzar con enorme peligro por entre los jinetes enemigos diseminados por todas partes para saquear, con más osadía que prudencia o esperanzas de pasar desapercibido, o de ofrecer resistencia si no lo lograba. Él, después de presidir las elecciones consulares, [4] que era lo que se echaba en falta de una manera especial en

las presentes circunstancias, regresó al campamento de invierno. Resultaron elegidos cónsules Gneo Servilio y Gayo Flaminio¹⁰⁵.

Pero ni siquiera el campamento de invierno de los romanos [5] estaba tranquilo, al andar merodeando por todas partes los jinetes númidas, y también los celtíberos y lusitanos cuando aquéllos encontraban alguna especial dificultad. Todos los convoyes de víveres, por consiguiente, a no ser los que transportaban las naves por el Po, eran interceptados en todas direcciones. Cerca de Placencia había [6] un emporio protegido por grandes obras de fortificación y defendido por una fuerte guarnición. Partió Aníbal con la caballería y la infantería ligera con la esperanza de asaltar dicho fortín, y a pesar de que había puesto el mayor empeño en ocultar su propósito para lograr lo que esperaba, su ataque nocturno no pasó inadvertido a los centinelas. [7] Se elevó de pronto un griterío tan intenso que se oyó incluso en Placencia, y así, poco antes del amanecer se presentaba el cónsul¹⁰⁶ con la caballería después de dar orden a la infantería de que le siguiera en formación cuadrangular. [8] Se entabló entretanto un combate ecuestre; en éste, como Aníbal se retiró herido del combate, les entró pánico a los enemigos y se defendió brillantemente la guarnición. [9] Después de tomarse unos cuantos días de descanso a continuación, y apenas suficientemente recuperado de su herida, [10] se puso en camino para atacar Victúmulas. Había sido ésta un depósito de abastecimiento de los romanos durante la guerra con los galos; después habían acudido a vivir en el lugar fortificado un buen número de habitantes de todos los pueblos limítrofes, entremezclados, y en esta ocasión el miedo al pillaje había hecho que muchos se trasladaran [11] allí desde los campos. Este tipo de multitud, enardecida por las noticias de la valiente defensa de la guarnición de cerca de Placencia, empuñó las armas y salió al [12] encuentro de Aníbal. Chocaron en el camino más bien columnas en marcha que formaciones de combate, y como en uno de los bandos no había más que una masa desorganizada y en otro un general que tenía confianza en sus hombres y unos soldados que confiaban en su general, cerca de treinta y cinco mil hombres fueron desbaratados por [13] unos pocos. Al día siguiente, una vez efectuada la rendición, admitieron una guarnición dentro de sus murallas; cuando se les indicó que entregaran las armas y obedecieron la orden, de pronto se les dio a los vencedores la señal para que entrasen a saco en la ciudad como si hubiese sido tomada por la fuerza; y no se omitió ninguno de los horrores [14] que en un caso así suelen considerar dignos de mención los historiadores; hasta ese extremo se puso en práctica contra aquellos desdichados todo el muestrario de desenfrenos, crueldad e inhumana arrogancia. Ésta fue la campaña de Aníbal durante el invierno.

A partir de ese momento se le concedió a la tropa un [58] descanso de no muy larga duración mientras el frío era insoportable; a los primeros y vacilantes síntomas de la [2] primavera, saliendo de los cuarteles de invierno se dirige a Etruria¹⁰⁷, con el propósito de poner de su parte también a esta nación, al igual que a los galos y lígures, de grado o por la fuerza. Cuando cruzaba el Apenino estalló una [3] tempestad tan violenta que casi superó las inclemencias de los Alpes. Como les azotaba de frente el rostro la lluvia unida a la ventisca, al principio se detuvieron, porque se veían obligados a prescindir de las armas o bien, si se empeñaban en hacerle frente, eran derribados arrollados por los remolinos; luego, cuando ya el viento les cortaba [4] la respiración y no les dejaba recobrar el aliento, se volvieron de espaldas y se sentaron un poco. Pero entonces el [5] cielo retumbó con gran estruendo y brillaban los relámpagos en medio de un fragor horrisono; incapaces de oír y de ver, estaban todos paralizados de miedo; finalmente se [6] desató el aguacero, y como arreció con ello la violencia del viento, se estimó necesario acampar en el mismo sitio donde se habían visto atrapados. Pero esto supuso el comienzo [7] de los trabajos como si se hubiera vuelto al principio, pues no podían desplegar ni poner en pie cosa alguna, y lo que habían fijado no se sostenía, porque el viento lo rasgaba y se lo llevaba todo. Al poco tiempo el agua, [8] arrastrada por el viento, como se había solidificado sobre las montañas, cayó en tal cantidad en forma de granizo que los hombres se desentendieron de todo y se tumbaron boca abajo, más que protegidos, aplastados bajo lo que [9] tenían para cubrirse. Sobrevino a continuación un frío tan intenso que cuando alguien de aquel lastimoso conglomerado de hombres y animales quería incorporarse y levantarse, durante largo rato no era capaz, porque, al entumecerse por el frío los músculos, apenas si podían doblar las [10] articulaciones. Después, cuando a fuerza de agitarse comenzaron a entrar en movimiento y recobrar ánimos y se comenzó a encender fuego aquí y allá, cada uno en su propio [11] desvalimiento buscaba la ayuda de los otros. Dos días permanecieron en aquel lugar como si estuvieran sitiados; perecieron muchos hombres, muchas acémilas e incluso siete elefantes de los que habían sobrevivido a la batalla habida en el Trebia.

Batalla cerca de Placencia

[59] Después de descender del Apenino retrotrajo el campamento hacia Placencia y acampó a unas diez millas. Al día siguiente, marchó contra el enemigo al frente de doce mil hombres de a pie y cinco [2] mil de a caballo; tampoco el cónsul Sempronio —pues ya había vuelto de Roma— rehusó el combate, y aquel día había entre los dos campamentos una distancia de tres milias; [3] se luchó al día siguiente con enorme coraje

y resultados diversos. En el primer choque fue tan superior el poderío de los romanos que además de vencer al enemigo en el campo de batalla lo rechazaron y lo persiguieron hasta el campamento, y al poco incluso estaban atacando el [4] campamento mismo. Aníbal, después de apostar algunos defensores en la empalizada y en las puertas, retiró a los demás al centro del campamento, bien juntos, y les ordenó que estuvieran atentos esperando la señal para salir de estampida. Ya era casi la hora nona cuando el cónsul romano, [5] fatigados en vano sus hombres, dio la señal de retirada, puesto que no había esperanza alguna de apoderarse del campamento. Cuando Aníbal lo advirtió y vio que el ataque [6] remitía y se retiraban del campamento, lanzó al instante a sus jinetes contra el enemigo por la derecha y por la izquierda y él, con las fuerzas de infantería, salió bruscamente por el centro del campamento. Difícilmente se habría [7] dado una pelea más sañuda o más famosa por las pérdidas de uno y otro bando si el día hubiera permitido prolongarla largo tiempo; la noche puso fin al combate [8] cuando estaba al rojo debido al enorme coraje. Fue, por tanto, un choque más duro que sangriento, y lo mismo que la lucha estaba casi igualada, también las pérdidas cuando se retiraron eran similares. Por ninguno de los bandos cayeron más de seiscientos de a pie, y jinetes, la mitad de esa cifra; pero las pérdidas de los romanos fueron mayores [9] de lo que correspondía al número, porque murieron varios miembros del orden ecuestre y cinco tribunos militares y tres prefectos de los aliados. Después de aquella [10] batalla, Aníbal marchó hacia el territorio de los lígures y Sempronio a Luca¹⁰⁸. Cuando Aníbal llegó a los lígures, dos cuestores romanos, Gayo Fulvio y Lucio Lucrecio, atrapados en una emboscada junto con dos tribunos militares y cinco miembros del orden ecuestre, le fueron entregados para que pensase así que la paz y la alianza con ellos iba a tener más valor.

Hispania: operaciones bélicas entre Escipión, Hannón y Asdrúbal

[60] Mientras tenían lugar estos acontecimientos en Italia¹⁰⁹, Gneo Cornelio Escipión, enviado a Hispania con una flota [2] y un ejército, saliendo desde la desembocadura del Ródano y después de bordear los montes Pirineos llegó con la flota a [3] Ampurias¹¹⁰, desembarcó allí al ejército y, comenzando por los layetanos¹¹¹, sometió al dominio romano toda la costa hasta el río Ebro, en unos casos renovando los tratados [4] y en otros estableciéndolos por vez primera. Desde allí, después de granjearse fama de clemente, impuso su fuerza no sólo en los pueblos de la costa sino también en los de tierra adentro y de montaña, ante gentes ya más indómitas, y no sólo logró con ellos la paz sino incluso alianzas militares, enrolándose entre ellos algunas fuertes cohortes

auxiliares. [5] El lado de acá del Ebro era provincia de Hannón; Aníbal lo había dejado al cargo de la defensa de aquella zona. Pues bien, pensando que había que salirle al paso al enemigo antes de que todo pasara a su poder, acampó [6] a la vista de sus enemigos y presentó batalla. Tampoco al general romano le pareció que se debía aplazar el combate, y es que sabía que tendría que luchar contra Hannón y Asdrúbal y prefería actuar contra cada uno de ellos por [7] separado antes que contra los dos a la vez. Tampoco fue muy reñido aquel combate. Seis mil enemigos muertos, dos mil hechos prisioneros junto con la guarnición del campamento, pues también fue asaltado éste, y el propio general fue hecho prisionero junto con algunos jefes; también Cisis¹¹², plaza cercana al campamento, fue tomada al asalto. Pero el botín de la plaza fueron objetos de escaso valor: [8] mobiliario bárbaro y esclavos de bajo precio; la tropa [9] se enriqueció gracias a los campamentos, tanto el del ejército que había sido vencido como el del ejército que hacía la campaña con Aníbal en Italia, al haber dejado a este lado de los Pirineos todos los objetos de valor para que no representasen un grave estorbo para sus portadores.

Antes de confirmarse la noticia de esta derrota, Asdrúbal, [61] que había cruzado el Ebro con ocho mil hombres de infantería y mil de caballería con la idea de atacar a los romanos tan pronto llegasen, cuando se enteró de que se había sufrido una derrota en Cisis y se había perdido el campamento, desvió el rumbo en dirección al mar. No lejos [2] de Tarragona, a los soldados de la flota y a la marinería, que andaban vagando diseminados por los campos, como suele ocurrir cuando la buena marcha de las cosas genera descuido, los rechaza hasta las naves enviando jinetes en todas direcciones, matando a muchos y poniendo en fuga a muchos más; no atreviéndose a detenerse por [3] más tiempo en aquellos contornos, no fuese a sorprenderlo Escipión, se retiró al otro lado del Ebro¹¹³. Escipión por [4] su parte, emprendiendo la marcha a toda prisa al tener noticias de los nuevos enemigos, después de tomar medidas contra unos pocos prefectos de navío, dejó en Tarragona una guarnición mediana y regresó con la flota a Ampurias. Apenas había partido él, se presentaba Asdrúbal [5] e instigaba a la defección al pueblo de los ilergetes, que había entregado rehenes a Escipión, y con la juventud de este pueblo devastó los campos de los aliados fieles a los [6] romanos; luego, cuando Escipión salió de los cuarteles de invierno, él abandonó todo el territorio de este lado del Ebro. Escipión, después de invadir con su ejército en son de guerra el país de los ilergetes, a los que había abandonado el promotor de su defección, y después de empujarlos a todos ellos a la ciudad de Atanagro¹¹⁴, que era la capital [7] de dicho país, la sitió y en cosa de pocos días recibió en sumisión absoluta a los ilergetes, exigiéndoles mayor número de rehenes que anteriormente e imponiéndoles además [8] una sanción económica. Desde

allí se dirigió al territorio de los ausetanos, cerca del Ebro, aliados también de los cartagineses, y después de poner cerco a su ciudad cogió en una emboscada a los lacetanos, de noche, cerca ya de la ciudad, cuando acudían en ayuda de sus vecinos, en el [9] momento en que querían entrar. Fueron muertos cerca de doce mil; despojándose de sus armas, casi todos los demás huyeron a sus casas diseminados por doquier a través de los campos; a los sitiados lo único que los protegía era [10] el invierno, malo para los sitiadores. El asedio duró treinta días, durante los cuales casi en ningún momento hubo menos de cuatro pies de nieve, y había cubierto de tal forma los plúteos¹¹⁵ y manteletes de los romanos, que bastó ella sola para protegerlos contra los fuegos que algunas veces [11] lanzaba el enemigo. Por fin, después de pasarse a Asdrúbal su jefe Amusico, se rinden, previo acuerdo de entregar veinte talentos de plata. Se efectuó el regreso a Tarragona, a los cuarteles de invierno.

*Roma: prodigios. Controvertida toma de posesión del consulado de
Flaminio. Marcha del ejército a Etruria*

En Roma o sus aledaños ocurrieron [62] aquel invierno muchos prodigios, o bien, como suele ocurrir cuando se apodera de los ánimos el temor religioso, se habló de muchos y se les dio crédito de forma irreflexiva; entre ellos, que un niño de seis [2] meses nacido libre había gritado ¡Victoria! en el mercado de verduras, y que en [3] el mercado de ganado vacuno un buey había subido por sí solo a una tercera planta y, espantado por el alboroto de los vecinos, se había arrojado al vacío desde allí, y que en el cielo habían brillado unas imágenes de navíos, [4] y que el templo de la Esperanza que está en el mercado de las verduras había sido alcanzado por un rayo, y que en Lanuvio se había estremecido la víctima¹¹⁶ de un sacrificio y un cuervo había bajado volando hasta el templo de Juno y se había posado sobre el cojín sagrado, y que [5] en territorio de Amiterno se habían visto de lejos en muchos sitios lo que parecían ser hombres con vestimenta blanca y que no se habían dirigido a nadie, y que en el Piceno habían llovido piedras, y en Cere las tablillas de la suerte se habían roto, y en la Galia un lobo había sacado de la vaina la espada de un centinela y se la había llevado. Para los otros prodigios se ordenó a los decéviros consultar [6] los libros sibilinos, pero con respecto a la lluvia de piedras en el Piceno se decretó un novenario de sacrificios; inmediatamente casi toda la población se ocupó en conjurar los demás prodigios. En primer lugar, fue purificada [7] la ciudad y se sacrificaron víctimas mayores a los dioses [8] que fueron designados, y se le llevó a Juno a Lanuvio una ofrenda de cuarenta libras de oro, y se le dedicó a Juno en el Aventino una estatua de bronce por parte de las matronas, y se

ordenó hacer un lectisternio en Cere, donde se habían roto las tablillas, así como una acción de gracias [9] a la Fortuna en el Álgido; también se decretó un lectisternio a la Juventud en Roma y una acción de gracias en el templo de Hércules, en particular, y después por parte de toda la población ante todos los cojines sagrados que se especificaron, y se le sacrificaron al Genio¹¹⁷ cinco mil víctimas [10] mayores, y el pretor Gayo Atilio Serrano recibió orden de hacer votos por si durante diez años la república continuaba [11] en la misma situación. Estas expiaciones y votos conformes con los libros sibilinos aliviaron en gran medida los espíritus de escrúpulos religiosos.

[63] Uno de los cónsules designados, Flaminio, al que habían correspondido por sorteo las legiones que estaban acuarteladas en Placencia, envió un edicto y una carta al cónsul¹¹⁸ para que este ejército el día quince de marzo [2] estuviese acampado en Arimino. Su plan era tomar posesión del cargo de cónsul allí, en su provincia, pues tenía en mente sus viejos enfremamientos con los senadores, los que había tenido como tribuno de la plebe y los de después, cuando era cónsul, con motivo primero de la abrogación [3] de su consulado y del triunfo después¹¹⁹; también le tenían ojeriza los senadores a causa de la nueva ley que el tribuno de la plebe Quinto Claudio había hecho aprobar, con el senado en contra, contando únicamente con el apoyo de un senador, Gayo Flaminio, ley según la cual nadie que fuese senador o cuyo padre lo hubiese sido podría ser propietario de una nave de más de trescientas ánforas de cabida¹²⁰. Se estimó que esto era suficiente para [4] transportar los frutos de los campos; cualquier clase de lucro fue considerado indigno de los senadores. La cuestión, debatida con el mayor apasionamiento, le granjeó a Flaminio, ponente de la ley, la enemistad de la nobleza y la simpatía de la plebe y supuso, como consecuencia, un segundo consulado. Convencido de que debido a estas [5] circunstancias lo iban a retener en la ciudad poniendo pegas a propósito de los auspicios, retrasando las ferias latinas y aduciendo otros inconvenientes referidos a su función consular, simuló un viaje y marchó clandestinamente a su provincia como simple particular. Cuando esta circunstancia [6] se hizo de dominio público, un nuevo motivo de resentimiento vino a suscitarse entre los senadores, ya en contra desde antes: Gayo Flaminio ya no le hacía la guerra sólo al senado, sino a los dioses inmortales; primero, [7] nombrado cónsul con irregularidades en la toma de los auspicios, cuando dioses y hombres le decían que volviese del frente mismo de batalla, no había hecho caso; ahora, consciente de haberlos menospreciado, evitaba el Capitolio y el ofrecimiento solemne de los votos, para no [8] acudir al templo de Júpiter Óptimo Máximo el día de la toma de posesión de su magistratura, para no ver y consultar al senado que le era hostil y al que sólo él odiaba, para no anunciar la fecha de las ferias

latinas ni ofrecer en su [9] nombre a Júpiter Laciarius el sacrificio solemne, para evitar el dirigirse al Capitolio, después de tomar los auspicios, a ofrecer sus votos y de allí marchar a su provincia vestido con el capote militar acompañado por los lictores; como un siervo, sin distintivos, sin lictores, se había marchado en secreto, a escondidas, lo mismo que si hubiese abandonado [10] el suelo patrio para ir al destierro, ¿o es que iba a tomar posesión de su cargo en Arimino de una forma más acorde con la majestad de su autoridad que si lo hiciera en Roma, e investirse de la toga pretexta en una posada [11] de huéspedes mejor que en los penates de su casa? Todos estuvieron de acuerdo en que había que hacerle venir, incluso traerlo a la fuerza, y obligarlo a cumplir personalmente con todas las obligaciones para con los dioses y los hombres [12] antes de marchar al ejército y a su provincia. Con esta embajada —pues se acordó enviar unos diputados— partieron Quinto Terencio y Marco Antistio, pero el efecto que hizo en él no fue en absoluto mayor que el que había hecho la carta remitida por el senado durante su anterior [13] consulado. Pocos días después tomó posesión de su cargo y, cuando estaba inmolando un ternero, éste se les escapó de las manos, herido ya, a los ministros del sacrificio, salpicando [14] con su sangre a muchos de los presentes; huyeron de forma atropellada, incluso en mayor medida los que estaban más alejados, que no sabían a qué obedecía el alboroto. El incidente fue recibido por la mayoría como el pre [15] sagio de una grave amenaza. Luego, después de recibir las dos legiones de Sempronio, cónsul del año anterior, y las otras dos del pretor Gayo Atilio, se inició la marcha del ejército hacia Etruria por los senderos del Apenino¹²¹.

¹ En XXXV, 19, 3, el propio Aníbal refiere a Antíoco el episodio del juramento. Y aparece en POLIBIO (III 11, 5), NEPOTE (*Han.* II 3) y otros.

² La que libró Cartago contra las tropas mercenarias sublevadas, al finalizar la primera guerra, y que duró desde el 241 al 238 a. C.

³ Según otra tradición, la fórmula fue «que nunca sería amigo de los romanos».

⁴ Referencia a hechos ocurridos el 238/237 a. C.

⁵ Tres años y cuatro meses según POLIBIO (I 88, 7). Cuatro años y cuatro meses según DIODORO (XXV 6).

⁶ Seguimos la variante *quae* de la *ed. Iuntina* de 1522.

⁷ Alineados en un bando los «aristócratas», partidarios de la paz con Roma por intereses comerciales, y en otro los Barca y su círculo, apoyados en la plebe y el ejército. Los primeros, que buscaban en África el campo de expansión de Cartago, están representados por Hannón.

⁸ El famoso tratado del Ebro, firmado el año 226 (ó 225), debió de ser más un tratado nuevo que una renovación del suscrito el año 241 al finalizar la Primera Guerra Púnica.

⁹ Con no más de 25 años.

¹⁰ Hay dos versiones. Según una de ellas, Aníbal vino a Hispania a los nueve años con su padre, Amílcar, y según la otra, vino con Asdrúbal a los veintiuno o veintidós años. La que se generalizó fue la primera, que es la que suele seguir Livio. La segunda era de fuente latina.

¹¹ En el verano del año 221.

¹² Vivía este pueblo en torno al alto Guadalquivir. Según otros, entre el Guadiana y el Tajo.

¹³ No se ha localizado esta población, que Polibio llama Althía.

¹⁴ Del año 220.

¹⁵ Ocupaban lo que es hoy Palencia, Valladolid y Segovia, y zonas limítrofes.

¹⁶ Salamanca.

¹⁷ Toro.

¹⁸ Vivían en torno a la cuenca media del Tajo. Su principal núcleo de población era Toledo.

¹⁹ Como los turdetanos poblaban una zona al suroeste de la Península muy alejada geográficamente de Sagunto, se han dado diversas explicaciones, desde la homonimia al error geográfico, con respecto a estos turdetanos vecinos de Sagunto, duramente castigados según XXIV 42, 11. Ya en J. VALLEJO, *Tito Livio, Libro XXI* (C. Emerita), Madrid, 1946, puede verse el parágr. 2 de la Introducción (págs. XIX-XXX).

²⁰ Año 218. El propio Livio se enfrenta a la dificultad cronológica consiguiente al hecho de haberse iniciado el 219 el asedio de Sagunto (cf. cap. 15).

²¹ Sobre esta alianza, cf. VALLEJO, *o. c.*, Introducción, parágr. 1, y P. JAL, *Tite-Live, Histoire Romaine, Livre XXI* (Coll. Budé), París, 1988, Introduction, n. 76.

²² No es discutido, en general, el carácter ibérico de Sagunto, pero la existencia de elementos griegos en ella, explicables por su situación, pudo originar la leyenda sobre su origen concretada en esta isla del mar Jónico, que reaparece en XXVI 24, 15.

²³ Referencia a la duración de la Primera Guerra Púnica, y al escenario de su episodio final: las islas Egates, situadas cerca de Lilibeo, en la costa occidental de Sicilia; y el monte Érice, situado al oeste de la isla, que hubo de ser abandonado por Amílcar Barca.

²⁴ Los cartagineses habían ayudado a los tarentinos frente a los romanos el año 272, contraviniendo una posible cláusula (Polibio lo niega) de un tratado que prohibiría a los cartagineses intervenir en Italia y a los

romanos en Sicilia. Cf. *Per.* XIV 9.

²⁵ Anteposición del *cognomen*.

²⁶ La primera que recoge LIVIO (VII 27, 2) corresponde al año 348. Polibio menciona otra anterior, y el propio LIVIO en IX 43, 26 dice que el tratado a que ahí se refiere fue *tertio renouatum*.

²⁷ Vivían en el alto Guadiana, al sur de los carpetanos.

²⁸ Sobre este discurso puede verse J. M. MIR, «Alorci Hispani oratio apud T. Livium», *Palaestra Latina* 38, 1968, 157-164.

²⁹ Así POLIBIO, III 17, 10.

³⁰ Entraron en funciones como cónsules el 15 de marzo del 217.

³¹ Cf. 57, 4.

³² Los transcurridos entre las dos guerras púnicas, 241-218.

³³ La opinión más común se inclina a pensar que se trató en realidad de Marco (Fabio Buteón, cónsul el año 245).

³⁴ Marco Livio (Salinátor) y Lucio Emilio (Paulo), cónsules del año 219. Gayo Licinio (Váro), cónsul el 236. Quinto Bebio (Tánfilo), embajador en 6, 8.

³⁵ El del año 241.

³⁶ No hay mención anterior. Bastante cuestionada la historicidad de esta embajada.

³⁷ Sigue presentando dificultades la localización de los volcianos y bargusios. Si estos últimos son identificables con los bergistanos, y si *Bergium* era la actual Berga, vivirían al oeste de los ilergetes.

³⁸ Alguna tradición hacía remontar a la época de los reyes la alianza entre Marsella y Roma.

³⁹ Escudo circular de pequeño tamaño. Véase VALLEJO, *o. c.*, 36 ss.

⁴⁰ La tribu de los ilergetes era la más poderosa del norte del Ebro y extendía sus dominios hacia Zaragoza y Huesca y hasta el pie de los Pirineos. Su centro era *Ilerda* (Lérida).

⁴¹ Tres victorias navales habían puesto fin a la Primera Guerra Púnica.

⁴² Hay discrepancias sobre su localización, entre Cartagena y Sagunto. Cf. VALLEJO, *o. c.*, parágr. 6 de la Introducción.

⁴³ Sobre este sueño de Aníbal puede verse el estudio de G. CIPRIANI, *L'epifania di Annibale. Saggio introduttivo a Livio 'Annales' XXI*, Bari, 1984.

⁴⁴ Tribu pirenaica con centro en *Ausa* (Vich).

⁴⁵ Los lacetanos serían vecinos de los ausetanos por el Oeste.

⁴⁶ No por el Pertús sino por la Perche, para P. Bosch-Gimpera.

⁴⁷ Según POLIBIO (III 35, 7), eran cincuenta mil de a pie y nueve mil de a caballo.

⁴⁸ Donde la actual Elne.

⁴⁹ ¿Castel Roussillon?

⁵⁰ Los boyos ocupaban la franja comprendida entre el Po y los Apeninos, con centro en Felsina (Bolonía). Habían sido vencidos por los romanos el 283/282.

⁵¹ Celtas establecidos en el siglo VI en la Galia Traspadana. Su centro urbano era Mediolanium (Milán). Sometidos por los romanos en el 223 a. C.

⁵² Hoy Módena. Etrusca.

⁵³ No hay otras referencias, de ninguno de los dos.

⁵⁴ La actual Taneto se encuentra varios kilómetros al sur del Po. Y el centro urbano de los brixianos, Brixia (Brescia), 45 Kms. al Norte. Presenta dificultades la interpretación de estos datos desde el punto de vista geográfico. La bibliografía sobre la marcha de Aníbal hasta Italia es muy abundante. Puede verse W. KISSEL, *Livius 1933-1978: Eine Gesamtbibliographie*, en *ANRW* II 30, 2, Berlín-Nueva York, 1982, págs. 960 s.

⁵⁵ Ocupaban el Languedoc, con *Nemausus* (Nîmes) como núcleo de población más importante.

⁵⁶ El Campo de Marte.

⁵⁷ Seguimos la hipótesis textual de *Cluverius*.

⁵⁸ Al menos en época posterior los alóbroges vivían al norte del río Isère.

⁵⁹ Livio aplica la nomenclatura romana a las instituciones de otros pueblos, sin que ello implique correspondencia necesariamente.

⁶⁰ O «hacia la derecha», según el punto de vista.

⁶¹ Habitaban la zona en torno a St. Paul-Châteaux (Desjardins).

⁶² Los vocontes vivían entre Drôme y Durance, y al este, entre Drac y Durance, los trigorios.

⁶³ El Durance, probablemente.

⁶⁴ Cónsul en 222 a. C.

⁶⁵ A Pisa, según POLIBIO (III 56, 5). Cf. 39, 3.

⁶⁶ Dado el estado de esta cuestión, la impresión es que hay que renunciar a saber qué ruta siguió Aníbal.

⁶⁷ Según otra posible puntuación del texto, la traducción podría ser: «después de hacer rodar las rocas que tenían a mano».

⁶⁸ Se han hecho propuestas diversas con respecto a esta población así como para la de 33, 11, a tenor de la ruta que se suponga siguió Aníbal.

⁶⁹ En este caso los bagajes irían detrás, mientras que aquí debían de ir delante, como se deduce del párrafo 9.

⁷⁰ Mantenemos *praecipites*.

⁷¹ ¿Finales de octubre?

⁷² Puede verse, a propósito de esta técnica, P. JAL, o. c., Appendice II.

⁷³ Turín era su núcleo urbano principal.

⁷⁴ ¿El Gran San Bernardo?

⁷⁵ Antípatro.

⁷⁶ Según la opinión más común, el Pequeño San Bernardo.

⁷⁷ Son los llamados *Libicii* por Plinio, con Verceil como capital. Los salasos habitaban en el valle del Doira.

⁷⁸ Cisalpina, se sobreentiende.

⁷⁹ César distingue los sedunos de los veragros, que vivían en el entorno de Montigny.

⁸⁰ Las inscripciones atestiguan la existencia de un *Iuppiter Poeninus*.

⁸¹ Cf. 25, 8, y 26, 2.

⁸² La asignación se había hecho por sorteo, en realidad. Cf. 17, 1.

⁸³ Referencia a 29, 3.

⁸⁴ Con la vacada de Gerión. Cf. V 34, 6.

⁸⁵ Con él los hispanos, sin él los númidas.

⁸⁶ Mantenemos *bene fixum*.

⁸⁷ Sobre la inverosimilitud geográfica de este dato, por encontrarse Victúmulas muy alejada hacia el noroeste, puede verse P. JAL, *o. c.*, Introduction LIX.

⁸⁸ Véase I 24, 9.

⁸⁹ Parece haber una confusión entre el puente sobre el Po y el puente sobre el Tesino, a cuya construcción se ha referido LIVIO en 45, 1.

⁹⁰ La opinión más común interpreta que se trata de una confusión de Livio, que ésta es la distancia a que está no Placencia sino el campamento romano, y que es la que señala Polibio.

⁹¹ A menos de cinco millas, según POLIBIO (III 67, 7).

⁹² Hoy Casteggio; a diez Kms. al sur del Po. Escenario de una victoria famosa de Marcelo en el año 222.

⁹³ Parece designar a la más importante de las islas Lípári o Eolias, o a su capital. Al sur está la isla de Vulcano, aunque esta denominación aparece en otros casos aplicada al conjunto de estas islas.

⁹⁴ Hierón II, que reinó en Siracusa del 265 al 215. Fiel aliado de Roma desde el 263.

⁹⁵ Hoy Marsala. Situada en el punto más occidental de Sicilia.

⁹⁶ Allí había obtenido Gayo Lutacio Cátulo la victoria naval del 10 de marzo del 241.

⁹⁷ Ver nota 93.

⁹⁸ En la costa oeste, en el sur de Italia. *Vibo Valentia* entonces, Vibo en la actualidad.

⁹⁹ Según Polibio, por tierra.

¹⁰⁰ Veinte mil hombres, según POLIBIO (III 72, 8).

¹⁰¹ Contrasta con la cifra dada en 38, 2.

¹⁰² Vivían en las inmediaciones de Brescia y Verona. Ver V 35, 1.

¹⁰³ Maniobra a la que se recurría en situaciones de peligro extremo.

¹⁰⁴ En la explicación de Livio, la batalla se desarrolló a la derecha del río. Cuestión ésta bastante debatida.

¹⁰⁵ Para el año 217.

¹⁰⁶ ¿Sempronio, o Escipión?

¹⁰⁷ Muy cuestionada la historicidad de esta marcha.

¹⁰⁸ Sobre las dificultades que surgen de estos dos datos puede verse la extensa nota de VALLEJO (*o. c.*) a los mismos. Luca, hoy Serchio.

¹⁰⁹ Se retoma la narración de 32, 4.

¹¹⁰ Colonia de Marsella (fundada en torno al 550). Sus habitantes originarios eran los indigetes. Su nombre original, singular, pasó a plural por la existencia de dos comunidades.

¹¹¹ Seguimos la lectura de VALLEJO, y remitimos al parágr. 7 de su Introducción (*o. c.*).

¹¹² Para VALLEJO (nota *ad loc.*) es la inscrita como *Kese* en caracteres ibéricos en numerosas monedas halladas en el entorno de Tarragona.

¹¹³ Según Polibio, a Cartagena.

¹¹⁴ Única vez que aparece este nombre. Situada en las inmediaciones de *Ilerda*.

¹¹⁵ Parapetos montados sobre ruedas. Las protecciones, de madera o de mimbres, eran muy combustibles.

¹¹⁶ Manteniendo la lectura *hostiam* de los códices.

¹¹⁷ Debe sobreentenderse *Genius publicus* o *Genius populi Romani*.

¹¹⁸ Sempronio, aunque según 59, 10 estaba en Luca.

¹¹⁹ Había tenido enfrentamientos con el senado siendo tribuno de la plebe, el 232, a propósito del arriendo

del *ager publicus Picenus*; y después, siendo cónsul, el 223, había recibido una carta del senado ordenándole volver a Roma, pero no la había abierto hasta después de la batalla en que obtuvo la victoria sobre los ínsubres; el senado se había pronunciado en contra de su triunfo, pero lo había celebrado gracias al voto del pueblo, y había sido obligado a dejar el consulado. Pero otras fuentes difieren con respecto a estos datos.

¹²⁰ Un ánfora equivalía a 26, 25 litros.

¹²¹ Respecto a esta marcha hay divergencias en las fuentes. Puede verse JAL, *o. c.*, nota *ad loc.*

LIBRO XXII

SINOPSIS

Caps. 1-8: TRASIMENO.

Aníbal se pone en marcha; pierde un ojo en los pantanos. Roma: portentos, expiación (1-2).

El cónsul Flaminio en Arrecio. Atraído por Aníbal, emprende la marcha (3).

Batalla de Trasimeno (4-6).

Secuelas de la batalla. Quinto Fabio Máximo, elegido dictador por sufragio del pueblo (7-8).

Caps. 9-18: AVANCES DE ANÍBAL. TÁCTICA DE FABIO.

Nuevos avances de Aníbal. Medidas de carácter religioso en Roma (9-10).

Medidas de carácter militar. Marcha del dictador Fabio hasta Arpos (11-12).

Aníbal pasa al Samnio, Campania, Falerno. Minucio se revuelve contra la táctica del dictador (13-14).

Marcha atrás de Aníbal, de Falerno a Campania. Treta para eludir el bloqueo de Fabio; acampada en Alifas (15-17).

Fabio parte para Roma (18).

Caps. 19-22: LA GUERRA EN HISPANIA.

Operaciones bélicas en Hispania por mar y tierra (19-20).

Indíbil y Mandonio. Los rehenes de Sagunto (21-22).

Caps. 23-32: LA TÁCTICA DE FABIO.

La finca del dictador. Movimiento de tropas en torno a Gereonio (23-24).

Equiparación de poderes, por plebiscito, entre dictador y jefe de caballería (25-27).

Derrota de Minucio evitada por Fabio: reconciliación (28-30).

La acción bélica en el mar. *Statu quo* en torno a Gereonio (31-32).

Caps. 33-39: ROMA.

Incidencias en Roma. Movimiento electoral (33-35).

Reclutamiento. Ofrecimiento de Hierón, respuesta de Roma. Preparativos de marcha (36-38).

Fabio Máximo dirige unas palabras a Emilio Paulo (39).

Caps. 40-61: CANNAS.

Se reorganiza el frente. Escaramuzas; trampa de Aníbal fallida (40-42).

Se aproximan a Cannas (43-44).

Las formaciones antes de la batalla (45-46).

La batalla de Cannas (47-49).

Peripecias de los supervivientes; algunos se rinden a Aníbal (50-52).

Concentración de fugitivos en Canusio y Venusia. Balance de urgencia (53-54).

Conmoción en Roma. Cartas. Estupro de dos vestales. Consulta al oráculo de Delfos (55-57).

El rescate de los prisioneros romanos. Su portavoz habla ante el senado (58-59).

Discurso de Tito Manlio Torcuato oponiéndose al rescate (60).

El senado vota en contra del rescate. Pueblos que se pasan a Aníbal (61).

*Aníbal se pone en marcha; pierde un ojo en los pantanos. Roma: portentos,
expiación*

Se acercaba ya la primavera cuando [1] Aníbal, después de un intento de pasar el Apenino, fallido debido al frío insoportable, y de una demora que implicaba miedo y grave peligro, dejó el campamento de invierno. Los galos, movilizadas por [2] las expectativas de botín y pillaje, al ver que, en vez de ser ellos quienes saqueaban y se llevaban presas del territorio de otros, eran sus tierras escenario de la guerra y sobre ellas recaía el peso de los cuarteles de invierno de los ejércitos de uno y otro bando, volvieron contra Aníbal el odio que sentían hacia los romanos. Convertido en repetidas ocasiones en blanco de las asechanzas [3] de sus jefes, se había salvado al traicionarse unos a otros delatando el complot con la misma irresponsabilidad con que se habían conjurado; también se había protegido de los atentados engañándolos a base de cambiar unas veces de ropa y otras de gorros. Pero el miedo a una eventualidad [4] de este tipo fue también motivo de que apresurara el abandono de los cuarteles de invierno.

Por aquellas mismas fechas el cónsul Gneo Servilio en Roma tomó posesión de su cargo el día quince de marzo¹²². Al presentar allí su informe sobre la situación del Estado, [5] se reprodujo la aversión contra Gayo Flaminio¹²³: habían elegido dos cónsules, tenían uno solo, pues ¿qué mando [6] legítimo, qué auspicio tenía Flaminio? Los magistrados lo tomaban en Roma, ante los penates de la patria y de la familia, después de celebrar las Ferias Latinas, de ofrecer un sacrificio en el monte¹²⁴ y de formular solemnemente [7] los votos en el Capitolio; un particular no llevaba consigo los auspicios y tampoco podía tomarlos válidos del todo en suelo extranjero en caso de haber partido sin ellos. [8] Las noticias de prodigios, llegadas de muchos sitios al mismo tiempo, incrementaban los temores: en Sicilia habían ardido los dardos de algunos soldados, al igual que el bastón que tenía en la mano un jinete que hacía la ronda de la vigilancia en la muralla de Cerdeña; en la costa habían brillado resplandores repetidas veces, y dos escudos [9] habían sudado sangre; algunos soldados habían sido alcanzados por rayos, y el disco solar había dado la impresión de disminuir de tamaño; en Preneste habían caído del cielo piedras ardiendo, en Arpos se habían visto escudos en el [10] cielo y la luna en pugna con el sol; en Capena habían salido dos lunas durante el día, y las aguas de Cere¹²⁵ habían manado mezcladas con sangre, y la propia fuente de Hércules había manado salpicada de manchas de sangre; en Ancio a unos segadores les habían caído en la banasta [11] las espigas teñidas en sangre, y en Falerios se había visto que el

cielo se abría como con una enorme grieta, y a través de dicha abertura había brillado una luz muy intensa; unas tablillas se habían roto y una había caído con esta [12] inscripción: «Marte blande su lanza»; por aquellas mismas fechas, en Roma habían sudado la estatua de Marte de la Vía Apia y las de los lobos¹²⁶, y en Capua había parecido que ardía el cielo y que la luna caía en medio de la lluvia. A continuación se dio también crédito a prodigios de menor [13] importancia: unas cabras se habían cubierto de lana, una gallina se había convertido en gallo y un gallo en gallina. Una vez expuestas estas incidencias de acuerdo con las [14] noticias recibidas, y presentados ante la curia los testigos, el cónsul sometió a la consideración del senado el aspecto religioso. Se acordó expiar dichos prodigios con víctimas [15] mayores en parte y en parte menores y celebrar durante tres días rogativas ante todos los altares; los demás actos [16] se celebrarían, después de consultar los decénviro los libros sibilinos, en la forma que a través de los oráculos manifestasen los dioses que era de su agrado. Por consejo [17] de los decénviro se acordó que como primera ofrenda se hiciera un rayo de oro de cincuenta libras para Júpiter, que a Juno y Minerva se les hicieran ofrendas de plata, que a Juno Reina en el Aventino y a Juno Salvadora en Lanuvio se les sacrificasen víctimas mayores, que las matronas [18] reuniesen dinero según las posibilidades de cada una y llevasen un presente a Juno Reina en el Aventino; que se celebrase un lectisternio, y que incluso las libertas según sus posibles reuniesen dinero para hacer una ofrenda a Feronia¹²⁷. [19] Cuando se hizo todo esto, los decénviro ofrecieron en el foro de Árdea un sacrificio de víctimas mayores. Por último, y ya en el mes de diciembre, se ofreció en Roma un sacrificio en el templo de Saturno y se celebró un lectisternio —cuyos lechos además habilitaron los [20] senadores— y un banquete público, y a través de la ciudad se dieron día y noche los gritos saturnales, y se invitó al pueblo a tener y mantener como festivo para siempre aquel día.

[2] Mientras el cónsul se ocupa en Roma de aplacar a los dioses y efectuar el reclutamiento, Aníbal, que había salido de los cuarteles de invierno, como corría la voz de que el cónsul Flaminio había llegado ya a Arrecio¹²⁸, aunque [2] le indicaban una ruta más larga pero más descansada, tomó un camino más corto a través de unas marismas, por donde el río Arno se había desbordado aquellos días. [3] A los hispanos y africanos, que constituían el grueso de su ejército de veteranos, les mandó ir delante llevándose su propia impedimenta, con el fin de que, si se veían forzados a detenerse, no les faltase lo imprescindible dondequiera que fuese; que detrás fuesen los galos, formando el centro de la columna; en última posición, que fuese la [4] caballería; que Magón, detrás, con los nómadas ligeros, cerrase la marcha, conteniendo de modo especial a los galos en caso de

que, por cansancio debido al esfuerzo o la duración de la marcha, cosa para la que es blanda esta gente, [5] se dispersaran o detuvieran. Los que iban delante, con tal que por allí les precedieran los guías, atravesando las simas profundas y en vertical del río casi tragados por el fango, enterrándose, seguían a pesar de todo a las enseñas. [6] Los galos no eran capaces de mantener el equilibrio al resbalar ni de incorporarse en los remolinos; no tenían moral para sostenerse físicamente ni estímulo para mantener la [7] moral; unos arrastraban con dificultad sus miembros agotados; otros, después de echarse, rendida por el cansancio su voluntad, morían por doquier entre las acémilas, caídas a su vez; lo que más acababa con ellos era el tiempo que llevaban sin dormir, cuatro días y tres noches ya. Como [8] las aguas lo cubrían todo y no se podía encontrar ni un sitio seco donde tender sus agotados cuerpos, amontonaban los bagajes en el agua y se acostaban encima, o bien [9] los bultos de las acémilas caídas a lo largo de todo el camino les proporcionaban, en su búsqueda de cualquier cosa que sobresaliese del agua, el lecho imprescindible para unos momentos de reposo. El propio Aníbal, que ya antes andaba [10] mal de los ojos debido a los cambios de una primavera que pasaba bruscamente del frío al calor, iba montado en un elefante, el único que quedaba, para mantenerse a mayor altura sobre el agua; sin embargo, la falta de sueño [11] y el relente nocturno y el aire del pantano le cargaron la cabeza, y como no había ni dónde ni cuándo curarse, perdió un ojo.

El cónsul Flaminio en Arrecio; atraído por Aníbal emprende la marcha

Cuando, después de perder de forma [3] lastimosa muchos hombres y acémilas, salió por fin de la marisma, acampó tan pronto le fue posible hacerlo en sitio seco; los exploradores que había enviado por delante le confirmaron que el ejército romano se encontraba junto a las murallas de Arrecio. En adelante, seguía [2] de cerca los planes y la actitud del cónsul, y la configuración del terreno, los itinerarios y las posibilidades de procurarse aprovisionamiento, y los demás aspectos que era importante conocer, estudiándolo todo con el mayor detenimiento. Era una de las regiones más fértiles de Italia, [3] los campos etruscos que se extienden desde Fésulas¹²⁹ hasta Arrecio, ricos en trigo y ganado y toda clase de [4] productos; el cónsul, lleno de arrogancia a raíz de su anterior consulado¹³⁰, era poco respetuoso no ya con la dignidad de las leyes o del senado, sino incluso con los dioses, temeridad ésta, innata en su manera de ser, fomentada por la suerte de unos éxitos tanto civiles como militares¹³¹. [5] Era, pues, evidente que iba a poner arrebato y precipitación en todo lo que hiciera, sin

encomendarse a dioses ni hombres, y para impulsarlo más en la dirección de¹³² sus defectos, el cartaginés se dispone a azuzarlo y provocarlo; [6] dejando al enemigo a su izquierda, tomando la dirección de Fésulas marcha a saquear por el centro de la campiña etrusca, y le muestra al cónsul a distancia la mayor devastación [7] que le es posible destruyendo e incendiando. Flaminio no se habría estado quieto ni aun en caso de que el enemigo no se moviera, pero entonces, cuando vio que las propiedades de los aliados eran arrebatadas y llevadas casi ante sus propios ojos, consideraba un baldón personal el que el cartaginés anduviera de acá para allá por el centro de Italia y se dirigiera ya, sin encontrar ninguna resistencia, [8] al asalto de las propias murallas de Roma; mientras todos los demás en el consejo proponían medidas más útiles que brillantes (esperar a su colega para dirigir la acción, reunidos los ejércitos, con un propósito y una estrategia [9] comunes, y contener al enemigo entretanto en sus desenfrenados saqueos con las tropas ligeras de reserva), montando en cólera salió de estampida de la reunión y, después de ordenar que se diese la señal de marcha y la de combate al mismo tiempo, dijo: «¡Claro, quedémonos [10] quietos ante las murallas de Arrecio, que aquí están la patria y los penates! Dejemos que Aníbal se nos escape de las manos y asole Italia, y arrasando y quemándolo todo llegue hasta las murallas de Roma, y nosotros estémonos aquí sin movernos hasta que los senadores hagan venir desde Arrecio a Gayo Flaminio como en otra ocasión a Camilo desde Veyos»¹³³. Mientras lanzaba estos improprios, [11] dio orden de desclavar a toda prisa las enseñas y él mismo montó a caballo de un salto; de pronto el caballo dio un traspiés y despidió por encima de la cabeza al cónsul, dando con él en tierra. Se asustaron todos los circunstantes, [12] interpretándolo como un mal presagio para la acción que se iba a emprender, y además llegó la noticia de que un abanderado no era capaz de desclavar su enseña a pesar de poner todas sus fuerzas en el empeño. Volviéndose hacia [13] el mensajero, dice: «¿Y no me traes además una carta del senado prohibiéndome entrar en acción? Anda, diles que si no pueden desclavar la enseña con las manos, porque el miedo se las ha paralizado, que la saquen excavando». Acto seguido se puso en marcha la columna con unos [14] oficiales atemorizados por el doble prodigio, sin contar con que se habían mostrado en desacuerdo con la decisión, y una tropa en general contenta con la arrogancia del general, más pendiente de la expectativa misma que de su fundamento.

Batalla del Trasimeno

[4] Aníbal devasta con todos los horrores de la guerra el territorio situado entre la ciudad de Cortona¹³⁴ y el lago Trasimeno para exacerbar en mayor medida la rabia del

enemigo e impulsarlo a vengar [2] los desafueros sufridos por sus aliados; había llegado ya a unos parajes hechos a propósito para una emboscada, donde el Trasimeno se acerca¹³⁵ más a los montes de Cortona. Separándolos sólo hay un camino muy estrecho, como si se hubiera dejado adrede sitio con ese fin precisamente; a continuación se abre una explanada ligeramente [3] más espaciosa, donde arrancan las colinas. Sitúa el campamento allí, en terreno abierto, donde se quedaría él mismo con los africanos y los hispanos únicamente; a los baleares y demás tropas ligeras los lleva, dando un rodeo, a situarse detrás de los montes; la caballería la coloca a la entrada misma del estrechamiento del camino debidamente oculta por unos montículos para que, cuando los romanos pasasen, les bloqueara el paso y quedara todo cerrado por el lago y los montes.

[4] Flaminio llegó al lago antes de la puesta del sol; al día siguiente, sin efectuar reconocimiento alguno, rebasó el estrecho paso cuando apenas había amanecido, y cuando la columna comenzó a desplegarse en la planicie más ancha, solamente divisó el contingente de tropas enemigas que tenía enfrente: la emboscada tendida a su espalda y sobre [5] su cabeza le pasó desapercibida. El cartaginés, cuando tuvo al enemigo encerrado entre el lago y los montes y rodeado por sus tropas, tal como él se había propuesto, dio la señal de ataque a todos al mismo tiempo. Cuando se [6] lanzaron a la carrera por donde a cada uno le pillaba más cerca, lo súbito de la acción cogió por sorpresa a los romanos, a lo cual contribuyó el hecho de que la niebla que había surgido del lago era más espesa en el llano que en los montes y las columnas enemigas habían bajado desde diversas colinas, pudiendo verse bien entre sí y actuando por ello más sincronizadas. Los romanos se dieron cuenta [7] de que estaban rodeados por los gritos de guerra surgidos de todas partes antes de que se formasen debidamente las líneas y se pudieran aprestar las armas y desenvainar las espadas.

El cónsul, bastante sereno él dentro de lo crítico de [5] la situación en medio del desconcierto generalizado, en la medida en que el tiempo y el espacio se lo permiten organiza las filas rotas al volverse cada uno en las distintas direcciones en que se oían los gritos, y en todos los sitios a los que puede llegar y desde los que puede ser oído arenga y ordena mantenerse firmes y pelear: de allí no se va a [2] poder salir con votos y súplicas a los dioses sino a base de fuerza y coraje; por entre las filas se abre uno paso con el hierro, y cuanto menor sea el miedo, menor suele ser el riesgo. Pero debido al estrépito y al tumulto no era posible [3] oír ni recomendaciones ni órdenes, y lejos de poder reconocer sus centurias, manípulos y puestos, apenas si tenían ánimos suficientes para empuñar las armas y prepararlas para la lucha, y algunos, en vez de cubrirse con ellas, resultaban aplastados por su peso. Además, en medio de una niebla tan espesa, había que

guiarse más por el oído que por la vista. Iban volviendo en torno suyo los rostros [4] y los ojos hacia los gemidos de los heridos y los choques de los cuerpos o las armas y los gritos entremezclados de los que metían miedo y los que lo experimentaban. Algunos [5] al huir se veían envueltos en el remolino de los que combatían; a otros, que volvían a la lucha, los arrastraba [6] la avalancha de los que huían. Después, fallidas las tentativas emprendidas en todas las direcciones, bloqueados los flancos por los montes y el lago, y el frente y la zaga por las filas enemigas, cuando se hizo patente que no quedaba más esperanza de salvación que la diestra y el hierro, entonces, convertido cada uno en su propio jefe y dándose [7] a sí mismo ánimos para el combate, se restableció por completo la lucha no en el orden conocido de vanguardia, lanceros y triarios, de forma que combatesen unos delante de las enseñas y otros detrás, con cada soldado en su legión, [8] cohorte y manípulo: los agrupaba el azar, y cada uno en la medida de su coraje se alineaba delante o atrás; los ánimos se enardecieron de tal modo, la atención se centró en la lucha hasta tal extremo, que ninguno de los combatientes notó aquel seísmo que arruinó buena parte de muchas ciudades de Italia y desvió de su curso impetuosas corrientes, empujó el mar hacia los ríos y derruyó montañas con enormes desprendimientos.

[6] Se combatió durante casi tres horas, y en todas partes encarnizadamente; la lucha fue sin embargo más dura y [2] enconada en torno al cónsul. Le acompañaba lo mejor de sus hombres, y él, allí donde notaba que los suyos sufrían acoso y estaban en dificultades, acudía en su apoyo con denuedo, y como sus armas le hacían destacar, los enemigos atacaban con enorme empuje y los suyos lo cubrían, [3] hasta que un jinete ínsubre llamado Ducario, reconociendo también el rostro del cónsul, dijo a los de su país: «Aquí está, éste es el que destruyó nuestras legiones y arrasó nuestros campos y nuestra ciudad; ahora mismo voy a ofrecer yo esta víctima a los manes de nuestros antepasados ignominiosamente [4] asesinados». Y picando espuelas a su caba Ilo se lanza a la carga por entre las cerradísimas filas enemigas, mata primero al escudero, que se le puso delante cuando llegaba amenazador, y atraviesa al cónsul con su lanza; cuando pretendía coger los despojos, los triarios se lo impidieron cubriéndolo con sus escudos. A partir de ese [5] momento se inició la huida de una gran parte del ejército, y ya ni el lago ni los montes eran un obstáculo para su pánico; escapan por todas partes, por derroteros angostos y escarpados, sin mirar, y armas y hombres se precipitan unos por encima de otros. Una gran parte, a falta de sitio [6] por donde huir, se meten en el agua por el suelo fangoso cercano a la orilla y se hunden hasta que sólo les queda la cabeza fuera del agua; los hubo incluso que en su miedo irracional se vieron impelidos a intentar la huida a

nado, y como era una huida interminable y desesperada, se descorazonaban [7] y se los tragaban los remolinos, o después de agotarse inútilmente daban la vuelta buscando de nuevo con enorme dificultad dónde hacer pie, y allí eran liquidados a discreción por los jinetes enemigos que se metían en el agua. Casi seis mil de los de vanguardia se abrieron [8] paso con denuedo por entre los enemigos que les hacían frente, y sin saber nada de lo que ocurría a sus espaldas escaparon de la cañada e hicieron alto en un montículo, y solamente oían el griterío y el ruido de las armas, sin que les fuera posible, por culpa de la niebla, saber o apreciar cuál era el desarrollo del combate. Por fin, cuando, [9] decantado ya el resultado, el sol cobró fuerza y disipando la niebla abrió el día, entonces, limpia ya la atmósfera, los montes y los llanos mostraron el desastre y el triste hundimiento del ejército romano. Por eso, no fueron a avistarlos [10] desde lejos y lanzaran en pos de ellos a la caballería, cogieron precipitadamente las enseñas y apresurando la marcha todo lo que podían se escabulleron. Al día siguiente, [11] cuando aparte de todo lo demás les acuciaba también un hambre extremada, cuando Maharbal, que les había dado alcance después de perseguirlos de noche con todas las tropas de a caballo, les dio su palabra de que les dejaría marchar [12] con lo puesto si entregaban las armas, ellos se rindieron; esta palabra la cumplió Aníbal con lealtad púnica: todos fueron hechos prisioneros.

*Secuelas de la batalla. Quinto Fabio Máximo elegido dictador por
sufragio del pueblo*

[7] Así fue la famosa batalla del Trasimeno y una de las más renombradas derrotas [2] del pueblo romano. Quince mil romanos resultaron muertos en el campo de batalla; diez mil huyeron en desbandada por toda Etruria y se dirigieron a Roma [3] por caminos extraviados; dos mil quinientos enemigos murieron en el campo de batalla y otros muchos después a consecuencia de las heridas. Otros elevan bastante el número de bajas sufridas por una y otra parte; [4] yo, aparte de que no quisiera incurrir en ninguna exageración falta de base, cosa a la que suelen ser demasiado proclives los escritores, he seguido sobre todo al historiador [5] Fabio, contemporáneo de esta guerra. Aníbal dejó marchar sin rescate a los prisioneros latinos, mandó prender a los romanos, ordenó sacar de entre el montón de cadáveres enemigos apilados los cuerpos de los suyos y enterrarlos; también buscó con gran detenimiento el cadáver de Flaminio para tributarle honras fúnebres, pero no lo encontró.

[6] En Roma, ante las primeras noticias de esta derrota, se produjo una aglomeración popular corriendo hacia el [7] foro presa de pánico y confusión. Las

matronas, vagando por las calles, preguntaban a todo el que se encontraban a qué inesperada derrota se referían las noticias y cuál era la suerte del ejército, y como la multitud, numerosa como si se tratara de una asamblea, se dirigía hacia el comicio y la curia y llamaba a los magistrados, por fin, poco antes [8] de la puesta del sol, el pretor¹³⁶ Marco Pomponio manifestó: «Hemos sido vencidos en una importante batalla». Y aunque no se oyó de sus labios nada más concreto, se llenaron, sin embargo, de rumores unos y otros y contaron en sus casas que el cónsul había muerto con gran parte [9] de sus tropas, y que los escasos supervivientes se habían dispersado huyendo en desbandada por Etruria o habían sido capturados por el enemigo. Los motivos de preocupación [10] de aquellos que tenían algún allegado militando a las órdenes del cónsul Gayo Flaminio eran tantos como las incidencias que habían ocurrido al ejército vencido, ignorando cuál había sido la suerte de cada uno de los suyos, y sin que nadie supiera a ciencia cierta qué esperanza o qué temores abrigar. A lo largo del día siguiente y de [11] algunos más se concentró ante las puertas de la ciudad una multitud en la que predominaban casi las mujeres sobre los hombres a la espera de algunos de los suyos o de alguien que les diera noticias acerca de ellos; rodeaban a los que llegaban haciéndoles preguntas y, sobre todo si era alguien conocido, no se los podía apartar de su lado hasta que se enteraban de todo de cabo a rabo. Luego, según [12] fueran alegres o tristes las noticias que recibían, se podía apreciar el distinto semblante con que se alejaban de los informadores, y se podía ver en torno a ellos a quienes los acompañaban en su vuelta a casa felicitándolos o consolándolos. Especialmente dejaban traslucir su alegría o su dolor las mujeres. Cuentan que una de ellas, que se encontró [13] de sopetón en la puerta misma de la ciudad con su hijo a salvo murió al abrazarlo; a otra, a la que por error se le había comunicado la muerte de su hijo y que estaba sentada en casa sumida en el abatimiento, así que vio al [14] hijo que regresaba, el exceso de alegría la mató. Los pretores retienen en la curia al senado durante varios días desde la salida hasta la puesta del sol, debatiendo el nombramiento de un general y las características de unos efectivos militares con los que poder resistir a los cartagineses victoriosos.

[8] Aún no se había llegado a resoluciones en firme cuando se anuncia de pronto otro revés: cuatro mil jinetes a las órdenes del propretor Gayo Centenio enviados por el cónsul Servilio a su colega habían sido rodeados por Aníbal en Umbría, dirección que habían tomado al enterarse [2] de la derrota del Trasimeno. La noticia de esta acción afectó a la gente de modo desigual. A unos les pareció poco importante la reciente pérdida de jinetes en comparación con la anterior, sumidos como estaban los ánimos en una preocupación [3] más honda; otros no valoraban lo ocurrido en sí mismo, sino que,

como ocurre con un cuerpo enfermo, que se siente más el peso de una dolencia aunque sea ligera [4] que en uno sano otra más grave, así cualquier contratiempo que le sobreviniera entonces a la ciudad, abatida y sin fuerzas como estaba, había que valorarlo no por su magnitud en sí misma, sino por referencia al estado de debilidad, que no soportaba ya nada que significase un agravamiento. [5] Por ello, la ciudad recurrió a un remedio que no se había echado en falta ni se había aplicado desde hacía tiempo¹³⁷: el nombramiento de un dictador. Y como además estaba ausente el cónsul, el único que al parecer podía efectuar el nombramiento, y debido a la ocupación de Italia por las armas cartaginesas no resultaba fácil enviar un mensajero o una carta, el pueblo eligió dictador —cosa que nunca [6] hasta la fecha se había hecho— a Quinto Fabio Máximo¹³⁸, y jefe de la caballería a Marco Minucio Rufo. El senado [7] les encomendó la tarea de reforzar las murallas y las torres y situar retenes en los puntos que les pareciese, y de cortar los puentes de los ríos: había que luchar por Roma y los penates, puesto que no habían podido defender Italia.

Nuevos avances de Aníbal. Medidas de carácter religioso en Roma

Aníbal llegó a través de Umbría en línea [9] recta hasta Espoleto¹³⁹. Luego, al intentar [2] asaltar la ciudad después de devastar el campo, fue rechazado sufriendo gran cantidad de bajas, y deduciendo a partir de las fuerzas de una sola colonia cuyo ataque había intentado con escaso éxito cuál sería el potencial de la ciudad de Roma, dirigió su rumbo hacia [3] el territorio piceno¹⁴⁰, abundante en cantidad de frutos de todas clases y repleto además de botín a cuyo pillaje se entregaban a rienda suelta con la avidez del indigente. Allí estuvieron acampados durante varios días y la tropa [4] se repuso de las marchas invernales y del avance a través del pantano, y de la batalla, favorable si se mira al resultado pero no menos reñida y difícil, que habían hecho mella en ellos. Cuando descansaron lo suficiente, teniendo en [5] cuenta que disfrutaban más con el pillaje y los saqueos que con el ocio y la inactividad se puso en marcha y devastó el territorio de Pretucia¹⁴¹ y Adria¹⁴² y después el de los marsos, marrucinos y pelignos y los alrededores de Arpos [6] y Luceria, la región de Apulia más cercana. El cónsul Gneo Servilio, después de librar ligeros combates con los galos y tomarles al asalto una plaza poco conocida, cuando se enteró de la muerte de su colega y el desastre de su ejército, temiendo ya por las murallas de la patria, para no estar ausente en un trance decisivo dirigió su marcha hacia Roma.

[7] Quinto Fabio Máximo, dictador por segunda vez¹⁴³, el mismo día que tomó

posesión del cargo convocó al senado; comenzó por lo que se refería a los dioses, puso de manifiesto ante los senadores que el cónsul Gayo Flaminio había incurrido en falta más por negligencia en el ceremonial que por temeridad o falta de conocimientos, y que había que consultar a los propios dioses sobre qué [8] expiaciones aplacarían la cólera divina, y logró que se ordenase a los decénviro consultar los libros sibilinos, cosa que no suele decretarse a no ser cuando se tiene noticia [9] de prodigios tenebrosos. Los decénviro, consultados los libros del destino, informaron a los senadores que el voto que se había hecho a Marte con motivo de aquella guerra no había sido realizado en debida forma y había que hacerlo de nuevo desde el principio y con mayor solemnidad; [10] además, había que prometerle con voto a Júpiter unos grandes juegos, y a Venus Ericina¹⁴⁴ y a la Inteligencia, un templo, y celebrar una rogativa y un banquete sagrado, y prometer con voto una primavera sagrada si el resultado de la guerra era favorable y la república se mantenía tal como antes de la guerra. Como Fabio iba a estar absorbido por [11] la atención a la guerra, el senado dispone que el pretor Marco Emilio, de acuerdo con el criterio del colegio de los pontífices, se ocupe de que todo esto se lleve a cabo rápidamente.

Promulgados estos decretos del senado, el pontífice máximo [10] Lucio Cornelio Léntulo, ante una consulta del pretor al colegio, dictamina que antes de nada hay que consultar al pueblo acerca de la primavera sagrada: sin un mandato del pueblo no se puede hacer esa promesa con voto. Se le pidió al pueblo que se pronunciase en estos términos: [2] «¿Queréis y mandáis que se haga así lo que sigue? Si la república del pueblo romano de los Quirites, durante el quinquenio próximo, según yo deseo y por lo que hago votos, sale sana y salva de las guerras siguientes: la guerra que hay entre el pueblo romano y el cartaginés, y las guerras en que está con los galos de este lado de los Alpes, que entonces el pueblo romano de los Quirites done en [3] ofrenda todo lo que en primavera nazca de los rebaños de cerdos, ovejas, cabras y bueyes, y que no haya sido consagrado, y sea inmolado a Júpiter, a partir del día que el senado y el pueblo romano dispongan. El que lo haga, [4] hágalo cuando quiera y con el rito que quiera; de cualquier modo que lo hiciere, bien hecho esté. Si muere lo que tenía [5] que ser inmolado, pierda el carácter de sagrado y no haya sacrificio. Si alguien lo daña o mata inadvertidamente, no se considere falta. Si alguien lo robare, no se considere delito ni del pueblo ni del propietario. Si lo inmolare en [6] día nefasto¹⁴⁵ sin saberlo, bien inmolado esté. Si lo inmolare de noche o de día, un esclavo o un hombre libre, bien inmolado esté. Si inmolare antes de que el senado y el pueblo dispongan que se haga, quede el pueblo libre y exento [7] de responsabilidad por ello». Con la misma finalidad se prometieron con

voto unos grandes juegos de trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres ases y un tercio, y además trescientos bueyes a Júpiter, y a muchos otros dioses, [8] bueyes blancos y demás víctimas. Hechas estas promesas votivas¹⁴⁶ en la debida forma, se decretó una rogativa, y participaron en ella con sus mujeres e hijos los hombres de la ciudad y también los del campo, afectados en alguna medida en sus intereses privados por la inquietud [9] pública. Se celebró luego un banquete sagrado durante tres días, encargándose de su organización los decenviros de los sacrificios; a la vista de todos había seis lechos sagrados, dedicados uno a Júpiter y Juno, otro a Neptuno y Minerva, un tercero a Marte y Venus, el cuarto a Apolo y Diana, a Vulcano y Vesta el quinto, el sexto a Mercurio [10] y Ceres. A continuación se prometieron con voto los templos. La promesa del templo a Venus Ericina la hizo el dictador Quinto Fabio Máximo, pues de acuerdo con los libros del destino se había dictaminado que hiciese el voto quien detentase la máxima autoridad en la ciudad; la promesa votiva del templo a la Inteligencia la hizo el pretor Tito Otacilio.

Medidas de carácter militar. Marcha del dictador Fabio hasta Arpos

Cumplido así lo referente a la religión, [11] el dictador presentó un informe acerca de la guerra y el estado de la república, para que los senadores se pronunciaran sobre el volumen y las características de las tropas con que se debía salir al paso del enemigo victorioso. Se decretó que se hiciera cargo del ejército del cónsul Gneo [2] Servilio, que alistase además entre ciudadanos y aliados el contingente de caballería e infantería que estimase oportuno, y que tomase todas las medidas restantes, y las cumplimentase de la forma que considerase mejor para la república. Fabio dijo que pensaba añadirle dos legiones al [3] ejército de Servilio. Alistadas éstas por el jefe de la caballería, les fijó una fecha para concentrarse en Tíbur. Publicó [4] un edicto disponiendo que aquellos cuyas ciudades o poblados estuviesen sin defensa emigrasen a sitios seguros, y que emigraran también de los campos todos los de la zona por donde iba a pasar Aníbal, prendiendo antes fuego a sus casas y destruyendo las cosechas de forma que faltase de todo; él emprendió la marcha por la Vía Flaminia [5] para encontrarse con el cónsul y su ejército, y al avistar la columna junto al Tíber en las proximidades de Ocrículo, y al cónsul que avanzaba hacia él con la caballería, envió a un ayudante¹⁴⁷ a comunicarle al cónsul que se presentase ante el dictador sin lictores¹⁴⁸. Obedeció aquél la orden, [6] y el encuentro de ambos ofreció a los ojos de los ciudadanos y aliados la impresionante vistosidad de la dictadura, forma de autoridad de la que casi se habían olvidado con el paso del tiempo. Entonces, por carta remitida desde Roma, llegaron noticias de que las naves de carga que

transportaban víveres para el ejército desde Ostia a Hispania habían sido capturadas por la flota cartaginesa [7] cerca del puerto de Cosa¹⁴⁹. En consecuencia, el cónsul recibió orden de partir inmediatamente para Ostia, y, con las naves que hubiese cerca de la ciudad de Roma o en Ostia, equipadas con soldados y marinería, perseguir a la [8] flota enemiga y proteger las costas de Italia. En Roma se habían alistado gran cantidad de hombres; incluso los libertos que tuviesen hijos y estuviesen en edad militar habían [9] prestado juramento. De este ejército urbano, los que tenían menos de treinta y cinco años fueron destinados a las naves, los demás quedaron para defender la ciudad.

[12] Recibido el ejército del cónsul de manos del legado Fulvio Flaco, el dictador, atravesando el territorio sabino, se dirigió a Tíbur, donde había fijado a los nuevos soldados [2] una fecha de presentación. De allí salió a Preneste y, por caminos transversales, a la Vía Latina, desde donde dirigió la marcha hacia el enemigo, explorando el itinerario con el mayor cuidado, dispuesto a no correr el albur en ningún sitio salvo en la medida en que una necesidad imperiosa [3] lo obligase. El primer día que acampó, no lejos de Arpos, a la vista del enemigo, no pasó ni un instante sin que el [4] cartaginés formara sus tropas y presentara batalla. Pero al ver que todo estaba en calma en el lado enemigo sin que se observara agitación alguna en el campamento, regresó al suyo barbotando que al fin se les habían bajado a los romanos aquellos humos belicosos, que la guerra estaba resuelta y que abiertamente renunciaban al valor y [5] la gloria; sin embargo, caló en su ánimo una inquietud no expresada, debido a que iba a tener que vérselas con un general completamente diferente a Flaminio y Sempronio, y al fin los contratiempos les habían enseñado a los romanos a buscar un general a la altura de Aníbal. Y, la verdad, [6] sintió de inmediato prevención hacia la prudencia del dictador; no habiendo tenido aún pruebas de su firmeza, comenzó a inquietarlo y tentarlo trasladando cada poco el campamento y saqueando ante sus ojos los campos de los aliados, y tan pronto aceleraba la marcha y desaparecía [7] de su vista como hacía alto escondido en algún recodo del camino, por si podía cazarlo si bajaba al llano. Fabio conducía [8] a su ejército por las alturas, a una distancia prudente del enemigo, de forma que ni le perdiera de vista ni se encontrara con él. Se retenía a la tropa en el campamento a no ser en casos de absoluta necesidad; a buscar forraje y leña no salían pocos ni se dispersaban; un retén de jinetes [9] y tropas ligeras, formados y listos para hacer frente a repentinos ataques, proporcionaba una seguridad completa a sus hombres y constituía un riesgo para los enemigos si se dispersaban para saquear; no arriesgaba en una [10] batalla decisiva el resultado global, y las ligeras escaramuzas, de escasa importancia, iniciadas desde lugar seguro y teniendo muy cerca la retirada, habituaban a los soldados,

acoquinados por las derrotas anteriores, a sentirse ya, por fin, menos avergonzados de su valor o de su suerte. Pero [11] con esta estrategia tan sensata estaba en contra suya el jefe de la caballería no menos que Aníbal: lo único que le servía de rémora para no precipitar al Estado en la ruina era el hecho de su subordinación en el mando. Engreído y precipitado en sus planes, sin controlar la lengua, primero [12] en grupos reducidos y después abiertamente ante todo el mundo, achacaba a cobardía lo que era prudencia, a pusilanimidad la cautela, confundiendo las cualidades con los defectos correspondientes, y a costa de rebajar a su superior se ensalzaba a sí mismo, detestable habilidad que se ha desarrollado en exceso por los buenos resultados que les ha dado a muchos.

*Aníbal pasa al Samnio, Campania, Falerno. Minucio se revuelve contra la
táctica del dictador*

[13] Aníbal pasa del territorio de los hirpinos¹⁵⁰ al Samnio, arrasa el territorio de Benevento, toma la ciudad de Telesia¹⁵¹, provoca incluso con toda intención al general romano por si puede exasperarlo con todos estos atropellos a sus aliados y [2] arrastrarlo a una batalla campal. Entre la multitud de aliados de origen itálico que Aníbal había hecho prisioneros en el Trasimeno y dejado marchar había tres jinetes de la Campania, a los que Aníbal había incitado ya para entonces con numerosos regalos y promesas con el objeto de que se ganaran la voluntad [3] de sus compatriotas. Éstos le hicieron saber que, si llevaba el ejército a la Campania, cabría la posibilidad de apoderarse de Capua, y aunque Aníbal estaba indeciso, alternándose en él la confianza y la desconfianza por tratarse de una empresa que desbordaba a sus garantes, lo impulsaron sin embargo a dirigirse del Samnio a la Campania. [4] Después de advertirles repetidas veces que confirmaran con hechos sus promesas y regresaran a su lado con muchos compatriotas, algunos de ellos de los más sobresalientes, [5] los despidió. En cuanto a él, ordena al guía que lo conduzca a territorio de Casino, informado por los conocedores del terreno de que si ocupaba aquel desfiladero cortaría a los romanos la salida por donde llevar ayuda a sus aliados; pero como la lengua púnica es tan negada para la [6] pronunciación de los nombres latinos, fue la causa de que el guía entendiese Casilino en vez de Casino¹⁵², y desviándose de su ruta descendió a la llanura de Estela a través de los territorios de Alifas, Cayacia y Cales. Al observar [7] allí en derredor rodeada de montes y ríos la región, llama al guía y le pregunta en qué parte del mundo se encuentran. Cuando éste replicó que aquel mismo día estaría en Casilino [8] se descubrió al fin el equívoco, y que Casino estaba en otra parte, lejos de allí. Hizo que azotaran y crucificaran [9] al guía para escarmiento de los demás, atrincheró el campamento y envió a Maharbal con la

caballería a saquear el territorio de Falerno. Este saqueo llegó hasta las [10] aguas de Sinuesa¹⁵³. Los estragos, importantes, la fuga y la alarma que provocaron los númidas llegaron más lejos. Sin embargo, esta alarma, estando todo como estaba envuelto en [11] la conflagración bélica, no apartó a los aliados de su lealtad, y es que la autoridad que se ejercía sobre ellos era justa y comedida, y no se negaban a obedecer a quienes eran superiores, lo cual es el único vínculo de la lealtad.

Pues bien, cuando se estableció el campamento¹⁵⁴ junto [14] al río Volturno y era pasto de las llamas el campo más fértil de Italia y humeaban aquí y allá los incendios de los caseríos, mientras Fabio conducía al ejército por las alturas del monte Mástico¹⁵⁵, estuvo a punto de estallar un [2] nuevo brote de sedición; habían estado apaciguados¹⁵⁶, efectivamente, durante algunos días porque, al llevar una marcha más rápida de lo habitual, habían creído que las prisas tenían por objeto impedir los saqueos de la Campania. [3] Pero cuando se hubo llegado a las últimas cimas del monte Mástico y aparecieron a la vista los enemigos quemando las casas del campo falerno y de los colonos de Sinuesa, y no se hacía la menor alusión a combatir, Minucio [4] dijo: «¿Hemos venido aquí a disfrutar contemplando con nuestros ojos el espectáculo de la quema y muerte de nuestros aliados? ¿Y no sentimos vergüenza, ya que no por nadie más, al menos por nuestros compatriotas, enviados como colonos por nuestros padres¹⁵⁷ a Sinuesa para que estuviera protegida contra los enemigos samnitas esta costa [5] que ahora queman no los samnitas, vecinos nuestros, sino un cartaginés extranjero que desde los últimos confines de la tierra ha llegado ya hasta aquí en su avance por culpa [6] de nuestras dudas y nuestra indolencia? ¿Tanto, ¡ay!, hemos degenerado con respecto a nuestros padres, que esa misma costa que a ellos les pareció deshonroso para su imperio que fuera bordeada por la flota cartaginesa, la vemos ahora plagada de enemigos y en poder de númidas [7] y moros? Los mismos que no hace mucho, llenos de indignación por el asedio de Sagunto, no dejábamos en paz ni a los dioses ni a los hombres ni los tratados, contemplamos tan felices cómo Aníbal escala las murallas de una colonia romana. El humo de los incendios de los caseríos [8] y los campos llega hasta nuestros ojos, hasta nuestro rostro; nos zumban los oídos con los gritos de los aliados que lloran invocando nuestra ayuda más veces que la de los dioses; nosotros, aquí, llevamos al ejército, como si se tratara de ganado, por quebradas de estío y senderos retirados, escondidos entre nubes y bosques. Si Marco Furio [9] hubiera pretendido arrebatarnos de nuevo Roma a los galos por este sistema, recorrer cumbres y cañadas, con el que este nuevo Camilo, elegido por nosotros dictador sin igual en una situación crítica, se dispone a recuperar Italia del poder de Aníbal, Roma seguiría en poder de los galos y me temo

que, si seguimos con estas vacilaciones, nuestros [10] mayores la hayan salvado tantas veces para Aníbal y sus cartagineses. Pero, guerrero y romano de verdad, el mismo [11] día que se le comunicó en Veyos que por decreto del senado y mandato del pueblo había sido nombrado dictador, aun siendo el Janículo suficientemente alto como para avistar al enemigo sin moverse de allí, bajó al llano, y aquel mismo día en el centro de Roma donde están ahora las tumbas de los galos¹⁵⁸, y al día siguiente sin pasar más allá de Gabios, deshizo a las legiones galas. ¿Qué más? [12] Muchos años después, cuando nuestros enemigos samnitas nos hicieron pasar bajo el yugo en las Horcas Caudinas, ¿cómo acabó Lucio Papirio Cúrsor por arrancar el yugo de la cerviz de los romanos e imponérselo a los orgullosos samnitas: recorriendo las cumbres del Samnio, o atacando y sitiando Luceria y hostigando al enemigo victorioso? Recientemente, a Gayo Lutacio ¿qué otra cosa le dio la [13] victoria más que la rapidez, porque al día siguiente de avistar al enemigo cayó sobre su escuadra cargada de provisiones y ya de por sí entorpecida por su equipo y aparejo? [14] Es una necedad creer que se puede resolver una guerra sin moverse o con promesas votivas. Es preciso coger las armas y descender al llano y combatir cuerpo a cuerpo. El poderío de Roma se acrecentó a base de audacia y acción, no con esta táctica abúlica que los pusilánimes llaman prudente». [15] Mientras Minucio pronunciaba esta especie de arenga lo rodeaba una multitud de tribunos y jinetes romanos, y sus arrogantes expresiones llegaban incluso hasta los oídos de la tropa, y se comentaba que si dependiese del sufragio militar, habrían dado a Minucio preferencia sobre Fabio como jefe.

Marcha atrás de Aníbal de Falerno a Campania. Treta para eludir el bloqueo de Fabio; acampada en Alifas

[15] Fabio, atento a sus hombres tanto como a los enemigos, demuestra primero que aquéllos no doman su carácter. Aun sabiendo perfectamente que se hablaba mal de sus cautelas no sólo en el campamento sino ya también en Roma, se mantuvo sin embargo en sus trece empleando la misma táctica durante el resto del [2] verano, de suerte que Aníbal, perdidas las esperanzas de una confrontación que había intentado por todos los medios, andaba ya buscando por el contorno un lugar donde invernar, porque aquella comarca tenía recursos para el momento, no indefinidos: plantas, viñas, todo [3] sembrado de frutos sabrosos más que imprescindibles. De todo esto informaron a Fabio los exploradores. Como sabía seguro que Aníbal retornaría por el mismo desfiladero por el que había penetrado en territorio de Falerno, ocupó con un destacamento relativamente numeroso el monte Calícula¹⁵⁹ y Casilino, ciudad ésta dividida en dos por

el río [4] Volturno, que constituye el límite entre Falerno y el territorio campano; él hace retroceder al ejército por las mismas cumbres, enviando a Lucio Hostilio Mancino con cuatrocientos jinetes aliados a reconocer el terreno. Éste, uno [5] más de los muchos jóvenes que escuchaban a menudo las agresivas arengas del jefe de la caballería, primero avanzó como se hace en los reconocimientos para observar al enemigo manteniéndose a cubierto; pero cuando vio a los nómadas diseminados por todas partes saqueando por las aldeas y se le presentó incluso la ocasión de dar muerte a unos cuantos, lo dominó al instante la fiebre de combate [6] y se le olvidaron las órdenes del dictador, que le había mandado avanzar todo lo que pudiera sin correr riesgos y retroceder antes de llegar a ser visto por el enemigo. Los [7] nómadas, unos primero y otros después, haciéndole frente y retrocediendo, lo atrajeron casi hasta el campamento con el consiguiente cansancio de caballos y hombres. Inmediatamente, [8] Cartalón, que ostentaba el mando de la caballería en su conjunto, lanzándose con los caballos al galope hizo que los enemigos dieran la vuelta antes de llegar a tiro de dardo y los persiguió en su huida galopando ininterrumpidamente durante casi cinco millas. Mancino, cuando vio [9] que el enemigo no cejaba en su persecución y que no había esperanza de escapar, arengó a sus hombres y volvió al combate en absoluta desigualdad de fuerzas, y de esta [10] forma él y los mejores jinetes fueron envueltos y muertos; los demás, corriendo en desbandada de nuevo, llegaron a Cales primero y después junto al dictador por vericuetos casi intransitables.

[11] Precisamente aquel día había regresado Minucio al lado de Fabio, enviado a situar un destacamento que asegurase el desfiladero que por encima de Tarracina se estrecha en una angosta garganta hasta asomar al mar, con el fin de que el cartaginés no pudiera pasar de Sinuesa al territorio [12] de Roma por una desviación de la Vía Apia. Reunidos los ejércitos, el dictador y el jefe de la caballería trasladan el campamento al camino por donde iba a pasar Aníbal; los enemigos estaban a dos millas de distancia de allí.

[16] Al día siguiente los cartagineses ocuparon con su ejército el tramo de ruta que separaba ambos campamentos. [2] Aun cuando los romanos se situaron al pie mismo de la empalizada en una posición más favorable sin lugar a dudas, sin embargo el cartaginés se adelantó con las tropas ligeras y la caballería a hostigar al enemigo. Los cartagineses combatían a tirones, avanzando y retrocediendo; el ejército [3] romano se mantuvo firme en su posición. Fue una lucha lenta y más de acuerdo con los propósitos del dictador que con los de Aníbal. Los romanos tuvieron doscientas bajas, los enemigos ochocientas.

[4] A partir de ese momento Aníbal se vio bloqueado, cortada la vía hacia Casilino;

mientras que a los romanos les podían suministrar provisiones Capua y el Samnio, y tantos aliados opulentos a su retaguardia, los cartagineses iban a pasar el invierno entre las rocas formianas¹⁶⁰ y las arenas y pantanos de Literno¹⁶¹ y en medio de bosques temibles; tampoco le pasó desapercibido a Aníbal que se le atacaba [5] con su propia táctica. Por lo tanto, como no podía escaparse a través de Casilino y tendría que dirigirse a las montañas y salvar la cima del Calícula, para que los romanos no atacasen por ningún punto a su ejército encerrado entre valles, ideó un ardid que iba a parecer terrible al [6] verlo, para engañar al enemigo, y decidió acercarse al pie de las montañas, después de anochecer, a escondidas. La engañosa estratagema estaba concebida de la siguiente [7] manera: recogieron teas en los campos por todas partes, formadas con haces de varas y sarmientos secos, y las ataron a los cuernos de toros bravos¹⁶² y domados que llevaban en gran cantidad entre el resto del botín cogido en el campo. Una vez preparados cerca casi de dos mil toros, [8] se le encomendó a Asdrúbal la tarea de conducir hasta los montes por la noche aquella manada con los cuernos encendidos, y especialmente, si le era posible, por encima del desfiladero ocupado por el enemigo.

Al oscurecer se levantó el campamento silenciosamente; [17] los toros eran conducidos a cierta distancia delante de las enseñas. Cuando se llegó al arranque de los montes, [2] donde el camino se estrechaba, se dio al instante la señal para prender fuego a los cuernos y arrear la manada monte arriba, y el propio miedo a las llamas que relucían sobre su cabeza y el calor que llegaba ya a lo vivo a la raíz de los cuernos acicateaba a los toros, como aguijoneados por el furor. Al pronto, con su carrera, como si se hubiera [3] prendido fuego a bosques y montes, estaba en llamas toda la maleza del contorno, y el vano agitarse de las testuces, que avivaba la llama, presentaba el aspecto de hombres [4] que corrían por todas partes. Los que estaban apostados¹⁶³ cubriendo el paso del desfiladero, en cuanto vieron en lo alto de los montes sobre sí algunos fuegos, creyendo que estaban rodeados abandonaron su posición. Por donde el resplandor de las llamas era menos denso se dirigieron a las cimas más altas de los montes como camino más seguro, pero se toparon sin embargo con algunos toros apartados [5] de su manada. Primero los vieron de lejos, y se detuvieron atónitos ante el hecho insólito de una especie de [6] seres que vomitaban llamas; luego, cuando descubrieron que era un ardid humano, pensando entonces que realmente se trataba de una emboscada, se lanzaron a una huida aún más tumultuosa. Se encontraron además con las tropas ligeras del enemigo, pero la noche, repartiendo el miedo a partes iguales, contuvo a unos y otros hasta el alba [7] sin iniciar la pelea. Aníbal entretanto pasó todo su ejército a través del desfiladero, en el que cayó por sorpresa sobre algunos enemigos, y acampó en territorio de Alifas.

Fabio parte para Roma

[18] Fabio advirtió el consiguiente tumulto, pero pensando que se trataba de una emboscada y siendo, por otra parte, especialmente refractario a los combates nocturnos, mantuvo a los suyos en el recinto [2] atrincherado. Al despuntar el día hubo un combate cerca de la cima del monte, y los romanos, que eran ligeramente superiores en número, habrían vencido con facilidad a unas tropas ligeras que habían perdido contacto con los suyos de no haber intervenido una cohorte de hispanos [3] enviada por Aníbal con ese fin precisamente. Esta fuerza, más avezada a los montes, y más a propósito para combatir entre piedras y rocas, y también más ligera gracias tanto a su movilidad como al tipo de armamento, se libró con facilidad de un enemigo de llanura, de armamento pesado, que combatía a pie firme. Así, cuando se separaron [4] tras una lucha completamente desigual, incólumes los hispanos casi en su totalidad y con algunas bajas los romanos, se dirigieron a sus campamentos.

También Fabio levantó su campamento, atravesó el desfiladero [5] y se situó por encima de Alifas en una posición elevada y protegida. Aníbal, simulando dirigirse a Roma [6] a través del Samnio, retrocedió hasta territorio peligno, saqueándolo; Fabio, a una distancia intermedia entre el ejército enemigo y la ciudad de Roma, marchaba por las cumbres sin alejarse del todo ni ir a su encuentro. Desde territorio [7] peligno el cartaginés viró el rumbo y retrocediendo de nuevo hacia Apulia llegó a Gereonio, ciudad abandonada por miedo por sus habitantes debido a que parte de sus murallas se había derrumbado. El dictador atrincheró [8] su campamento en territorio de Larino¹⁶⁴. Llamado luego a Roma con motivo de unos sacrificios, se dirigió al jefe de la caballería no sólo dándole órdenes, sino incluso rogándole, además de aconsejarle, que confiase más en la [9] sensatez que en la suerte y que como general le imitase más a él que a Sempronio y Flaminio; que no fuese a creer que no había servido para nada pasar casi todo el verano eludiendo al enemigo; que muchas veces también los médicos consiguen más con el reposo que con el movimiento y la acción; que no es poca cosa haber interrumpido las [10] victorias de un enemigo tantas veces vencedor y haberse tomado un respiro en la serie ininterrumpida de derrotas. Hechas, aunque en vano, estas recomendaciones al jefe de la caballería, partió para Roma.

Operaciones bélicas en Hispania por mar y tierra

[19] A principios del verano en que tenían lugar estos acontecimientos, también se reanudó en Hispania la guerra por tierra [2] y mar¹⁶⁵. Asdrúbal añadió otras diez al

conjunto de naves que le había dejado [3] su hermano equipadas y listas; entregó a Himilcón la flota de cuarenta navíos y hecho esto salió de Cartagena haciendo avanzar a las naves sin alejarse de tierra y al ejército por la costa, dispuesto para combatir con el tipo de tropas [4] con que se presentase el enemigo. Cuando Gneo Escipión se enteró de que el enemigo había salido de los cuarteles de invierno, tuvo al principio la misma idea; después, menos animado a un combate por tierra por lo mucho que se hablaba de los nuevos refuerzos, embarcó tropas escogidas y con una flota de treinta y cinco naves decidió ir al [5] encuentro del enemigo. Un día después de salir de Tarragona llegó a un fondeadero situado a diez millas de distancia de la desembocadura del río Ebro. Dos naves marsellesas de observación que envió desde allí volvieron con la noticia de que la flota cartaginesa estaba surta en la desembocadura del río, y su campamento emplazado en la [6] ribera. Por consiguiente, para sorprenderlos desprevenidos y descuidados y hacer cundir la alarma en todos al mismo tiempo, leva anclas y se dirige hacia el enemigo.

En Hispania, situadas en enclaves elevados, hay muchas torres que son utilizadas como atalayas y a la vez [7] como defensas contra los bandidos. Avistadas primero desde allí las naves enemigas, se le hizo una señal a Asdrúbal, y la conmoción se originó en tierra, en el campamento, antes que en el mar, en las naves, donde aún no se había oído el batir de los remos y demás ruidos de las embarcaciones, y unos promontorios no dejaban ver aún la flota, cuando de pronto un jinete y después otro enviados por [8] Asdrúbal les ordenan, cuando ellos andan vagando por la costa o están tranquilos en sus tiendas esperando cualquier cosa aquel día menos un enemigo o un combate, que embarquen a toda prisa y cojan las armas: la escuadra romana está ya cerca del puerto. Por todas partes transmitían [9] estas órdenes los jinetes enviados por Asdrúbal; al poco se presenta éste en persona con todo el ejército, y el ruido del tumulto en diversas formas lo llena todo al correr hacia las naves al mismo tiempo la tripulación y los soldados, pareciendo más huir de tierra que ir a una batalla. Apenas están todos embarcados cuando unos sueltan [10] las amarras y se lanzan a levar anclas, otros cortan los cables de las mismas para que nada los retenga; como todo lo hacen de forma precipitada y embarullada, los preparativos de los soldados entorpecen los movimientos de la tripulación, y el aturdimiento de los marineros impide a los soldados coger y preparar las armas. Y ya los romanos [11] aparte de estar cerca habían alineado incluso las naves en orden de batalla. Por ello los cartagineses, azorados por su propia confusión tanto como por el enemigo y la lucha, después de intentar, más exactamente que iniciar, la batalla, viran el rumbo de su flota emprendiendo la huida; y como la desembocadura, río arriba,

no tenía cabida suficiente [12] para una formación en línea tan ancha en la que tantos avanzaban al mismo tiempo, llevaron las naves hacia la costa desordenadamente, y desembarcando unos en vados y otros en tierra firme escaparon, unos con armas y otros sin ellas, en dirección a su ejército que estaba formado a lo largo de la costa; no obstante, nada más producirse el choque dos naves cartaginesas habían sido capturadas y cuatro hundidas.

[20] Los romanos, a pesar de que la tierra estaba en poder del enemigo y veían su formación armada desplegada por [2] toda la costa, persiguieron sin vacilar a la desorganizada flota del enemigo y todas las naves que no habían destrozado sus proas al chocar contra el litoral o cuyas quillas no habían encallado en fondos de poco calado las ataron por popa y las remolcaron a alta mar; capturaron unas veinticinco, de un total de cuarenta.

[3] Y no fue esto lo mejor de aquella victoria, sino el haberse adueñado, en una sola y ligera batalla, del mar de [4] toda aquella costa. Así pues, marcharon a Onusa con la flota; se efectuó el desembarco a tierra firme, tomaron la ciudad por asalto, entraron a saco en ella después de tomarla, [5] y de allí se dirigieron a Cartagena, donde después de asolar todo el territorio circundante acabaron por prender fuego también a los edificios adosados a la muralla [6] y a las puertas de la ciudad. Desde allí, cargada ya de botín, la flota llegó a Longúntica¹⁶⁶, donde había un gran contingente de esparto almacenado por Asdrúbal para las necesidades de la navegación. Retirado el suficiente para [7] su uso, se le prendió fuego a todo el resto. Y no se limitaron a costear la Península, sino que hicieron la travesía hasta la isla de Ibiza¹⁶⁷. Allí, después de un infructuoso y muy empeñado ataque de dos días a la ciudad capital [8] de la isla, cuando se dieron cuenta de que perdían inútilmente [9] el tiempo sin esperanzas consistentes, se dedicaron a devastar los campos; destruidas e incendiadas unas cuantas aldeas logrando un botín mayor que en la Península, se retiraron a las naves, y entonces se presentaron a Escipión unos embajadores de las islas Baleares pidiendo la paz. Desde allí la flota dio la vuelta, regresando a la parte este [10] de la provincia, donde se concentraron embajadores de todos los pueblos que habitan a este lado del Ebro y de muchos de los confines más remotos de Hispania; pero los [11] pueblos que realmente se sometieron al dominio del imperio romano con entrega de rehenes fueron más de ciento veinte. Confiando pues lo suficiente también en las tropas [12] de tierra, Escipión avanzó hasta el desfiladero castulonens¹⁶⁸. Asdrúbal se replegó hacia Lusitania, más próxima al Océano.

Indíbil y Mandonio. Los rehenes de Sagunto

Parecía que el tiempo que restaba del [21] verano a partir de entonces iba a ser tranquilo, y lo hubiera sido por lo que se refiere al enemigo cartaginés; pero, aparte [2] de que los propios hispanos son de natural inquieto y levantisco, Mandonio e Indíbil, el que anteriormente había sido reyezuelo de los ilergetes, así que los [3] romanos se retiraron desde el desfiladero a la orilla del mar, provocaron un levantamiento de sus paisanos y se fueron a saquear el territorio de unos aliados de los romanos que no estaba en guerra. Los tribunos militares enviados [4] contra ellos con tropas ligeras de reserva por Escipión los dispersaron en un ligero combate, al tratarse de una tropa de aluvi6n, causándoles un millar de bajas, haciendo algunos prisioneros y desarmando a la mayoría. No obstante, [5] esta escaramuza hizo que Asdrúbal, que se retiraba hacia el Océano, retrocediera hacia el lado de acá del Ebro [6] para proteger a los aliados. El campamento cartaginés estaba en territorio ilergavonense¹⁶⁹ y el romano junto a Nueva Clase¹⁷⁰ cuando una noticia inesperada llevó la guerra [7] en otra direcci6n. Los celtíberos¹⁷¹, que habían enviado¹⁷² como embajadores a los principales de su pa6s y habían entregado rehenes a los romanos, instigados por un mensajero enviado por Escipión empuñan las armas e invaden con un fuerte ejército la zona de dominio cartaginés. [8] Toman tres plazas al asalto, a continuaci6n libran con éxito dos combates contra el propio Asdrúbal, dando muerte a quince mil enemigos, y capturan cuatro mil, junto con un gran número de enseñas militares.

[22] Estando así las cosas en Hispania llega a su provincia Publio Escipión, enviado por el senado con una prórroga en el mando tras su consulado, con treinta naves largas y ocho mil soldados, transportando una gran cantidad de [2] provisiones. Esta flota, de enormes proporciones por la cantidad de naves de carga, y que fue avistada a distancia con gran alegría de compatriotas y aliados, desde alta mar [3] puso proa al puerto de Tarragona. Desembarcadas allí las tropas, Escipión fue a reunirse con su hermano, y a partir de entonces dirigían las operaciones bélicas de común acuerdo. [4] Mientras los cartagineses están absorbidos por la guerra celtibérica, ellos cruzan el Ebro sin vacilar, y no encontrando ningún enemigo siguen su marcha en direcci6n a Sagunto, porque se hablaba de que se encontraban allí los rehenes de toda Hispania entregados por Aníbal, custodiados en la ciudadela por una guarnici6n no muy importante. Esta alianza era lo único que retenía a todos los pueblos [5] de Hispania proclives a una alianza con Roma, por temor a pagar las culpas de su defecci6n con la sangre de sus hijos. Un solo hombre liberó a Hispania de esta atadura [6] mediante un plan en el que había más astucia que lealtad. Había en Sagunto un hispano muy conocido, Abelux, primeramente leal a los cartagineses, pero que después, con el cambio de fortuna, había cambiado su lealtad,

cosa a la que es dada la manera de ser de los nativos la mayoría de las veces. Pero, convencido de que un tráfuga que [7] se pasa al enemigo sin algo importante que entregar no es más que un cuerpo aislado, de escaso valor y nula consideración, andaba buscando la manera de serles de la mayor utilidad a sus nuevos aliados. Considerando, pues, todo [8] aquello que la fortuna podía poner en sus manos, pensó sobre todo en entregar los rehenes, convencido de que esta acción por sí sola les iba a granjear a los romanos más que ninguna otra la amistad de los jefes de Hispania. Pero como [9] sabía perfectamente que sin una orden del prefecto Bostar no iban a hacer nada los guardianes de los rehenes, aborda con astucia al propio Bostar.

Bostar tenía su campamento fuera de la ciudad, en el [10] mismo litoral, para cortarles el paso por aquella parte a los romanos. Allí lo coge aparte y le expone, como si él no estuviera al corriente, cuál es la situación: el miedo ha [11] contenido hasta esa fecha a los hispanos porque los romanos estaban lejos, pero ahora está a este lado del Ebro el campamento romano, ciudadela segura donde refugiarse los proclives a un levantamiento; se impone, por tanto, atar con favores y beneficios a quienes no retiene ya el [12] miedo. Bostar queda sorprendido y pregunta cuál puede [13] ser ese regalo inesperado de una eficacia tan grande, y él le dice: «Devuelve los rehenes a las ciudades. Esto será del agrado de los padres, que gozan de la mayor estima en sus ciudades, desde el punto de vista particular, y desde [14] el punto de vista oficial, del agrado de los pueblos. Todo el mundo quiere que se confíe en él, y la lealtad demostrada obliga muchas veces a que uno sea leal a su vez. Pido hacerme cargo personalmente de la devolución de los rehenes a sus casas para colaborar con todos los medios a la realización de mi proyecto y conseguir el mayor agradecimiento que pueda sobreañadido a una acción grata ya de [15] por sí». Cuando persuadió a aquel hombre, que carecía de la astucia característica de la raza púnica, marchó en secreto por la noche en dirección a los puestos de guardia enemigos y reuniéndose con algunos soldados auxiliares hispanos fue conducido por ellos a presencia de Escipión, le [16] explicó qué se proponía y, después de comprometer uno y otro su palabra y fijar lugar y momento para la entrega de los rehenes, regresó a Sagunto. Pasó el día siguiente con Bostar recibiendo instrucciones para llevar a cabo la operación. [17] Se despidió después de acordar que iría de noche para burlar la vigilancia enemiga, despertó a los guardianes de los niños a la hora convenida con ellos y partió, conduciéndolos como si nada supiera hacia la emboscada [18] preparada por su propia traición. Fueron conducidos al campamento romano; todo el resto de la operación de devolución de los rehenes se llevó a cabo como se había acordado con Bostar, exactamente como si se actuara en nombre [19] de los

cartagineses. La gratitud hacia los romanos fue bastante más profunda de lo que hubiera sido hacia los cartagineses, siendo el hecho el mismo, pues éstos, de cuya crueldad y soberbia¹⁷³ en la prosperidad había pruebas, podía parecer que se habían ablandado por su suerte y miedo, mientras que los romanos, recién llegados, desconocidos [20] antes, habían comenzado con un gesto de clemencia y generosidad; y Abelux, hombre prudente, parecía haber cambiado de aliados con razón. Por eso, todos, con rara [21] unanimidad, pensaban en el cambio de bando, y se hubiera producido de inmediato un levantamiento armado de no haber llegado el invierno, que obligó también a retirarse bajo techo a romanos y cartagineses.

La finca del dictador. Movimiento de tropas en torno a Gereonio

Esto fue lo que ocurrió en Hispania durante [23] el segundo verano de la guerra púnica, mientras que en Italia la hábil táctica cautelosa de Fabio había supuesto una ligera interrupción de las derrotas romanas; esta táctica, si bien traía sumido a [2] Aníbal en una preocupación bastante acusada, al ver que al fin los romanos habían elegido a un general que dirigía la guerra basándose en la reflexión y no en la suerte, al mismo tiempo era objeto de menosprecio entre sus compatriotas, [3] tanto militares como civiles, sobre todo a raíz del combate librado en su ausencia por la temeridad del jefe de la caballería, con unos resultados que yo calificaría de afortunados más exactamente que favorables. Dos circunstancias [4] se habían venido a sumar, acentuando la ojeriza contra el dictador; la primera, provocada por una simulación de Aníbal que inducía a engaño, porque, cuando unos desertores le mostraron un terreno del dictador, arrasó todos los que estaban alrededor, dando orden de que sólo aquél se librase del hierro y fuego y de toda señal de violencia, para que pudiese dar la impresión de que era [5] el precio de algún pacto secreto; la segunda, una acción del propio Fabio, discutible tal vez en principio, porque no esperó en aquel caso la autorización del senado, pero que en definitiva redundó de forma clara en motivo de [6] los mayores elogios para él. En caso de canje de prisioneros, y así se había hecho en la Primera Guerra Púnica, habían convenido los generales romano y cartaginés que la parte que recibiera un mayor número del que entregaba, [7] aportase dos libras y media de plata por soldado. Como el romano recibió doscientos cuarenta y siete más que el cartaginés, y el pago de la plata debida por ellos, a pesar de tratarse el asunto en el senado repetidas veces, se retrasaba [8] por no haber consultado a los senadores, envió a Roma a su hijo Quinto y vendió el terreno que el enemigo había respetado, y a expensas suyas, como particular, dejó a salvo la credibilidad de la república.

[9] Aníbal tenía un campamento estable ante las murallas de Gereonio, ciudad que había tomado e incendiado dejando unos pocos edificios para utilizarlos como almacén [10] de granos. Desde allí enviaba las dos terceras partes de su ejército a recoger trigo; con la otra tercera parte él estaba siempre de guardia dispuesto a defender el campamento y al mismo tiempo vigilando en torno, no fuera a producirse por algún punto un ataque contra los que recogían trigo.

[24] El ejército romano se encontraba entonces en territorio de Larino; tenía el mando Minucio, el jefe de la caballería, al haberse marchado a Roma el dictador, como ya se ha [2] dicho antes. Por otra parte, el campamento, que había estado situado en lo alto de un monte en sitio seguro, se traslada ahora al llano; de acuerdo con el carácter del general, se barajan planes más temerarios, como desencadenar un ataque o bien contra los que recogían trigo dispersos o bien contra el campamento, que había quedado con una floja guarnición. Y no le pasó desapercibido a Aníbal [3] que con el general había cambiado el planteamiento de la guerra y que el enemigo actuaría con más impetuosidad que cabeza. Él, por su lado, envió a una tercera parte [4] de sus hombres a recoger trigo, cosa que nadie hubiera creído dada la proximidad del enemigo, reteniendo las otras dos en el campamento; después acercó incluso más al enemigo [5] el campamento, a unas dos millas de Gereonio, hasta un montículo a la vista del enemigo, para que éste supiera que él estaba atento a defender a los que recogían trigo, si se producía algún ataque. Desde allí apareció ante él [6] otro montículo más cercano que dominaba el propio campamento romano; como si lo iba a ocupar abiertamente a la luz del día, el enemigo se le iba a anticipar por un camino más corto con toda seguridad, envió furtivamente a unos nómadas durante la noche y lo tomaron. Al día siguiente, [7] los romanos, no dándoles importancia por su reducido número, los desalojaron de la posición que ocupaban y trasladaron allí su propio campamento. Entonces sí¹⁷⁴ que [8] estaban las empalizadas a una distancia realmente corta una de otra, y este espacio precisamente estaba ocupado casi en su totalidad por el ejército romano; simultáneamente, saliendo por la parte de atrás su caballería con la infantería ligera contra los que recogían trigo, causó un gran número de bajas y puso en fuga a los desperdigados enemigos. Aníbal [9] no se atrevió a combatir en toda regla, porque con unos efectivos tan escasos —parte del ejército estaba fuera, pues el hambre ya apremiaba— apenas si podía defender el campamento en caso de ataque, y recurría ya a la táctica de Fabio, [10] contenida y cautelosa, para hacer la guerra, y había retirado a los suyos al campamento anterior, el que estaba [11] delante de las murallas de Gereonio. Algunos historiadores sostienen que además se dio una batalla campal en toda regla; que al primer choque los cartagineses fueron repelidos hasta su

campamento, desde donde hicieron una salida brusca, pasando el pánico al bando romano; que después, con la llegada del samnita Numerio Decimio, se reequilibró [12] el combate; cuando éste, hombre notable por su cuna y riquezas no sólo en Boviano, de donde era, sino en todo el Samnio, llevaba hacia el campamento por orden del dictador ocho mil hombres de a pie y cerca de ochocientos de a caballo y se presentó por la retaguardia de Aníbal, ambos bandos lo tomaron por un nuevo refuerzo procedente de [13] Roma con Quinto Fabio; Aníbal, temiendo además alguna clase de emboscada, dio a los suyos la señal de retirada; los romanos en colaboración con el samnita lo persiguieron, y aquel día tomaron al asalto dos plazas; [14] los enemigos tuvieron seis mil bajas, y los romanos cinco mil aproximadamente; sin embargo, aun siendo tan similar el número de bajas, a Roma llegó la noticia infundada de una brillante victoria con una carta del jefe de la caballería aún menos ceñida a la realidad.

*Equiparación de poderes, por plebiscito, entre dictador y jefe de la
caballería*

[25] De estos acontecimientos se trató repetidas veces tanto en el senado como en [2] las asambleas. En medio de la alegría general de la población, el dictador era el único que no daba el menor crédito ni a las noticias ni a la carta, y afirmaba que, aun en caso de ser todo verdad, él tenía más miedo [3] a los resultados favorables que a los adversos; entonces el tribuno de la plebe Marco Metilio dice que no se puede, [4] de ninguna manera, tolerar aquello; que el dictador no sólo ha sido un obstáculo, cuando estaba presente, para la buena marcha de las operaciones, sino que incluso estando ausente pone inconvenientes a lo que se ha hecho, y pierde tiempo a propósito para mantenerse más tiempo en el cargo y detentar él solo la autoridad suprema de Roma y en el ejército; en efecto, uno de los cónsules ha caído en el [5] campo de batalla, el otro ha sido relegado lejos de Italia con el pretexto de la persecución de la flota cartaginesa; dos pretores están atareados en Sicilia y Cerdeña, cuando [6] ninguna de estas dos provincias tiene falta de pretor en estos momentos; Marco Minucio, el jefe de la caballería, es mantenido casi bajo custodia para que no vea al enemigo, para que no lleve a cabo ninguna acción bélica; por [7] ello, ¡por Hércules!, no sólo el Samnio, territorio que se les ha cedido ya a los cartagineses como el del lado de allá del Ebro, sino incluso el territorio de la Campania, Cales y Falerno han sido arrasados, mientras el dictador se estaba quieto en Casilino, defendiendo sus propias tierras con el ejército del pueblo romano. El ejército, deseoso [8] de combatir, y el jefe de la caballería se han visto retenidos, casi encerrados, en el recinto de la empalizada; se les han quitado las armas como si fueran

prisioneros enemigos. Al fin, una vez que salió de allí el dictador, salieron fuera [9] de la empalizada como liberados de un asedio y dispersaron y pusieron en fuga a los enemigos. Por estas razones, [10] si la plebe romana tuviese su antiguo coraje, él hubiera tenido la audacia de presentar una propuesta de ley en que se le retirase el mando supremo a Quinto Fabio; ahora, en cambio, va a presentar una propuesta moderada acerca de la equiparación de poderes entre el jefe de la caballería y el dictador. Sin embargo, ni siquiera en ese caso se [11] debe enviar a Quinto Fabio al ejército antes de elegir un cónsul que sustituya a Gayo Flamínio.

[12] El dictador se abstuvo de participar en las asambleas dada su postura nada popular. Ni siquiera en el senado se le escuchaba demasiado favorablemente cuando tenía palabras de ponderación para el enemigo y enumeraba las derrotas sufridas en dos años por culpa de la temeridad [13] y la falta de conocimientos de los generales, y manifestaba que le iba a pedir cuentas al jefe de la caballería por haber [14] combatido contraviniendo sus órdenes expresas. Si el mando supremo y las decisiones últimas le corresponden a él, bien pronto hará que todo el mundo sepa que, si el general [15] es bueno, la suerte no tiene demasiada importancia, es el talento y la razón lo que se impone, y el haber mantenido a salvo y sin deshonor al ejército en momentos difíciles constituye una gloria mayor que haber dado muerte a muchos [16] miles de enemigos. Después de pronunciar infructuosamente discursos por este estilo, y elegido cónsul Marco Atilio Régulo, para no tener que discutir personalmente el derecho a ejercer el mando supremo se marchó al frente por la noche en vísperas de la fecha señalada para someter [17] a votación la propuesta. Al amanecer se reunió la asamblea de la plebe; los ánimos estaban embargados por una sorda animadversión contra el dictador y por la simpatía hacia el jefe de la caballería, pero nadie se decidía a salir a defender lo que la gente quería, y aunque la propuesta ganaba en popularidad, le faltaba, sin embargo, quien se [18] comprometiera en su favor. Sólo apareció un defensor del proyecto de ley, Gayo Terencio Varrón, que había sido pretor el año anterior, hombre de origen no ya humilde, [19] sino incluso bajo. Dicen que su padre fue carnicero, que vendía él mismo la mercancía, y que empleó a este hijo suyo en las tareas de su oficio, propio de esclavos.

[26] Cuando el dinero que le dejó su padre acumulado en el ejercicio de aquella profesión creó en el ánimo de este joven expectativas de una posición más desahogada y sintió la atracción de la toga y el foro, a fuerza de chillar en [2] favor de las causas y los individuos de más baja extracción y en contra de los bienes y el buen nombre de las personas honradas, primero llegó a ser conocido por el pueblo y después acudió a los cargos públicos, y luego de ejercer el [3] cargo de cuestor y el de edil en sus dos formas,

plebeya y curul, y por último el de pretor, tenía ya el consulado como blanco de sus pretensiones; con no poca astucia buscó en la [4] ojeriza contra el dictador la aureola de la popularidad y se llevó él solo los laureles del plebiscito.

Menos él, todos, los que estaban en Roma y los que [5] estaban en el frente, los que estaban a favor y los que estaban en contra del dictador, consideraron la presentación de aquel proyecto como una humillación para él mismo. Con la misma serenidad con que había soportado a [6] los adversarios que lo acusaban ante la multitud sobrellevó la afrenta del pueblo que se ensañaba con él. Estando de [7] camino recibió la carta referente a la equiparación de poderes, pero plenamente convencido de que no por equipararse el derecho se igualaba la ciencia de mandar, regresó al frente con una voluntad no quebrantada ni por los conciudadanos ni por los enemigos.

En cambio Minucio, que ya anteriormente estaba casi [27] insoportable por sus éxitos y el favor popular, entonces [2] de manera especial se vanagloriaba, de forma desmedida y sin rebozo, de su victoria sobre Quinto Fabio tanto como de la que había conseguido sobre Aníbal: aquél, elegido [3] en una situación comprometida jefe único equiparable a Aníbal, había sido igualado de mayor a menor, de dictador a jefe de caballería —cosa de la que no había precedente alguno en los anales—, por mandato del pueblo en la misma ciudad en la que los jefes de la caballería tenían por costumbre temblar horrorizados ante las varas y hachas [4] del dictador: tan alto habían brillado su buena suerte y su valentía; por lo tanto, él pensaba seguir su propia suerte si el dictador se empecinaba en su falta de decisión y de acción, condenada por el juicio de los dioses y los [5] hombres. Y de esta forma, el mismo día en que se encontró con Quinto Fabio le dijo que antes de nada había que establecer la manera de ejercer sus poderes equiparados: [6] a él le parecía que lo mejor era que uno de los dos tuviera el mando supremo en días alternos, o en caso de preferir períodos más largos, en espacios de tiempo determinados, [7] a fin de estar en igualdad de condiciones con el enemigo no sólo en ideas, sino también en fuerzas, por si se presentase [8] una ocasión de entrar en acción. A Quinto Fabio aquello no le gustó ni poco ni mucho: todo iba a correr la misma suerte que tuviera la temeridad de su colega; tenía que compartir el mando con otro, pero no quedarse [9] sin él por completo: por lo tanto, él nunca renunciaría de grado a la parte que le correspondía en la dirección de las operaciones, y no iba a repartir con otro los plazos o días de mando supremo, sino el ejército, con la intención de preservar con su prudencia lo que pudiese, [10] ya que todo no le estaba permitido. Consiguió así que repartieran las legiones entre los dos, como era habitual entre los cónsules. La primera y la cuarta le tocaron [11] a Minucio, la segunda y la tercera a Fabio. Repartieron también

a partes iguales la caballería y las tropas auxiliares de aliados y de ciudadanía latina. El jefe de la caballería quiso que hubiera además un campamento aparte.

Derrota de Minucio evitada por Fabio: reconciliación

Con ello, la satisfacción de Aníbal tenía [28] doble motivo —pues no se le escapaba nada de lo que ocurría en el lado enemigo porque de muchas cosas le informaban los desertores y además él tenía sus propios espías—: esperaba, en efecto, hacer caer en [2] sus redes la incontrolada temeridad de Minucio, y, por otra parte, la habilidad de Fabio había visto reducidas sus fuerzas a la mitad. Había un montículo entre el campamento [3] de Minucio y el de los cartagineses; quien lo ocupase dejaría sin duda al enemigo en posición desventajosa. Lo que [4] Aníbal quería era no tanto tomarlo sin lucha, aunque esto bien valía la pena, sino más bien encontrar un motivo de combate con Minucio, pues sabía perfectamente que éste estaba dispuesto a correr a impedirselo en todo momento.

El terreno que había en medio era todo él, a primera [5] vista, inapropiado para una emboscada, porque no tenía ninguna zona no ya de bosque, sino ni siquiera cubierta de matorrales; pero en realidad estaba hecho a propósito [6] para encubrir una emboscada, y con mayor razón porque en un valle pelado no cabía temer ninguna clase de trampa; había, en efecto, en las depresiones del terreno unas concavidades en las rocas que podían dar cabida algunas de ellas a doscientos hombres armados. En estos escondrijos [7] se ocultan cinco mil hombres de infantería y caballería, colocándose en cada uno cuantos podían caber desahogadamente. No obstante, para evitar que los movimientos [8] de alguien que saliese de forma imprudente o los reflejos de las armas descubriesen la trampa en un valle tan despejado, al despuntar el día envió a unos pocos hombres a ocupar el montículo al que nos hemos referido antes y distrajo la atención del enemigo. Nada más verlos, despreciando [9] su reducido número, todos pedían encargarse personalmente de desalojar de allí al enemigo y ocupar la posición. El propio general, uno de los más necios y fanfarrones, llama a las armas e increpa al enemigo con vanas amenazas. [10] Primero envía a la infantería ligera, después a la caballería en formación cerrada; por último, al ver que también al enemigo se le envían refuerzos, forma las legiones [11] y avanza. También Aníbal, ante las dificultades de los suyos, enviando refuerzos de infantería y caballería en remesas sucesivas a medida que la lucha cobraba mayores proporciones, había completado ya el frente en toda regla, y por ambas partes se combate con la totalidad de las fuerzas. [12] La infantería ligera de los romanos, en su intento de escalar desde abajo el montículo que había sido ocupado, fue repelida y batida

la primera, sembró el desconcierto en la caballería que subía detrás y que retrocedió, refugiándose [13] junto a las enseñas. El frente de la infantería era el único que se mantenía impávido en medio del desbarajuste y daba la impresión de que, si se tratase de una batalla regular y en línea, estaría a la altura sin lugar a dudas: tanto les había elevado la moral el éxito de la acción llevada a cabo [14] pocos días antes; pero de pronto surgieron los emboscados y provocaron tal confusión y pánico al atacar ambos flancos y por la espalda que a nadie le quedó ni moral para combatir ni esperanzas para huir.

[29] Entonces Fabio, que primero oyó los gritos de pánico y después vio a lo lejos el desorden de la formación, dijo: «¡Vaya!, no antes de lo que me temía, la suerte atrapa a [2] la temeridad. Igualado a Fabio en mando, ve a un Aníbal superior en valor y suerte. Pero ya habrá otro momento para discutir y amonestarlo, ahora sacad las enseñas fuera de la empalizada, arranquémosles al enemigo la victoria [3] y a los compatriotas el reconocimiento de su error». Cuando ya la mayoría habían caído o buscaban en torno con la mirada un sitio por donde huir, se les presenta de pronto el ejército de Fabio como caído del cielo para ayudarles. Antes, pues, de que estuviesen a tiro de dardo o llegasen al [4] cuerpo a cuerpo, refrenó la huida en desbandada de los suyos y la desmedida furia con que los enemigos combatían. Los que habían roto las filas y vagaban dispersos, desde [5] todas partes corrieron a incorporarse al renovado frente de batalla; los que habían vuelto la espalda al unísono, más numerosos, se revolvieron contra el enemigo, y formando círculo, unas veces se replegaban poco a poco y otras, apiñados, se mantenían firmes. Y ya casi se había [6] formado un solo frente con el ejército vencido y el de refresco y se disponían a avanzar contra el enemigo cuando el cartaginés mandó tocar a retirada, reconociendo abiertamente Aníbal que él había vencido a Minucio pero Fabio le había vencido a él.

Transcurrida así la mayor parte del día entre alternativas [7] de la suerte, regresaron al campamento y Minucio reunió [8] a los soldados y dijo: «Yo he oído muchas veces, soldados, que el primer puesto es para el hombre que resuelve por sí mismo lo que procede hacer, y el segundo, para el que obedece a quien manda como es debido; el que no sabe ni resolver por sí mismo ni obedecer a otro, ése ocupa el último lugar en talento. Nosotros, ya que nos ha sido [9] negada la primera cualidad del espíritu y del talento, atengámonos a la segunda o intermedia, y mientras aprendemos a mandar, hagámonos a la idea de obedecer al dotado en prudencia. Unamos nuestro campamento al de Fabio. [10] Cuando llevemos las enseñas hasta su tienda de mando, una vez que yo lo llame padre como corresponde a su buen comportamiento para con nosotros y a su dignidad, vosotros, [11] soldados, saludaréis con el nombre de patronos a aquellos que con sus

armas y sus diestras os acaban de defender, y ya que no otra cosa, que este día nos reporte al menos la gloria de ser agradecidos».

[30] Se da la señal y se vocea a continuación la orden de recoger los bagajes. Se ponen en marcha, y al avanzar en formación hacia el campamento del dictador suscitan la [2] sorpresa de éste y de todos los circunstantes. Una vez estacionadas las enseñas ante la tienda de mando, el jefe de la caballería se adelanta, llama padre a Fabio, su ejército en pleno saluda como patronos a los soldados de Fabio [3] que lo rodean, y dice: «A mis padres, dictador, con los que acabo de parangonarte sólo de nombre, la única cosa que puedo hacer de palabra, les debo sólo la vida; a ti, [4] mi salvación y, además, la de todos éstos. Por ello, yo el primero me pronuncio en contra y derogo el plebiscito que para mí ha supuesto una carga más que un honor, y vuelvo a someterme (que ello sea para bien tuyo y mío y de estos tus ejércitos, el salvador y el salvado) a tu mando y tus auspicios, y te devuelvo estas enseñas y legiones. [5] Te ruego que tengas a bien disponer que yo conserve la jefatura de la caballería, y éstos, cada uno su graduación». [6] Se dieron entonces la mano, y los soldados, disuelta la asamblea, eran invitados amistosa y hospitalariamente por conocidos y desconocidos, acabando felizmente aquel día, poco [7] antes extremadamente funesto y casi execrable. En Roma, cuando llegaron rumores de la acción llevada a cabo, confirmados más tarde por cartas de los propios generales y más aún de los soldados de ambos ejércitos de forma masiva, todo el mundo elogiaba a Máximo poniéndolo por [8] las nubes. Igualmente alto era su prestigio ante Aníbal y los enemigos cartagineses, y entonces por fin se daban cuenta [9] de que era contra romanos y en Italia la guerra, pues durante los dos últimos años habían despreciado a los generales y soldados romanos hasta el extremo de costarles creer que la guerra fuese con la misma gente de la que sus padres les habían contado cosas terribles. Dicen incluso [10] que cuando Aníbal volvía del campo de batalla manifestó que por fin aquella nube que solía estacionarse en la cima de las montañas había estallado en lluvia seguida de tempestad.

La acción bélica en el mar. Statu quo en torno a Gereonio

Mientras tenían lugar estos acontecimientos [31] en Italia¹⁷⁵, el cónsul Gneo Servilio Gémino con una flota de ciento veinte naves bordeó la costa de Cerdeña y Córcega y después de recibir rehenes en ambas hizo la travesía a África. Antes de hacer salidas [2] al continente devastó la isla de Menige, recibió de los habitantes de Cercina¹⁷⁶ diez talentos de plata a cambio de que su territorio no fuese también quemado y asolado, arribó a la costa de África y desembarcó sus tropas. Llevados desde allí a saquear el

territorio, los soldados [3] y la marinería se desperdigaron como si estuvieran haciendo pillaje en islas deshabitadas. Se metieron así incautamente [4] en una emboscada y se vieron rodeados, dispersos como estaban y sin conocer el terreno, por quienes eran numerosos y lo conocían bien, siendo rechazados hacia las naves en vergonzosa huida y con muchas bajas. Se perdieron [5] cerca de mil hombres, entre ellos el cuestor Tiberio Sempronio Bleso. La flota desamarró precipitadamente de la costa plagada de enemigos y puso rumbo a Sicilia; en Lilibeo le fue entregada al pretor Tito Otacilio, a fin [6] de que su legado Publio Cincio la devolviera a Roma. El, [7] atravesando Sicilia a pie, cruzó a Italia por el estrecho, reclamada su presencia y la de su colega Marco Atilio por medio de una carta de Quinto Fabio para entregarles el ejército, agotados ya casi sus seis meses de mandato.

[8] Casi todos los anales cuentan que el dictador Fabio intervino en la acción contra Aníbal; Celio incluso escribe que fue él el primer dictador nombrado por el pueblo. [9] Pero tanto a Celio como a los demás se les escapa que sólo el cónsul Gneo Servilio, que entonces se encontraba lejos, en su provincia de la Galia, tenía atribuciones para [10] nombrar dictador; pero como la ciudad, presa ya de pánico a causa de la derrota, no estaba en condiciones de soportar la espera, se recurrió al nombramiento por el pueblo [11] de alguien que tuviese atribuciones de dictador; las hazañas posteriores, la gloria insigne del general, y la acción de los descendientes magnificando la inscripción del retrato familiar, dieron lugar, sin dificultad, a que se creyese dictador a quien había sido nombrado prodictador.

[32] El cónsul Atilio se hizo cargo del ejército de Fabio, y Gémino Servilio, del de Minucio; fortificaron muy temprano el emplazamiento de los cuarteles de invierno y durante lo que quedaba de otoño hicieron la guerra empleando la táctica de Fabio con el más perfecto entendimiento [2] entre ambos. Cuando Aníbal salía a recoger trigo, se presentaban en el momento apropiado en diversos puntos, hostigándolos si iban en formación de marcha y atrapándolos si estaban desperdigados; no entraban en el juego de una batalla decisiva, que el enemigo buscaba empleando todos [3] los recursos, y hasta tal extremo se vio Aníbal constreñido por la falta de víveres que, de no haber temido que su marcha tuviera el aspecto de una huida, habría retrocedido hacia la Galia, pues no le quedaba esperanza alguna de alimentar al ejército en aquellos parajes si los cónsules siguientes hacían la guerra empleando la misma táctica.

Cuando la guerra se había estacionado en las inmediaciones [4] de Gereonio porque el invierno obstaculizaba ya las operaciones, llegaron a Roma unos embajadores napolitanos. Acudieron a la curia llevando cuarenta páteras de oro de peso considerable y

pronunciaron unas palabras que venían a decir que ellos sabían que el tesoro público del pueblo [5] romano se estaba agotando con la guerra, y como ésta se hacía por las ciudades y los campos de los aliados al mismo tiempo que por la ciudad de Roma, capital y ciudadela de Italia, y por su hegemonía, a los napolitanos les [6] había parecido justo ayudar al pueblo romano con el oro que sus mayores les habían dejado tanto para la ornamentación de los templos como para tener de qué echar mano en las eventualidades de la fortuna; si creían que ellos podían [7] ser de alguna utilidad, estaban dispuestos a ofrecerse con idéntico interés; sería de su agrado que el pueblo romano actuase como si fuera suyo todo lo que pertenecía a los napolitanos¹⁷⁷ y los considerase dignos de recibir de [8] ellos un presente, apreciando, más que su valor en sí, la intención y la voluntad con que se lo entregaban de buen grado. Se les dieron las gracias a los embajadores por su [9] generosidad y su interés; se aceptó la pátera menos pesada.

Incidencias en Roma. Movimiento electoral

Por aquellas mismas fechas fue apresado [33] en Roma un espía cartaginés que había pasado dos años sin ser descubierto, y después de amputarle las manos fue expulsado. Veinticinco esclavos fueron crucificados [2] por haber conspirado en el campo de Marte; el delator recibió la libertad y veinte mil ases librales. Se enviaron [3] embajadores al rey Filipo de Macedonia para reclamar la entrega de Demetrio Fario¹⁷⁸, que había sido vencido [4] en guerra y había huido a su lado, y también se enviaron embajadores a los lígures a exigirles una reparación por haber ayudado al cartaginés con recursos y tropas auxiliares, y al mismo tiempo a observar de cerca lo que estaba [5] ocurriendo con los boyos e ínsubres. Igualmente se enviaron embajadores a Pinnes, rey de los ilirios, a recabar el pago de un tributo¹⁷⁹ cuyo plazo había expirado o recibir rehenes [6] si quería una prórroga. Hasta ese punto los romanos, a pesar de pender sobre sus cabezas una guerra de grandes proporciones, no desatendían ninguna cuestión en ninguna [7] parte del mundo, ni aunque estuviera alejada. Por otra parte, surgió un escrúpulo religioso por el hecho de no haber sido adjudicada hasta entonces la construcción del templo de la Concordia, prometido con voto por Lucio Manlio, pretor en la Galia, durante la sedición militar de [8] dos años antes. Por ello Gayo Pupio y Cesón Quincio Flaminio, duúnviro nombrados con ese objeto por el pretor urbano Marco Emilio, adjudicaron la construcción del templo en la ciudadela¹⁸⁰.

[9] Este mismo pretor, en cumplimiento de un decreto del senado, envió una carta a los cónsules para que, si les parecía, uno de ellos viniera a Roma para presidir las

elecciones consulares; que él convocaría los comicios para la fecha que le indicasen. A esto contestaron los cónsules por [10] escrito que no podían alejarse del enemigo sin grave daño para la república, que por tanto era preferible que los comicios se celebrasen bajo la presidencia de un interrey a que uno de los cónsules se alejara del escenario de la guerra. A los senadores les pareció más conforme a derecho¹⁸¹ [11] que un cónsul nombrara un dictador para presidir los comicios. Nombrado Lucio Veturio Filón, nombró jefe de la caballería a Marco Pomponio Matón. Al haberse producido [12] una irregularidad en su nombramiento, se les ordenó dejar el cargo a los catorce días y se desembocó de nuevo en un interregno.

A los cónsules les fue prorrogado por un año el mando [34] militar. Nombrados interreyes por los senadores fueron Gayo Claudio Centón, hijo de Apio, y luego Publio Cornelio Asina. Cuando éste era interrey se celebraron los comicios, muy reñidos por parte de patricios y plebeyos. El vulgo [2] estaba empeñado en elevar al consulado a Gayo Terencio Varrón, hombre de su clase, que además había puesto a la plebe de su parte por sus invectivas contra los aristócratas y sus procedimientos populistas, y desde que había puesto freno a la influencia y el poder dictatorial de Quinto Fabio le daba notoriedad la animadversión contra el otro; los patricios se oponían con todas sus fuerzas, para que no hubiera individuos que se acostumbrasen a igualárseles a base de atacarles. El tribuno de la plebe Quinto Bebio [3] Herennio, pariente de Gayo Terencio, lanzando acusaciones contra el senado e incluso contra los augures por haber impedido que el dictador llevara a cabo los comicios, haciéndolos odiosos a ellos trataba de granjearle popularidad [4] a su candidato, diciendo que Aníbal había sido traído a Italia por los nobles, que llevaban muchos años buscando la guerra, ellos que la prolongaban con artimañas cuando [5] podía estar ya decidida; cuando había quedado claro que se podía luchar con las cuatro legiones reunidas, desde el momento que Marco Minucio en ausencia de Fabio había [6] luchado con éxito, se le habían puesto delante dos legiones al enemigo para que las hiciera pedazos, después se las había salvado en plena masacre para que recibiera el nombre de padre y patrono el mismo que había prohibido no que los romanos fueran vencidos sino que resultaran vencedores. [7] Después los cónsules, empleando la táctica de Fabio, habían prolongado la guerra pudiendo resolverla. Aquello era un pacto suscrito por todos los nobles, y no iban a ver el final de la guerra en tanto no eligieran un cónsul [8] plebeyo de verdad, es decir, un *hombre nuevo*¹⁸², pues los plebeyos nobles ya estaban iniciados en los mismos cultos y habían comenzado a despreciar a la plebe desde que [9] habían dejado de ser despreciados por los patricios. ¿A quién no le resultaba evidente que se había realizado y pretendido el establecimiento

de un interregno con el fin de que los comicios estuvieran bajo el control de los patricios? [10] Éste era el objetivo que se habían propuesto ambos cónsules quedándose en el frente; después, como se había nombrado en contra de su voluntad un dictador para la celebración de los comicios, habían forzado una declaración de irregularidad, por parte de los augures, en el nombramiento [11] de dictador. Ya tenían, por consiguiente, el interregno; pero uno de los puestos de cónsul correspondía sin lugar a dudas a la plebe romana, el pueblo dispondría de él libremente y se lo adjudicaría a quien prefiriese una victoria de verdad a un mando prolongado.

La plebe se inflamaba con estos discursos, y habiendo [35] tres candidatos patricios, Publio Cornelio Merenda, Lucio Manlio Volsón y Marco Emilio Lépido, y dos plebeyos, pero [2] pertenecientes ya a familias nobles, Gayo Atilio Serrano y Quinto Elio Peto, uno de los cuales era pontífice y otro augur, resulta elegido cónsul únicamente Gayo Terencio, para que estuviese en sus manos el control de los comicios para la designación de su colega. La nobleza, entonces, [3] al comprobar que sus¹⁸³ contrincantes no contaban con mucha fuerza, forzó a presentarse candidato a Lucio Emilio Paulo, que había sido cónsul¹⁸⁴ con Marco Livio y estaba resentido contra la plebe por la condena de su colega, de la que había salido bastante quemado, y que se negaba de forma persistente y obstinada. Al siguiente [4] día de elecciones, después de retirar su candidatura todos los que habían competido con Varrón, es elegido Emilio para que el cónsul tenga, más que un colega, alguien que se le oponga con su misma autoridad. A continuación se [5] celebraron las elecciones de pretor. Resultaron elegidos Marco Pomponio Matón y Publio Furio Filo; a Filo le tocó en suerte administrar justicia en Roma entre ciudadanos, a Pomponio entre ciudadanos romanos y extranjeros. Se nombraron dos pretores más, Marco Claudio Marcelo [6] para Sicilia y Lucio Postumio Albino para la Galia. Todos [7] estaban ausentes cuando fueron elegidos, y a ninguno de ellos salvo al cónsul Terencio se le confirmó un cargo que no hubiera desempeñado ya antes, siendo preteridos algunos hombres valerosos y esforzados porque en aquellas circunstancias se consideraba que no se le debía conferir a nadie una magistratura en la que no tuviese experiencia.

Reclutamiento. Ofrecimiento de Hierón, respuesta de Roma. Preparativos de marcha

[36] Se incrementó también el número de efectivos de los ejércitos; pero hay tales discrepancias entre unos historiadores y otros en lo que se refiere al alcance del aumento de tropas de infantería y caballería, tanto en el número como en la clase de tropas, que

apenas me atrevo a afirmar nada con [2] certeza suficiente. Según unos, se efectuó un reclutamiento suplementario de diez mil nuevos soldados; según otros, fueron cuatro las legiones nuevas, para operar con un total [3] de ocho¹⁸⁵ legiones; algunos historiadores sostienen que además en cada legión se incrementaron los efectivos de infantería y caballería en mil hombres de a pie y cien de a caballo, con lo cual eran cinco mil infantes y trescientos jinetes; los aliados aportarían doble cantidad de jinetes y [4] la misma de infantes, y en el campamento romano habría ochenta y siete mil doscientos combatientes cuando se desarrolló [5] la batalla de Cannas. En una cosa no hay la menor discrepancia: en que se realizó la campaña con mayor empeño y empuje que en los años anteriores, porque el dictador había dado esperanzas de que el enemigo podía ser vencido.

[6] Por otra parte, antes de que las nuevas legiones salieran de Roma se ordenó a los decenviros que fueran a consultar los libros sibilinos, debido a que la generalidad de [7] la población estaba asustada por nuevos prodigios. En efecto, había corrido la noticia de que en Roma, en el Aventino, y en Aricia habían llovido piedras de forma simultánea; que en la Sabina unas enseñas habían sudado sangre copiosamente, al igual que las aguas de Cere, fenómeno este [8] último que causaba mayor espanto porque había ocurrido con mayor frecuencia; también en la vía abovedada que daba al campo de Marte, algunas personas habían sido alcanzadas por rayos y perdido la vida. Estos prodigios fueron [9] expiados según indicaban los libros. Unos embajadores de Pesto trajeron a Roma páteras de oro. Se les dio las gracias, pero tampoco a éstos, igual que a los napolitanos, se les aceptó el oro.

Por aquellas mismas fechas arribó a Ostia una flota [37] enviada por Hierón con gran cantidad de provisiones. Sus embajadores, presentados ante el senado, comunicaron [2] que la noticia de la muerte del cónsul Gayo Flaminio y de su ejército había apesadumbrado a Hierón más de lo que lo habría afectado ninguna desgracia personal suya o de su reino. Por eso, aunque sabía perfectamente que la [3] grandeza del pueblo romano era casi más admirable en la adversidad que en la prosperidad, él, con todo, les había [4] hecho envío de todo aquello con lo que suelen ayudar en las guerras los aliados buenos y leales, y con el mayor encarecimiento rogaba a los senadores que no declinasen el aceptarlo. Y ante todo, como señal de buen augurio, traían una [5] Victoria de oro de doscientas veinte libras: que la aceptasen, se quedasen con ella y la tuvieran por suya para siempre. Que también habían traído trescientos mil modios de trigo [6] y doscientos mil de cebada para que no escasearan las provisiones, y que llevarían cualquier otra cosa que hiciera falta a donde se les indicase; él sabía que el pueblo romano [7] no empleaba más caballería ni infantería que la romana y latina, pero sí había visto en el campamento

romano tropas auxiliares también extranjeras, por eso había enviado [8] mil arqueros y honderos, tropa muy a propósito para hacer frente a baleares y moros y otros pueblos habituados [9] a combatir con armas arrojadizas. A estas dádivas añadían además una idea: que el pretor al que le hubiese correspondido la provincia de Sicilia cruzase a África con la flota, para que también los enemigos tuviesen la guerra en su propio suelo y se les diesen menos facilidades para enviar [10] refuerzos a Aníbal. Por parte del senado se le dio al rey la respuesta siguiente: Hierón era un hombre de bien, y un aliado extraordinario, y desde que se había hecho amigo del pueblo romano, de forma constante se había mantenido leal y en todo momento y lugar había favorecido generosamente los intereses de Roma; esto, el pueblo [11] romano lo agradecía como correspondía. El oro, enviado también por algunas ciudades, no lo había aceptado el pueblo [12] romano, aunque sí agradecía el gesto; la Victoria la aceptaban como presagio, asignándole y consagrándole como sede a esta diosa el Capitolio, templo de Júpiter Óptimo Máximo: en esta fortaleza de la ciudad de Roma permanecería segura e inmovible, sagrada, benévola y [13] propicia para el pueblo romano. Les fueron entregados a los cónsules los honderos y arqueros y el trigo. Se le añadieron veinticinco quinquerrems a la flota de cincuenta naves que estaba en Sicilia con el propretor Tito Otacilio y se dejó a su criterio el pasar a África, si lo creía conveniente para la república.

[38] Terminado el reclutamiento, los cónsules se demoraron unos cuantos días hasta que llegasen los soldados aliados [2] y de ciudadanía latina. Entonces, cosa que nunca se había hecho antes, el juramento militar a los soldados se lo tomaron [3] los tribunos militares, pues hasta aquella fecha el único contenido de la fórmula de juramento había sido que acudirían a la orden del cónsul y que no se irían sin ella, y cuando se habían concentrado para ser distribuidos en decurias y centurias, espontáneamente se comprometían entre sí bajo juramento, los jinetes por decurias y los infantes [4] por centurias, a no marchar porque se produjera una huida o por miedo, ni abandonar su fila salvo para coger o rescatar un arma, para herir a un enemigo, o para salvar a un compatriota. Esto, de compromiso voluntario y mutuo, [5] pasó a ser una toma de juramento conforme a la ley por parte de los tribunos.

Antes de que salieran las tropas de la ciudad, el cónsul [6] Varrón pronunció muchas y violentas arengas, proclamando que, el mismo día que él le echase la vista encima al enemigo, liquidaría la guerra que los nobles habían traído hasta Italia y que iba a seguir enquistada en las entrañas [7] del Estado si éste tenía muchos generales como Fabio. Su [8] colega Paulo pronunció un solo discurso, antes de salir de la ciudad, más realista que agradable al pueblo, en el que no dijo nada duro contra Varrón, salvo únicamente que

estaba sorprendido de que un general, antes de tener [9] conocimiento de su ejército y del enemigo, de la topografía y la naturaleza del terreno, supiera ya entonces, vestido de paisano, en la ciudad, qué tendría que hacer de combatiente, y fuese incluso capaz de predecir la fecha en que [10] iba a enfrentarse con el enemigo en batalla campal. Él no [11] iba a adoptar antes de tiempo, sin que hubiesen madurado, unas determinaciones en las que el hombre viene condicionado por la realidad, no la realidad por el hombre; deseaba que llegasen a buen término las operaciones que se hiciesen con precaución y reflexión; la temeridad, aparte [12] de ser una necedad, hasta el momento presente había resultado además desafortunada. Se dejaba traslucir que [13] en lo que de él dependiese iba a anteponer la seguridad a la rapidez en los planes, y por otra parte, para que se mantuviera más firme en su propósito, dicen que Quinto Fabio Máximo le habló así cuando emprendía la marcha:

Fabio Máximo dirige unas palabras a Emilio Paulo

[39] «Lucio Emilio, si tuvieras un colega parecido a ti, cosa que yo preferiría, o tú fueras parecido a tu colega, mis palabras [2] estarían de más, pues siendo buenos los dos cónsules, aun sin que yo dijera nada actuaríais en todo, con vuestra lealtad, de acuerdo con los intereses de la república, y siendo malos, no prestaríais ni [3] oídos a mis palabras ni voluntad a mis consejos. Pero ahora, al fijarme en tu colega y en la clase de hombre que eres, todas mis palabras se dirigen a ti, pues veo que de nada va a servir que seas un hombre de bien y un buen ciudadano si, en caso de cojear la república por la otra parte, tienen la misma autoridad y poder los malos proyectos [4] y los buenos. Te equivocas, Lucio Paulo, en efecto, si crees que vas a tener menos lucha con Gayo Terencio que con Aníbal; no sé si será mayor la hostilidad de aquél [5] como rival que la de éste como enemigo; con éste te vas a enfrentar solamente en el campo de batalla, con aquél en todas partes y en todo momento; contra Aníbal y sus legiones combatirás con tu caballería e infantería, Varrón [6] te atacará como general con tus propios soldados. Para evitar un mal presagio, olvidémonos de Gayo Flaminio. Sin embargo, él, al fin, comenzó a no regir bien ya de cónsul, en su provincia, al frente del ejército; éste desvariaba antes de ser candidato al consulado, y después de presentar su candidatura, y desvaría también ahora, de cónsul, [7] antes de ver el campamento o al enemigo. Y quien desencadena ya ahora tales tempestades, llenándosele la boca de batallas y frentes, entre gentes de paz, ¿qué crees que va a hacer entre la juventud combatiente y allí donde [8] la acción sigue de inmediato a las palabras? Ahora bien, si éste entra en combate inmediatamente, cosa que piensa hacer según proclama, o bien yo desconozco el arte militar, o las

características de esta guerra, o a este enemigo, o bien una derrota nuestra dará a algún otro lugar mayor renombre que al Trasimeno. Y no es momento de hacer [9] alardes delante de una sola persona, y tal vez yo me pase de la raya desdeñando, no apeteciendo la gloria, pero ésta es la situación: la única táctica para hacerle la guerra a Aníbal es la que yo utilicé. Y esto no lo demuestra sólo [10] el resultado —ése es el maestro de los necios—, sino el mismo planteamiento, que fue y será invariable mientras la situación siga siendo la misma. La guerra la hacemos [11] en Italia, en el suelo donde estamos asentados; en torno a nosotros todo está lleno de conciudadanos y aliados; nos ayudan y ayudarán con armas, hombres, caballos y provisiones —esa prueba de lealtad ya nos la dieron cuando nos [12] iban mal las cosas—; de un día para otro el tiempo nos vuelve mejores, más reflexivos, más tenaces. Aníbal, por [13] el contrario, está en tierra ajena y enemiga, donde todo le es hostil y está en su contra, lejos de su casa, de su patria; no tiene paz ni por tierra ni por mar; ninguna ciudad, ninguna muralla lo acoge; no ve nada suyo por ninguna parte, vive al día con el fruto de la rapiña; apenas [14] cuenta con una tercera parte¹⁸⁶ de aquel ejército con que cruzó el Ebro; le causó más bajas el hambre que el hierro; ni siquiera para estos pocos le alcanzan ya los alimentos. ¿Pones en duda, por consiguiente, que manteniéndonos [15] quietos vayamos a vencer a quien envejece por momentos y no tiene provisiones, ni reservas, ni dinero? ¿Cuánto tiempo [16] lleva estacionado frente a Gereonio, una aldea de Apulia carente de recursos, como si se tratara de las murallas de Cartago? Ciertamente no voy a hacer alardes personales [17] delante de ti: mira cómo jugaron con él los cónsules anteriores, Servilio y Atilio. Éste es el único camino de salvación, Lucio Paulo, y tus compatriotas te lo volverán [18] difícil y hostil en mayor medida que tus enemigos, pues tus soldados querrán lo mismo que los del enemigo; Varrón, el cónsul romano, deseará lo mismo que Aníbal, el general cartaginés. Es preciso que resistas tú solo frente a dos generales. Pero resistirás si te mantienes lo bastante firme frente a lo que diga o rumoree la gente, si no te inmutas ante la gloria vana de tu colega ni ante el hecho [19] de que se hable mal de ti sin razón. Dicen que con demasiada frecuencia la verdad pasa por dificultades, pero jamás [20] desaparece del todo. Quien menosprecie la gloria, la tendrá de verdad. Deja que califiquen de pusilánime al precavido, de lento al reflexivo, de inexperto al que entiende de guerras. Considero preferible que te tema un enemigo sabio a que te elogien unos ciudadanos necios. Si eres todo osadía, Aníbal te despreciará; si nunca actúas temerariamente, [21] te temerá. Yo no te exhorto a que no hagas nada, sino que te guíe en tu acción la razón y no el azar; que siempre tengas tú el control sobre ti mismo y sobre todo lo que te afecte; mantén-te armado y en guardia; no dejes escapar [22] tu

oportunidad, ni se la des al enemigo. Si no te precipitas, todo estará claro y seguro; el apresuramiento es imprevisión y falta de visión».

Se reorganiza el frente. Escaramuzas, trampa de Aníbal fallida

[40] Las palabras con que el cónsul respondió a todo esto no fueron ciertamente muy entusiásticas, reconociendo que lo que decía tenía más de cierto que de realizable; [2] el dictador no había podido aguantar al jefe de la caballería, ¿qué fuerza y qué autoridad iba a tener un cónsul frente a un colega sedicioso y [3] temerario? Él había escapado medio chamuscado de la quema popular durante su anterior consulado; su deseo era que todo saliera bien, pero si sobrevenía algún contratiempo, expondría antes su cabeza a los disparos del enemigo que a los votos de sus airados conciudadanos.

Cuentan que, nada más pronunciar estas palabras, Paulo [4] emprendió la marcha seguido de los patricios principales; al cónsul plebeyo lo seguía la plebe, una masa más notable en número, a falta de personalidades. Así que llegaron [5] al campamento, reunieron el ejército nuevo y el antiguo, emplazaron el campamento en dos sitios de forma que el nuevo, más pequeño, quedaba más próximo a Aníbal, y en el antiguo estaba la parte mayor y más escogida de las fuerzas. Enviaron a Roma a uno de los cónsules [6] del año anterior, a Marco Atilio, que alegaba el eximente de la edad, y a Gémino Servilio lo pusieron, en el campamento más pequeño, al frente de una legión romana y de dos mil aliados entre los de infantería y caballería. Aníbal, [7] aunque veía que los efectivos enemigos se habían duplicado, estaba, sin embargo, extraordinariamente contento por la llegada de los cónsules. No le quedaba, en efecto, nada [8] de las provisiones que robaba para el día, ni tampoco le quedaba tan siquiera de donde robar cosa alguna, pues desde todas partes se había trasladado todo el trigo a las ciudades fortificadas a medida que el campo ofrecía poca seguridad, de suerte que apenas le quedaba trigo para diez [9] días, cosa que se supo más tarde, y a causa de la escasez habría estado a punto una deserción de los hispanos si se hubiera esperado a que la situación madurase.

Por otra parte, a la temeridad del cónsul¹⁸⁷ y a su [41] manera de ser precipitada le dio además pábulo la suerte, porque hubo una escaramuza al tratar de alejar a los que se dedicaban al pillaje, originada más por la impetuosidad de los soldados que por un plan preconcebido o por orden de los generales, y la confrontación no les resultó en absoluto [2] ventajosa a los cartagineses. Tuvieron cerca de mil setecientas bajas, y entre los romanos y aliados no más de cien. Pero cuando los vencedores se lanzaron a una persecución a rienda suelta, los contuvo por miedo a una emboscada el cónsul Paulo, que aquel día ostentaba el mando [3] supremo —pues lo tenían un día cada uno—, mientras

Varrón, lleno de indignación, gritaba que se había dejado escapar de las manos al enemigo y se había podido dar la [4] batalla definitiva si se hubiera seguido adelante. Aníbal sobrellevó aquel revés sin disgustarse demasiado; es más, suponía que había servido de cebo a la temeridad del cónsul más fogoso y de los soldados, sobre todo los bisoños. [5] Conocía además todo lo referente al enemigo tan bien como lo suyo: que ejercían el mando dos generales de carácter desigual y desavenidos, que en el ejército había casi [6] dos terceras partes de soldados novatos. Por eso, convencido de que tenía el lugar y el momento apropiado para una emboscada, la noche siguiente dejó el campamento con todos los enseres comunes y particulares, llevando consigo [7] los soldados únicamente las armas, y una vez rebasados unos montes cercanos, ocultó formada a la izquierda a la infantería, y a la derecha la caballería, hizo avanzar [8] la impedimenta por el valle del centro para caer sobre el enemigo enfrascado y embarazado en el saqueo de un campamento que parecía abandonado por sus dueños al huir. [9] Dejó numerosas fogatas en el campamento para hacer creer que mientras él ganaba terreno alejándose en su huida, dando la falsa imagen de campamento, había querido retener a los cónsules en sus posiciones, de la misma forma que el año anterior había engañado a Fabio.

Cuando amaneció, fue motivo de sorpresa primero el [42] que se hubieran retirado los puestos de vigilancia y después, al acercarse más, el insólito silencio. Luego, una vez comprobado [2] de forma fehaciente que el campamento estaba desierto, se produce la aglomeración en dirección a la tienda de mando de los cónsules llevando la noticia de que el enemigo ha huido de forma tan precipitada que ha abandonado el campamento sin desmontar las tiendas y que además han dejado muchas hogueras con el objeto de camuflar más la fuga. Inmediatamente estalla un griterío pidiendo [3] que se dé la orden de avanzar y marchar a perseguir al enemigo y a saquear de inmediato el campamento. También uno de los cónsules parecía uno más en el alboroto [4] de la tropa; Paulo decía una y otra vez que había que tener prudencia y tomar precauciones; finalmente, como de otra forma no era capaz de contener el tumulto ni al cabecilla del mismo, envía al prefecto Mario Estatilio con un escuadrón de lucanos a hacer un reconocimiento. Cuando [5] éste llegó cabalgando hasta la puerta del campamento, ordenó a los demás quedarse fuera de las fortificaciones y él con dos jinetes traspasó la empalizada, y después de observarlo todo con detenimiento volvió a informar de que sin lugar a dudas se trataba de una trampa: habían dejado [6] las fogatas en la parte del campamento que miraba al enemigo, las tiendas estaban abiertas y todas las cosas de valor habían sido dejadas al alcance de la mano, en algunos lugares había visto plata por las calles de cualquier

manera como ofrecidas para el pillaje. Todo esto, de lo que se [7] informó para desviar los ánimos de la codicia, la encendió, y cuando estalló el griterío de los soldados diciendo que si no se daba la señal irían sin jefes, por supuesto que no faltó jefe, pues inmediatamente Varrón dio la señal de ponerse en marcha. Paulo, que ya de por sí estaba indeciso, [8] como además tampoco los polluelos dieron un auspicio favorable¹⁸⁸, mandó informar de ello a su colega, que ya hacía salir las enseñas por la puerta del campamento. [9] Aunque a Varrón esto le sentó muy mal, sin embargo, la muerte reciente de Flaminio y la memorable derrota naval¹⁸⁹ del cónsul Claudio durante la Primera Guerra Púnica [10] infundieron en su ánimo escrúpulos religiosos. Aquel día posiblemente los propios dioses aplazaron, más que impidieron, el desastre que se cernía sobre los romanos, pues casualmente ocurrió que cuando los soldados se negaban a obedecer la orden del cónsul de que volvieran al campamento [11] las enseñas, dos escuderos, uno de un jinete formiano y el otro de uno sidícino, que durante el consulado de Servilio y Atilio habían sido capturados por los númidas entre los que recogían forraje, se pasaron aquel día al lado de sus amos, y llevados a presencia de los cónsules informaron de que el ejército de Aníbal se encontraba todo él [12] emboscado al otro lado de los montes cercanos. Su oportuna llegada devolvió a los cónsules el control del mando, pues la ambición y la torcida condescendencia de uno de ellos había deteriorado su autoridad entre los soldados anteriormente.

Se aproximan a Cannas

[43] Aníbal, cuando vio que los romanos se habían puesto en movimiento de forma irreflexiva, pero no se habían dejado llevar temerariamente hasta el final, al descubrir y hacer inútil la trampa, regresó [2] al campamento. No pudo permanecer muchos días en él debido a la escasez de trigo, y cada día se les ocurría un nuevo plan no sólo a los soldados, mezcla de un conglomerado de todas las razas, sino al propio general. En efecto, [3] lo que al principio fue un murmullo se convirtió después en una reclamación abierta y a gritos de las pagas atrasadas, quejándose primero de la escasez y después del hambre, y se hablaba de que los soldados mercenarios, sobre todo los de origen hispano, habían tomado la decisión de desertar, y dicen que incluso el propio Aníbal a veces [4] le daba vueltas a la idea de huir a la Galia, dejando allí a toda la infantería y escapando con la caballería. Éstas eran las ideas y éste el estado de los ánimos en el [5] campamento cuando decidió salir de allí hacia las comarcas de Apulia, más cálidas y por ello con las mieses más maduras, con el fin, al mismo tiempo, de que cuanto más lejos se encontrase del enemigo más difícil les fuera desertar a los de carácter poco firme. Partió por la

noche, dejando [6] igualmente hogueras encendidas y unas cuantas tiendas para despistar, con el objeto de que el miedo a una emboscada, igual que la vez anterior, contuviera a los romanos. Pero el mismo Estatilio Lucano lo inspeccionó todo [7] más allá del campamento y al otro lado de los montes y volvió informando de que había visto a lo lejos la columna de los enemigos, e inmediatamente se comenzaron a barajar planes para perseguirlos. Como el criterio de uno [8] y otro cónsul era el mismo que había sido siempre anteriormente y, por otra parte, casi todos estaban conformes con Varrón, y con Paulo nada más que Servilio, cónsul del año anterior, de acuerdo con el parecer de la mayoría [9] emprendieron la marcha, impulsados por el destino, yendo a darle renombre a Cannas¹⁹⁰ con una derrota romana. [10] Cerca de dicho poblado había situado Aníbal su campamento de espaldas al viento volturno¹⁹¹, que arrastraba nubes de polvo de los campos abrasados por la sequía. [11] Este detalle resultó muy práctico para el propio campamento y además iba a ser especialmente útil cuando alineasen su ejército en orden de batalla: ellos iban a pelear dándoles el viento sólo de espalda contra un enemigo cegado por la polvareda que levantaba.

[44] Los cónsules seguían al cartaginés después de un reconocimiento suficiente de la ruta, y al llegar a Cannas y tener a Aníbal a la vista fortificaron dos campamentos más o menos a la misma distancia que en Gereonio, repartiendo [2] las tropas como entonces. Al río Ofanto¹⁹², que discurría junto a ambos campamentos, tenían acceso los que iban a por agua, no sin luchas, según se le presentaba a [3] cada uno su oportunidad; sin embargo, los romanos cogían el agua con mayor libertad desde el campamento más pequeño, que estaba situado al otro lado del Ofanto, porque en el margen de allá no había ninguna guarnición del enemigo. [4] Aníbal, abrigando esperanzas de que le iban a proporcionar los cónsules la posibilidad de luchar en un terreno hecho para la lucha a caballo, clase de fuerzas en la que era invencible, organiza el frente de combate y [5] hostiga al enemigo con galopadas de los nómadas. A raíz de esto, el campamento romano sufría de nuevo la conmoción del alboroto de la tropa y la falta de entendimiento entre los cónsules, achacando Paulo a Varrón la temeridad de Sempronio y Flaminio, y poniendo Varrón a Fabio como ejemplo brillante de general pusilánime e irresoluto, y a la vez poniendo por testigos a los dioses y los hombres [6] de que él no tenía culpa ninguna de que Aníbal en la práctica fuera como si ya hubiera conquistado Italia; él se encontraba constreñido por su colega; a sus soldados, furiosos y ansiosos de pelea, se les quitaba el hierro, las armas; Paulo decía que si algo les ocurría a las legiones, expuestas [7] y entregadas a un combate de forma irreflexiva y temeraria, sin tener culpa alguna iba a ser responsable de cualquier resultado; que mirase la forma de que fuesen igualmente fuertes

en el combate las manos de los que tenían la lengua suelta y osada.

Las formaciones antes de la batalla

Mientras se pierde el tiempo en discusiones [45] más que en deliberaciones, Aníbal retira del frente que había tenido formado hasta bien entrado el día al resto de sus tropas al campamento, y envía a los [2] números al otro lado del río a atacar a los del campamento romano más pequeño que iban a por agua. Después de [3] poner en fuga con sus gritos y alboroto a este grupo desorganizado, no bien salieron a la orilla, se llegaron incluso hasta el puesto de guardia situado ante la empalizada y casi hasta las puertas mismas del campamento. Pues bien, [4] pareció tan vergonzoso el que incluso una tropa auxiliar no organizada amedrentase a un campamento romano, que lo único que contuvo a los romanos para no cruzar el río de inmediato y formar en orden de combate fue que aquel día tenía Paulo el mando supremo. Por eso, al día siguiente, [5] Varrón, al que tocaba el turno de mando del día, sin consultar para nada con su colega puso a la vista la señal de combate y cruzó el río con las tropas formadas, seguido por Paulo, que podía no estar de acuerdo con la táctica, pero era incapaz de negar su colaboración. Pasado el río, [6] incorporan también las tropas que habían tenido en el campamento menor y forman así el frente de batalla: en el ala derecha, la más cercana al río, sitúan a la caballería [7] romana, y a continuación la infantería; el ala izquierda la ocupan los jinetes aliados en el extremo, siguiendo hacia dentro los de infantería, estableciendo contacto en el centro con las legiones romanas; con los arqueros del resto de las tropas auxiliares ligeras se formó la primera línea. [8] Los cónsules tomaron el mando de las alas: Terencio, el de la izquierda, y el de la derecha, Emilio; el centro del ataque lo dirigía Gémio Servilio.

[46] Aníbal, al despuntar el día, después de enviar por delante a los baleares y demás tropas ligeras cruzó el río con las restantes y según iban pasando las iba situando en el [2] frente de batalla: la caballería gala e hispana en el ala izquierda, cerca de la orilla, frente a la caballería romana; [3] el ala derecha les fue asignada a los jinetes números; la parte central del frente lo ocupaba la infantería, con los africanos a los lados y los galos e hispanos en el medio. [4] A los africanos se los podía tomar por una formación romana por las armas que llevaban, tomadas también en el [5] Trebia, pero sobre todo en el Trasimeno. Los galos y los hispanos tenían escudos casi de idéntica forma, mientras que las espadas se diferenciaban en forma y tamaño: las de los galos, muy largas y sin punta; las de los hispanos, manejables por lo cortas y con punta, pues estaban acostumbrados a atacar al enemigo clavando más que dando tajos. El aspecto de

estos hombres era más terrible que [6] el del resto, debido a su corpulencia y apariencia: los galos iban desnudos de ombligo para arriba, los hispanos se hacían notar por sus túnicas de lino entretejidas de púrpura, resplandecientes de maravillosa blancura. La cifra total de los efectivos de infantería que se formaron en línea de combate fue de cuarenta mil, y diez mil los de caballería. Los generales mandaban las alas, Asdrúbal la izquierda [7] y Maharbal la derecha; el centro lo mandaba el propio Aníbal con su hermano Magón. El sol, muy oportunamente, [8] caía oblicuo sobre ambas partes, sea porque se habían colocado así adrede o bien porque coincidió así, mirando los romanos hacia el sur y los cartagineses hacia el norte; un viento que los habitantes de la región llaman volturmo [9] empezó a soplar de cara a los romanos, quitándoles la visibilidad al lanzarles al rostro gran cantidad de polvo.

La batalla de Cannas

Lanzado el grito de guerra, se adelantaron [47] a la carrera las tropas auxiliares e iniciaron la lucha primero los de armamento ligero; después se produjo el choque entre el ala izquierda de los jinetes galos e hispanos y el ala derecha romana, sin atenerse en absoluto al estilo de lucha de la caballería, pues tenían que chocar [2] de frente porque no había quedado alrededor ningún espacio para evolucionar y por un lado los cerraba el río y por el otro las líneas de infantería. Todos sus esfuerzos [3] se dirigían al frente, sin dar un paso y apelotonados por último los caballos en tropel, y agarrándose hombre a hombre trataban de derribarse de los caballos. El combate se había vuelto ya en gran medida una lucha a pie; fue, sin embargo, una pelea más denodada que prolongada, y los jinetes romanos, rechazados, volvieron grupas. Nada más [4] finalizar el combate de los de a caballo se inició la lucha de los de a pie, equilibrada al principio en fuerzas y coraje mientras no se rompieron las filas de galos e hispanos; al fin, los romanos, después de intentarlo de forma prolongada [5] y repetida, yendo de frente en formación cerrada arrollaron la cuña de los enemigos, demasiado delgada y por ello poco sólida, que sobresalía del resto de su formación. Luego, cuando, rechazados, retrocedían atropelladamente, [6] los siguieron de cerca y continuando del mismo modo por entre la columna de los que huían con la precipitación del pánico, primero avanzaron hasta el centro de sus líneas y finalmente, sin que nadie los contuviese, llegaron [7] hasta las tropas auxiliares de los africanos, que se habían alineado, reduciendo ambas alas, en la formación central en la que estaban situados los galos y los hispanos haciéndolas [8] sobresalir bastante. Esta cuña, al ser presionada, igualó primero el frente, y después, al retroceder, formó incluso un entrante en el centro; los africanos se habían extendido ya

hacia ambos lados, y cuando los romanos se precipitaron incautamente sobre el centro, los rodearon por las alas; al poco, prolongando sus laterales, cerraron también [9] por la espalda al enemigo. A partir de ese momento, los romanos, que no habían sacado ningún provecho de haber librado la primera batalla, desentendiéndose de galos e hispanos, a los que habían perseguido en su huida, comenzaron [10] de nuevo el combate contra los africanos, combate desigual no sólo porque peleaban encerrados contra quienes los rodeaban, sino porque ellos estaban cansados y los otros frescos y llenos de vigor.

[48] También en el ala izquierda de los romanos, donde se habían situado los jinetes aliados de cara a los númidas, se había entablado ya la lucha, iniciada con poco brío al [2] principio y a partir de un ardid cartaginés. Unos quinientos númidas, llevando espadas ocultas bajo sus corazas además de las habituales armas de defensa y de ataque, se alejaron de los suyos a caballo como si desertaran, portando [3] los escudos a la espalda, y de pronto descabalgaron de un salto, arrojando escudos y dardos a los pies del enemigo; fueron acogidos en el centro de las líneas y llevados a retaguardia, recibiendo órdenes de no moverse de la zaga. Y mientras desde todas partes acudían a la lucha, permanecieron quietos, pero cuando el combate fue el [4] centro de la atención y las miradas de todos, entonces, cogiendo los escudos que había tirados por todas partes entre los montones de cadáveres, atacan por detrás a las líneas romanas e hiriéndolos por la espalda y cortándoles las corvas provocan una enorme carnicería y un pánico y una confusión aún mayores. Cuando en una parte había [5] terror y fuga y en otra una pelea empecinada, con malas perspectivas ya, Asdrúbal, que tenía el mando en aquella parte¹⁹³, sacó a los númidas del centro de la formación, porque su lucha con sus contrincantes tenía poca fuerza, y los mandó en persecución de los que huían en todas direcciones, y a los jinetes hispanos y galos los juntó con [6] los africanos, cansados ya casi más de matar que de pelear.

En la otra zona de combate, Paulo, a pesar de que [49] nada más comenzar la batalla había sido herido de gravedad por una honda, acudió sin embargo en repetidas ocasiones [2] a hacerle frente a Aníbal con un nutrido contingente de soldados y restableció el combate en varios puntos protegido por la caballería romana, que al fin prescindió [3] de los caballos porque al cónsul le faltaban fuerzas para dominar al suyo. Dicen que entonces, cuando alguien informó a Aníbal de que el cónsul había ordenado a sus jinetes poner pie a tierra, aquél comentó: «¡Cuánto más valdría que me los entregara atados!»¹⁹⁴. Los jinetes combatían [4] a pie como cuando no ofrece dudas la victoria del enemigo: los vencidos preferían morir en su puesto antes que huir, y los vencedores, furiosos porque les retrasaban [5] la victoria, mataban a los que no podían rechazar.

Hicieron retroceder, sin embargo, a un ya reducido número de supervivientes extenuados por el cansancio y las heridas; a continuación se dispersaron todos, y los que podían volvían a buscar sus caballos para huir.

[6] El tribuno militar Gneo Léntulo cuando pasaba montado a caballo vio al cónsul sentado en una roca y cubierto [7] de sangre, y le dijo: «Lucio Emilio, el único a quien los dioses deben ver libre de culpa por el desastre de este [8] día, toma este caballo mientras te quedan algunas fuerzas y mientras yo pueda acompañarte, llevarte y protegerte. No hagas más funesta esta batalla con la muerte de un cónsul. Incluso sin esto son ya bastantes las lágrimas y [9] dolor». El cónsul replicó: «Bravo por tu valor, Gneo Cornelio; pero procura no perder en compadecerme inútilmente el escaso tiempo que tienes para escapar de manos del [10] enemigo. Vete, encarga oficialmente a los senadores que fortifiquen la ciudad de Roma y antes de que llegue el enemigo victorioso la aseguren con defensas; a Quinto Fabio privadamente comunícale que Lucio Emilio vivió hasta este [11] momento y muere teniendo presentes sus consejos. En cuanto a mí, deja que muera entre los cadáveres de mis hombres para no ser acusado una vez más al dejar el consulado ni convertirme en acusador de mi colega, a fin de [12] defender mi inocencia culpando a otro». Mientras se hablaban así, se les echaron encima primero sus compatriotas que huían en tropel y después los enemigos; al cónsul lo cubrieron de dardos sin saber de quién se trataba, a Léntulo [13] se lo llevó el caballo en medio del tumulto. En esos momentos, por todas partes huían en desbandada.

Al campamento menor huyeron siete mil hombres, diez mil al mayor y unos dos mil al propio poblado de Cannas; éstos fueron rodeados inmediatamente por Cartalón y sus jinetes, pues la aldea carecía de defensas por completo. El otro cónsul, que o bien por casualidad o bien deliberadamente [14] no se había incorporado a ninguna de las columnas de fugitivos, huyó a Venusia¹⁹⁵ con cerca de cincuenta jinetes. Según cuentan, fueron muertos cuarenta y cinco [15] mil quinientos¹⁹⁶ soldados de a pie y dos mil setecientos de a caballo, en una proporción similar entre ciudadanos y aliados; entre ellos, los dos cuestores de los cónsules, Lucio Atilio y Lucio Furio Bibáculo, y veintinueve tribunos [16] militares, algunos excónsules, expretores y exediles —entre los cuales incluyen a Gneo Servilio Gémino y Marco Minucio, que había sido jefe de la caballería el año anterior y cónsul unos años antes—, además de ochenta senadores [17] o que habían desempeñado cargos que los hacían elegibles para el senado y que se habían enrolado en las legiones como voluntarios. Según dicen, fueron capturados [18] en aquella batalla tres mil hombres de a pie y mil quinientos de a caballo.

Peripecias de los supervivientes; algunos se rinden a Aníbal

Ésta es la batalla de Cannas, tan famosa [50] como el desastre del Alia¹⁹⁷; pero [2] si bien su trascendencia fue menor por lo ocurrido después de la batalla, puesto que el enemigo no siguió adelante, sí fue más grave e ignominiosa por el hundimiento del ejército. Y es que la fuga del Alia si por una [3] parte entregó la ciudad, por otra dejó el ejército a salvo, pero en Cannas al cónsul fugitivo lo siguieron apenas cincuenta, casi todo el ejército quedó con el otro, que murió.

[4] Cuando se encontraba en los dos campamentos una multitud medio desarmada y sin jefes, los que estaban en el mayor enviaron un emisario a decirles a los otros que pasaran al suyo mientras estaban entregados al descanso nocturno los enemigos, agotados por el combate y después por las comilonas de celebración; que saldrían para Canusio [5] marchando todos juntos. Unos rechazaron por completo esta propuesta; en efecto, ¿por qué no venían quienes los llamaban, puesto que podían reunírseles de la misma manera? Evidentemente, porque el espacio que los separaba estaba lleno de enemigos y preferían exponer a semejante peligro la vida de los demás antes que la suya. [6] A otros, más que desagradarles la idea les faltaban arrestos. Publio Sempronio Tuditano, tribuno militar, dijo: «¿Preferís entonces ser capturados por el más cicatero y cruel de los enemigos, y que se ponga un precio a vuestras cabezas y pregunten si eres romano o aliado latino exigiendo un pago, para que a costa de tu afrenta y tu desgracia [7] otro recabe honores? Tú no lo preferirás, si de verdad eres compatriota del cónsul Lucio Emilio, que prefirió morir con dignidad a vivir con vergüenza, y de tantos guerreros tan esforzados, caídos y amontonados en torno a él. [8] Pero antes de que nos sorprenda el día y aceche la ruta mayor cantidad de enemigos, salgamos bruscamente por entre quienes están metiendo ruido a las puertas del campamento [9] desorganizados y desprevenidos. A fuerza de hierro y audacia se abre paso incluso por entre enemigos en formación cerrada. Con una formación en cuña podemos romper sin duda esa formación floja y discontinua como si no se nos pusiera nada por delante. Venid conmigo, por tanto, los que queréis salvaros a vosotros y salvar a la república». Dicho esto, desenvaina la espada, y formada la [10] cuña avanza por entre los enemigos; y como los númidas [11] disparaban sobre el flanco derecho, que estaba desprotegido, cambian los escudos a la mano derecha y escapan al campamento mayor cerca de seiscientos, y desde allí, sin parar, incorporándose a otro gran grupo, llegan a Canusio sanos y salvos. Éste era el comportamiento de los vencidos, [12] causado más por la impulsividad de los ánimos que a cada uno le daba su carácter o el azar, que por un plan trazado por ellos o por las

órdenes de nadie.

Los demás rodeaban a Aníbal felicitándolo por la victoria [51] y le aconsejaban que después de dar término a una guerra de tal calibre se tomase él y les concediese a los soldados, agotados, lo que quedaba de día y la noche siguiente para descansar; entonces Maharbal, prefecto de la [2] caballería, convencido de que no se debía perder ni un instante, dijo: «Al contrario; para que sepas lo que se ha jugado en esta batalla, dentro de cinco días celebrarás la victoria con un banquete en el Capitolio. Sígueme; yo iré delante con la caballería para que antes se enteren de que hemos llegado que de que vamos a llegar». A Aníbal le pareció [3] una idea demasiado optimista y de más alcance de lo que podía asimilar así de pronto. Por tanto, dijo que alababa la voluntad de Maharbal, pero que para sopesar la propuesta se requería tiempo. Maharbal replicó: «La verdad [4] es que los dioses no se lo conceden todo a una misma persona. Sabes vencer, Aníbal; no sabes aprovechar la victoria». Hay bastantes razones para creer que aquel día de retraso fue la salvación de Roma y de su imperio.

Al día siguiente, tan pronto amaneció, se dedicaron de [5] nuevo a recoger los despojos y a contemplar la masacre, horrible espectáculo incluso para un enemigo. Yacían tantos [6] miles de romanos, de infantería y caballería indistintamente, tal como los lances de la lucha o la huida los había agrupado; algunos que se incorporaban ensangrentados en medio de la carnicería, a los que había espabilado el relente de la mañana al recrudecer sus heridas, fueron rematados [7] por el enemigo; también encontraron a algunos tendidos, con vida, con los muslos y las corvas cortadas, que descubrían la cerviz y el cuello pidiendo que les vaciasen [8] la sangre que les quedaba; algunos fueron hallados con la cabeza metida en agujeros excavados en tierra que se veía que habían hecho ellos mismos, y se habían asfixiado tapándose la boca con tierra que se echaron por encima. [9] De manera especial llamó la atención de todos cuando se sacó a un númida vivo, con la nariz y las orejas destrozadas, de debajo de un romano muerto, que había expirado destrozando a su enemigo con los dientes, convertida en rabia su ira al no poder servirse de las manos para empuñar un arma.

[52] Recogieron despojos hasta bien entrado el día y Aníbal los lleva después a atacar el campamento más pequeño; como primera medida, los aísla del río levantando en medio [2] un terraplén; como, por otra parte, estaban todos agotados por el esfuerzo, la falta de sueño y las heridas, se produjo la rendición más pronto de lo que él mismo esperaba. Las condiciones acordadas fueron: entrega de armas y caballos, pago de trescientos denarios¹⁹⁸ por cada romano, doscientos por aliado y cien por esclavo, y [3] posibilidad de marcharse con lo puesto una vez abonada esta cantidad. Recibieron a los

enemigos en el campamento y los pusieron a todos bajo vigilancia, por separado [4] ciudadanos y aliados. Mientras se emplea allí el tiempo en esto, desde el campamento mayor los que tenían fuerzas y coraje suficiente, cerca de cuatro mil hombres de a pie y doscientos de a caballo, marcharon a Canusio, unos en columna y otros dispersos campo a través, lo cual no era menos seguro, y el propio campamento le fue entregado al enemigo por los heridos y los cobardes en las mismas condiciones que el otro. Se consiguió un botín muy cuantioso, [5] y salvo caballos y hombres y plata, si alguna había —la había más bien en los collares de los caballos, pues como es lógico, al estar en campaña, apenas la usaban labrada para comer—, todo el resto del botín fue entregado al pillaje. Ordenó a continuación reunir los cadáveres de [6] los suyos para darles sepultura; se habla de que eran cerca de ocho mil¹⁹⁹, y de los más esforzados de sus hombres. Según algunos autores, también se buscó al cónsul romano y se le dio sepultura.

A los que habían huido a Canusio, una mujer apulia [7] llamada Busa, ilustre por su cuna y sus riquezas, mientras que los canusinos se habían limitado a darles acogida dentro de sus murallas y de sus casas, los socorrió con trigo, ropas e incluso provisiones para el camino, generosidad por la que después de finalizada la guerra le fueron rendidos honores por el senado.

Concentración de fugitivos en Canusio y Venusia Balance de urgencia

Habiendo allí, por otra parte, cuatro [53] tribunos militares, Fabio Máximo, de la primera legión, cuyo padre había sido dictador el año anterior, Lucio Publicio Bíbulo [2] y Publio Cornelio Escipión de la legión segunda, y de la legión tercera, Apio Claudio Pulcro, que había sido edil últimamente, por [3] acuerdo unánime se les confirió el mando supremo a Publio [4] Escipión, muy joven aún²⁰⁰, y a Apio Claudio. Cuando éstos celebraron una reunión consultiva con un reducido grupo sobre la situación en su conjunto, Publio Furio Filo, hijo de excónsul, manifiesta que están creando para nada expectativas sin fundamento, que la república no tiene salida y ya se han hecho las lamentaciones por ella, [5] que algunos jóvenes de la nobleza, el principal de los cuales es Lucio Cecilio Metelo, ponen sus miras en el mar y en las naves, para abandonar Italia y buscar refugio [6] al lado de algún rey. Esta mala noticia, que aparte de terrible venía a sumarse a tantos desastres, dejó a todos los presentes paralizados de estupor y sorpresa y consideraron que se debía convocar consejo para debatirla; entonces un joven, Escipión²⁰¹, cuyo destino era ser el caudillo [7] de esta guerra, dice que no es tema de consejo; es preciso tener decisión y actuar, dice, no deliberar, dada la gravedad de la situación; que empuñen al instante las armas [8] y le sigan los que quieran que la

república se salve, que donde se piensan cosas como éstas es donde más de verdad [9] hay un campamento enemigo. Emprende la marcha seguido de unos cuantos hombres hasta el alojamiento de Metelo y encontrando allí reunidos a los jóvenes de los que le habían hablado, desenvainando la espada por encima [10] de las cabezas de los asistentes dice: «Juro por mi conciencia que lo mismo que yo no abandonaré la república del pueblo romano, tampoco consentiré que la abandone ningún [11] otro ciudadano; si conscientemente falto al juramento, entonces, Júpiter Óptimo Máximo, haz que la peor de las ruinas alcance a mi persona, mi casa, mi familia y mi hacienda. Exijo que con estas mismas palabras jures tú, [12] Lucio Cecilio, y el resto de los presentes. El que no jure, que sepa que esta espada está desenvainada contra él». Aterrados igual que si estuvieran viendo a Aníbal vencedor, [13] juran todos y se entregan a sí mismos a Escipión para ser puestos bajo vigilancia.

Al mismo tiempo que ocurría esto en Canusio, llegaron [54] a Venusia junto al cónsul unos cuatro mil quinientos soldados de infantería y caballería que en la huida habían andado dispersos por los campos. Los venusinos los distribuyeron [2] a todos ellos por familias para acogerlos cordialmente y atenderlos, le dieron a cada jinete una toga, una túnica y veinticinco denarios, y a cada infante diez denarios, y armas a quienes no las tenían, y se cumplió [3] con el resto de los deberes de la hospitalidad pública y privada, compitiendo para que al pueblo venusino no le ganara en atenciones una mujer de Canusio. Pero lo elevado [4] del número hacía más gravosa la carga para Busa, pues eran ya cerca de diez mil hombres; y Apio y Escipión, [5] enterados de que uno de los cónsules estaba a salvo, envían inmediatamente un mensajero a informarle de cuántas tropas de infantería y caballería tienen consigo y al mismo tiempo a preguntar cuáles eran sus órdenes, que el ejército fuera llevado a Venusia o que permaneciera en Canusio. El propio Varrón condujo las tropas a Canusio [6] y ya tenían algunos atisbos de un ejército consular y parecían dispuestos a defenderse del enemigo detrás de unas murallas, si es que no con las armas.

A Roma ni siquiera habían llegado noticias de la supervivencia [7] de este contingente de ciudadanos y aliados, sino del exterminio del ejército con sus generales²⁰² y la destrucción [8] de la totalidad de las tropas. Jamás fue tan acusado el pánico y la confusión dentro de las murallas de Roma sin haber sido tomada la ciudad. Por eso me rendiré a la dificultad y no intentaré contar lo que empequeñecería [9] al exponerlo. Tras la pérdida de un cónsul y un ejército el año anterior en el Trasimeno, se habían multiplicado no las heridas sino las catástrofes, pues se anunciaba que se habían perdido dos cónsules y dos ejércitos consulares y que no quedaba campamento romano alguno,

ni jefe, [10] ni soldado; Apulia, el Samnio, y casi toda Italia ya, habían pasado a poder de Aníbal. Sin lugar a dudas, cualquier otro pueblo habría sucumbido aplastado por tamaño [11] desastre. Establézcase un parangón con la derrota sufrida por los cartagineses en batalla naval junto a las islas Egates, por la que se retiraron quebrantados de Sicilia y Cerdeña y a partir de entonces consintieron en convertirse en tributarios y estipendiarios; o con la batalla adversa en África, en la que más tarde sucumbió este mismo Aníbal: en nada se las puede comparar, salvo en que fueron sobrellevadas con menos coraje.

Conmoción en Roma. Cartas. Estupro de dos vestales. Consulta al oráculo de Delfos

[55] Los pretores Publio Furio Filo y Marco Pomponio convocaron al senado en la curia Hostilia para someter a debate la cuestión de la defensa de la ciudad, [2] pues no dudaban que, una vez destruidos los ejércitos, el enemigo vendría a atacar Roma, única operación bélica que [3] faltaba. Como en medio de aquellas desgracias tan grandes como desconocidas ni siquiera perfilaban un plan suficientemente y era ensordecedor el clamor de las mujeres que se lamentaban, pues al no haberse aún hecho público quiénes estaban vivos y quiénes muertos se los lloraba a todos indistintamente en casi todas las casas, por fin Quinto Fabio Máximo [4] propuso que se enviasen jinetes ligeros por la Vía Apia y también por la Latina para que preguntaran a los que encontrasen —sin duda habría algunos a los que la huida habría dispersado por todas partes— e informaran de cuál era la suerte de los cónsules y los ejércitos, y si los dioses inmortales, compadecidos del imperio, habían [5] hecho que quedase algo del poderío romano, dónde estaban esas tropas, a dónde se había trasladado Aníbal después de la batalla, qué preparaba, qué hacía, qué pensaba hacer. Todo esto debía ser investigado y averiguado [6] por medio de jóvenes activos; lo que debían hacer los propios senadores, puesto que magistrados había pocos, era acabar con el tumulto y la confusión de la ciudad, mantener a las matronas alejadas de los lugares públicos y obligarlas a estarse cada una en su casa, reprimir las lamentaciones [7] de las familias, imponer el silencio en la ciudad, cuidar de que todos los que trajeran noticias fueran llevados a presencia de los pretores y que cada uno esperase en su casa a que se le haga saber cuál es su suerte, situar [8] además centinelas en las puertas de la ciudad para impedir que nadie la abandone y obligar a las gentes a que no esperen salvación ninguna que no sea la incolumidad de la ciudad y sus murallas. Cuando se acallase el tumulto, que se volviese a convocar a los senadores a la curia y se deliberase acerca de la defensa de la ciudad.

Se pronunciaron todos a favor de esta propuesta, y una [56] vez desalojada del foro

la turba por los magistrados, los senadores salieron en distintas direcciones a apaciguar los alborotos. Llegó entonces, por fin, carta del cónsul Gayo Terencio informando de la muerte del cónsul Lucio Emilio [2] y del ejército, de que él estaba en Canusio reuniendo, como de un naufragio, los restos de la catástrofe; que eran unos diez mil soldados aproximadamente, desorganizados [3] y sin formar cuerpo; que el cartaginés estaba asentado en Cannas traficando con el precio de los prisioneros y del resto del botín, sin la moral de un vencedor [4] ni el comportamiento de un gran general. Entonces también en las casas particulares se tuvo conocimiento de las pérdidas de cada una, y el duelo llenó por completo la ciudad, hasta el extremo de quedar suspendida la fiesta anual de Ceres²⁰³, porque no está permitido que la celebren los que están de luto y en aquellos momentos no había ninguna matrona que no estuviese afectada por el mismo. [5] Por consiguiente, para que no se vieran igualmente interrumpidos otros cultos públicos o privados por el mismo motivo, un decreto del senado fijó al luto un límite [6] de treinta días. Pero cuando, calmado el tumulto de la ciudad, los senadores habían convocado de nuevo a la curia, llegó otra carta más, de Sicilia, remitida por el propretor Tito Otacilio, diciendo que el reino de Hierón estaba [7] siendo devastado por la flota cartaginesa; que cuando él había enviado a unos prefectos a llevarle la ayuda que solicitaba, éstos fueron informados de que había otra flota [8] fondeada en las islas Egates equipada y a punto para atacar Lilibeo y el resto de la provincia romana, en cuanto los cartagineses se dieran cuenta de que él se había dirigido al litoral de Siracusa para protegerlo; que, por lo tanto, si querían defender al rey aliado y a Sicilia, hacía falta otra flota.

[57] Leídas las cartas del cónsul y del pretor, los senadores acordaron enviar a Canusio, para ponerse al frente del ejército, a Marco Claudio, que mandaba la flota estacionada frente a Ostia, y comunicar por escrito al cónsul que entregase el ejército al pretor y viniese a Roma lo antes posible²⁰⁴, en la medida en que se lo permitiera el interés del Estado.

Aparte de tan graves desastres, también cundió el miedo, [2] especialmente porque aquel año, entre otros hechos fuera de lo común, dos vestales, Opimia y Floronia, fueron convictas de estupro; una de ellas fue enterrada viva, como era costumbre, junto a la puerta Colina, y la otra se quitó ella misma la vida; Lucio Cantilio, escriba pontificio, de [3] los que ahora llaman pontífices menores, que había cometido estupro con Floronia, fue azotado con varas en el comicio por el pontífice máximo²⁰⁵ hasta que murió bajo los golpes. Como este delito fue considerado un hecho de [4] mal agüero, cosa que suele ocurrir en una sucesión semejante de desastres, los decenviros recibieron orden de ir [5] a consultar los libros sibilinos y Quinto Fabio Píctor fue enviado a Delfos a consultar al

oráculo con qué preces y sacrificios podían aplacar a los dioses y cuál iba a ser el final de tales catástrofes²⁰⁶. Entretanto, de acuerdo con [6] los libros del destino, se hicieron algunos sacrificios extraordinarios; entre ellos, un galo y una gala, un griego y una griega fueron enterrados vivos en la plaza de los bueyes en un recinto cercado de piedras, empapado ya anteriormente con la sangre de víctimas humanas, con un rito que no era romano bajo ningún concepto.

Cuando les pareció que se había aplacado bastante [7] a los dioses, Marco Claudio Marcelo envió desde Ostia a Roma, destinados a la defensa de la ciudad, mil quinientos [8] soldados que tenía alistados para la armada; envió por delante a Teano Sidícino²⁰⁷ la legión naval —era ésta la legión tercera— con tribunos militares, entregó la flota a su colega Publio Furio Filo, y él, a los pocos días, se dirigió [9] a Canusio a marchas forzadas. A continuación, nombrado dictador Marco Junio por acuerdo del senado, y jefe de la caballería Tiberio Sempronio, decretaron éstos un llamamiento a filas y alistaron a los jóvenes de diecisiete años en adelante y a algunos que llevaban aún la pretexta²⁰⁸; de ellos salieron cuatro legiones y un millar de jinetes. [10] Envían asimismo a recabar tropas de los aliados y latinos de acuerdo con lo convenido; mandan preparar armas ofensivas y defensivas y demás pertrechos, y retiran de los templos y pórticos los antiguos despojos de los enemigos. [11] Además, la necesidad y la escasez de ciudadanos libres motivó una nueva forma de reclutamiento sin precedentes: compraron con dinero del Estado y armaron a ocho mil jóvenes vigorosos de entre los esclavos, preguntándoles previamente [12] uno por uno si querían ser soldados. Aun dándose la posibilidad de rescatar a los prisioneros con un coste menor, se encontró preferible esta clase de soldados.

El rescate de los prisioneros romanos. Su portavoz habla ante el senado

[58] En efecto, Aníbal, después de la batalla de Cannas, tan afortunada, más pendiente [2] de las preocupaciones del vencedor que de las del beligerante, mandó traer a los prisioneros y los separó, y a los aliados les dirigió unas palabras amables y los dejó libres sin rescate, como anteriormente en el Trebia y en el lago de Trasimeno. Llamó también a los romanos, cosa que nunca había hecho hasta entonces, y les habló en unos términos bastante suaves: su guerra con los romanos [3] no era hasta el exterminio, lo que estaba en lid era la dignidad y la hegemonía; así como sus padres se habían rendido al valor romano, así también él estaba empeñado en que, en justa correspondencia, se rindieran a su buena suerte a la vez que a su valor; por eso ofrecía la posibilidad [4] de un rescate a los prisioneros; el precio sería de quinientos denarios por cada soldado de

caballería, trescientos por cada uno de infantería, y cien por cada esclavo. Aunque en el caso de los jinetes se incrementaba un poco [5] la cantidad que habían estipulado al rendirse, aceptaron sin embargo con alegría cualquier condición de paz. Se acordó [6] que votaran ellos mismos y eligieran a diez para dirigirse a Roma al senado, y no se les exigió en prenda más garantía que el juramento de que regresarían. Con ellos [7] fue enviado Cartalón, noble cartaginés, para exponer las condiciones en el caso de que se diera la opción a favor de la paz. Cuando ya habían salido del campamento, uno de [8] ellos, cuyo carácter nada tenía de romano, como si se hubiera olvidado de algo retornó al campamento para cumplir el juramento de volver, y antes del anochecer alcanzó a sus compañeros. Cuando llegó a Roma la noticia de la llegada [9] de éstos se envió un lictor al encuentro de Cartalón para comunicarle formalmente en nombre del dictador que antes de la noche saliera del territorio romano.

A los delegados de los prisioneros, el dictador les dio [59] audiencia en el senado; su portavoz dijo: «Marco Junio, y vosotros, padres conscriptos, ninguno de nosotros ignora que jamás para ciudad alguna fueron los prisioneros más despreciables que para la nuestra; pero, o nuestro propio [2] interés nos hace más parciales de lo debido, o nunca cayeron en poder del enemigo otros que merecieran vuestra atención[3] tanto como nosotros. En efecto, no entregamos por miedo las armas en el frente de batalla, sino que después de prolongar el combate casi hasta la noche, manteniéndonos en pie sobre montones de cadáveres, nos retiramos al [4] campamento; durante lo que quedaba de día y durante la noche siguiente, aun estando agotados por el esfuerzo y [5] las heridas, defendimos la empalizada; al día siguiente, como el ejército vencedor nos tenía rodeados y se nos cortó el acceso al agua y ya no había ninguna posibilidad de salir abriéndose paso por entre las cerradas filas enemigas y nos pareció que no era ningún crimen que sobreviviese algún soldado romano a la batalla de Cannas después de haber muerto cincuenta mil hombres de nuestro ejército, [6] entonces, finalmente, pactamos el precio del rescate que nos permitiría marchar y entregamos al enemigo unas armas [7] que ya no podían servirnos de ninguna ayuda. Sabíamos que también nuestros antepasados habían pagado en oro su rescate de los galos²⁰⁹, y que nuestros padres, tan duros ellos para las condiciones de paz, habían enviado embajadores a Tarento, sin embargo, para rescatar a los [8] prisioneros. Pues bien, tanto en el Alia contra los galos como en Heraclea contra Pirro, las dos batallas fueron vergonzosas no tanto por la derrota como por la huida aterrorizada. Montones de cadáveres de romanos cubren los campos de Cannas y sólo sobrevivimos a la batalla aquellos que el enemigo no degolló porque se le acabaron el [9] hierro y las fuerzas. Hay también entre nosotros algunos que ni siquiera

estuvieron en el campo de batalla, sino que habían quedado de retén en el campamento y, al entregarlo [10] se éste, pasaron a poder del enemigo. No siento resquemor, de verdad, por la suerte o la situación de ningún conciudadano o camarada, ni quisiera ensalzarme a costa de rebajar a otros; pero que tampoco se pongan por encima de nosotros en mérito —a no ser que se trate de un premio a la ligereza de pies en la carrera — los que huyeron del frente de batalla, desarmados la mayor parte, y no pararon hasta que estuvieron en Venusia o Canusio, ni alardeen de defender ellos la república mejor que nosotros. Pero echad mano de ellos, soldados buenos y valientes, [11] y también de nosotros, a quienes hará aún más prontos en el servicio a la patria el haber sido rescatados, con un gesto favorable por vuestra parte, y devueltos a la patria.

Estáis movilizando a gentes de toda edad y condición; [12] me dicen que están siendo armados ocho mil esclavos. No es inferior nuestro número, ni puede suponer un precio más alto rescatarnos a nosotros que comprarlos a ellos, y si establezco un parangón entre ellos y nosotros haré una afrenta al nombre de romanos. Hay además una consideración [13] que debe ser tenida en cuenta, en mi opinión, padres conscriptos, en una decisión semejante, en caso de que queráis mostraros duros —cosa que haríais sin nosotros merecerlo en absoluto—, y es la clase de enemigo al que nos vais a entregar. ¿A un Pirro, tal vez, que trató [14] como huéspedes a los prisioneros? ¿O a un bárbaro, y cartaginés encima, en el que es difícil decidir si predomina la codicia o la crueldad? Si vierais las cadenas, la sordidez, [15] la desfiguración de vuestros compatriotas, con toda seguridad os impresionaría su aspecto tanto como si vierais, por otra parte, a vuestras legiones caídas en las llanuras de Cannas. Podéis ver la angustia y las lágrimas de nuestros [16] parientes, de pie en el vestíbulo de la curia, esperando vuestra respuesta. Si ellos están tan en vilo, tan preocupados por nosotros y por los que no están aquí, ¿cuál os parece que será el estado de ánimo de aquellos cuya vida y libertad [17] están en juego? Y, válgame Hércules, aunque el propio Aníbal, en contra de su manera de ser, quiera mostrarse benigno con nosotros, creemos que de nada nos sirve la vida si os parecemos indignos de que nos rescatéis. [18] En otra ocasión regresaron a Roma los prisioneros que Pirro dejó marchar sin rescate; pero regresaron en compañía de los embajadores, lo más escogido de la ciudadanía, enviados para rescatarlos. ¿Voy a retornar yo a mi patria siendo un ciudadano al que no se ha valorado en trescientos denarios? Cada uno piensa a su manera, padres conscriptos. [19] Yo sé que mi vida y mi persona están en grave peligro; pero me preocupa más el riesgo que corre nuestro buen nombre, el marchar condenados y rechazados por vosotros, pues nadie va a creer que os echó para atrás el precio del rescate».

[60] Cuando éste terminó, de la multitud que estaba en el comicio se alzó al instante un clamor lastimero; extendían las manos hacia la curia suplicando que les devolvieran a sus hijos, hermanos y parientes. [2] El miedo y la necesidad había empujado también a las mujeres a mezclarse en el foro con la masa masculina. Retirados los no senadores, comenzó el senado la deliberación. [3] Había disparidad de pareceres, y unos proponían rescatarlos con dinero público, y otros opinaban que no se debía hacer ningún gasto público, pero tampoco impedir [4] que se efectuase el rescate por los particulares; si alguien en esos momentos andaba falto de dinero, que se le diera un préstamo del erario quedando como garantía pública [5] fiadores y fincas. Entonces Tito Manlio Torcuato, hombre de una rigidez a la antigua y en opinión de muchos demasiado rigurosa, invitado a exponer su parecer dicen que se pronunció en estos términos:

«Si los comisionados se hubiesen limitado a pedir, en [6] nombre de los que se encuentran en poder del enemigo, que se efectuase el rescate, yo habría expuesto de forma sucinta mi parecer sin acusaciones para ninguno de ellos, pues ¿qué otra cosa cabría aconsejaros sino que os atuvierais [7] a la costumbre legada por nuestros mayores, sentando un precedente imprescindible para la disciplina militar? Ahora bien, como casi han alardeado de haberse entregado al enemigo, y les ha parecido justo ponerse por encima no ya de los que fueron hechos prisioneros por el enemigo en el campo de batalla, sino incluso de los que llegaron a Venusia y Canusio y del propio cónsul Gayo Terencio, no voy a consentir, padres conscriptos, que vosotros desconozcáis nada de lo que allí ocurrió. Y ojalá esto que [8] voy a exponer ante vosotros lo pudiera exponer en Canusio ante el propio ejército, testigo inmejorable de la cobardía y el valor de cada cual, o al menos estuviera aquí aunque fuera sólo Publio Sempronio, que de haberlo seguido éstos como guía, hoy estarían como soldados en el campamento romano y no como prisioneros en poder del enemigo. Pero cuando los enemigos estaban agotados de pelear [9] y además eufóricos por la victoria, y ellos habían regresado al campamento en su mayoría, teniendo una noche por delante para hacer una salida, pudiendo siete mil hombres armados abrirse paso incluso a través de unas líneas enemigas compactas, ni intentaron hacerlo por propia iniciativa ni quisieron seguir a otro. Durante casi toda la noche, Publio [10] Sempronio Tuditano les aconsejó, los exhortó incesantemente a que, mientras había pocos enemigos en torno al campamento, mientras reinaba el silencio y el descanso, mientras la noche podía encubrir su propósito, siguieran sus pasos: los conduciría y podrían llegar antes del amanecer [11] cer a lugar seguro, a ciudades aliadas.

En tiempo de nuestros abuelos²¹⁰, Publio Decio²¹¹ tribuno militar, en el Samnio, y cuando nosotros éramos jóvenes²¹², en la guerra púnica anterior, Calpurnio Flamma dijo a trescientos voluntarios cuando los llevaba a tomar un montículo situado en campo enemigo²¹³: «Muramos, soldados, y con nuestra muerte liberemos del cerco a nuestras legiones, que [12] están copadas»; si de la misma forma Publio Sempronio hubiera pronunciado estas palabras, no os habría considerado romanos, ni hombres siquiera, si no hubiese surgido nadie para acompañarlo en un heroísmo semejante. [13] Os muestra un camino que conduce a la salvación tanto como a la gloria; os lleva de vuelta a la patria, al lado [14] de padres, esposas e hijos. Para salvaros, os falta coraje; ¿qué habríais hecho si hubiese sido preciso morir por la patria? Cincuenta mil compatriotas y aliados, muertos aquel mismo día, yacen en torno a vosotros. Si tantos ejemplos de valor no os impresionan, nada os impresionará jamás; si una matanza semejante no os hizo despreciar la vida, ninguna lo hará.

[15] Mientras tenéis la libertad y todos los derechos, echad de menos la patria; eso sí, echadla de menos mientras existe una patria, mientras sois sus ciudadanos. Tarde la echáis de menos ahora, cuando habéis perdido vuestros derechos civiles y os habéis convertido en esclavos de los cartagineses. [16] ¿Pensáis recuperar con dinero la posición que perdisteis por cobardía y maldad? A Publio Sempronio, compatriota vuestro, no lo escuchasteis cuando os mandaba empuñar las armas y seguirle; a Aníbal sí lo escuchasteis poco después, cuando os mandó rendir el campamento y entregar las armas. Y eso que ¿por qué acusar [17] de cobardía a esos hombres, cuando puedo acusarlos de un delito? En efecto, no sólo se negaron a seguir a quien les aconsejaba bien, sino que intentaron incluso ponerse delante y retenerlo; menos mal que los hombres más aguerridos desenvainaron la espada y apartaron a los débiles. Publio Sempronio, digo, tuvo que abrirse paso por entre las filas de sus compatriotas antes que por las de los enemigos. ¿Va a echar de menos la patria a unos ciudadanos [18] como éstos? Si los demás hubieran sido como ellos, hoy no contaría con ninguno de los ciudadanos que combatieron en Cannas. De un total de siete mil hombres armados, [19] surgieron seiscientos capaces de atreverse a salir abriéndose paso, a retornar a su patria libres y con sus armas, y a estos seiscientos no se les resistieron los enemigos: ¿qué [20] seguridad no habría tenido, a vuestro parecer, una columna de casi dos legiones en marcha? Hoy tendríais en Canusio veinte mil hombres armados, valientes y leales, padres conscriptos. Pero ahora, ¿cómo pueden éstos ser ciudadanos buenos y leales, pues valientes ni siquiera ellos lo dirían? A no ser que alguien pueda pensar que ayudaron [21] a los que hacían la salida quienes intentaron ponerse delante para que no salieran, o que no

envidian la incolumidad ni la gloria de los otros, ganada a base de valor, sabiendo que su miedo y su cobardía son la causa de su ignominiosa esclavitud. Prefirieron esperar, escondidos en [22] las tiendas, a que llegaran a un mismo tiempo el amanecer y el enemigo, cuando había ocasión de salir en el silencio de la noche.

Pero si para salir del campamento les faltó coraje, sí lo tuvieron para defender valientemente el campamento; [23] durante varios días con sus noches, bloqueados, defendieron la empalizada con sus armas, y se defendieron a sí mismos con la empalizada; al fin, después de intentarlo y soportarlo todo, como no tenían lo imprescindible para vivir y, agotadas por el hambre las fuerzas, ya no podían sostener las armas, los vencieron las necesidades vitales más [24] que las armas. A la salida del sol los enemigos se acercaron a la empalizada; antes de pasar una hora, sin haber probado suerte en absoluto en un combate, se entregaron [25] y entregaron sus armas. Ahí tenéis la acción armada desarrollada por éstos a lo largo de los dos días. Cuando lo que había que hacer era mantenerse firmes en el campo de batalla y pelear, huyeron al campamento; cuando había que pelear delante de la empalizada, entregaron el campamento, tan inútiles en el mismo como en el campo de batalla. [26] ¿Y a vosotros os voy a rescatar? Cuando procede salir del campamento, andáis con dudas y os quedáis; cuando es necesario quedarse y defender con las armas el campamento, entregáis al enemigo campamento y armas, y os [27] entregáis vosotros mismos. A mi entender, padres conscriptos, no hay más razones para rescatar a éstos que para entregarle a Aníbal a los que salieron del campamento abriéndose paso por entre los enemigos y se reintegraron a su patria a fuerza de heroísmo».

El senado vota en contra del rescate Pueblos que se pasan a Aníbal

[61] Cuando Manlio terminó de hablar, aunque la mayoría de los senadores también tenían relaciones de parentesco con los prisioneros, aparte de la tradición de la ciudad, que ya desde muy antiguo no tenía la menor consideración con los prisioneros, hizo también su efecto en aquellos hombres la suma de dinero, porque no querían ni que se agotara el [2] erario, cuando ya se había gastado una suma considerable en comprar y armar a los esclavos, ni enriquecer a Aníbal, especialmente necesitado de dinero, según se comentaba. Cuando se dio la triste noticia de que no se rescataba a [3] los prisioneros y al antiguo dolor vino a sumarse este otro de la pérdida de tantos ciudadanos, con grandes lamentos y quejas se acompañó a los emisarios hasta la puerta de la ciudad. Uno de ellos se fue para su casa interpretando [4] que con su ambiguo regreso al campamento se había desligado del juramento. Cuando se descubrió esto y se dio cuenta de ello al

senado, por unanimidad se acordó que fuese detenido y devuelto a Aníbal con una escolta oficial.

Hay también otra versión, con relación a los prisioneros, [5] según la cual primero vinieron diez, y como el senado no tenía claro si dejarles entrar en la ciudad o no, se les admitió con la condición de no darles audiencia en el senado; después, como se demoraban más de lo que todos [6] esperaban, vinieron también otros tres comisionados, Lucio Escribonio, Gayo Calpurnio y Lucio Manlio; entonces, [7] por fin, un tribuno de la plebe pariente de Escribonio presentó una moción sobre el rescate de los prisioneros, y el senado se pronunció en contra del mismo, y los tres delegados nuevos regresaron al lado de Aníbal y los diez anteriores se quedaron, porque al haber vuelto junto a Aníbal [8] desde el camino con la disculpa de verificar los nombres de los prisioneros se consideraban desligados del juramento. Hubo en el senado un debate muy tenso sobre su entrega, y perdieron por escaso margen de votos los partidarios de entregarlos. Pero durante el mandato de los censores [9] siguientes se vieron abrumados hasta tal extremo de notas infamantes, que algunos de ellos se suicidaron de inmediato, y los demás se automarginaron no sólo del foro [10] sino casi de la luz pública para el resto de su vida. Es mayor la sorpresa que producen unas discrepancias tan profundas entre los historiadores que la posibilidad de discernir qué hay de verdad en ellos.

Por otra parte, hay un hecho significativo de cuánto superó aquel desastre a los anteriores, y es que la lealtad de los aliados, que se había mantenido firme hasta aquella fecha, comenzó entonces a flaquear, y la única razón fue sin duda que habían perdido la confianza en el imperio. [11] Se pasaron, pues, a los cartagineses los pueblos siguientes: atelanos, calatinos, hirpinos, parte de los ápuulos, samnitas [12] —excepto los pentros—, brucios en su totalidad, lucanos, y además de éstos, los uzentinos²¹⁴ y casi todos los griegos de la costa, los tarentinos, metapontinos, crotonienses [13] y locros²¹⁵, y todos los galos cisalpinos. Y, sin embargo, estos desastres y defecciones de los aliados no indujeron a los romanos a hacer en ningún momento mención de paz, ni antes de la llegada del cónsul a Roma ni después que éste regresó y reavivó el recuerdo de la derrota [14] sufrida; precisamente en esas circunstancias tuvo la población tal grandeza de espíritu que, cuando el cónsul regresaba después de tamaño desastre, del que él era el principal responsable, una gran afluencia de todos los estamentos sociales salió a recibirle y además se le dieron las gracias [15] por no haber perdido las esperanzas en la república; si él hubiera sido un general de los cartagineses, no se le habría ahorrado ningún suplicio.

- 122 Del año 217.
- 123 Cf. nota 119.
- 124 Albano.
- 125 Famoso manantial de aguas termales que quedaba cerca de la ciudad de Cere, como atestigua ESTRABÓN (V 3, 320).
- 126 Estaban en las proximidades del templo de Marte, dios al que estaban consagrados los lobos.
- 127 La diosa de los libertos: en su templo de Tarracina recibían la libertad los esclavos.
- 128 Esta población de Etruria (hoy Arezzo), situada en el valle alto del Arno, había pertenecido a la confederación etrusca y era aliada de Roma desde comienzos del siglo III.
- 129 Fiésole.
- 130 Del año 223. Cf. nota 119.
- 131 Militares: sobre todo la victoria sobre los ínsubres. Civiles: entre otros, el Circo Flaminio y la Vía Flaminia.
- 132 Mantenemos el texto *petens*.
- 133 Cf. V 46, 7.
- 134 Había pertenecido a la confederación etrusca de las doce ciudades (cf. V 33, 9 y n.). Tenía una posición estratégica privilegiada.
- 135 Seguimos el texto *Trasumennus subit* de la ed. Rom., 1469.
- 136 Peregrino. El pretor urbano era Marco Emilio Regilo.
- 137 Descontando los dictadores nombrados sólo *comitiorum hab. causa*, el último había sido Aulo Atilio Colatino, el año 249.
- 138 Verrucoso, y a partir de esta dictadura, Cunctátor.
- 139 Colonia latina desde el 240, fue uno de los puntos fortificados de la Vía Flaminia. Hoy Spoleto. Polibio no menciona este ataque.
- 140 Ocupado por ciudadanos romanos.
- 141 Dentro del territorio piceno, a continuación del *ager publicus* por el sur.
- 142 Situada al este del territorio de Pretucia. Colonia romana fundada el 290.
- 143 La primera, *comitiorum hab. causa*, el 221.
- 144 Advocación derivada del monte Érice, de Sicilia, donde tenía un santuario desde el que pasó a Roma.
- 145 En latín *atro die*. Era *dies ater* el siguiente a las Calendas, Nonas o Idus.
- 146 La primavera votiva se cumplió el año 195. Cf. XXIII 44, 1.
- 147 Según el texto *uiatorem misit* de la ed. Rom. de 1469.
- 148 Porque el dictador era superior en rango.
- 149 Cosa era una colonia latina situada en la costa de Etruria, cerca de la Vía Aurelia, fundada en 273. Donde la moderna Ansedonia. Su puerto se llamaba también puerto de Hércules.
- 150 Era la población más meridional del Samnio, limitada por la Campania al Oeste, Lucania al Sur, Apulia al Este y los caudinos al Norte. Aquilonia y Compsa eran dos de sus ciudades más importantes. Sometidos por Roma cuando las guerras samnitas, se fundó en su territorio la colonia de Benevento en 268 a. C.
- 151 Situada cerca de la confluencia de los ríos Calor y Volturno, por la Vía Latina.
- 152 Casino (San Germano) estaba en la Vía Latina y era punto de arranque de otra carretera que llevaba al

Samnio.

¹⁵³ Aguas termales de las cercanías de Sinuesa, al pie del Másico (que la caballería cartaginesa tuvo que cruzar). Sinuesa era colonia romana desde 296.

¹⁵⁴ De Aníbal, se entiende.

¹⁵⁵ La cordillera del Másico separa el Lacio de la Campania, al norte del Volturno, con dos cimas principales: el llamado monte Másico y monte de la Brecciola, más al Norte, y otra hacia el Sur, la Mondragone.

¹⁵⁶ Seguimos la conjetura de Gronovius, *quieuerant*.

¹⁵⁷ En rigor debería decir «nuestros mayores», pues se había fundado la colonia en 296 (cf. X 21, 8), hacía ochenta años.

¹⁵⁸ Cf. V 48, 3.

¹⁵⁹ Uno de los montes de la Campania entre Cales y Cayacia. Algunos lo han identificado con el Pioppitella, pero no es seguro.

¹⁶⁰ De Formias (moderna Formia), población del Lacio situada en la costa del Tirreno junto a la Vía Apia. Recibió la ciudadanía *sine suffragio* en 338 y la ciudadanía plena en 188.

¹⁶¹ En Literno se fundó una colonia romana en 197. Descubiertas ruinas a orillas de Lago di Patria sobre las que escribió A. MAIURI, *Passegiare Campane*, Florencia, 1957, págs. 89 ss.

¹⁶² *Indomitos*, denominación que da Varrón a los toros de tres a cuatro años.

¹⁶³ Cuatro mil, según POLIBIO (III 92, 11).

¹⁶⁴ Población sabina situada a la derecha del Biferno.

¹⁶⁵ Se retoma la narración interrumpida en XXI 61, 11.

¹⁶⁶ Sólo se conoce esta mención de Livio sobre esta población, que estaría en la costa al sur de Cartagena. La historicidad de estas operaciones es objeto de un rechazo general.

¹⁶⁷ *Ebusus* (Ibiza), la mayor de las islas Pitiusas, colonizada por los cartagineses, no pasaría a poder romano hasta el 121 a. C.

¹⁶⁸ En Sierra Morena. Tomó su nombre de la población de *Cástulo* (Linares).

¹⁶⁹ Los ilerjavones ocupaban la zona costera mediterránea desde el bajo Ebro hasta los confines de Valencia.

¹⁷⁰ No hay otras referencias de esta población. Entre *Ilerda* y *Tarraco*.

¹⁷¹ Polibio denomina así al conjunto de pueblos del noroeste y centro de la Península, entre el Ebro y el Júcar, donde a los originarios iberos se habían superpuesto los invasores celtas.

¹⁷² Seguimos la conjetura de Weissenborn.

¹⁷³ Mantenemos *superbos*.

¹⁷⁴ Seguimos la interpretación de Weissenborn.

¹⁷⁵ Vuelve la narración a 11, 7.

¹⁷⁶ Las dos islas pertenecen al área de las pequeñas Sirtes.

¹⁷⁷ En VIII 26, 6, se hace referencia al tratado con los napolitanos. Entre las obligaciones de éstos no estaba la aportación de fuerzas no navales.

¹⁷⁸ Traicionó a los suyos, los ilirios, colaborando con los romanos. Pero en 219 se rebeló contra éstos, fue vencido por Paulo Emilio y se refugió en la corte de Filipo V.

¹⁷⁹ El que se había comprometido a pagar, desde 228, la reina Teuta, siendo Pinnes menor de edad.

¹⁸⁰ El construido en la vertiente norte del Capitolio, distinto del templo de la Concordia referido en IX 46,

6, y del más famoso erigido por Camilo.

181 El nombramiento de un interrey suponía la muerte de ambos cónsules, que no es el caso.

182 Un plebeyo cuya familia no hubiera desempeñado el cargo de cónsul.

183 Los de Gayo Terencio.

184 En 219.

185 Es la cifra que dan Polibio y Apiano.

186 Cf. XXI 40, 7.

187 Varrón.

188 Rehusando la comida. Cf. X 40, 4.

189 La que sufrió el cónsul Publio Claudio Pulcro en 249 en el puerto de Drépano por no haber tenido en cuenta los auspicios, según la *Per.* 19.

190 Esta localidad de Apulia (Monte di Canne), situada en la margen derecha del Ofanto, pasó a la historia únicamente por la batalla de su nombre.

191 El siroco, procedente del sur-este.

192 Discurre por el Samnio y Apulia, pasa junto a Canusio, desemboca en el Adriático.

193 Esta última frase no encaja con la descripción de la disposición de tropas y mandos. Por eso unos críticos sustituyen Asdrúbal por Maharbal, otros introducen una frase partiendo del texto de Polibio, y otros proponen explicaciones diversas.

194 Como si dijera: «me ahorra el trabajo de tener que atarlos, porque, sin caballo, no va a poder escapar ninguno».

195 Venusia (Vénosa), población de Apulia próxima al Samnio y a Lucania, fue colonia latina fundada en 291.

196 Polibio da la cifra de setenta mil; Quintiliano, de sesenta mil; Apiano, de cincuenta mil.

197 La derrota frente a los galos descrita en V 37-38.

198 *Nummis quadrigatis*, dice el texto. Llevaban la efigie de Júpiter montado en una cuádriga, y su valor era de setenta libras. Fue moneda de uso entre los confederados con Roma.

199 Según Polibio, en el bando cartaginés cayeron cuatro mil galos, mil quinientos entre hispanos y africanos, y doscientos jinetes.

200 Posiblemente, 19 años.

201 Mantenemos *Scipio*.

202 Seguimos la conjetura *ducibus exercitum*.

203 La más solemne, llamada Cerealia, se celebraba el 19 de abril. No puede tratarse aquí de esta fiesta, pues la derrota de Cannas ocurrió el 2 de agosto según el calendario oficial, sino de otra que se celebraría en agosto.

204 Para proceder al nombramiento de un dictador.

205 Que era Lucio Cornelio Léntulo Caudino.

206 Presentará su informe en XXIII 11, 1.

207 Sidicino, para distinguirlo del Teano de Apulia (cf. IX 20, 4). Éste estaba en Campania, en los confines del Lacio y del Samnio, en el paso de la Vía Latina.

208 Que no habían cumplido aún los 17 años.

209 Cf. V 48, 8.

²¹⁰ En el año 343 a. C.

²¹¹ Cf. VII 34, 3.

²¹² En 258 a. C.

²¹³ En Sicilia, cerca de Camarina.

²¹⁴ De *Uzentum* (Ugento), en las costas de Calabria cerca del golfo de Tarento.

²¹⁵ De Locrios, población del Brucio situada en la costa este al sur de Italia a unos tres Kms. de la moderna Locri.

LIBRO XXIII

SINOPSIS

Caps. 1-11, 6: CAPUA.

Aníbal en marcha hacia Capua, donde Pacuvio Calavio controla el poder (1-4).

Capua envía una embajada al cónsul y otra a Aníbal, con el que pacta (5-7).

Incidente del hijo de Pacuvio Calavio. Deportación de Decio Magio (8-11, 6).

Caps. 11, 6-20: CARTAGO. NOLA. ACERRA Y CASILINO.

En Cartago, el senado debate el envío de ayuda a Aníbal (11, 6-13).

La acción bélica en Nola, donde Marcelo acaba venciendo a Aníbal (14-16).

Aníbal toma Acerra, no consigue tomar Casilino y se dirige a Capua (17-18).

Casilino, asediada por Aníbal, se rinde. Embajada de los petelinos a Roma (19-20).

Caps. 21-25: ROMA.

Roma: cartas de Sicilia y Cerdeña. Problemas para cubrir las vacantes del senado (21-24, 5).

Desastre militar en la Galia; pero Roma decide dar prioridad a la guerra con Aníbal (24, 6 - 25).

Caps. 26-29: HISPANIA.

La guerra en Hispania. Asdrúbal contra los tartesios (26-27).

Asdrúbal prepara la marcha a Italia y sufre una derrota cerca del Ebro (28-29).

Caps. 30-39: ITALIA. EMBAJADA DE ANÍBAL A FILIPO.

Movimientos de tropas (30-32).

Pasos para un pacto entre Aníbal y Filippo de Macedonia (33-34).

Fracasan los intentos de tomar Cumas, defendida por Graco (35-37).

Roma toma medidas a la vista de la embajada de Aníbal a Filippo (38-39).

Caps. 40-49: CERDEÑA. NOLA. HISPANIA.

La guerra en Cerdeña: victoria romana. Embajada de los hirpinos y samnitas a Aníbal (40-42).

Nola, campo de operaciones bélicas. Arengas de Marcelo y Aníbal (43-45).

Derrota de Aníbal. Combate singular a caballo (46-47).

La acción bélica en Hispania. Doble victoria romana (48-49).

Aníbal en marcha hacia Capua, donde Pacuvio Calavio controla el poder

Aníbal, después de la batalla de Cannas [1] y la toma y saqueo de los campamentos, marchó rápidamente de Apulia al Samnio, llamado al país de los hirpinos por Estacio Trebio con la promesa de que entregaría Compsa²¹⁶. Trebio era un compsano [2] distinguido entre los suyos, pero estaba dominado por la facción de los Mopsios, familia poderosa gracias al favor de los romanos. Difundida la noticia de la batalla de [3] Cannas y divulgado por Trebio en sus conversaciones el rumor de la llegada de Aníbal, los Mopsios habían abandonado la ciudad, y ésta se entregó al cartaginés sin resistencia, y recibió una guarnición. Dejando allí la totalidad [4] del botín y la impedimenta, divide en dos el ejército y manda a Magón que reciba a las ciudades de aquella zona que abandonen la causa de los romanos o las obligue a abandonarla si se muestran remisas. Él, atravesando el [5] territorio de la Campania, se dirige al mar Tirreno con la idea de atacar Nápoles, para tener una ciudad de la costa. Nada más adentrarse en territorio napolitano emboscó [6] a parte de los númidas en todos aquellos puntos en que podía hacerlo convenientemente —y la mayor parte de los caminos tienen hondonadas y pliegues ocultos—; a los demás les ordenó cabalgar ante las puertas llevando por delante de forma ostensible el botín sacado de los campos. [7] Como parecían pocos y desordenados, salió contra ellos bruscamente un escuadrón de jinetes, y retrocediendo adrede [8] lo atrajeron a la emboscada y lo envolvieron; y no habría escapado ni uno solo de no ser porque estaba el mar cerca y les sirvieron de refugio a los que sabían nadar unas embarcaciones, de pesca en su mayor parte, que avistaron [9] cerca de la orilla. Con todo, fueron capturados o muertos en aquel combate algunos jóvenes de la nobleza, entre los cuales cayó también Hegeas, prefecto de la caballería, que persiguió de forma demasiado fogosa a los que retrocedían. [10] La vista de las murallas, nada propicias para un asalto, hizo desistir al cartaginés de la idea de atacar la ciudad.

[2] Desde allí dirige su marcha hacia Capua, ciudad que, debido a un largo período de prosperidad y de tener la fortuna de su parte, se había entregado al vicio, pero debido sobre todo al desenfreno de la plebe, que gozaba de una libertad sin cortapisas, aunque la corrupción era general.[2] Pacuvio Calavio, hombre de la nobleza a la vez que popular, pero que había conseguido influencia a base de malas artes, había sometido al senado a su control y al [3] de la plebe. Coincidió que ocupaba él la más alta magistratura²¹⁷ el año del revés del Trasimeno²¹⁸, y, convencido de que la plebe, malquista con el senado desde hacía ya largo tiempo, si se presentaba la oportunidad de un vuelco en la situación

se iba a atrever a una acción de envergadura, como era entregarles Capua a los cartagineses después de matar al senado, en caso de que Aníbal se presentase [4] por aquellos contornos con su ejército victorioso, él, que era una persona mala, pero no corrompida por completo, puesto que prefería tener el poder absoluto estando la república a salvo en vez de destruida y creía firmemente que ninguna república carente de consejo público está a salvo, ideó un sistema para conservar al senado y al mismo tiempo someterlo a su voluntad y a la de la plebe. Convocado [5] el senado, comenzó declarando que el proyecto de separarse de los romanos no iba a contar en modo alguno con su aprobación a no ser que fuese absolutamente necesario, y es que tenía hijos de una hija de Apio Claudio²¹⁹, y [6] había casado en Roma a su hija con Marco Livio²²⁰, pero que se cernía sobre ellos una amenaza de mucho mayor trascendencia y más de temer; en efecto, las miras de la [7] plebe no estaban puestas en expulsar de la ciudad, rebelándose, al senado, sino que pretendía entregarles a Aníbal y a los cartagineses una república vacía de poder por la muerte de los senadores; que él podía librarlos de aquel [8] peligro si dejaban la cosa en sus manos y confiaban en él olvidándose de todo enfrentamiento político. Dominados por el miedo, todos estuvieron de acuerdo, y dijo: «Os [9] encerraré en la curia y, como si yo también tomara parte en la conspiración planeada dando mi aprobación a unos planes a los que sería inútil oponerme, encontraré un medio de salvaros. Sobre este punto recibiréis las garantías [10] que queráis». Empeñada su palabra, sale, ordena que se cierre la curia y deja una guardia en el vestíbulo para que nadie pueda entrar ni salir sin orden suya.

Reunido a continuación el pueblo en asamblea, dice: [3] «Campanos, lo que tantas veces deseasteis, la oportunidad de castigar a un senado corrompido y odioso, ahí la tenéis [2] sin necesidad de amotinaros ni de asaltar las casas de cada uno de ellos corriendo graves riesgos por estar defendidas con guardias de clientes y esclavos, sino segura y sin obstáculos.[3] Podéis cogerlos a todos solos y desarmados, encerrados en la curia. Y no hagáis nada de forma precipitada, al azar o irreflexivamente: os daré el derecho a juzgar sobre la vida de cada uno de ellos, para que cada uno [4] pague el castigo que se merece. Pero sobre todo debéis controlar vuestra cólera, de forma que la pospongáis a vuestra salvación y a vuestro interés. Según tengo entendido, odiáis, en efecto, a estos senadores, pero no pretenderéis [5] quedaros sin senado definitivamente, porque es preciso que haya o un rey, lo cual es abominable por completo, o un senado, único consejo digno de una ciudad libre. Tenéis que hacer, por tanto, dos cosas al mismo tiempo: eliminar [6] al antiguo senado y además elegir uno nuevo. Haré que comparezcan los senadores uno a uno y os preguntaré acerca de su vida; lo que decidáis sobre cada

uno de ellos, se hará. Pero antes de aplicar el castigo a un culpable elegiréis para ocupar su puesto como nuevo senador a un hombre [7] valeroso y esforzado». A continuación tomó asiento y, después de meter los nombres en una urna, mandó leer en voz alta el primer nombre que salió al azar y sacar [8] de la curia al interesado. Nada más oír el nombre, todos de forma espontánea gritaban que era un malvado, un miserable [9] merecedor de castigo. Pacuvio entonces dijo: «Ya veo cuál es vuestra decisión con respecto a éste; proponed, pues, un senador bueno y justo en lugar de ese malvado [10] y miserable». Al principio, a falta de otro mejor que proponer, se produjo el silencio; después, cuando alguien [11] vencía el respeto humano y daba algún nombre, se alzaba al instante un griterío mucho más fuerte, diciendo unos que no lo conocían y objetando otras acciones vergonzosas, o baja extracción social, o pobreza vergonzante, o profesión humillante, o el origen de sus rentas. Esto mismo [12] se reprodujo en mucho mayor medida con los senadores citados en segundo y en tercer lugar, de forma que quedaba patente que la gente estaba descontenta de cada uno de ellos, pero no había quien los sustituyera, porque no [13] tenía sentido seguir dando los mismos nombres, pues nombrarlos sólo servía para que se escucharan injurias, y los siguientes eran de mucho más baja condición y más oscuros que los primeros que se les habían ocurrido. La gente [14] se iba así dispersando, diciendo que cuanto más conocido más soportable es lo malo y pidiendo que se dejase en libertad al senado.

De esta manera consiguió Pacuvio que el senado, al [4] deberle la vida, quedara obligado a él mucho más que a la plebe, y ejercía un dominio absoluto sin armas, con el consentimiento de todos. A partir de entonces los senadores, [2] dejando a un lado el recuerdo de la dignidad y la independencia, adulaban a la plebe, la saludaban, la invitaban amablemente, le ofrecían banquetes espléndidamente preparados. La causa de la que se encargaban, la parte a la [3] que siempre defendían, la parte litigante en cuyo favor dictaban sentencia como jueces, era la más popular, la más a propósito para granjearse el favor de la masa; en realidad, [4] en el senado todo recibía ya el mismo tratamiento que si allí se celebrara una asamblea de la plebe. La ciudad era proclive, de siempre, al desenfreno, no ya por una perversión de la naturaleza sino por la copiosa afluencia de placeres y el atractivo de toda clase de distracciones de mar y tierra, pero entonces, por la condescendencia de los [5] notables y la licencia de la plebe, era tal el grado de permisividad, que no se ponía límite al desenfreno ni al despilfarro. Al desprecio de las leyes, magistraturas y senado, vino [6] a sumarse entonces, a raíz de la derrota de Cannas, el desprecio también de la supremacía de Roma, la única cosa [7] por la que sentían algún respeto. Sólo los retenía de romper la alianza con Roma de forma

inmediata la circunstancia de que el derecho de matrimonio, que databa de muy antiguo, había generado uniones de familias ilustres [8] y poderosas con romanos, y por otra parte, lo que constituía la mayor traba era que trescientos jinetes, lo más notable de la Campania, en una ocasión en que estaban sirviendo a las armas con los romanos, habían sido escogidos para formar parte de las guarniciones de las ciudades sicilianas y enviados allí por los romanos²²¹.

Capua envía una embajada al cónsul y otra a Aníbal, con el que pacta

[5] Sus padres y parientes, aunque a duras penas, consiguieron que se enviasen embajadores al cónsul romano.

Lo encontraron éstos antes de que saliera para Canusio, en Venusia, con pocos hombres y medio desarmados, digno de la mayor lástima que podían sentir unos buenos aliados, [2] pero digno del mayor de los desprecios para unos aliados soberbios y desleales como eran los campanos. Además, el propio cónsul hizo más profundo el desprecio hacia él y su situación poniendo en evidencia y demasiado al desnudo [3] la derrota. En efecto, cuando los embajadores le manifestaron que el senado y el pueblo campano sentían pesar por cualquier contratiempo que les hubiera ocurrido a los romanos y le ofrecieron todo lo que necesitase para la guerra, [4] dijo: «Al invitarnos, campanos, a pedir lo necesario para la guerra, habéis empleado los términos con que uno se dirige a unos aliados, más que hablar en consonancia [5] con las circunstancias de nuestra actual situación. ¿Qué se nos ha dejado en Cannas, en efecto, para que pretendamos que los aliados completen aquello que nos falta, como si tuviéramos algo? ¿Os pediremos infantería, como si tuviéramos caballería? ¿Diremos que nos falta dinero, como [6] si eso fuera lo único que nos falta? Nada nos ha dejado la fortuna, ni siquiera algo que pudiéramos completar. Infantería, caballería, armas, enseñas, caballos y hombres, dinero, provisiones, perecieron en el frente de batalla o al día siguiente cuando se perdieron los dos campamentos. Por tanto, campanos, lo que se precisa no es que nos [7] prestéis ayuda en la guerra, sino, casi, que os hagáis cargo de ella en lugar nuestro. Recordad cómo en otro tiempo [8] a vuestros antepasados, rechazados en pleno desconcierto al interior de las murallas, que temblaban de miedo ante sus enemigos los samnitas e incluso los sidícinos, los acogimos bajo nuestra protección y los defendimos en Satícula, y la guerra emprendida por vuestra causa contra los samnitas la mantuvimos casi a lo largo de cien años²²² con resultados diversos a medida que se mudaba la fortuna. Añadid a esto que, cuando os rendisteis, os concedimos [9] una alianza en igualdad, os concedimos que tuvierais vuestras leyes, y por último lo más grande que

había, sin lugar a dudas, antes de la derrota de Cannas, la ciudadanía romana, se la concedimos a buena parte de los vuestros y la compartimos con vosotros. Por ello, campanos, es preciso [10] que consideréis común esta derrota que se ha sufrido, que penséis que hay que defender una patria común. No nos las vemos con los samnitas o los etruscos, de forma [11] que, si el dominio nos fuera quitado a nosotros, quedase sin embargo en Italia: el cartaginés, nuestro enemigo, trae en pos de sí soldados procedentes del último confín de la tierra, del estrecho del Atlántico²²³ y las columnas de Hércules, ni siquiera oriundos de África, que no conocen en absoluto ni el derecho, ni la condición, ni casi el [12] habla humana. A éstos, rudos y salvajes por naturaleza y por costumbres, les dio mayor ferocidad aún su propio jefe haciendo puentes y diques a base de amontonar cadáveres humanos y enseñándoles a alimentarse, siente uno [13] vergüenza hasta de decirlo, con carne humana. ¿A quién, simplemente que haya nacido en Italia, no le resultaría odioso ver y tener de amos a quienes se han alimentado con esos horribles manjares que es un sacrilegio hasta tocarlos, y recabar leyes de Cartago, desde África, y consentir que Italia sea una provincia de los nómadas y los moros? [14] Va a ser hermoso, campanos, que el imperio romano, que se tambalea por el desastre, se mantenga en pie y se recupere gracias a vuestra lealtad y a vuestras fuerzas. [15] Creo que se pueden reclutar en la Campania treinta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería; dinero y trigo tenéis ya suficiente; si tenéis una fidelidad a la altura de vuestra fortuna, ni Aníbal tendrá conciencia de haber vencido ni los romanos de haber sido vencidos».

[6] Después de este discurso del cónsul se despidió a los embajadores y durante el regreso a su patria uno de ellos, Vibio Virrio, dijo que había llegado el momento de que los campanos no sólo recuperasen el territorio que los romanos les habían arrebatado injustamente en otro tiempo²²⁴ sino que incluso se hiciesen con la hegemonía de [2] Italia; que iban a hacer un pacto con Aníbal, en efecto, en las condiciones que quisieran, y no iba a haber inconveniente en que, cuando el propio Aníbal se retirase victorioso a África, una vez acabada la guerra, y se llevase a su ejército, se les dejase a los campanos la hegemonía de Italia. Se muestran todos de acuerdo con estas palabras [3] de Virrio y a su vuelta informan de la embajada en términos tales que a todos les dio la impresión de que había sido borrado el nombre de Roma. Inmediatamente, la [4] plebe y la mayor parte del senado pensaban en cambiar de bando; sin embargo, por consejo de los de mayor [5] edad, se aplazó la cuestión por algunos días. Al fin se impuso el criterio de la mayoría, consistente en enviar a Aníbal como embajadores a los mismos que habían ido a ver al cónsul romano. Encuentro en algunos anales que, antes [6] de que salieran en

esa dirección y de que fuese firme la decisión de pasarse al enemigo, los campanos enviaron a Roma embajadores con la petición de que uno de los cónsules elegidos fuese campano si querían que Roma recibiese ayuda; que hubo un estallido de indignación y se les [7] mandó salir de la curia, y se envió a un lictor a sacarlos de la ciudad y hacer que aquel mismo día abandonaran el territorio romano. Por tratarse de una petición demasiado [8] parecida a la que hicieron en otro tiempo los latinos, y dado que Celio y otros historiadores no lo mencionan, no sin alguna razón, no me decidí a darlo como cierto.

Los embajadores se presentaron ante Aníbal e hicieron [7] la paz con él en las condiciones siguientes: ningún general o magistrado cartaginés tendría derecho alguno sobre un ciudadano campano, ningún ciudadano campano haría el servicio militar en contra de su voluntad ni recaerían obligaciones sobre él; Capua tendría sus propias leyes y [2] magistrados; el cartaginés entregaría trescientos prisioneros romanos a los campanos, los que éstos eligieran, para canjearlos por los jinetes campanos que servían a las armas en Sicilia. Esto fue lo pactado; pero aparte de lo [3] pactado, los campanos cometieron otras fechorías, pues la plebe echó mano de pronto de los prefectos de los aliados y demás ciudadanos romanos, encargados unos de tareas militares y ocupados otros en negocios privados, y con el pretexto de vigilarlos hizo que los encerraran a todos en los baños, donde murieron de forma vergonzosa asfixiados por el vapor sofocante.

[4] Decio Magio, un hombre al que sólo le faltó, para ejercer la más alta autoridad, que sus conciudadanos tuvieran sentido común, se había resistido con todas sus fuerzas a que se llevara a efecto todo esto, y a que se enviara [5] la embajada a Aníbal. Pero cuando se enteró de que Aníbal enviaba una guarnición, recordando los ejemplos del dominio despótico de Pirro y la lastimosa servidumbre de los tarentinos²²⁵, primero se opuso a gritos públicamente [6] a que se admitiese la guarnición; después, una vez admitida, pidió a gritos que fuese expulsada o que, si se quería reparar con una acción valerosa y memorable lo mal que se habían portado abandonando a unos aliados antiquísimos con los que les unían lazos de sangre, se diera muerte a la guarnición cartaginesa y se volviera al lado [7] de los romanos de nuevo. Cuando se informó a Aníbal de todo esto —pues no se hacía a escondidas—, primeramente mandó llamar a Magio a su campamento; después, cuando éste dijo con altivez que no iría, pues Aníbal no tenía ningún derecho sobre un ciudadano campano, montando en cólera el cartaginés mandó que prendieran a aquel [8] hombre y que se lo trajeran encadenado. Luego, temiendo que mientras usaba la fuerza se originara algún disturbio o alguna refriega imprevista con el acaloramiento de los ánimos, él mismo, después de mandar recado a

Mario Blosio, pretor campano, de que al día siguiente estaría él en Capua, emprendió la marcha desde el campamento con un destacamento no muy numeroso. Mario convocó la asamblea [9] del pueblo y pidió por medio de un edicto que salieran en masa con sus mujeres e hijos a recibir a Aníbal. Así lo hicieron todos, obedientes e incluso entusiasmados, con el aplauso, además, del vulgo, en su afán de ver a un general famoso por tantas victorias. Decio Magio ni [10] salió a recibirlo ni se quedó en casa, pues con esto podía dar a entender que era consciente de que tenía algo que temer: anduvo paseando por el foro tranquilamente con su hijo y algunos clientes, mientras toda la ciudad andaba agitada para recibir y contemplar al cartaginés. Aníbal [11] entró en la ciudad y pidió que se convocase en seguida al senado, pero luego, al pedirle los campanos más importantes que aquel día no se ocupase de ningún asunto trascendente y que celebrase también él gustosamente y con alegría aquel día de fiesta por su llegada, aunque por [12] naturaleza era propenso a la cólera, con todo, para no empezar diciendo que no a algo, dedicó gran parte del día a visitar la ciudad.

Incidente del hijo de Pacuvio Calavio. Deportación de Decio Magio

Se alojó en casa de los Ninios Céleres, [8] Estenio y Pacuvio, ilustres por su renombre y sus riquezas. Allí llevó Pacuvio [2] Calavio, del que se ha hablado antes, jefe²²⁶ de la facción que había arrastrado a los campanos hacia los cartagineses, a un joven hijo [3] suyo, arrancándolo del lado de Decio Magio, junto al cual se había alineado con gran apasionamiento a favor de la alianza con Roma en contra del pacto con los cartagineses; y no le había hecho desistir de su actitud ni el pronunciamiento de la población en sentido contrario, ni la autoridad [4] paterna. Su padre, más a fuerza de ruegos que de disculpas, aplacó el ánimo de Aníbal con relación al joven, y vencido por los ruegos y las lágrimas hizo que se le invitase [5] también a él a la cena junto con su padre; a aquel banquete no se pensaba invitar a ningún campano aparte de los anfitriones y Vibelio Taurea, distinguido guerrero. [6] Comenzaron a comer siendo aún de día, y el banquete no se correspondía con la manera de comportarse de los cartagineses ni con la disciplina militar sino que estaba aderezado con todos los atractivos del placer, como era propio de una ciudad y también de una casa rica y lujosa. [7] El único que no pudo ser inducido a beber vino, ni por invitación de los anfitriones ni del propio Aníbal en repetidas ocasiones, fue Calavio hijo, aduciendo él razones de salud y añadiendo su padre que no era de extrañar su turbación. [8] Hacia la puesta del sol, Calavio padre se ausentó del banquete y su hijo salió detrás, y en cuanto llegaron a un rincón apartado — era un jardín de la parte de atrás [9] de la casa—, dijo: «Te propongo un plan, padre,

con el cual no sólo vamos a conseguir que los romanos nos perdonen la falta de pasarnos a Aníbal, sino que vamos a estar los campanos en una posición de mayor estima y dignidad [10] de lo que nunca estuvimos anteriormente». Su padre, sorprendido, quiso saber de qué plan se trataba, se echó la toga hacia atrás desde el hombro dejando al descubierto [11] su costado ceñido con una espada. «Ahora mismo —dijo— voy a sancionar la alianza con los romanos con la sangre de Aníbal. He querido que tú lo supieras antes, por si preferías estar ausente mientras se lleva a cabo la acción».

[9] Cuando el anciano vio y oyó esto, como si ya estuviera asistiendo a la ejecución de lo que estaba escuchando, exclamó fuera de sí por el pánico: «Hijo, yo te suplico [2] y te ruego, por todos los vínculos jurídicos que unen a los hijos con sus padres, que no pretendas hacer y sufrir todo lo que no tiene nombre, ante los ojos de tu padre. Pocas horas han transcurrido desde que, jurando por [3] todos los dioses, unimos nuestra diestra a la suya empeñando nuestra palabra; ¿fue para armar contra él, nada más salir de hablarle, las manos consagradas por el juramento? ¿Te levantas de la mesa que te da hospitalidad, [4] a la que Aníbal te admitió a ti y a otros dos campanos, para manchar esa misma mesa con la sangre de quien te da hospitalidad? Pude reconciliar a Aníbal con mi hijo, ¿y no soy capaz de reconciliar a mi hijo con Aníbal? Pero pase que no haya nada inviolable: ni fidelidad a la [5] palabra dada, ni religión, ni amor filial; que se intenten acciones nefandas, siempre y cuando no nos acarreen la ruina junto con el delito. ¿Piensas atacar a Aníbal tú [6] solo? ¿Qué me dices de esa multitud de esclavos y de hombres libres? ¿Y de todas las miradas, atentas sólo a él? ¿Y de tantas manos? ¿Quedarán paralizadas ante semejante [7] dislate? ¿Le resistirás la mirada a ese mismo Aníbal al que no pueden resistir ejércitos armados, ante el cual se le ponen los pelos de punta al pueblo romano? Suponiendo que le faltasen otras ayudas, ¿serás capaz de herirme incluso a mí, cuando cubra con mi cuerpo el cuerpo de Aníbal? Porque, eso sí, para llegar hasta él tendrás que atacar y [8] traspasar antes mi propio pecho. Déjate disuadir aquí en vez de fracasar allí. Que mis ruegos tengan ante ti la eficacia que tuvieron hoy en tu favor». A continuación, viendo [9] al joven derramar lágrimas lo abraza por la cintura y besándolo largamente no cesa en sus súplicas hasta conseguir que renuncie a la espada y le dé su palabra de que no va a hacer nada semejante. Entonces el joven dice: «Pues [10] bien, sacrificaré a mi padre el amor que debo a mi patria. Te compadezco, pues tendrás que cargar con la acusación [11] de haber traicionado por tres veces a tu patria: la primera, cuando promoviste la sublevación contra los romanos; la segunda, cuando te mostraste partidario de la paz con Aníbal; la tercera, hoy mismo, cuando eres una rémora y un obstáculo para la devolución de Capua a los romanos. [12]

Tú, patria, hazte cargo del hierro con el que, armado para defenderte, entré en esta ciudadela del enemigo, ya [13] que mi padre me lo arranca de las manos». Pronunciadas estas palabras arrojó la espada a la vía pública por encima de la tapia del jardín, y para no infundir sospechas se reincorporó al banquete.

[10] Al día siguiente fue recibido Aníbal en el senado, muy concurrido, donde pronunció un discurso cuya primera parte fue muy suave y conciliadora; dio las gracias a los campanos porque habían antepuesto la amistad con él [2] a la alianza con Roma, y entre otras espléndidas promesas hizo la de que Capua iba a ser en breve la capital de toda Italia, y que el pueblo romano, como todos los demás, [3] recibiría de ella sus leyes; de la amistad cartaginesa y del pacto hecho con él quedaba excluida una sola persona, que ni era campana ni debía recibir ese nombre: Decio Magio; pedía que le fuera entregado, y que el senado, en su presencia, [4] deliberase y tomase una decisión sobre él. Se pronunciaron todos a favor de aquella propuesta, a pesar de que a una gran parte le parecía que aquel hombre no merecía un trato semejante y, por otra parte, que el derecho de la libertad comenzaba a sufrir limitaciones importantes. [5] Salió de la curia y tomó asiento en el tribunal de los magistrados, y mandó que Decio fuera apresado y que se [6] defendiera, sin ayuda de nadie, a sus pies. Como Decio, conservando su natural arrogancia, afirmó que no se le podía obligar a una cosa así de acuerdo con el tratado, fue encadenado y se dio orden de que fuera conducido al campamento delante de los lictores. Mientras lo llevaban [7] con la cabeza descubierta, avanzaba arengando a la multitud que lo rodeaba por todas partes, gritando: «Campanos, tenéis la libertad que pedisteis: por el medio del foro, a plena luz, ante vuestros ojos, yo, que no le voy a la zaga a ningún campano, soy arrastrado a la muerte encadenado. ¿Qué mayor acto de violencia se produciría si [8] Capua hubiera sido tomada? Salid a recibir a Aníbal, engalanad la ciudad y declarad festivo el día de su llegada, para tener que asistir al espectáculo de este desfile triunfal sobre un conciudadano vuestro». Como parecía que con [9] estos gritos impresionaba a la masa, se le tapó la cabeza y se dio orden de que se le sacara más aprisa de puertas afuera. De esta forma fue conducido al campamento y embarcado inmediatamente y enviado a Cartago, no fuera a [10] ocurrir que ante lo indignante del hecho se originara una revuelta en Capua e incluso el senado se arrepintiera de haber entregado al ciudadano más importante y enviara una embajada a reclamarlo, y si decía que no a lo primero que pedía su nuevo aliado, se indispusiera con él, y si decía que sí, fuera a tener en Capua un promotor de sediciones y disturbios. Una tempestad arrastró la nave a Cirenas²²⁷, [11] que entonces estaba bajo el dominio de los reyes. Allí Magio se refugió junto a la estatua del rey Tolomeo²²⁸. Llevado por sus

guardianes a Alejandría a presencia de Tolomeo, cuando le explicó que había sido encadenado [12] por Aníbal en contra del derecho de los tratados, fue liberado de sus ataduras y autorizado a regresar a Roma o a [13] Capua, a su elección. Magio dijo que Capua no era lugar seguro para él, y que Roma, en aquellos momentos en que había guerra entre romanos y campanos, sería lugar de residencia más propio de un desertor que de un huésped; que más que en cualquier otra parte, prefería vivir en el reino de quien consideraba valedor y garante de su libertad.

[11] Mientras tenían lugar estos acontecimientos, regresó de Delfos a Roma el legado Quinto Fabio Píctor y leyó la respuesta del oráculo, que traía escrita²²⁹. Allí se decía [2] a qué dioses y diosas suplicar, y de qué modo, y a continuación: «Si así hicieréis, romanos, será mejor y menos complicada vuestra situación, y los asuntos públicos marcharán francamente mejor, y la victoria de la guerra será [3] del pueblo romano. Por la buena conducción de los asuntos de la república y por su salvación, le enviaréis una ofrenda a Apolo Pítico con las ganancias obtenidas; con parte del botín, del producto de su venta, de los despojos, le ofreceréis un presente; os guardaréis de la arrogancia impía». [4] Después de leer todo esto traduciéndolo del griego del texto profético, dijo que a continuación había salido al instante del santuario y que había ofrecido un sacrificio [5] con incienso y vino a todas aquellas divinidades; que el sacerdote del templo le había ordenado que de la misma forma que había entrado a consultar al oráculo y había ofrecido el sacrificio coronado con una corona de laurel, así, coronado de la misma manera, subiese a la nave y [6] no se quitase la corona hasta llegar a Roma; que él, una vez cumplimentado con toda escrupulosidad y diligencia todo lo que se le había ordenado, había depositado la corona en el altar de Apolo en Roma. El senado decretó que cuanto antes y de forma escrupulosa se realizasen aquellas rogativas y actos religiosos.

En Cartago, el senado debate el envío de ayuda a Aníbal

Mientras ocurría esto en Roma y en Italia, había llegado Magón, hijo de Amílcar, [7] con la noticia de la victoria de Cannas; enviado por su hermano, no llegaba directamente desde el frente, sino que se había demorado durante algunos días recibiendo la sumisión de las ciudades brucias que se pasaban al enemigo. Recibido en el senado, hizo una exposición de las operaciones [8] llevadas a cabo por su hermano en Italia: se había enfrentado en el campo de batalla con seis generales, de los cuales, cuatro eran cónsules, uno dictador, y otro jefe de la caballería, y con seis ejércitos consulares; había [9] dado muerte a más de doscientos mil²³⁰ enemigos, y hecho prisioneros a más de cincuenta mil;

de los cuatro cónsules²³¹, dos habían sido muertos, y de los dos restantes, uno estaba herido y el otro, después de perder todo su ejército, había huido con cincuenta hombres apenas; al jefe [10] de la caballería, cuyos poderes son similares a los de un cónsul²³², lo había derrotado y puesto en fuga; el dictador era el único general que quedaba, porque nunca se había presentado en el campo de batalla; los brucios y los ápuulos [11] y parte de los samnitas y lucanos se habían pasado a los cartagineses; Capua, que era la capital no ya de la Campania sino de Italia después del descalabro sufrido por Roma en la batalla de Cannas, se había entregado a Aníbal; por estas victorias tan importantes y numerosas, era justo [12] dar las gracias y guardar gratitud a los dioses inmortales.

[12] Luego, para dar fe de tan felices acontecimientos, mandó echar en el vestíbulo de la curia anillos de oro, formándose con ellos un montón tan grande que, según afirman algunos, se llenaron tres modios y medio al medirlos, [2] aunque la opinión que prevaleció, más verosímil, es que no se sobrepasó el modio. Tomando de nuevo la palabra añadió, para poner más de relieve la derrota, que solamente llevaban aquel distintivo los soldados de caballería, e [3] incluso de estos, sólo los más destacados. El resumen de su discurso fue que, cuanto más cerca estaba la posibilidad de dar término a la guerra, tanto más empeño había que poner en ayudar a Aníbal, pues las operaciones militares se desarrollaban lejos de la patria, en pleno territorio [4] enemigo; se consumía trigo y dinero en gran cantidad, y tantas batallas, si bien habían destruido los ejércitos enemigos, también habían diezmado de forma considerable las [5] tropas del vencedor; era preciso, por tanto, enviar refuerzos, había que enviar dinero para la paga, y trigo, a unos soldados que tanto habían hecho por el nombre de Cartago.

[6] En medio de la general alegría que siguió a estas palabras de Magón, Himilcón, hombre del partido de los Barca, persuadido de que era el momento de increpar a Hannón, dijo: «¿Qué ocurre, Hannón? ¿Todavía lamentas que [7] se emprendiera la guerra contra los romanos? Pide que te sea entregado Aníbal, opónte a que se les den las gracias a los dioses inmortales por lo bien que van las cosas, escuchemos a un senador romano en la curia de los cartagineses». [8] Hannón, entonces, dijo: «Hoy habría guardado silencio, padres conscriptos²³³ para evitar decir, en medio de la satisfacción compartida por todos, cosas que os resultasen menos gratas; pero ahora que un senador me [9] pregunta si todavía siento pesar por la guerra emprendida contra los romanos, si me quedo callado voy a parecer o despectivo o servil, lo cual es propio del hombre que se olvida de la libertad, de los demás en el primer caso, y de la suya en el segundo. A Himilcón —prosiguió— [10] le contestaré que no he dejado de lamentar la guerra, ni dejaré de acusar a vuestro invicto general hasta que no la vea finalizada en unas

condiciones aceptables, y nada que no sea una nueva paz pondrá fin a mi añoranza por la antigua paz. Por eso, todo lo que acaba de poner de [11] relieve Magón, para Himilcón y demás satélites de Aníbal es ya satisfactorio, para mí puede serlo por cuanto los éxitos bélicos, si queremos aprovechar la suerte, nos darán una paz más ventajosa; pues si dejamos pasar este momento [12] en el que puede parecer que concedemos más que aceptamos la paz, temo incluso que esta satisfacción nos vuelva arrogantes y se quede en nada. Pues incluso ahora [13] ¿en qué consiste? «He destruido los ejércitos enemigos, enviadme soldados»: ¿qué otra cosa pedirías si hubieras sido vencido? «He tomado dos campamentos enemigos, llenos, [14] sin duda, de botín y de víveres; dadme trigo y dinero»: ¿qué otra cosa pedirías si te hubieran despojado, si te hubieran quitado el campamento? Y para no ser yo solo el [15] que me sorprende de todo esto —pues también yo, puesto que he respondido a Himilcón, tengo pleno derecho a preguntar—, quisiera que me conteste Himilcón, o bien Magón, puesto que en Cannas se ha luchado hasta exterminar el imperio romano y es un hecho que toda Italia está sublevada, en primer lugar, si alguno de los pueblos [16] de ciudadanía latina se ha pasado a nuestro bando, y en segundo lugar, si alguno de los hombres de las treinta y cinco tribus se ha pasado a Aníbal». Magón contestó que [17] no a ambas cosas, y él continuó: «Son aún, la verdad, demasiado numerosos los enemigos, por consiguiente. Pero quisiera saber qué siente y qué espera toda esa multitud».

[13] Magón dijo que no lo sabía, y él prosiguió: «Nada hay más fácil de saber. ¿Enviaron acaso los romanos alguna embajada a Aníbal para tratar de la paz? ¿Habéis tenido al menos noticias de que en Roma se haya hecho [2] mención a la paz?». Como también a esto dijo que no, él siguió: «Pues entonces tenemos la guerra tan por hacer [3] como el día que Aníbal pasó a Italia. Quedamos aún muchos que recordamos lo cambiante que fue la victoria durante la primera guerra púnica²³⁴. Nunca nuestra situación presentó mejores perspectivas, tanto por tierra como por mar, que antes del consulado de Gayo Lutacio y Aulo [4] Postumio; durante el consulado de Lutacio y Postumio fuimos derrotados en las islas Egates. Y si también ahora —¡que los dioses no me tomen por la palabra!— la suerte experimenta algún cambio, ¿esperáis para entonces, cuando seamos vencidos, una paz que ahora, cuando estamos [5] venciendo, nadie nos concede? Yo, ante una posible consulta sobre si proponer la paz al enemigo o aceptársela, ya tengo la respuesta; si sometéis a debate las peticiones de Magón, pienso que no procede hacer el envío si están venciendo, y mucho menos creo que haya que hacerlo si nos están engañando con falsas o vanas esperanzas».

[6] El discurso de Hannón no convenció a muchos, pues le restaba credibilidad su

enfrentamiento con la familia de los Barca y, por otra parte, estaban los ánimos entregados por completo al entusiasmo del momento y no querían oír nada que pudiera atenuar su alegría, y estaban convencidos de que la guerra iba a terminar pronto si se tenía voluntad de hacer un pequeño esfuerzo. Decretó pues el [7] senado, por abrumadora mayoría, que se le enviase a Aníbal un refuerzo de cuatro mil númidas, así como cuarenta elefantes y... talentos de plata. Se envió también a Hispania [8] un dictador, acompañado por Magón, para reclutar veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería para complementar los ejércitos que se hallaban en Italia y en Hispania.

La acción bélica en Nola, donde Marcelo acaba venciendo a Aníbal

Pero estas medidas fueron puestas en [14] práctica de forma remisa y despreocupada, como suele ocurrir cuando las cosas marchan bien, mientras que a los romanos, aparte de ser activos por naturaleza, tampoco su situación les permitía andarse con vacilaciones. Efectivamente, el cónsul no descuidó ninguna de las cuestiones [2] que requirieran su intervención para ser ejecutadas, y por su parte el dictador Marco Junio Pera, después de cumplir con las prescripciones de carácter religioso y proponer al pueblo, como es habitual, que se le permitiese montar a caballo, además de las dos legiones urbanas alistadas por los cónsules al comenzar el año, y de la movilización de esclavos, y de las cohortes reclutadas en territorio piceno y galo, recurrió a una medida extrema, como [3] suele hacerse cuando una república se encuentra en una situación casi desesperada en que lo decoroso cede su puesto a lo práctico, y publicó un edicto haciendo saber que los reos de delito capital y los condenados por deudas que estuviesen encarcelados, si querían alistarse bajo su mando, quedarían por orden suya libres de la pena y de la deuda. De estos prisioneros armó a seis mil con los despojos de [4] los galos que se habían traído cuando el triunfo de Gayo Flaminio²³⁵, y de esta forma, salió de la ciudad con veinticinco mil hombres armados.

[5] Aníbal, después de hacerse dueño de Capua y de tantear una vez más a los napolitanos en parte con incentivos y en parte con amenazas sin obtener resultado, llevó su ejército [6] a territorio de Nola²³⁶, si bien de momento no como enemigo, porque no descartaba que se entregaran voluntariamente, pero también dispuesto a no ahorrarles ningún sufrimiento o temor si daban largas a sus esperanzas. [7] El senado, y especialmente sus miembros más destacados, persistía en mantenerse fiel a la alianza con Roma; la plebe, dada a los cambios como de costumbre, estaba enteramente con Aníbal y la asaltaba el miedo a la devastación de los campos y las muchas y graves humillaciones que tendría que soportar en caso de asedio, y no faltaban tampoco [8] los

partidarios de la defección. Por eso, cuando al senado le entró miedo de no poder contener a la multitud soliviantada si le llevaba la contraria abiertamente, a fuerza de simular que se plegaba encontró la manera de retrasar el [9] peligro. Fingen, en efecto, los senadores, que están de acuerdo con pasarse a Aníbal, pero que no tienen muy claras las condiciones en que dar el paso al nuevo tratado y la [10] nueva amistad. Ganando tiempo de esta forma, se apresuran a mandar embajadores al pretor romano Marcelo Claudio, que se encontraba en Casilino con su ejército, y le explican lo crítico de la situación en que se encuentra Nola: el campo es de Aníbal y sus cartagineses, la ciudad lo va a ser [11] muy pronto si no se recibe ayuda; el senado, prometiéndole a la plebe que se producirá la defección cuando ella quiera, ha conseguido que no se precipitara a pasarse al otro bando. Marcelo felicitó a los nolanos y les pidió que [12] siguieran con el doble juego aplazando el asunto hasta que él llegase, que entre tanto no se desvelase lo que habían tratado con él ni la menor expectativa de una ayuda de Roma. Él, desde Casilino, se dirige a Cayacia, y desde [13] allí, cruzando el río Volturno, atravesando el territorio de Satícula y Trebia²³⁷ por encima de Suésula, cruzando los montes llega hasta Nola.

A la llegada del pretor romano, el cartaginés salió del [15] territorio de Nola y bajó hacia el mar acercándose a Nápoles, deseoso de apoderarse de una ciudad de la costa para asegurar la travesía naval desde África. Pero cuando se [2] enteró de que Nápoles estaba gobernada por un prefecto romano —se trataba de Marco Junio Silano, al que habían hecho venir los propios napolitanos—, dejó también Nápoles a un lado, lo mismo que Nola, y se dirigió a Nuceria. Le puso cerco durante algún tiempo, unas veces empleando [3] la fuerza y otras tratando inútilmente de atraerse bien a la plebe o bien a los nobles; al fin se le rindió por hambre, previo pacto de que salieran sin armas y con lo puesto. Después, como desde un principio había querido [4] dar impresión de benevolencia a todos los itálicos a excepción de los romanos, hizo público un ofrecimiento de recompensas y honores para los que se quedaran y quisieran militar a su lado. Pero no retuvo a nadie con esta oferta: [5] todos se dispersaron, cada uno hacia donde lo llevaron sus relaciones de hospitalidad o una corazonada, por las ciudades de la Campania, sobre todo Nola y Nápoles. Unos [6] treinta senadores, y posiblemente los más importantes, se dirigieron a Capua; allí no se les admitió por haberle cerrado sus puertas a Aníbal, y se trasladaron a Cumas. Se les dio a los soldados el botín de Nuceria, y la ciudad fue saqueada e incendiada.

[7] Nola la ocupaba Marcelo, tanto por la confianza que inspiraba su guarnición como por voluntad de los ciudadanos principales. Se temía a la plebe, y especialmente a

Lucio Bancio: a éste, la conciencia de su intento de rebelión y el miedo al pretor romano lo incitaban a traicionar a la patria o bien, si le faltaba ocasión propicia para ello, [8] a pasarse al enemigo. Se trataba de un joven aguerrido y por aquel entonces tal vez el caballero más distinguido de entre los aliados. Lo había encontrado Aníbal en Cannas medio muerto entre un montón de cadáveres, lo había curado amablemente y además lo había enviado con regalos [9] a su patria. En agradecimiento por este buen comportamiento hubiera querido poner Nola bajo el absoluto dominio del cartaginés, y el pretor lo veía desasosegado e inquieto por la comezón de un cambio en la situación. [10] Pero como había dos posibilidades, reprimirlo con castigos o ganárselo con favores, prefirió atraérselo más que quitarle al enemigo un aliado valeroso y esforzado, le hizo [11] venir y se dirigió a él en tono amable, diciéndole que tenía entre sus paisanos muchos que no lo podían ver, con lo cual se podía explicar fácilmente el que ningún ciudadano de Nola le hubiera señalado lo numerosas y sobresalientes [12] que eran sus proezas militares; pero que el valor de quien hubiera militado en un campamento romano no podía pasar desapercibido; muchos que habían sido compañeros suyos de armas le habían contado qué clase de hombre era, y qué peligros había afrontado, y cuántas veces, por la salvación y el prestigio del pueblo romano, y cómo en la batalla de Cannas no había dejado de pelear [13] hasta que, casi desangrado, había quedado aplastado bajo una avalancha de hombres, caballos y armas que se le había venido encima. «Enhorabuena, pues, por tu valor» [14] —añadió—. «A mi lado tendrás toda clase de recompensas y honores, y cuanto más a menudo estés conmigo, experimentarás que ello redunde en dignidad e interés tuyo». Y obsequia al joven, lleno de alegría por aquellas promesas, [15] con un hermoso caballo, y le manda al cuestor que le entregue quinientos denarios; a los lictores les da orden de que le dejen pasar a verlo siempre que quiera.

Con esta afabilidad de Marcelo se ablandó de tal forma [16] la actitud orgullosa del joven, que a partir de entonces no hubo aliado que colaborara con Roma con más decisión y fidelidad.

Aníbal estaba a las puertas —pues había trasladado [2] de nuevo el campamento, de Nuceria a Nola— y la plebe de Nola pensaba nuevamente en la rebelión; entonces [3] Marcelo, nada más llegar el enemigo, se retiró murallas adentro, no por temor a acampar, sino para no darles la oportunidad de entregar la ciudad a los que eran proclives a hacerlo, enormemente numerosos. Comenzó luego a formarse [4] el frente de batalla por ambos bandos, los romanos delante de las murallas de Nola y los cartagineses delante de su campamento. Desde allí se producían entre la ciudad y el campamento ligeros combates, con resultado diverso, porque los generales no querían ni impedir unas

escaramuzas al azar ni dar la señal para un combate con todos los efectivos. Mientras los dos ejércitos permanecían así a [5] pie firme un día tras otro, los nobles de Nola informan a Marcelo de que están teniendo lugar durante la noche conversaciones entre la plebe y los cartagineses y se ha llegado [6] al acuerdo de que, cuando el ejército romano salga de la ciudad, entrarán a saco en su impedimenta y bagajes individuales, cerrarán luego las puertas y ocuparán las murallas para a continuación, dueños de la situación y de la ciudad, recibir a los cartagineses en lugar de los romanos. [7] Cuando Marcelo recibió estas noticias felicitó a los senadores de Nola y, antes de que estallara alguna revuelta en [8] la ciudad, decidió probar suerte en el combate. Formó en tres cuerpos a su ejército junto a las tres puertas de la ciudad que daban al enemigo; ordenó que inmediatamente detrás fuera la impedimenta, y que los esclavos y vivanderos y los soldados incapacitados llevaran las estacas de la empalizada. En la puerta del centro situó al grueso de la infantería y a los jinetes romanos, y en las dos puertas de los lados a los reclutas, a los de armamento ligero y [9] los jinetes aliados. A los nolanos les prohibió acercarse a las murallas y puertas de la ciudad y asignó tropas auxiliares a la custodia de la impedimenta, no fuera a producirse un golpe de mano contra ella cuando las legiones estuvieran enfrascadas en el combate. Formados de esta guisa permanecían inmóviles detrás de las puertas.

[10] Aníbal, que lo mismo que había hecho durante unos cuantos días mantenía la formación de combate hasta bien entrado el día, al principio encontró extraño que el ejército romano no saliera de puertas afuera ni hubiera soldado [11] alguno en las murallas. Después pensó que habían sido descubiertas sus conversaciones y que el miedo los había paralizado, y envió parte de sus hombres al campamento con la orden de traer a primera línea sin perder un instante todo el material de asalto de una ciudad, confiando plenamente en que, si presionaba cuando andaban sin saber qué hacer, la plebe promovería algún tumulto en la población. [12] Mientras se apresuran corriendo cada uno a su cometido al darse las primeras señales y el frente se acerca a las murallas, de pronto se abre una puerta y Marcelo ordena que suene el toque de trompeta y se dé el grito de combate, y que cargue contra el enemigo primero la infantería y después la caballería con todo el ímpetu de que sean capaces. Habían provocado ya bastante pánico y confusión [13] por el centro de la formación enemiga, cuando por las dos puertas de los lados salieron bruscamente los legados Publio Valerio Flaco y Gayo Aurelio hacia las alas enemigas. También dieron el grito de guerra los esclavos y vivanderos [14] y el resto de la tropa apostada para vigilar la impedimenta, de forma que a los cartagineses, que los despreciaban sobre todo por su reducido número, les produjo la impresión de un ejército

inopinadamente enorme. La verdad [15] es que no me atrevo a asegurar, como hacen algunos historiadores, que los enemigos tuvieran dos mil ochocientas bajas y no más de quinientas los romanos; pero, fuese [16] así de abultada o fuese menor la victoria, la acción bélica llevada a cabo aquel día fue muy importante, y no sé si la más importante de aquella guerra, pues costó más trabajo no ser vencidos por Aníbal que más adelante vencerlo.

Aníbal toma Acerra, no consigue tomar Casilino, y se dirige a Capua

Perdidas las esperanzas de apoderarse [17] de Nola, retrocedió hacia Acerra²³⁸. Marcelo mandó cerrar inmediatamente las puertas y colocó centinelas para que nadie saliera, y llevó a cabo en el foro una investigación sobre quiénes habían participado en las conversaciones clandestinas con el enemigo. A más de setenta condenados por traición los hizo decapitar [2] y ordenó la confiscación de sus bienes en favor del [3] pueblo romano, entregó al senado el gobierno de la ciudad, emprendió la marcha con todo el ejército e hizo alto acampando [4] por encima de Suésula. El cartaginés intentó primero animar a Acerra a capitular voluntariamente, pero luego, al ver que se mantenían en sus trece, se dispuso a bloquearlos y atacarlos. Los acerranos, por otra parte, [5] tenían más voluntad que fuerzas, por lo cual, perdida toda esperanza de defender la ciudad, cuando vieron que en torno a las murallas se levantaba una empalizada, antes de que las trincheras enemigas formasen una línea ininterrumpida atravesaron los huecos que quedaban entre las obras de fortificación y los puestos de guardia, mal atendidos, [6] desapareciendo en el silencio de la noche, y por donde había camino y por donde no, llevados por un propósito o por el azar, se refugiaron en las ciudades de la Campania de las que se tenía seguridad suficiente de que no habían cambiado de bando.

[7] Aníbal saqueó e incendió Acerra, y al llegarle noticias desde Casilino de que se había llamado al dictador romano y sus legiones, temiendo que también en Capua se produjese alguna novedad al encontrarse tan cerca el campamento [8] enemigo, llevó su ejército hacia Casilino. Esta ciudad estaba entonces ocupada por quinientos prenestinos y unos pocos romanos y latinos, que se habían concentrado allí [9] al tener noticia de la derrota de Cannas. Los prenestinos, como hasta esa fecha no se había dado por concluido el reclutamiento en Preneste, salieron de sus casas demasiado tarde, llegando a Casilino antes que la noticia de la derrota; y juntándose con otros romanos y aliados salieron de Casilino formando una columna bastante numerosa, pero les hizo volverse de nuevo a Casilino la noticia de la batalla [10] de Cannas. Permanecieron allí algunos días, levantando las sospechas de los campanos y recelando de ellos, tendiéndose trampas y

cuidándose de ellas recíprocamente, y cuando estuvieron bien seguros de que se tramaba la defección de Capua y la entrada de Aníbal, dieron muerte durante la noche a los habitantes de la ciudad y ocuparon la parte de ésta que está al lado de acá del Volturno — pues la atraviesa este río—, y ésta era la guarnición con que contaban los romanos en Casilino. Hay que añadir [11] una cohorte de perusinos, cuatrocientos sesenta hombres empujados hacia Casilino por la misma noticia que los prenestinos pocos días antes. Había número más que suficiente [12] de hombres armados para defender unas murallas tan reducidas, con la protección, por otra parte, del río que rodeaba una de sus mitades; la escasez de trigo hacía que los hombres parecieran incluso demasiados.

Cuando Aníbal se encontraba ya a corta distancia de [18] la ciudad envió por delante a los getulos con un prefecto llamado Isalca ordenándoles que en un principio, si se les da la posibilidad de parlamentar, los inviten con buenas palabras a abrir las puertas y aceptar una guarnición; si se empecinaban en su postura, que recurrieran a la fuerza y probaran a ver si se podía penetrar en la ciudad por algún punto. Cuando se aproximaron a las murallas de [2] la ciudad, como reinaba el silencio, pensaron que estaba desierta; y el bárbaro, convencido de que habían huido por miedo, se dispuso a cargar sobre las puertas y hacer saltar los cerrojos; entonces se abrieron de pronto las [3] puertas y dos cohortes, preparadas en el interior precisamente con ese objetivo, salieron bruscamente en medio de un gran tumulto causando estragos entre los enemigos. Rechazados así los primeros, fue enviado Maharbal con [4] mayores fuerzas, pero tampoco él aguantó la salida de las cohortes. Por último, Aníbal, situando el campamento [5] delante mismo de las murallas, se dispone a atacar la pequeña ciudad, la pequeña guarnición, con la mayor violencia, con la totalidad de sus tropas. Se entrega a un acoso insistente, rodeando por completo las murallas con un cordón de soldados y pierde algunos hombres, los más decididos, [6] alcanzados desde muros y torres. A los que tomaron la ofensiva haciendo una salida prácticamente les cerró el paso poniéndoles delante una hilera de elefantes²³⁹ y los rechazó en pleno desconcierto al interior de la ciudad causándoles un número de bajas muy elevado para los pocos que eran; y habrían sido más los caídos si la noche no [7] hubiera interrumpido el combate. Al día siguiente les entró a todos la fiebre del asalto, especialmente cuando se les prometió una corona mural de oro y el propio general les echó en cara que ellos, los que habían tomado Sagunto al asalto, se mostraran tan remisos en asaltar un poblado situado en pleno llano, recordándoles Cannas, Trasimeno y Trebia a todos en conjunto y a cada uno en particular. [8] Inmediatamente comenzó también a acercar manteletes y construir galerías. Pero frente a los diversos intentos del enemigo, no les faltaba la fuerza o la habilidad, en ninguna de sus formas, a los aliados

de los romanos: [9] levantaban bastiones contra los manteletes, cortaban las galerías enemigas con contragalerías, se enfrentaban a toda tentativa abierta o camuflada, hasta que incluso la vergüenza disuadió a Aníbal de su propósito y marchó a Capua a sus cuarteles de invierno después de atrincherar un campamento y dejar una mediana guarnición para no dar la impresión de que había desistido de la empresa.

[10] Allí, durante la mayor parte del invierno, tuvo a sus tropas alojadas en casas, unas tropas endurecidas por la larga y repetida experiencia de todas las calamidades humanas, no hechas ni habituadas a lo bueno. Y de esta [11] forma, las demasiadas cosas buenas y los placeres sin medida echaron a perder a quienes no habían sido vencidos por el azote de ninguna penalidad, y esto ocurrió en tanto mayor medida cuanto mayor fue la avidez con que, debido a la falta de costumbre, se sumergieron en ellos. En efecto, el sueño, el vino, los festines, las prostitutas, [12] los baños y el no hacer nada, más agradable a medida que iban pasando los días, los enervaron de tal forma, física y mentalmente, que a partir de entonces les sirvieron de salvaguardia en mayor medida sus victorias del pasado que sus fuerzas del presente, y este error de su general fue considerado [13] por los expertos en temas militares más grave que el hecho de no marchar sobre la ciudad de Roma inmediatamente después de la batalla de Cannas; su vacilación de entonces pudo parecer, en efecto, que simplemente aplazaba la victoria, mientras que esta equivocación los dejaba sin fuerzas para vencer. Por eso, por Hércules que cuando [14] salió de Capua, como si se tratara de un ejército distinto, en ningún momento conservó ni rastros de su antigua disciplina. Salieron, en efecto, liados con prostitutas en su [15] mayoría, y en cuanto comenzaron a vivir en las tiendas y tuvieron que soportar las marchas y demás trabajos de la vida militar, les fallaban las fuerzas, tanto físicas como morales, como si fueran reclutas, y después, a lo largo [16] de toda la estación estival, abandonaban sin permiso las enseñas de forma furtiva, y era Capua el único lugar de refugio para los desertores.

*Casilino, asediada por Aníbal, se rinde. Embajada de los petelinos a
Roma*

[19] No obstante, cuando el invierno se iba ya suavizando, Aníbal sacó a sus tropas de los cuarteles de invierno y regresó [2] a Casilino; allí, si bien los ataques se habían interrumpido, la continuidad del bloqueo, sin embargo, había reducido a la población y a la guarnición a una situación de extrema [3] necesidad. En el campamento romano tenía el mando Tiberio Sempronio, al haber marchado a Roma el dictador [4] para repetir los auspicios. Marcelo deseaba llevar también él ayuda a los sitiados, pero le retenían la

crecida del río Volturno y los ruegos de los nolanos y acerranos, que temían a los campanos si la guarnición romana se retiraba. [5] Graco se limitaba a permanecer estacionado cerca de Casilino y no realizaba ningún movimiento porque tenía orden del dictador de no emprender ninguna acción durante su ausencia, y eso que llegaban de Casilino noticias como [6] para agotar la paciencia de cualquiera, pues se sabía a ciencia cierta que algunos, no pudiendo soportar el hambre, se habían lanzado al vacío, o permanecían inermes sobre las murallas, ofreciendo a los disparos de las armas [7] arrojadizas sus cuerpos sin protección. Graco, que se contenía a duras penas ante esto, como no se atrevía a entablar combate sin orden del dictador —y veía que, si les hacía llegar trigo abiertamente, iba a ser necesario combatir, y no había posibilidad de hacérselo llegar de [8] forma clandestina—, hizo acopio de trigo trayéndolo de todos los campos del contorno y llenó un buen número de toneles, y envió recado al magistrado a Casilino para [9] que recogiesen los toneles que transportara el río. A la noche siguiente estuvieron todos atentos al río por las expectativas creadas por el emisario romano, y por el centro de la corriente bajaron flotando los toneles que les habían enviado; el trigo fue repartido entre todos por igual. Esto se repitió al día siguiente y al otro: los toneles eran [10] enviados y llegaban a su destino durante la noche, con lo cual burlaban la vigilancia de los enemigos. Después llovió [11] sin parar y la corriente del río, más fuerte que de costumbre, formando remolinos de través arrastró los toneles hacia la orilla que ocupaba el enemigo. Allí son avistados varados entre los sauces nacidos en la orilla, se informa de ello a Aníbal, y a partir de entonces se toman precauciones, con una vigilancia más intensa, para que no pase desapercibido nada que se envíe a la ciudad por el Volturno. Con todo, desde el campamento romano se echaron [12] al río nueces que bajaban flotando hacia Casilino por el centro de la corriente y eran recogidas con entramados de zarzas.

Finalmente se llegó a tal grado de escasez que trataban [13] de alimentarse con las correas y las pieles arrancadas de los escudos, previamente ablandadas con agua hirviendo, y no desechaban los ratones ni cualquier otro animal, y arrancaban de la tierra amontonada junto a los muros hierbas y raíces de todo tipo. Y como el enemigo había arado [14] la más pequeña porción de tierra cubierta de hierba que hubiera en la parte de fuera de las murallas, echaron semilla de nabos, de suerte que Aníbal exclamó: «¿Es que tendré que permanecer en Casilino hasta que nazcan?». Y él, [15] que hasta entonces no había querido oír hablar de negociación, se avino entonces, por fin, a tratar del rescate de los hombres libres. El precio convenido fue de siete onzas [16] de oro por cabeza. Después de recibir garantías, se rindieron, quedando prisioneros hasta que se hizo

efectivo el pago del oro en su totalidad, entonces fueron liberados con toda fidelidad. Esta versión es más veraz que la de que [17] se envió contra ellos a unos jinetes que les dieron muerte cuando se marchaban. En su mayoría eran prenestinos. De los quinientos setenta de que constaba la guarnición, menos de la mitad perecieron bajo el hierro o por hambre, los demás regresaron sanos y salvos a Preneste con su pretor [18] Marco Anicio, que antes había sido escriba. De ello daba testimonio una estatua suya, erigida en el foro de Preneste, con loriga, revestida con la toga, con la cabeza velada, con una inscripción grabada en una placa de bronce en la que se decía que Marco Anicio cumplía así una promesa votiva hecha por los soldados que habían estado de guarnición en Casilino. Idéntica inscripción estuvo colocada bajo las tres estatuas situadas en el templo de la Fortuna.

[20] La ciudad de Casilino les fue devuelta a los campanos, reforzada con una guarnición de setecientos soldados del ejército de Aníbal por temor a que fuese atacada por los [2] romanos en cuanto el cartaginés se retirase de ella. Un decreto del senado romano les concedió a los soldados prenestinos paga doble y exención por cinco años del servicio militar; se les hubiera concedido el derecho de ciudadanía en recompensa por su valor, pero no quisieron cambiar. [3] Más difusas son las noticias sobre la suerte de los perusinos, porque no quedó ningún testimonio de estos mismos ni decreto alguno de los romanos que la esclareciera.

[4] Por aquellas mismas fechas, los petelinos²⁴⁰, los únicos de entre los brucios que habían seguido siendo amigos de Roma, eran atacados no sólo por los cartagineses que ocupaban la zona, sino también por los demás brucios, por [5] haber tomado un partido distinto del suyo. Como no podían hacer frente a estos problemas, los petelinos enviaron a Roma embajadores a pedir una guarnición. Sus súplicas y lágrimas, pues cuando se les indicó que se las arreglaran por su cuenta se deshicieron en lamentos y llanto en el vestíbulo de la curia, movieron a profunda compasión a senadores y pueblo. Los senadores, cuando el pretor Marco [6] Emilio les pidió que se pronunciaran de nuevo, después de pasar revista a todas las fuerzas del imperio se vieron forzados a reconocer que ellos ya no significaban protección alguna para aliados tan lejanos y les mandaron volver a su patria y cuidar de sí mismos en adelante a tenor de las circunstancias del momento, después de haber cumplido hasta el final con el deber de la fidelidad. Cuando a [7] la vuelta se informó a los petelinos de esta embajada, su senado fue al instante presa de un abatimiento y un pánico tan profundos que se mostraban partidarios unos de huir a donde cada uno pudiera y abandonar la ciudad, y otros [8] de unirse a los demás brucios y por su mediación entregarse a Aníbal, en vista de que sus antiguos aliados los

habían dejado solos. Ganaron, sin embargo, los que se pronunciaron [9] a favor de que no se hiciese nada de forma precipitada o irreflexiva y se sometiera la cuestión a un nuevo debate. Abierto éste al día siguiente con mayor tranquilidad, los [10] nobles consiguieron que se trasladase todo lo que había en el campo y se asegurasen las murallas de la ciudad.

*Roma: cartas de Sicilia y Cerdeña. Problemas para cubrir las vacantes del
senado*

Más o menos por las mismas fechas [21] llegaron a Roma cartas de Sicilia y Cerdeña. Fue leída primero en el senado la que remitía desde Sicilia el propretor Tito Otacilio; decía que el pretor Publio [2] Furio había llegado a Lilibeo con su flota procedente de África; que éste, herido de gravedad, estaba entre la vida y la muerte; a los soldados y la marinería no se les daban en la fecha que corres— pondía ni la paga ni el trigo, y tampoco había de dónde [3] sacarlos; pedía encarecidamente que cuanto antes se efectuase el envío de ambas cosas, y que, si les parecía, le mandaran a uno de los nuevos pretores para sucederle. [4] Casi lo mismo, en lo que se refiere a la paga militar y al trigo, escribía desde Cerdeña el propretor Aulo Cornelio Mámula. Se les respondió a ambos que no había de dónde sacar el envío y se les recomendó que vieran la manera de atender por sí mismos a las necesidades de sus flotas [5] y sus ejércitos. Tito Otacilio envió embajadores a Hierón, colaborador inestimable del pueblo romano²⁴¹, y recibió la plata que precisaba para la paga, así como trigo para seis meses; Cornelio recibió en Cerdeña las aportaciones [6] generosas de las ciudades aliadas. Debido a la escasez de dinero que había también en Roma, a propuesta del tribuno de la plebe Marco Minucio fueron nombrados triúnviro mensarios²⁴² Lucio Emilio Papo, que había sido cónsul y censor²⁴³, Marco Atilio Régulo, que había sido cónsul por dos veces²⁴⁴, y Lucio Escribonio Libón, que [7] entonces era tribuno de la plebe. Nombrados también duúnviro, Marco y Gayo Atilio dedicaron el templo de la Concordia, prometido con voto²⁴⁵ por el pretor Lucio Manlio; se nombraron también tres pontífices, Quinto Cecilio Metelo, Quinto Fabio Máximo y Quinto Fulvio Flaco, para ocupar las plazas de Publio Escantinio, que había fallecido, del cónsul Lucio Emilio Paulo y de Quinto Elio Peto, caídos en la batalla de Cannas.

Los senadores, después de paliar, en la medida en que [22] la prudencia humana podía hacerlo, todo el deterioro que la mala suerte había producido con su racha de desastres, finalmente volvieron también la vista hacia sí mismos, [2] hacia la falta de

miembros de la curia y el escaso número de asistentes a la asamblea pública. En efecto, desde la [3] censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio no se habían elegido senadores, siendo así que las batallas adversas y además los avatares de cada cual a lo largo de cinco años se habían llevado a tan elevado número de miembros del senado. El pretor Marco Emilio, pues el dictador había [4] partido ya para el frente después de la pérdida de Casilino, sometió dicho tema a deliberación a petición de todos, y entonces Espurio Carvilio, después de lamentarse en un largo discurso de la falta de senadores y de la escasez incluso de ciudadanos entre los que elegir para senadores, dijo que para completar el senado y estrechar más los [5] lazos entre los pueblos latinos y el pueblo romano, aconsejaba con todo énfasis que se les concediera la ciudadanía romana a dos senadores —los que acordase el senado romano— de cada uno de los pueblos latinos, y a continuación, que se los eligiera para ocupar en el senado la plaza de los fallecidos. La reacción de los senadores al [6] oír esta propuesta fue tan negativa como ante la petición de los propios latinos hecha tiempo atrás²⁴⁶; una oleada [7] de indignación recorrió toda la curia; especialmente Tito Manlio decía que aún quedaba un hombre de la misma raza del cónsul²⁴⁷ que en otros tiempos había amenazado en el Capitolio con que él, con sus propias manos, latino que viese en la curia, latino que mataría; Quinto Fabio [8] Máximo dijo que jamás en el senado se había tocado un tema en un momento menos oportuno: cuando los ánimos de los aliados estaban en suspenso y su lealtad era tan poco firme, se lanzaba aquella propuesta que podía soliviantarlos [9] más aún; aquella temeraria voz de un solo hombre había que ahogarla en el silencio de todos, y si en alguna ocasión había habido en la curia algo que por arcano y sagrado debía ser callado, aquella propuesta más que ninguna otra cosa había que ocultarla, esconderla, olvidarla, darla por no pronunciada. Se eliminó así cualquier alusión a aquel punto.

[10] Se acordó que se nombraría dictador a alguien que antes hubiera sido censor, y que fuese el excensor más anciano de los que aún vivían, para escoger senadores, y se hizo venir al cónsul Gayo Terencio a fin de nombrar dictador. [11] Regresó éste a Roma desde Apulia a marchas forzadas, dejando allí una guarnición, y la noche siguiente, como era costumbre, por decreto del senado nombró dictador por seis meses a Marco Fabio Buteón, sin jefe de la caballería.

[23] Cuando el dictador subió a la tribuna rostral acompañado de los lictores dijo que no estaba de acuerdo con [2] que hubiera dos dictadores al mismo tiempo, cosa que nunca había ocurrido anteriormente, ni con que hubiera un dictador sin jefe de la caballería, ni con que se le concediera la potestad censoria a una sola persona, y a la misma por segunda vez, ni con que se le confiriera la autoridad suprema por seis meses a

un dictador salvo en caso de ser [3] nombrado para dirigir la guerra. Él pondría límite a unas medidas que el azar o el imperativo de las circunstancias había desmesurado; no pensaba, en efecto, remover del senado a ninguno de los elegidos para senadores por los [4] censores Gayo Flaminio y Lucio Emilio; ordenaría que se transcribieran y se leyeran únicamente los nombres de éstos, para que no dependiera de una sola persona el juicio definitivo acerca del buen nombre y las costumbres de un senador; iba a cubrir las vacantes de los fallecidos de forma que se viera que tenía preferencia un estamento social sobre otro, no una persona sobre otra. Se leyeron los [5] nombres de los antiguos senadores y a continuación escogió para ocupar el puesto de los fallecidos primero a los que habían desempeñado una magistratura curul con posterioridad a la censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio y que aún no habían sido promovidos a senadores de acuerdo con la antigüedad de su nombramiento; luego seleccionó [6] a los que habían sido ediles, tribunos de la plebe o cuestores; después, de entre quienes hubieran ocupado magistraturas menores²⁴⁸, a los que tuvieran colgados en sus casas despojos enemigos o hubieran recibido una corona cívica. Elegidos, así, ciento setenta y siete senadores con general [7] aprobación, dimitió al instante de su cargo y bajó de la tribuna rostral como simple particular después de despedir a los lictores y se confundió entre la multitud de los que [8] se dedicaban a sus asuntos privados, haciendo así tiempo a propósito, para no sacar del foro a la población si quería acompañarlo hasta su casa. A pesar de aquella demora, sin embargo, no decayó el interés de la gente, y lo acompañaron en masa a su domicilio. El cónsul regresó al [9] frente aquella misma noche sin ponerlo en conocimiento del senado, para que no le obligaran a quedarse en Roma para los comicios.

Al día siguiente, el senado, consultado por el pretor [24] Marco Pomponio, decidió que se le escribiera al dictador²⁴⁹ para que viniera, si lo consideraba conforme con los intereses de la república, para la elección de cónsules sustitutos, y que lo acompañara el jefe de la caballería y el pretor [2] Marco Marcelo, con el objeto de que los senadores pudieran conocer, con ellos delante, cuál era la situación de la república y tomaran las medidas requeridas por las circunstancias. Todos estos cuya presencia se había reclamado se presentaron, dejando legados al mando de las legiones. [3] El dictador habló de sí mismo en términos comedidos y sin extenderse mucho, atribuyó en gran medida la gloria al jefe de la caballería, Tiberio Sempronio Graco, y fijó la fecha de los comicios, en los que resultaron elegidos cónsules²⁵⁰ Lucio Postumio por tercera vez²⁵¹ ausente, que entonces tenía el mando de la provincia de la Galia, y Tiberio Sempronio Graco, que era entonces jefe de la caballería [4] y edil curul. Inmediatamente después

fueron nombrados pretores Marco Valerio Levino por segunda vez, Apio Claudio Pulcro, Quinto Fulvio Flaco y Quinto Mucio [5] Escévola. Después de la elección de los magistrados, el dictador regresó al frente a Teano²⁵², a los cuarteles de invierno, dejando en Roma al jefe de la caballería a fin de que pudiera consultar al senado sobre reclutamiento y preparación de ejércitos para el año siguiente, puesto que de allí a pocos días iba a entrar en funciones.

*Desastre militar en la Galia; pero Roma decide dar prioridad a la guerra
con Aníbal*

Precisamente mientras se daban estos [6] pasos llegaron noticias de un nuevo desastre, pues aquel año la mala suerte los acumulaba uno sobre otro: Lucio Postumio, el cónsul electo, y su ejército habían sido aniquilados en la Galia. Había [7] una extensa selva, que los galos llamaban Lítana²⁵³, por donde iba a cruzar con su ejército. A izquierda y derecha en torno al camino los galos cortaron los árboles de esta selva de tal forma que si no se los tocaba se mantenían de pie, pero si se les daba un ligero impulso se venían abajo. Postumio tenía dos legiones romanas [8] y había alistado en la vertiente del mar Adriático tantos aliados que metió en los campos enemigos veinticinco mil hombres armados. Los galos se habían apostado alrededor [9] de la entrada del bosque y, cuando la columna se internó en la selva, empujaron los árboles cortados que estaban más hacia fuera; al desplomarse éstos, unos sobre otros, no pudiendo resistir el impulso por estar mal asegurados, cayeron a ambos lados y sepultaron armas, hombres y caballos, hasta el punto que apenas si se salvaron diez hombres, pues la mayoría sucumbieron asfixiados bajo los troncos [10] de los árboles y las ramas rotas, y el grupo restante, en pleno desconcierto ante aquella inesperada circunstancia, fue liquidado por los galos armados que rodeaban todo el contorno de la selva, y de tantos como eran solamente fueron hechos prisioneros unos pocos que se dirigieron al puente de un río y fueron interceptados por los enemigos que previamente habían bloqueado dicho puente. Allí sucumbió [11] Postumio, batiéndose con todas sus fuerzas para no caer prisionero. Los boyos, entre ovaciones, llevaron los despojos del cadáver y la cabeza cortada del general al templo que entre ellos era objeto de mayor veneración. [12] Luego, vaciando la cabeza según su costumbre, cincelaron en oro el cráneo y lo utilizaban como vaso sagrado para hacer libaciones en las solemnidades y servía al mismo tiempo de copa al sacerdote y los rectores de los templos. [13] Los galos obtuvieron también un botín tan importante como la victoria, pues aunque gran parte de los animales habían sido aplastados al desplomarse los árboles, sin embargo los demás objetos de valor, como no

se produjo dispersión ninguna por huir, fueron hallados esparcidos por el suelo todo a lo largo de la columna abatida.

[25] Al recibirse la noticia de este desastre cundió el pánico en la ciudad durante muchos días, hasta tal punto que se cerraron las tiendas, la ciudad quedó desierta como si fuera [2] de noche y el senado encargó a los ediles recorrer la ciudad y ordenar que se abriesen las tiendas y eliminar de las calles las manifestaciones de abatimiento público. Después, Tiberio Sempronio reunió al senado²⁵⁴, confortó a [3] los senadores y los animó a que no se desalentaran ante contratiempos menos importantes, ellos que no se habían dejado abatir por el desastre de Cannas; que, por lo que se refería al enemigo cartaginés y a Aníbal, sólo con que [4] las cosas salieran tan bien como esperaba, se podía obviar sin peligro la guerra de la Galia y dejarla para más adelante; que ya tendrían los dioses y el pueblo romano ocasión de vengarse de aquella mala pasada; era la cuestión del enemigo cartaginés y de los ejércitos con que afrontar esta [5] guerra la que debían debatir y discutir. Primero hizo él una exposición detallando cuántos soldados de infantería y cuántos de caballería, cuántos ciudadanos y cuántos aliados había en el ejército del dictador; después, hizo Marcelo una exposición de conjunto sobre sus tropas. Se pidió [6] a los entendidos que explicaran qué efectivos había en Apulia con el cónsul Gayo Terencio, y no se encontraba la forma de sacar dos ejércitos consulares lo bastante fuertes para una guerra de semejante calibre. En vista de ello se acordó dejar de lado la Galia por aquel año, a pesar del aguijón de una legítima cólera. Se le asignó por decreto al cónsul el ejército del dictador. En cuanto al ejército [7] de Marcelo, se acordó trasladar a Sicilia a los que hubieran huido en Cannas, y que militasen allí mientras durase la guerra en Italia. Asimismo se acordó que fueran también [8] allí confinados los soldados más débiles de las legiones del dictador, sin fijar más plazo para su servicio de armas que el establecido por las leyes. Un decreto asignó dos legiones [9] urbanas al otro cónsul, al que resultara elegido para reemplazar a Lucio Postumio, y se acordó nombrarlo en cuanto fuera posible respetando los auspicios; se haría venir [10] de Sicilia, además, cuanto antes, a las dos legiones, y el cónsul al que hubiesen correspondido las legiones urbanas tomaría de aquéllas los soldados que fuera preciso; al cónsul [11] Gayo Terencio se le prorrogaría el mando por un año y no se le reducirían los efectivos que tenía para defender la Apulia.

La guerra en Hispania: Asdrúbal contra los tartesios

Mientras en Italia ocurrían estos hechos [26] y se hacían estos preparativos, la guerra en Hispania²⁵⁵ no decaía en absoluto, si bien hasta entonces los resultados eran

mejores para los romanos. Publio y Gneo [2] Escipión se habían repartido las tropas de forma que Gneo llevaba la dirección de las operaciones de tierra y Publio de las navales. Asdrúbal, el general de los cartagineses, no confiaba demasiado en sus fuerzas de tierra ni de mar, se mantenía lejos del enemigo, protegido por la distancia y la posición, hasta que después de protestar de forma insistente y durante largo tiempo, le fue enviado desde África un refuerzo de cuatro mil hombres de a pie y quinientos [3] de a caballo. Entonces, recobrada al fin la confianza, traslada su campamento más cerca del enemigo y ordena a su vez que se equipe y prepare la flota para defender [4] las islas y la costa. Precisamente cuando impulsaba la reactivación de las operaciones, se vio muy afectado por la defección de los prefectos de las naves; éstos, a raíz de su abandono de la flota en el Ebro a causa del pánico, habían sido recriminados con dureza, y a partir de entonces nunca habían sido muy de fiar ni para el general ni [5] para los intereses de Cartago. Estos sublevados habían suscitado una insurrección entre los tartesios²⁵⁶, y por instigación suya se habían rebelado unas cuantas ciudades, incluso una de ellas la habían tomado por la fuerza.

[6] Se dirigió la guerra contra el pueblo tartesio en vez de los romanos, y Asdrúbal penetró en territorio enemigo con su ejército en son de guerra y decidió atacar a Calbo, famoso jefe de los tartesios, que estaba acampado con un fuerte ejército delante de las murallas de la ciudad, tomada [7] pocos días antes. Consiguientemente, envió por delante a la infantería ligera para atraer al enemigo a combate, y una parte de la caballería la mandó a saquear los campos en todas direcciones y a echar mano a los enemigos desperdigados. [8] A un mismo tiempo había conmoción en el campamento y fuga y muertes a través de los campos; más tarde fueron todos a refugiarse al campamento por diferentes rutas desde todas partes, y de pronto desapareció el pánico que los embargaba, de forma tal que tuvieron coraje suficiente no ya para defender las fortificaciones, sino incluso para combatir hostigando al enemigo. Salen, [9] pues, bruscamente del campamento en columna, danzando según su costumbre, y su inesperado golpe de audacia infunde pánico a un enemigo que poco antes era el que llevaba la iniciativa del ataque. La consecuencia fue que por [10] una parte el propio Asdrúbal llevó sus tropas hacia lo alto de una colina bastante pendiente, protegida además por un río que cruzaba por delante, y por otra parte fue también aquél el punto de retirada de la infantería ligera y la caballería que andaba dispersa, y como incluso la colina y el río le ofrecían pocas garantías, fortificó el campamento con una empalizada. En estas alternativas del pánico [11] se entablaron algunos combates, y no estuvo el jinete nómada a la altura del hispano ni el tirador moro a la del soldado armado de *caetra*, igual en rapidez pero bastante

superior en fortaleza moral y física.

Como no eran capaces de atraer al combate a los [27] cartagineses a pesar de permanecer plantados delante de su campamento ni era cosa fácil el asalto del campamento, tomaron al asalto la ciudad de Ascu²⁵⁷, donde Asdrúbal [2] había concentrado el trigo y demás provisiones al internarse en territorio enemigo, y se apoderaron de todo el territorio de los alrededores. Pero ya no había autoridad alguna capaz de contenerlos ni durante la marcha ni en el campamento. Cuando Asdrúbal se enteró de que los éxitos, [3] como suele ocurrir, habían desencadenado esta indisciplina, exhortó a sus hombres a que atacasen a los que andaban dispersos sin guardar la formación, y bajando de la colina se dirigió directamente al campamento en formación [4] de combate. Los que ocupaban puestos de observación y de guardia llegaron corriendo atropelladamente anunciando [5] su presencia, y se gritó «¡a las armas!». A medida que cada uno iba empuñando sus armas, sin mando, sin atender a una señal, sin formación, sin orden, corrían a la lucha. Se habían enzarzado ya en la pelea los primeros cuando otros corrían en tropel y otros aún no habían salido [6] del campamento. A pesar de todo, al principio su misma audacia asustó al enemigo; después, al atacar aislados a los que estaban en formación cerrada, como la escasez numérica les ofrecía poca seguridad, se buscaban unos a otros con la mirada y, presionados por todas partes, formaban [7] el círculo; juntando espalda contra espalda y arma con arma, forzados a apretarse más, como apenas si tenían espacio para mover las armas, envueltos en cordón por el enemigo fueron cayendo hasta bien entrado el día; [8] una pequeña parte se abrió paso y se dirigió a los bosques y las montañas. En un movimiento de pánico similar quedó abandonado el campamento y al día siguiente se rindió todo aquel pueblo.

[9] Pero no se atuvo por mucho tiempo a lo acordado, pues inmediatamente después llegó de Cartago la orden de que Asdrúbal llevara su ejército a Italia cuanto antes, y la difusión de esta noticia por Hispania hizo que prácticamente [10] todos se inclinaran hacia los romanos. En vista de ello, Asdrúbal envió a Cartago inmediatamente una carta señalando el grave daño que había ocasionado la noticia de su partida, y que si de verdad se marchaba de allí, antes de que cruzara el Ebro, Hispania pertenecería a los romanos, [11] pues aparte del hecho de que no tenía ni guarnición ni jefe que dejar en su lugar, los generales romanos eran de tal categoría que apenas si se les podía resistir en igualdad de fuerzas; que, por consiguiente, si en algo les preocupaba [12] Hispania, enviaran a alguien para sucederle con un poderoso ejército; aun en caso de que a éste le saliera todo bien, no le iba a resultar falto de actividad su cometido.

Asdrúbal prepara la marcha a Italia y sufre una derrota cerca del Ebro

Aunque al principio esta carta causó [28] una viva impresión en el senado, sin embargo, puesto que era primero y más importante el prestar atención a Italia, no se produjo ninguna modificación en lo concerniente a Aníbal y sus tropas; se [2] envió a Himilcón con un ejército regular y una flota reforzada, para conservar y defender Hispania por tierra y mar. Cuando éste hizo la travesía con las [3] tropas de mar y tierra y atrincheró el campamento, y sacó las naves a tierra y las rodeó de una empalizada, él, con unos jinetes escogidos, acelerando la marcha cuanto podía llegó hasta Asdrúbal a través de pueblos poco de fiar o claramente hostiles, sin descuidar la guardia ni por un instante. Informó de los decretos e instrucciones del senado [4] y él a su vez recibió explicaciones sobre cómo conducir la guerra en Hispania; desanduvo el camino de vuelta a su campamento, radicando su seguridad en la rapidez más que en ninguna otra cosa, porque ya se había marchado de todas partes antes de que se pusieran de acuerdo. Asdrúbal, antes de levantar el campamento, pidió dinero [5] a todos los pueblos que le estaban sometidos, pues sabía [6] perfectamente que Aníbal había comprado con dinero el paso por algunos territorios, y que sólo mediante pago había conseguido las tropas auxiliares galas, y que si hubiera emprendido sin recursos una marcha tan larga, difícilmente habría llegado hasta los Alpes. Recogido, pues, el dinero a toda prisa, descendió hacia el Ebro.

[7] Cuando los romanos fueron informados de los decretos de Cartago y la marcha de Asdrúbal, los dos generales²⁵⁸, interrumpiendo cualquier otra tarea, reunieron sus tropas y se dispusieron a atajar sus planes y cerrarle el paso, [8] convencidos de que, si Asdrúbal y el ejército que estaba en Hispania se unían a Aníbal, al que apenas si podía Italia resistir por sí solo como enemigo, aquél iba a ser el [9] final del imperio romano. Con la inquietud de estas preocupaciones reúnen sus tropas junto al Ebro y, una vez cruzado el río, después de deliberar largamente si acamparían frente al campamento de Asdrúbal o si les bastaría con atacar a los aliados de los cartagineses para que el [10] enemigo demorara la marcha que tenía prevista, se disponen a atacar la ciudad más opulenta entonces de aquella comarca, ciudad llamada Hibera²⁵⁹ por el río que tenía [11] cerca. Cuando Asdrúbal lo supo, en vez de llevar ayuda a sus aliados marchó a atacar a su vez una ciudad que [12] se había entregado a los romanos recientemente. De esta forma, los romanos interrumpieron el asedio que había comenzado ya y la guerra se dirigió contra el propio Asdrúbal.

[29] Durante unos pocos días mantuvieron los campamentos a una distancia de

cinco millas, sin que faltaran las escaramuzas [2] pero sin salir al campo de batalla. Por fin, precisamente el mismo día, como si se hubieran puesto de acuerdo, se dio por ambas partes la señal de combate y [3] descendieron a la llanura con todas sus tropas. El frente romano se formó con tres líneas. Parte de los vélites fue situada entre los que combatían delante de las enseñas, y a los otros se les hizo sitio detrás de las enseñas; la caballería cubrió las alas. Asdrúbal dio solidez con los hispanos [4] al centro del ejército; en las alas situó a los cartagineses en la derecha y a los africanos y tropas mercenarias auxiliares en la izquierda; los jinetes los colocó delante de las alas, los númidas al lado de los cartagineses de infantería y los demás al lado de los africanos. Pero no situó en [5] el ala derecha a todos los númidas, sino a los que, como los acróbatas, llevaban dos caballos y tenían por costumbre saltar armados del caballo cansado al fresco, muchas veces en lo más encarnizado de la pelea: tal era su agilidad y tal la docilidad de los caballos de aquella raza. Mientras [6] estaban formados de este modo, no eran muy dispares las esperanzas de los generales de uno y otro lado, pues la verdad es que ni unos ni otros llevaban ventaja en cuanto al número o la calidad de sus soldados, pero la disposición de ánimo de éstos era muy diferente. En efecto, aunque [7] combatían lejos de su patria, a los romanos los habían convencido sin dificultad sus jefes de que ellos luchaban por Italia y por la ciudad de Roma; por eso, como si el regreso a la patria se decidiera en aquella batalla, estaban firmemente decididos a vencer o morir. Menos resueltos [8] estaban los combatientes con que contaba el otro ejército, pues en su inmensa mayoría eran hispanos, que preferían ser vencidos en Hispania a vencer y ser arrastrados a Italia. Así pues, al primer choque, cuando apenas se habían lanzado [9] las jabalinas, el centro de su ejército retrocedió, y al echárseles encima los romanos con gran empuje, volvieron la espalda. No fue menos enconada la batalla en las alas. Por un lado aprietan los cartagineses, por otro los [10] africanos, y como si los tuvieran envueltos combaten presentando un frente por cada lado; pero como el ejército [11] romano estaba ya agrupado en el centro, tuvo fuerzas suficientes [12] para mantener apartadas las alas enemigas. Había así dos frentes de combate en puntos diferentes. En uno y otro se impusieron con claridad los romanos, que eran superiores en número y fuerza puesto que anteriormente [13] habían rechazado el centro enemigo. Hubo allí mismo un número muy elevado de bajas, y si los hispanos no se hubieran desbandado huyendo de aquella forma nada más iniciarse el combate, habrían sobrevivido muy pocos de [14] todo aquel ejército. Lucha a caballo no hubo en absoluto porque los moros y los númidas, en cuanto vieron que el centro de la formación cedía, emprendieron inmediatamente una fuga precipitada y dejaron las alas desguarnecidas, llevándose [15] incluso por delante a los

elefantes. Asdrúbal, por su parte, esperó hasta que el resultado de la batalla se decantó de forma definitiva y huyó con unos pocos hombres en medio de la carnicería. Los romanos tomaron el [16] campamento y lo saquearon. Esta batalla indujo a pasarse a los romanos a los que dudaban aún en Hispania, si es que alguno quedaba, y dejó²⁶⁰ a Asdrúbal sin esperanzas no ya de trasladar a Italia sus ejércitos, sino incluso de [17] permanecer en Hispania con garantías suficientes. Cuando estos acontecimientos se hicieron de dominio público en Roma por una carta de los Escipiones, más que la victoria era motivo de alegría el hecho de haber impedido el paso de Asdrúbal a Italia.

Movimientos de tropas

[30] Mientras ocurrían estos hechos en Hispania, en el Brucio un lugarteniente de Aníbal, Himilcón, tomó Petelia al asalto algunos meses después de haberse iniciado [2] el asedio. Aquella victoria les costó a los cartagineses mucha sangre y heridas y a los sitiados los rindió el hambre en mayor medida que la fuerza. Una vez agotadas, en efecto, las provisiones de productos [3] de la tierra y de carne de todo tipo de animales, de la que se suele consumir y de la que no, al final vivieron de cueros y hierbas y raíces y cortezas tiernas y hojas recién arrancadas, y no se llevó a cabo el asalto hasta que [4] les faltaron las fuerzas para mantenerse erguidos sobre los muros y sostener el peso de las armas. Tomada Petelia, [5] el cartaginés trasladó sus tropas a Consencia²⁶¹, que se defendió con menos tenacidad y en cosa de unos pocos días se le rindió. También, casi por las mismas fechas, [6] un ejército de los brucios puso cerco a Crotona²⁶², ciudad griega muy rica en hombres y armas en otros tiempos, pero tan afectada entonces por numerosos y graves desastres, que le quedaban menos de dos mil ciudadanos, contando a los de todas las edades. Por eso los enemigos se apoderaron [7] con facilidad de la ciudad desprovista de defensores; sólo quedó en su poder la ciudadela, a donde fueron a refugiarse unos pocos huyendo en plena matanza en medio de la confusión de la toma de la ciudad. También se [8] pasaron a los brucios y cartagineses los locrenses, traicionando al pueblo los ciudadanos principales. Los de Regio²⁶³ [9] fueron los únicos de aquella comarca que se mantuvieron fieles a los romanos e independientes hasta el final. Esta misma tendencia llegó también a Sicilia y ni siquiera [10] la casa de Hierón se vio libre del todo de la rebelión. [11] Efectivamente, Gelón, el primogénito, no respetando ni la ancianidad de su padre ni la alianza con Roma posterior a la batalla de Cannas, se pasó a los cartagineses, y habría [12] revolucionado Sicilia si, cuando estaba armando a las masas e instigando a los aliados, no se lo hubiera llevado una muerte tan oportuna que

hasta su padre se vio salpicado [13] por las sospechas. Éstos fueron los hechos ocurridos aquel año²⁶⁴, con suerte diversa, en Italia, África, Sicilia e Hispania.

Al finalizar el año, Quinto Fabio Máximo pidió al senado autorización para dedicar el templo de Venus Ericina [14] que había prometido con voto siendo dictador. El senado decretó que Tiberio Sempronio, cónsul electo, en cuanto entrase en funciones de su cargo propusiese al pueblo que Quinto Fabio fuese uno de los duúnviro para la dedicación [15] del templo. También, en honor de Marco Lépidio, que había sido dos veces cónsul y augur, tres hijos suyos, Lucio, Marco y Quinto, ofrecieron tres días de juegos fúnebres [16] en el foro y veintidós parejas de gladiadores. Los ediles curules Gayo Letorio y Tiberio Sempronio Graco, el cónsul electo, que durante su mandato de edil había sido jefe de la caballería, hicieron unos Juegos Romanos, que [17] se renovaron durante tres días. Los Juegos Plebeyos de los ediles Marco Aurelio Cotta y Marco Claudio Marcelo fueron reiniciados por tres veces.

[18] Transcurrido el tercer año de la guerra púnica, el cónsul Tiberio Sempronio tomó posesión de su cargo el quince de marzo. En cuanto a los pretores, a Quinto Fulvio Flaco, que antes había sido cónsul²⁶⁵ y censor, le correspondió en suerte la jurisdicción urbana y a Marco Valerio Levino la de los extranjeros; Sicilia le tocó en suerte a Apio Claudio Pulcro, y Cerdeña a Quinto Mucio Escévola. El pueblo confirió a Marco Marcelo autoridad consular, [19] porque desde la derrota de Cannas era el único general romano que había operado con éxito en Italia.

El senado, el primer día que celebró sesión, acordó [31] que aquel año se impusiese tributo doble y que se recaudase la mitad de forma inmediata, para abonar en el acto [2] su paga a todos los soldados, exceptuados los que habían combatido en Cannas. Por lo que se refiere a los ejércitos, [3] se dispuso que el cónsul Tiberio Sempronio señalase una fecha a las dos legiones urbanas para que se concentrasen en Cales; de allí serían conducidas dichas legiones al campamento de Claudio más allá de Suésula²⁶⁶; que las legiones [4] que había allí, y que pertenecían casi en su totalidad al ejército de Cannas, las trasladase a Sicilia el pretor Apio Claudio Pulcro, y que fuesen trasladadas a Roma las que estaban en Sicilia. Se envió a Marco Claudio Marcelo a [5] hacerse cargo del ejército al que se había señalado fecha para concentrarse en Cales, y también recibió instrucciones de llevar las legiones urbanas hasta el campamento de Claudio. Para hacerse cargo del ejército veterano y llevarlo de [6] allí a Sicilia, Apio Claudio envió al legado Tito Mecilio Crotón. Los senadores en un principio se mantuvieron, [7] sin intervenir, a la espera de que el cónsul convocase los comicios para la elección de un colega; después, cuando vieron que se mantenía alejado a Marco Marcelo, parecía que a

propósito, siendo así que ellos querían por encima de todo que fuese nombrado cónsul para aquel año por su sobresaliente actuación durante su mandato de pretor, [8] estallaron los murmullos en la curia. El cónsul, al percatarse de ello, dijo: «Los intereses del Estado exigían, padres conscriptos, dos cosas: que Marco Claudio se fuera a la Campania para efectuar el cambio de ejércitos, y que no se convocasen los comicios hasta que él regresase de allí después de cumplimentar la misión que se le ha encomendado, con el objeto de que vosotros tuvierais el cónsul que las circunstancias de la república requieren, el que [9] vosotros queréis por encima de todo». De esta forma, hasta que Marcelo regresó no se habló de comicios. Entre tanto, Quinto Fabio Máximo y Tito Otacilio Craso fueron nombrados duúnviro para la dedicación de los templos: Otacilio el de la Razón, y Fabio el de Venus Ericina. Se encuentran ambos en el Capitolio, separados únicamente [10] por un canal. También se presentó al pueblo la propuesta de dar la ciudadanía romana a los trescientos jinetes campanos que habían llegado a Roma después de cumplir fielmente el servicio militar en Sicilia, considerándolos asimismo ciudadanos de Cumas²⁶⁷ desde la víspera del día en que el pueblo campano se había separado del pueblo [11] romano. Lo que más había influido en la presentación de esta propuesta era la circunstancia de que ellos mismos confesaban ignorar a qué clase de ciudadanos pertenecían, al haber dejado su antigua patria²⁶⁸ y no haber sido reconocidos aún en aquella a la que habían llegado de vuelta²⁶⁹. Al regresar Marcelo del frente, se convocan los comicios [12] para la elección de un único cónsul que reemplace a Lucio Postumio. Por abrumadora mayoría resulta elegido Marcelo, [13] para ocupar el cargo de forma inmediata. Como sonó un trueno cuando estaba tomando posesión como cónsul, se convocó a los augures y declararon que en su opinión se había producido una irregularidad en el nombramiento, y los senadores andaban propalando el rumor de que los dioses no veían con buenos ojos el hecho de que se hubiese elegido cónsules a dos plebeyos, cosa que ocurría entonces por primera vez. Cuando Marcelo renunció [14] al cargo, en su lugar fue elegido, por tercera vez, Quinto Fabio Máximo.

Aquel año el mar despidió llamas; en Sinuesa una [15] vaca parió un potro; en Lanuvio, en el templo de Juno Salvadora, manó sangre de unas estatuas, y llovieron piedras en los alrededores de dicho templo: por esta lluvia se celebró un novenario sacro como de costumbre; los demás portentos fueron expiados debidamente.

Los cónsules se repartieron los ejércitos. A Fabio le [32] tocó el de Teano, mandado anteriormente por el dictador Marco Junio; a Sempronio le fueron asignados por decreto los esclavos voluntarios que había en Teano y veinticinco mil aliados, y al pretor Marco Valerio las legiones que [2] habían retornado de Sicilia; Marco Claudio fue enviado con

atribuciones de cónsul al ejército que defendía Nola, por encima de Suésula. Los pretores marcharon a Sicilia y Cerdeña. Los cónsules publicaron una disposición en el [3] sentido de que siempre que convocasen al senado, los senadores y los que tenían derecho a exponer su parecer ante el senado se reunieran en la puerta Capena. Los pretores [4] a cuyo cargo estaba la administración de la justicia situaron sus tribunales junto al estanque público, disponiendo que se efectuaran allí las comparecencias, y allí se administró justicia durante aquel año.

[5] Entre tanto, en Cartago, desde donde Magón, el hermano de Aníbal, se disponía a cruzar Italia con doce mil hombres de infantería y mil quinientos de caballería, veinte elefantes y mil talentos de plata, con una escolta de sesenta [6] naves de guerra, se recibió la noticia de la derrota de Hispania y de que casi todos los pueblos de dicha provincia [7] se habían pasado a los romanos. Algunos se mostraban partidarios de dirigir hacia Hispania a Magón con las tropas y la flota mencionada, dejando Italia de lado, cuando de repente brilló un rayo de esperanza de recuperar [8] Cerdeña: el ejército romano que había allí era reducido; el antiguo pretor, Aulo Cornelio, buen conocedor de la provincia, la abandonaba y era esperado otro nuevo; [9] los sardos, por otra parte, estaban ya cansados de la larga duración de su sometimiento a Roma²⁷⁰, y el año anterior se había ejercido sobre ellos una dominación cruel y codiciosa, abrumándolos con gravosos impuestos y con una desmedida contribución de trigo; lo único que les faltaba [10] era un jefe al que pasarse. Esta información confidencial había sido transmitida por intermedio de los ciudadanos más importantes, siendo el principal instigador de la operación Hampsícora, la persona de mayor influencia y [11] poder por aquel entonces. Alarmados y al mismo tiempo entusiasmados con estas noticias, envían a Hispania a Magón [12] con su flota y sus tropas; para dirigir las operaciones en Cerdeña eligen a Asdrúbal y le asignan un volumen de efectivos casi como el de Magón.

[13] En Roma los cónsules habían hecho todo lo que había que hacer en la ciudad y se ocupaban ya de la guerra. Tiberio Sempronio fijó la fecha en que los movilizados [14] debían concentrarse en Sinuesa, y Quinto Fabio, previa consulta al senado, mandó que trasladasen todos el trigo desde los campos a las plazas fuertes antes del próximo primero de junio: que si alguien no lo hacía, arrasaría sus [15] tierras de labor, vendería en subasta sus esclavos y prendería fuego a sus caseríos. Ni siquiera los pretores, nombrados para administrar justicia, quedaron al margen de la gestión de la guerra. Se acordó que el pretor Valerio [16] fuera a la Apulia a hacerse cargo del ejército de Terencio, que cuando llegasen las legiones procedentes de Sicilia se las emplease preferentemente en la defensa de aquella zona, y que el ejército de Terencio fuera

enviado a Tarento con alguno de los legados, asignándole además veinticinco [17] naves para la protección de las costas entre Brundisio²⁷¹ y Tarento. Igual número de naves se le asignó al pretor [18] urbano Quinto Fulvio para la defensa de las costas cercanas a Roma. Al procónsul Gayo Terencio se le confió la [19] tarea de reclutar tropas en el Piceno y proteger dicha zona. Y Tito Otacilio Craso, después de dedicar el templo de la [20] Razón en el Capitolio, fue enviado a Sicilia con plenos poderes para tomar el mando de la flota.

Pasos para un pacto entre Aníbal y Filipo de Macedonia

Esta confrontación entre los dos pueblos [33] más poderosos de la tierra centraba la atención de todos los reyes y todas las naciones, entre ellos Filipo, rey de Macedonia, [2] de forma especial por su mayor proximidad a Italia, de la que únicamente lo separaba el mar Jónico. Éste, nada más tener noticias de que Aníbal [3] había cruzado los Alpes, por una parte se alegró de que hubiera estallado la guerra entre romanos y cartagineses, pero por otra había tenido dudas sobre cuál de los dos pueblos prefería que venciera, dada la incertidumbre sobre [4] las fuerzas con que contaban. Pero cuando hubo tres batallas y tres victorias de los cartagineses, se puso del lado de la fortuna y envió embajadores a Aníbal; éstos, evitando los puertos de Brundisio y Tarento porque estaban sometidos a la vigilancia de las naves romanas, desembarcaron [5] cerca del templo de Juno Lacinia²⁷². Cuando se dirigían de allí a Capua atravesando la Apulia, se metieron de lleno en una guarnición romana y fueron conducidos a presencia del pretor Valerio Levino, acampado en las [6] cercanías de Luceria. Entonces Jenófanes, portavoz de la embajada, sin perder la serenidad, dijo que lo enviaba el rey Filipo para establecer una alianza de amistad con el pueblo romano, y que traía un comunicado para los cónsules, [7] el senado y el pueblo romano. El pretor, muy contento con la perspectiva de la nueva alianza con un rey tan famoso en plena defección de los aliados antiguos, dispensó a los enemigos una grata acogida, como si fueran [8] huéspedes. Les asigna una escolta, les explica cuidadosamente el itinerario, y les indica qué localidades y qué pasos [9] están en poder de los romanos o de los enemigos. Jenófanes llegó hasta la Campania cruzando las posiciones romanas, y desde allí, por el camino más corto, hasta el campamento de Aníbal, ajustando con él un tratado de [10] amistad en los siguientes términos: el rey Filipo con la flota más grande que le fuera posible —y parecía estar en condiciones de reunir doscientas naves— pasaría a Italia, devastaría la costa y haría por su propia cuenta la guerra por tierra y por mar; finalizada la guerra, Italia entera, [11] incluida la propia ciudad de Roma, pasaría a poder de Aníbal y los cartagineses, y el botín le sería cedido a

Aníbal en su totalidad; sometida Italia por completo, los cartagineses [12] zarparían para Grecia y harían la guerra contra quienes quisiera el rey; las ciudades del continente y las islas del contorno de Macedonia serían para Filipo y su reino.

Tales fueron, aproximadamente, los términos del acuerdo [34] suscrito entre el general cartaginés y los diputados de los macedonios; éstos, acompañados de Gisgón, Bostar y [2] Magón, enviados como comisionados para recibir del propio rey la confirmación del compromiso, llegaron hasta las inmediaciones del santuario de Juno Lacinia, al sitio donde se encontraba la nave oculta en un fondeadero. Partieron de allí, y cuando iban rumbo a alta mar, fueron [3] avistados por la flota romana que patrullaba las costas de Calabria, y Valerio Flaco envió unas embarcaciones [4] ligeras a dar caza a la nave y traerla de vuelta. Al principio, los enviados del rey intentaron huir; luego, cuando se dieron cuenta de que les ganaban en velocidad, se entregaron a los romanos; llevados a presencia del comandante de la flota, cuando éste les preguntó quiénes eran, de dónde [5] venían y a dónde se dirigían, Jenófanes repitió la mentira que tan buen resultado le había dado ya la primera vez y dijo que Filipo le había enviado a Roma, que el único hasta el que había podido llegar sin riesgo era Marco Valerio, que la Campania, bloqueada por las tropas enemigas, no había podido cruzarla. Después, la indumentaria y la [6] pinta que tenían de cartagineses levantó sospechas sobre los emisarios de Aníbal y, una vez interrogados, los delató el acento; tomando entonces aparte a sus acompañantes [7] y amenazándolos, aparecieron también las cartas de Aníbal a Filipo con los acuerdos entre el rey de Macedonia [8] y el general cartaginés. Después de un detenido examen se estimó que lo mejor era trasladar cuanto antes a los embajadores y sus acompañantes a Roma a presencia del senado o a presencia de los cónsules, dondequiera que se [9] encontrasen. Con este propósito se eligieron las cinco naves más rápidas y se envió a Lucio Valerio Anciate al mando de las mismas dándole instrucciones de que repartiera a los embajadores entre las distintas naves para su custodia por separado y que tuviese cuidado de que no hablasen entre ellos ni se pusieran de acuerdo.

[10] Por aquellas mismas fechas, en Roma, Aulo Cornelio Mámula, a su regreso de la provincia de Cerdeña, presentó un informe sobre la situación en la isla: todos estaban esperando [11] la sublevación y la guerra; Quinto Mucio, su sucesor, atacado desde su llegada por los rigores del clima y la humedad, afectado por una enfermedad no grave pero sí latosa, iba a estar largo tiempo incapacitado para soportar [12] la actividad de la guerra, y el ejército que había allí, lo bastante fuerte para controlar una provincia en tiempos de paz, parecía poco para la guerra que se iba a desencadenar. [13] El senado dispuso que Quinto Fulvio Flaco alistase cinco mil soldados de a pie y cuatrocientos de a

caballo y que se encargase de que esta legión se trasladase cuanto [14] antes a Cerdeña y enviase, con plenos poderes, a quien le pareciese, para dirigir las operaciones hasta el restablecimiento [15] de Mucio. Con este propósito fue enviado Tito Manlio Torcuato, que había sido dos veces cónsul²⁷³ y censor y había sometido a los sardos durante su primer [16] consulado. Casi por esas mismas fechas también desde Cartago se envió a Cerdeña una flota capitaneada por un Asdrúbal cuyo sobrenombre era Calvo; sacudida por una violenta tempestad, se vio empujada hacia las islas Baleares; allí sacaron las naves a tierra, dado el grado de deterioro [17] no sólo de los aparejos sino incluso de los cascos de las embarcaciones, y perdieron bastante tiempo en repararlas.

Fracasan los intentos de tomar Cumas, defendida por Graco

En Italia, quebrantadas las fuerzas de [35] uno de los bandos a raíz de la batalla de Cannas y enervada la moral en el otro, era menor la actividad bélica. Los campanos, [2] por su cuenta, intentaron hacerse con el control de los habitantes de Cumas, empezando por pedirles que se rebelasen contra los romanos; como no adelantaron gran cosa por ese camino, prepararon una trampa para atraparlos. Todos los campanos celebraban regularmente [3] un sacrificio en Hamas²⁷⁴. Hicieron saber a los cumanos que acudiría allí el senado campano y les pidieron que acudiese asimismo el senado de Cumas para deliberar juntos a fin de que ambos pueblos tuviesen aliados y enemigos comunes; ellos tendrían allí una guarnición armada en [4] prevención de cualquier amenaza por parte de los romanos o los cartagineses. Los cumanos, aunque recelaban una trampa, no dijeron que no a nada, pensando que así podrían mantener oculto su propio plan para el engaño.

Entre tanto, el cónsul romano Tiberio Sempronio, después [5] de purificar el ejército en Sinuesa, donde les había fijado fecha para presentarse, cruzó el río Volturno y acampó cerca de Literno. Como sus hombres allí no estaban [6] muy ocupados, los obligaba a realizar ejercicios con frecuencia para que los reclutas, esclavos voluntarios en su mayoría, se habituasen a seguir las enseñas y reconocer [7] sus puestos en la formación de combate. Lo que más preocupaba al general, y en ese sentido había dado instrucciones a los legados y tribunos, era evitar que se sembrase la discordia entre las distintas clases de soldados al echarle en cara a alguno de ellos su antigua condición; que el soldado veterano consintiera en ser tratado igual que el recluta, y el ciudadano libre igual que el esclavo voluntario; [8] que se considerase satisfactoria la condición social y la cuna de todos aquellos a los que el pueblo romano había confiado sus armas y sus enseñas; la fortuna había obligado a actuar de aquella forma, y esa misma fortuna obligaba [9] a atenerse a lo hecho. Tanto interés como pusieron los oficiales en dar estas

instrucciones lo puso la tropa en cumplirlas, y al poco tiempo estaban unidos por una solidaridad tan honda todos ellos que prácticamente se dio por olvidada la condición social de la que provenía cada soldado.

[10] Cuando Graco estaba entregado a estas ocupaciones, unos emisarios de Cumas le informaron de la embajada que les había llegado de parte de los campanos hacía pocos días y de la respuesta que ellos les habían dado; la jornada [11] festiva tendría lugar tres días más tarde, y allí iba a estar no sólo el senado en pleno, sino además el campamento [12] y el ejército campano. Graco les mandó a los cumanos que lo trasladasen todo del campo a la ciudad y permaneciesen en el recinto amurallado, y él, el día antes de que tuviera lugar el tradicional sacrificio de los campanos, marchó [13] con su campamento en dirección a Cumas. Hamas está a tres millas de distancia. Allí se habían concentrado ya los campanos en masa según lo previsto, y no muy lejos, en un lugar escondido, Mario Alfio, *medix tuticus* —ésta era la denominación del magistrado supremo de los campanos—, estaba acampado con catorce mil hombres armados, mucho más pendiente de preparar entretanto la fiesta [14] y su trampa que de la fortificación del campamento o cualquier otra tarea militar. La celebración era nocturna, [15] pero de forma que estuviese finalizada antes de la medianoche. Graco, considerando que ése era el momento a [16] propósito para el acecho, apostó centinelas en las puertas del campamento para que nadie pudiese filtrar sus planes, hizo que sus hombres repusieran fuerzas y se entregaran al sueño desde media tarde, para que pudieran formar al [17] oír el toque tan pronto oscureciera. Durante el primer relevo de la guardia, sobre poco más o menos, dio la orden de marcha. La columna partió en silencio, llegó a Hamas [18] a media noche y atacó por todas las puertas al mismo tiempo el campamento campano, mal guardado durante las largas horas de vela. A unos los acuchilló cuando estaban echados durmiendo, a otros cuando regresaban sin armas una vez consumado el sacrificio. En aquel breve [19] combate nocturno fueron muertos más de dos mil hombres, incluido el propio general Mario Alfio; se tomaron treinta y cuatro enseñas militares.

Graco se apoderó del campamento enemigo perdiendo [36] menos de cien hombres y se retiró rápidamente a Cumas por temor a Aníbal, que estaba acampado en el Tifata dominando Capua. Y no anduvo descaminado en sus [2] previsiones de lo que iba a ocurrir, pues nada más llegar a Capua la noticia de aquella carnicería, Aníbal dio por supuesto que iba a encontrar a aquel ejército de novatos, esclavos en su mayoría, ebrio de euforia a raíz de su éxito, expoliando las aldeas y conduciendo sus presas hacia Hamas, y marchó a toda velocidad más allá de Capua dando orden [3] de conducir a esta

ciudad a todos los campanos fugitivos que se encontrasen, asignándoles una escolta, y de trasladar [4] a los heridos en carros. Él en Hamas encontró vacío el campamento enemigo, nada más que las huellas de la reciente carnicería y los cuerpos de sus aliados tendidos por [5] todas partes. Algunos lo instaban a marchar inmediatamente [6] de allí a Cumas y atacar la ciudad, y a pesar de que Aníbal lo deseaba vivamente para contar con una ciudad marítima al menos, ya que Nápoles no había sido posible, sin embargo, en vista de que sus hombres, al emprender la marcha precipitadamente, no habían traído nada más que las armas, se replegó retirándose al campamento sobre el [7] Tifata. Al día siguiente, asediado por las peticiones de los campanos, regresó a Cumas con todo el material de asalto de una ciudad y después de arrasar los campos de Cumas [8] situó el campamento a una milla de la ciudad, donde Graco se había quedado no tanto por confiar demasiado en su ejército como por sentir reparos en abandonar en un aprieto semejante a unos aliados que imploraban su [9] protección y la del pueblo romano. Por otra parte, el otro cónsul, Fabio, que tenía su campamento cerca de Cales, no se decidía a cruzar con su ejército el río Volturno, [10] ocupado como estaba primero en renovar los auspicios y después con los portentos que se le anunciaban en cadena, pues cuando trataba de expiarlos los arúspices le hacían saber que no resultaba fácil obtener presagios favorables.

[37] Mientras estas circunstancias retenían a Fabio, Sempronio estaba sitiado y el ataque se realizaba ya con maquinaria [2] de asalto. Frente a una enorme torre de madera aproximada a la ciudad el cónsul romano levantó otra desde el muro a bastante más altura, porque utilizó como base unos fuertes maderos metiéndolos debajo en el muro, [3] ya de por sí bastante alto. Desde allí los defensores al principio protegían las murallas de la ciudad con pedruscos, estacas y demás objetos arrojadizos; luego, cuando [4] vieron que la torre, en sucesivos movimientos de avance, se adosaba al muro, arrojaron teas encendidas contra ella, prendiéndole fuego por muchos puntos a la vez. Presa del [5] pánico por las llamas, los combatientes se arrojaron en masa de la torre, y entonces los sitiados, saliendo bruscamente por dos puertas al mismo tiempo, sembraron el desconcierto en las posiciones enemigas y les hicieron huir hasta el campamento, de suerte que el cartaginés aquel día más parecía sitiado que sitiador. Fueron muertos cerca de mil [6] trecientos cartagineses, y cincuenta y nueve capturados vivos, que se habían visto sorprendidos de improviso, dando vueltas en torno a las murallas o en sus puestos de forma descuidada y sin tomar precauciones, dado que lo que menos se temían era una salida repentina. Graco dio la señal [7] de retirada y replegó a sus hombres muros adentro, antes de que los enemigos se recuperasen del repentino susto. Al [8] día

siguiente, convencido Aníbal de que el cónsul, en la euforia del éxito, lucharía a campo abierto, formó el frente de batalla entre el campamento y la ciudad. Pero cuando [9] vio que no había ningún movimiento aparte de la rutinaria defensa de la ciudad y no se confiaba lo más mínimo en un albur aventurado, regresó a Tifata sin conseguir nada.

Por las mismas fechas en que Cumas quedó libre del [10] asedio, en Lucania, Tiberio Sempronio, de sobrenombre Longo, luchó con éxito en Grumento²⁷⁵ con el cartaginés Hannón. Dio muerte a más de dos mil hombres y perdió²⁷⁶ [11] doscientos ochenta, y capturó unas cuarenta y una enseñas militares. Desalojado de los confines de la Lucania, [12] Hannón retrocedió, dirigiéndose al Brucio. También el pretor Marco Valerio, empleando la fuerza, recuperó tres plazas de los hirpinos, Vercelio, Vescelio y Sicilino²⁷⁷, que se habían rebelado contra el pueblo romano, y los responsables [13] de la sublevación fueron ejecutados. Más de quince mil prisioneros fueron vendidos en subasta, el resto del botín se les cedió a los soldados, y el ejército fue conducido de nuevo a Luceria.

Roma toma medidas en vista de la embajada de Aníbal a Filipo

[38] Mientras ocurrían estos hechos en territorio lucano e hirpino, las cinco naves que trasladaban a Roma a los embajadores macedonios y cartagineses apresados dieron la vuelta bordeando casi toda la costa de Italia, desde el mar Adriático al [2] Tirreno, pasando frente a Cumas a velas desplegadas, y como no se sabía con seguridad si eran enemigos o aliados, Graco envió a su encuentro unas naves de su propia [3] flota. Cuando, en el interrogatorio mutuo, se enteraron de que el cónsul estaba en Cumas, dirigieron allí sus naves, llevaron los prisioneros a presencia del cónsul y le entregaron [4] las cartas. El cónsul leyó detenidamente las cartas de Filipo y de Aníbal, les puso el sello y lo envió todo por tierra al senado, dando orden de trasladar en barco [5] a los embajadores. Éstos llegaron a Roma casi el mismo día que las cartas; cuando fueron interrogados y sus declaraciones coincidieron con lo que estaba escrito, al principio los senadores quedaron seriamente preocupados ante la perspectiva de las proporciones de la guerra que se avecinaba contra Macedonia, cuando a duras penas podían [6] soportar la guerra púnica; sin embargo, lejos de hundirse en el abatimiento, empezaron inmediatamente a buscar la manera de mantener al enemigo alejado de Italia tomando la iniciativa bélica. Se ordenó el encarcelamiento de los [7] prisioneros, se vendió en subasta a sus acompañantes, y se añadieron por decreto otras veinticinco naves a las veinticinco que estaban al mando del prefecto Publio Valerio Flaco. Una vez alistadas y botadas estas naves y añadidas [8] las cinco que habían traído a los embajadores

apresados, las treinta embarcaciones zarparon de Ostia en dirección a Tarento. Publio Valerio recibió orden de embarcar a [9] los soldados que había mandado Varrón y que estaban en Tarento a las órdenes del legado Lucio Apustio, y con la flota de cincuenta y cinco navíos defender la costa de Italia y además hacer averiguaciones acerca de la guerra de Macedonia; si los planes de Filipo estaban en consonancia [10] con las cartas y las declaraciones de los embajadores, que se lo hiciese saber por carta al pretor Marco Valerio y que éste, dejando el mando del ejército al legado Lucio [11] Apustio, se dirigiese a Tarento a incorporarse a la flota y pasase a Macedonia cuanto antes, e hiciese lo posible por contener a Filipo dentro de sus dominios. Para el [12] mantenimiento de la flota y para la guerra con Macedonia le fue asignado el dinero que se le había enviado a Apio Claudio a Sicilia para su devolución al rey Hierón, dinero que fue remitido a Tarento por mediación del legado Lucio Antistio, al tiempo que Hierón enviaba doscientos [13] mil modios de trigo y cien mil de cebada.

Mientras los romanos preparaban y ponían en marcha [39] estas medidas, la única nave de las enviadas a Roma que había sido capturada se escapó durante la travesía y regresó a Filipo; por eso se supo que los embajadores habían sido apresados junto con las cartas. El rey, por consiguiente, [2] ignorante de los acuerdos a que habían llegado sus embajadores con Aníbal y de las propuestas que los embajadores de éste le iban a traer, envió otra embajada [3] con las mismas instrucciones. Los integrantes de la misma enviados a Aníbal fueron Heráclito²⁷⁸, Critón Beocio y [4] Sosíteo Magnesio. Éstos llevaron a cabo su misión con éxito tanto a la ida como a la vuelta, pero transcurrió todo el verano antes de que el rey pudiera preparar y realizar movimiento alguno. Tan importante fue la captura de una sola nave en orden al aplazamiento de una guerra que se les venía encima a los romanos.

[5] En los alrededores de Capua operaban ambos cónsules, después de haber cruzado Fabio el Volturno una vez expiados [6] al fin los portentos. Fabio tomó al asalto las ciudades de Combulteria, Trébula y Austícula²⁷⁹, que se habían pasado a los cartagineses, y las guarniciones de Aníbal, y un número muy elevado de campanos fue hecho prisionero en [7] ellas. En Nola, lo mismo que el año anterior, el senado era prorromano y la plebe estaba con Aníbal, y se conspiraba para dar muerte a los principales y entregar la ciudad. [8] En prevención de que tales propósitos salieran adelante, Fabio pasó con su ejército entre Capua y el campamento de Aníbal, que estaba en Tifata, y se situó en el campamento de Claudio por encima de Suésula; desde allí envió a Nola al propretor Marco Marcelo como guarnición con las tropas que mandaba.

*La guerra en Cerdeña: victoria romana. Embajada de los hirpinos y
samnitas a Aníbal*

También en Cerdeña habían comenzado [40] a ponerse en marcha, por obra de Tito Manlio, las operaciones que habían quedado interrumpidas al caer enfermo de gravedad el pretor Quinto Mucio. Manlio, que había atracado en Carales²⁸⁰ [2] con sus naves de guerra y armado a la tripulación para operar en tierra, se hizo cargo del ejército del pretor, reuniendo en total veintidós mil hombres de a pie y mil doscientos de a caballo. Con estas [3] tropas de infantería y caballería marchó sobre el territorio enemigo y situó su campamento no lejos del de Hampsícora. Casualmente en esos momentos éste había salido en dirección a donde estaban los sardos pelitos para armar a la juventud con el fin de incrementar sus tropas; un hijo [4] suyo llamado Hosto tenía el mando del campamento. Éste, presuntuoso por su juventud, entró en combate de forma temeraria, siendo derrotado y puesto en fuga. Murieron en aquella batalla cerca de tres mil sardos, y unos ochocientos fueron apresados vivos; el resto del ejército primeramente [5] se dispersó en su desbandada por campos y bosques, y después confluyó en su huida en una ciudad llamada Corno²⁸¹, a donde según rumores había huido su general. Aquella batalla habría supuesto el final de la guerra en [6] Cerdeña si no se hubiera presentado en un momento oportuno para reiniciarla con posibilidades la flota cartaginesa capitaneada por Asdrúbal, que una tempestad había arrastrado hacia las Baleares. Manlio, al enterarse de la [7] arribada de la flota cartaginesa, se retiró a Carales, brindándosele así a Hampsícora la oportunidad de unirse a los [8] cartagineses. Asdrúbal desembarcó las tropas, reenvió la flota a Cartago y marchó, guiado por Hampsícora, a arrasas el territorio de los aliados del pueblo romano; y su propósito era llegar hasta Carales, pero Manlio le salió al paso con su ejército, poniendo coto a la devastación indiscriminada. [9] Al principio se situaron los campamentos uno enfrente del otro a corta distancia; después, a base de correrías, se libraron escaramuzas con resultados diversos; por último, se formaron en orden de batalla. Producido el choque, se combatió en batalla campal por espacio de [10] cuatro horas. Habitados los sardos a ser vencidos con facilidad, los cartagineses mantuvieron indeciso el combate durante largo tiempo; al fin, cuando ya había sardos muertos o fugitivos por todas partes, también ellos fueron derrotados; [11] y cuando emprendieron la huida, los romanos los coparon en una maniobra envolvente del ala que había aplastado a los sardos. Lo que vino a continuación fue [12] más una carnicería que una batalla. Resultaron muertos doce mil enemigos, entre sardos y cartagineses, y capturados cerca de tres mil setecientos, así como veintisiete enseñas

militares.

[41] Lo que hizo más brillante y memorable la batalla fue la captura del general Asdrúbal, de Hannón y de Magón, [2] nobles cartagineses; Magón perteneciente a la familia de los Barca, unido a Aníbal por estrechos lazos de parentesco, y Hannón responsable de la sublevación de los sardos [3] e instigador indudable de aquella guerra. No fue menor el relieve que dieron con su muerte a aquella batalla los jefes sardos, pues en el frente cayó Hosto, el hijo de [4] Hampsícora, y el propio Hampsícora, que huyó con unos pocos jinetes, cuando se enteró de que a la ruinoso derrota había que añadir la muerte de su hijo, por la noche, para que no pudiese impedir su propósito la intervención de nadie, se suicidó. Los demás huyeron a refugiarse a la [5] ciudad de Corno, igual que anteriormente; Manlio la atacó con su victorioso ejército y la tomó pocos días más tarde. A continuación se rindieron también, entregando rehenes, [6] otras ciudades que se habían pasado a Hampsícora y los cartagineses; les impuso un tributo y una contribución de trigo a tenor de las posibilidades y la responsabilidad de cada una de ellas, y volvió con el ejército a Carales. Allí botó las naves de guerra, embarcó a los soldados [7] que había traído consigo, navegó hacia Roma, informó al senado de que Cerdeña estaba sometida y entregó el tributo a los cuestores, el trigo a los ediles y los prisioneros al pretor Quinto Fulvio.

Por las mismas fechas el pretor Tito Otacilio cruzó [8] con su flota desde Lilibeo a África y arrasó el territorio cartaginés; cuando a continuación se dirigió a Cerdeña, adonde según rumores había cruzado recientemente Asdrúbal [9] desde las Baleares, y se encontró con su flota de vuelta hacia África, libraron un ligero combate en alta mar y capturó siete de sus naves con su tripulación. A las demás las dispersó por doquier el miedo como si fuera una tempestad.

Casualmente por aquellos mismos días también se acercó [10] Bomílcar a Locros con las tropas enviadas desde Cartago como refuerzo, los elefantes y los víveres. Apio Claudio, [11] para caer sobre él cuando no se lo esperaba, simulando una vuelta en torno a la provincia llevó a toda prisa el ejército a Mesina y con viento y marea a favor cruzó a Locros. Pero Bomílcar había salido ya hacia el Brucio [12] a reunirse con Hannón, y los locrenses cerraron sus puertas a los romanos; Apio regresó de vacío a Mesina a pesar de sus grandes esfuerzos.

[13] Aquel mismo verano, Marcelo, desde Nola, que seguía ocupando con una guarnición, hizo frecuentes incursiones a territorio de los hirpinos y de los samnitas de [14] Caudio y lo arrasó todo a hierro y fuego de tal forma, que reavivó en el Samnio el recuerdo de los antiguos horrores.

[42] Por eso ambos pueblos simultáneamente enviaron de inmediato embajadores a Aníbal, los cuales hablaron de [2] esta forma al cartaginés: «Aníbal, al principio llevamos nosotros solos las hostilidades contra el pueblo romano mientras nuestras armas y nuestras fuerzas bastaban para defendernos; cuando no confiábamos ya demasiado en ellas, [3] nos unimos al rey Pirro; abandonados por éste, aceptamos una paz obligada y en ella nos mantuvimos por espacio de cuarenta años, hasta el momento de tu llegada a Italia. [4] Con tu valor y tu suerte, y más aún con tu bondad sin par y tu generosidad para con nuestros compatriotas, que nos devolviste después de hacerlos prisioneros, nos ganaste de tal forma, que estando tú, nuestro amigo, sano y salvo, no teníamos que temer ni al pueblo romano ni siquiera, si no es una impiedad hablar así, la ira de los dioses. [5] Pero, ¡por Hércules!, contigo a salvo, y victorioso, e incluso presente, tanto que casi podías oír el llanto de nuestras mujeres e hijos y ver nuestras casas en llamas, hemos sido repetidamente arrasados de tal forma este verano que parece que en Cannas venció Marco Marcelo y no Aníbal, y los romanos se jactan de que tienes fuerzas para golpear tan sólo una vez y después te enervas, como si te hubieras [6] quedado sin aguijón. Durante cien años hicimos la guerra contra el pueblo romano sin la ayuda de ningún general ni ejército extranjero si exceptuamos a Pirro, que durante dos años más que defendernos con sus fuerzas las incrementó [7] con nuestros soldados. No voy yo a presumir de que, cuando nos iban bien las cosas, nosotros hicimos pasar bajo el yugo a dos cónsules y dos ejércitos consulares, ni de cualquier otro acontecimiento feliz o glorioso por nuestra parte. Las circunstancias duras y adversas que [8] entonces sobrevinieron las podemos referir con menos indignación que las que hoy concurren. Grandes dictadores [9] con sus jefes de caballería, los dos cónsules con los dos ejércitos consulares invadían nuestras fronteras, pero marchaban al saqueo en orden de batalla, reconociendo el terreno previamente, apostando antes tropas de reserva; ahora somos presa de un solo propretor y de una pequeña [10] guarnición encargada de la defensa de Nola; ahora ni siquiera se forman en manípulos, sino que a modo de salteadores hacen correrías por nuestro territorio de punta a punta, de forma más despreocupada que si pasearan por territorio romano. Pues bien, la causa de todo esto radica en [11] que tú no nos defiendes y, por otra parte, nuestra juventud, que nos defendería si estuviera en casa, milita toda ella bajo tus enseñas. Demostraría no conocerte ni a ti [12] ni a tu ejército si no manifestara que es cosa sencilla para quien sé que dispersó y abatió a tantos ejércitos romanos aplastar a quienes nos saquean, vagando dispersos y sin formación por donde a cada uno le lleva la expectativa, aunque sea infundada, del botín. Ellos serán presa sin [13] duda de unos cuantos númidas, y nos quitarás de delante esa guarnición a

nosotros, desdichados, al mismo tiempo que a Nola, sólo con que no consideres indignos de protección cuando se han puesto bajo tu tutela a quienes consideraste dignos de tenerlos por aliados».

Nola, campo de operaciones bélicas. Arengas de Marcelo y de Aníbal

[43] A esto respondió Aníbal que los hirpinos y los samnitas lo hacían todo al mismo tiempo: denunciar sus calamidades, pedir protección y quejarse de su indefensión [2] y abandono, siendo así que primero debían haber hecho la denuncia, después haber pedido protección, y por último, si no la conseguían, haberse quejado entonces de [3] haber pedido ayuda sin resultado; él tenía pensado conducir su ejército no a territorio hirpino o samnita, para no constituir una carga a su vez, sino a la zona cercana, perteneciente a los aliados del pueblo romano: saqueándola saciaría a sus hombres y al mismo tiempo haría que los enemigos por miedo se mantuvieran alejados de allí; [4] en cuanto a la guerra con Roma, del mismo modo que la batalla del Trasimeno era más famosa que la del Trebia, y la de Cannas más que la del Trasimeno, así también iba a dejar él pálido el recuerdo de Cannas con una victoria [5] aún más importante y más rotunda. Con esta respuesta acompañada de generosos obsequios despidió a los embajadores, y él, dejando un pequeño destacamento en Tifata, emprendió la marcha con el resto del ejército dirigiéndose [6] a Nola, a donde acudió también Hannón desde el Brucio con el refuerzo traído desde Cartago y con los elefantes. Situado el campamento no muy lejos de la ciudad, hizo averiguaciones y se encontró con que era todo muy diferente a como se lo habían expuesto los embajadores de [7] sus aliados. Marcelo, en efecto, no había realizado ningún movimiento de forma que pudiera decirse que se echaba en brazos del azar o del enemigo sin más ni más. Había salido a saquear después de reconocer el terreno, con destacamentos fuertes, teniendo asegurada la retirada; había tomado todas las precauciones y lo había previsto todo tal como si tuviera enfrente a Aníbal en persona. Ahora, [8] en cuanto notó que el enemigo se acercaba, mantuvo a sus tropas en el recinto amurallado y ordenó a los senadores de Nola que se pasearan por las murallas y observaran en torno todo lo que ocurría en el campo enemigo. Hannón [9] se acercó a la muralla y llamó a dos de ellos, Herenio Baso y Herio Petio, para mantener una entrevista, y cuando, con permiso de Marcelo, salieron, les habló utilizando un intérprete. Puso por las nubes el valor y la suerte de [10] Aníbal, rebajó la majestad del pueblo romano, la cual iba envejeciendo a la vez que sus fuerzas; y aun cuando estuvieran [11] a la altura de otros tiempos, con todo, cualquiera que conociera por experiencia lo gravoso que había sido para sus aliados el imperio romano y la grandeza de la

condescendencia de Aníbal incluso para con todos los prisioneros de guerra itálicos, tendría que dar preferencia a la alianza y amistad cartaginesa sobre la romana. Aun en [12] el caso de que estuviesen en Nola los dos cónsules con sus ejércitos, no podrían, sin embargo, estar a la altura de Aníbal en mayor medida que en Cannas; mucho menos podría defender Nola un solo pretor con unos pocos soldados y además bisoños. Debía importarles más a ellos que a [13] Aníbal el que la toma de Nola se hiciese por la fuerza o por capitulación, pues de todos modos la iba a tomar como había hecho con Capua y con Nuceria, pero los propios nolanos, situados casi a medio camino entre ambas, sabían qué distinta era la suerte que habían corrido Capua y Nuceria; no quería vaticinar lo que iba a ocurrir si la [14] ciudad era tomada por la fuerza y prefería garantizar que, si entregaban a Marcelo y su guarnición y entregaban Nola, nadie más que ellos iba a estipular las condiciones en que accederían a la alianza y amistad con Aníbal.

[44] A esto respondió Herenio Baso que eran ya muchos años²⁸² de amistad entre el pueblo romano y el de Nola, amistad de la que ni unos ni otros tenían por qué sentirse pesarosos hasta la fecha; que si ellos tenían que haber cambiado de alianza al cambiar la suerte, era ya demasiado [2] tarde para ese cambio; si pensaban entregarse a Aníbal, ¿qué sentido tenía haber requerido la presencia de una guarnición romana? Todo lo compartían y lo compartirían hasta el final con quienes habían venido a defenderlos.

[3] Tras esta entrevista, Aníbal perdió las esperanzas de que Nola se le entregara. En vista de ello rodeó la ciudad con un cordón de soldados para efectuar el ataque a las [4] murallas desde todos los puntos al mismo tiempo. Cuando Marcelo vio que se había acercado a los muros, formó a sus hombres en orden de combate puertas adentro y salió bruscamente en medio de un gran tumulto. Al iniciarse la carga fueron sorprendidos y muertos unos cuantos; después acudieron más corriendo al lugar de la pelea, se equilibraron las fuerzas y se inició una batalla encarnizada, que habría sido una de las más memorables de no haber separado a los combatientes la caída de un aguacero acompañado [5] de fortísimas ráfagas de viento. El combate librado aquel día fue poco importante, sirviendo para inflamar su coraje, y se retiraron los romanos a la ciudad y los cartagineses al campamento; con todo, cayeron no más de treinta cartagineses sorprendidos al producirse la salida, y romanos [6] cayeron cincuenta. La lluvia persistió de forma ininterrumpida durante toda la noche y hasta la tercera hora del día siguiente. Por eso, a pesar de sus ansias de combate, durante ese día ambos bandos se mantuvieron dentro de sus fortificaciones.

Al otro día Aníbal envió parte de sus tropas a saquear el territorio de Nola. Nada más advertirlo, Marcelo sacó [7] al instante sus tropas, formándolas en orden de batalla,

y Aníbal no rehuyó el combate. Había aproximadamente una milla de distancia entre la ciudad y el campamento; en ese espacio —pues en torno a Nola todo es terreno llano— se produjo el choque. El grito de combate que se alzó [8] desde uno y otro campo hizo que regresaran a la pelea cuando acababa de iniciarse los integrantes menos alejados de las cohortes que habían salido a saquear los campos. También se incorporaron los nolanos incrementando [9] los efectivos romanos; Marcelo los felicitó y les ordenó que permanecieran entre las tropas de reserva, que retiraran del campo de batalla a los heridos y que no tomaran parte en la lucha a no ser que él les diera la señal.

La batalla estaba equilibrada; los jefes arengaban y [45] los soldados combatían con todas sus fuerzas. Marcelo insta a los suyos a lanzarse sobre unos enemigos a los que han vencido hace menos de dos días, a los que obligaron a huir de Cumas pocos días antes, a los que el año anterior rechazó de Nola otro ejército mandado por él mismo; añade que no están todos en el campo de batalla, que [2] los saqueadores vagan por los campos, e incluso los que combaten han perdido las fuerzas con los vicios de la Campania, acabados por el vino, las prostitutas y los excesos de todo tipo a lo largo de todo un invierno; se esfumó [3] aquella fuerza, aquellas energías, se evaporó aquella resistencia física y moral con que salvaron las cumbres del Pirineo y de los Alpes; los que pelean son los despojos de aquellos guerreros, a los que cuesta trabajo sostener las armas y sostenerse ellos mismos; Capua ha sido la Cannas [4] de Aníbal, allí se extinguió la disciplina militar, el valor guerrero, la fama del pasado, las esperanzas del futuro. [5] Mientras Marcelo levantaba la moral de sus hombres lanzando estos improprios contra el enemigo, Aníbal increpaba [6] a los suyos con invectivas mucho más graves: él reconocía las mismas armas y enseñas que había visto y tenido en el Trebia y el Trasimeno y por último en Cannas, pero era indudable que los soldados que había llevado a invernar a Capua no eran los mismos que había sacado de allí. [7] «¿Os cuesta trabajo, a pesar de vuestros grandes esfuerzos, resistir a un legado romano, aguantar la carga de una sola legión con sus fuerzas auxiliares, a vosotros, a los que nunca pudieron resistir dos ejércitos consulares juntos? [8] Es ya la segunda vez que Marcelo nos ataca impunemente, con unos reclutas y tropas auxiliares nolanas. ¿Dónde está aquel soldado mío que derribó del caballo al cónsul Gayo Flaminio y le cortó la cabeza? ¿Y aquel que mató [9] a Lucio Paulo en Cannas? ¿Está ahora embotada la espada, o tienen parálisis las manos, o se trata de algún otro hecho extraordinario? Vosotros aun siendo pocos solíais vencer a muchos, y ahora que sois muchos, a duras penas aguantáis ante unos pocos. Valientes de boquilla, alardeabais de que si alguien os capitaneaba asaltaríais Roma. [10] Pues bien, ahora la empresa es más sencilla, aquí quiero yo ver vuestra fuerza y valor.

Asaltad las murallas de Nola, ciudad situada en el llano, sin la defensa de un río ni del mar. Desde aquí, cargados con el botín y los despojos de esta ciudad tan opulenta, os guiaré a donde queráis o bien os seguiré».

Derrota de Aníbal. Combate singular a caballo

[46] Ni los elogios ni las reconvenciones [2] sirvieron para fortalecer su moral. Como eran rechazados en todas partes, mientras que la moral de lucha de los romanos iba a más gracias a las palabras de aliento de su general y su combatividad se enardecía además con los gritos de los nolanos que evidenciaban sus simpatías, los cartagineses volvieron la espalda y fueron repelidos hasta el campamento. Los soldados romanos [3] querían asaltarlo, pero Marcelo les hizo regresar a Nola, en medio del entusiasmo y las felicitaciones incluso de la plebe, que antes se había mostrado más proclive a los cartagineses. Fueron muertos en aquella jornada más de cinco [4] mil enemigos y capturados vivos seiscientos, y aprehendidas diecinueve enseñas militares y dos elefantes—cuatro fueron muertos en el campo de batalla—; romanos fueron muertos menos de un millar. El día siguiente, en una [5] tregua tácita, lo emplearon ambos bandos en dar sepultura a los caídos en el frente de combate. Marcelo quemó los despojos del enemigo como ofrenda a Vulcano. Tres días [6] después, por resentimiento, supongo, o porque habían esperado una disciplina menos rígida, se pasaron a Marcelo doscientos setenta y dos jinetes entre númidas e hispanos. Los romanos contaron frecuentemente con su valerosa y leal cooperación durante aquella guerra; una vez finalizada, [7] en recompensa por su valor se les concedieron tierras en Hispania a los hispanos, y a los númidas en África.

Aníbal envió otra vez a Hannón al Brucio desde Nola [8] con las tropas que había traído consigo, y él se dirigió a los cuarteles de invierno de Apulia, haciendo alto en las cercanías de Arpos. Quinto Fabio, al oír que Aníbal había [9] partido para Apulia, después de transportar trigo desde Nola y Nápoles al campamento que estaba por encima de Suésula y de reforzar sus defensas, dejó una guarnición suficiente para defender la posición durante el invierno y él fue a acampar más cerca de Capua y arrasó a hierro y fuego el territorio campano, hasta que los campanos, [10] aunque no confiaban en absoluto en sus propias fuerzas, se vieron obligados a salir puertas afuera y fortificar un [11] campamento en campo abierto delante de la ciudad. Tenían seis mil hombres armados, una infantería poco experimentada y una caballería más eficaz, razón por la cual hostigaban al enemigo por medio de escaramuzas ecuestres.

[12] Entre los muchos jinetes campanos sobresalientes estaba Cerrino Vibelio, de

sobrenombre Táurea. Era de allí y ciudadano romano, con gran diferencia el más valiente de los jinetes campanos, hasta el extremo de que, cuando servía en el ejército romano, el único que lo igualaba en celebridad [13] como jinete era el romano Claudio Aselo. En esta ocasión, Táurea cabalgó ante los escuadrones enemigos, recorriéndolos detenidamente con la vista; cuando al fin se hizo el silencio, preguntó dónde estaba Claudio Aselo, y [14] ya que anteriormente solía discutir con él sobre quién era más valiente, por qué no dirimía la cuestión con las armas y dejaba o tomaba los opimos despojos según que resultase vencido o vencedor.

[47] Aselo, que estaba en el campamento, nada más ser informado de esto se demoró lo justo para preguntarle al cónsul si podía combatir fuera de las filas con un enemigo que lo estaba provocando; conseguido el permiso, tomó [2] inmediatamente las armas, cabalgó ante los puestos de guardia y llamó por el nombre a Táurea invitándolo a medirse [3] con él donde quisiera. En seguida salieron en masa los romanos para contemplar la pelea, y por parte de los campanos se llenaron de espectadores incluso las murallas de la ciudad, además de la empalizada del campamento. [4] Después de dar realce al combate con expresiones llenas de fiereza, espolearon los caballos lanza en ristre; a continuación, eludiendo el uno los golpes del otro en el espacio [5] libre, prolongaban el combate sin herirse. Entonces el campano dijo al romano: «Esto va a ser una competición entre caballos, no entre jinetes, si no hacemos bajar los caballos de la explanada a ese camino encajonado donde, al faltar por completo espacio para evolucionar, lucharemos cuerpo a cuerpo». Y en menos que tardó en decirlo, Claudio guió [6] su caballo al camino. Taurea, más fiero de palabra que de obra, dijo: «¡Por favor!, ¿mi caballo en una zanja? ¡De ningún modo!», expresión que desde entonces se convirtió en un proverbio rural. Claudio recorrió largo tiempo el [7] camino aquél a caballo sin encontrarse con ningún enemigo y salió de nuevo al llano, tachando de cobarde a su contrincante, y regresó victorioso al campamento entre júbilo y felicitaciones. A este combate ecuestre añaden algunos [8] anales un detalle sin duda alguna notable, cuya veracidad cada uno por sí mismo puede valorar: Claudio, persiguiendo a Taurea que huía hacia la ciudad, se metió por una puerta de la población enemiga que estaba abierta y escapó por la otra sin que lo tocasen los enemigos, pasmados por la sorpresa.

La acción bélica en Hispania. Doble victoria romana

Desde ese momento hubo tranquilidad [48] en los cuarteles e incluso retiró el cónsul su campamento para que los campanos hicieran la siembra, y no pisó territorio campano

hasta que las cosechas estuvieron crecidas y podían servir de forraje, que transportó [2] al campamento de Claudio encima de Suésula, donde construyó los cuarteles de invierno. Ordenó al procónsul Marco Claudio que retuviera en Nola la guarnición necesaria para la defensa de la ciudad y enviara a Roma el resto de sus tropas, para que no representaran una carga para los aliados y un gasto para la república. También llevó [3] Tiberio Graco sus legiones de Cumas a Luceria, en Apulia, y desde allí envió a Brundisio al pretor Marco Valerio con el ejército que había tenido en Luceria ordenándole proteger la costa del territorio salentino y tomar las medidas precautorias pertinentes con respecto a Filipo y la guerra macedónica.

[4] A finales del verano en que ocurrieron los hechos que acabamos de describir²⁸³ llegó carta de Publio y Gneo Escipión contando las importantes acciones llevadas a cabo con éxito en Hispania, pero diciendo que les faltaba dinero para la paga militar y ropas y trigo para el ejército y todo [5] lo necesario para las tripulaciones de sus naves; por lo que se refería a la paga militar, si las arcas del Estado carecían de recursos, ellos buscarían alguna forma de sacarles el dinero a los hispanos; lo demás sí que tenía que serles enviado desde Roma, pues de otro modo no había [6] posibilidad de mantener el ejército ni la provincia. Cuando se leyó la carta, todos unánimemente reconocían que era cierto lo que se exponía y razonable lo que se pedía, pero no dejaban de pensar en el volumen de los ejércitos de tierra y mar que había que atender y en las proporciones de la nueva flota que habría que equipar en breve, si estallaba [7] la guerra con Macedonia; Sicilia y Cerdeña, que antes de la guerra pagaban tributo en especie, apenas podían hacer frente al mantenimiento de los ejércitos que protegían las provincias; se atendía a los gastos con las contribuciones, [8] y precisamente el número de los que tributaban había disminuido, debido a las enormes pérdidas de los ejércitos tanto en el lago Trasimeno como en Cannas; si se gravaba a los pocos supervivientes multiplicando los impuestos, [9] este nuevo azote acabaría con ellos. Por tanto, si la república no se salvaba mediante el crédito, con sus propios [10] recursos no se salvaría. Era necesario que el pretor Fulvio se presentase ante la asamblea, expusiese al pueblo el estado de necesidad pública y urgiese a los que habían incrementado sus patrimonios con contratas públicas para que concediesen una moratoria a la república, gracias a la cual se habían enriquecido, y se hiciesen cargo del [11] suministro de todo lo necesario para el ejército de Hispania con la condición de que, cuando hubiese dinero en el tesoro público, serían los primeros en cobrar. El pretor [12] lo expuso en la asamblea y señaló la fecha en que iba a efectuar la adjudicación del suministro de ropas y trigo para el ejército de Hispania, así como de todo lo necesario para las tripulaciones de sus naves.

Al llegar la fecha señalada concurren a la adjudicación [49] tres sociedades de diecinueve personas, que pusieron dos condiciones: la primera, quedar exentos del servicio [2] militar mientras estuviesen en aquella empresa de interés público; la segunda, que corrieran a cargo de la república los daños que pudieran causar los enemigos o la tempestad en lo que embarcasen. Aceptadas ambas condiciones, se [3] les adjudicaron los contratos y se gestionó un servicio público con dinero privado. Tan profundos eran los hábitos y el sentimiento patriótico que se extendían por todos los estamentos sociales al unísono. Lo mismo que se hicieron [4] cargo de todos los contratos con generosidad, los cumplieron con escrupulosidad, y las tropas fueron atendidas con la misma largueza que cuando, como en otros tiempos, se hacía a expensas de un tesoro público bien dotado de recursos.

Cuando llegaron estos suministros, la plaza de Iliturgi²⁸⁴, [5] que se había pasado a los romanos, era asediada por Asdrúbal y Magón y el Aníbal hijo de Bomílcar. Por [6] entre estos tres campamentos enemigos llegaron los Escipiones hasta la ciudad de sus aliados después de una lucha enconada y de causar estragos entre los que se oponían a su paso, y llevaron trigo, que escaseaba por completo, [7] animaron a los habitantes a defender sus murallas con el mismo coraje con que habían visto que el ejército romano combatía en favor suyo, y fueron a atacar el mayor de los campamentos, el que estaba mandado por Asdrúbal. [8] Viendo que allí se jugaba algo de la mayor importancia, acudieron también los dos generales y los dos ejércitos cartagineses, y de esta forma se combatió haciendo una salida [9] brusca del campamento. Participaron aquel día en la batalla sesenta mil enemigos y alrededor de dieciséis mil por parte de los romanos; a pesar de ello, la victoria fue [10] tan clara que los romanos mataron más enemigos de los [11] que ellos eran, capturaron más de tres mil hombres, poco menos de mil caballos, cincuenta y nueve enseñas militares y siete elefantes (cinco los mataron durante el combate), y aquel mismo día se apoderaron de los tres campamentos. [12] Una vez liberada Iliturgi del asedio, los ejércitos cartagineses fueron trasladados para atacar Intibili²⁸⁵, reforzados con tropas procedentes de la provincia, la más apasionada por la guerra siempre que hubiera paga o botín, y con una juventud muy abundante por aquel entonces. [13] Se libró nuevamente batalla, y la suerte del combate fue para ambos bandos la misma que la vez anterior. Resultaron muertos más de trece mil enemigos, y apresados más de dos mil, así como cuarenta y dos enseñas y nueve elefantes. [14] Entonces, por cierto, casi todos los pueblos de Hispania se pasaron a los romanos, y se llevaron a cabo acciones mucho más importantes en Hispania que en Italia durante aquel verano.

- 216 Población situada cerca de las fuentes del Ofanto. Hoy Conza.
- 217 La de *Medix tuticus*, con poder similar al del dictador romano.
- 218 El año anterior, por tanto, o sea, el 217.
- 219 Probablemente, Apio Claudio Pulcro, el cónsul del año 212.
- 220 ¿Salinátor?
- 221 Como «rehenes» para asegurar la lealtad de Capua.
- 222 En realidad, desde 343 a 272 (cf. VII 28, 10 ss., y *Per.* XIV).
- 223 De Gibraltar.
- 224 Cf. VIII 11, 13.
- 225 Habían llamado en su ayuda a Pirro, contra los romanos, en 280 a. C., y acabaron tiranizados por él.
- 226 Según XXVI 13, 2, el instigador fue Vibio Virrio.
- 227 Población de la Cirenaica en la costa de África. Colonizada por los griegos, más adelante pasó a ser tributaria de los reyes de Egipto.
- 228 Tolomeo VI Filópator, aliado de los romanos de 222 a 205.
- 229 Cf. XXII 57, 5.
- 230 Exageración evidente.
- 231 Publio Cornelio Escipión (Trebia), Flaminio (Trasimeno), y Emilio Paulo y Varrón (Cannas).
- 232 Exageración retórica. Equivaldrían, si acaso, a los del *praetor*.
- 233 Extensión, por analogía, de la terminología romana a instituciones no romanas.
- 234 Mantenemos *Punico*.
- 235 Tras su victoria, en 223, sobre los insubres en el valle del Po.
- 236 Ciudad de Campania, al sudeste de Capua, conquistada por Roma en 313 durante las guerras samnitas (cf. IX 28, 3-6).
- 237 Debe de tratarse de una localidad situada entre Satícula y Suésula, pero presenta dificultades su localización y su grafía, opinando algunos que debe leerse *Trebula*.
- 238 En Campania, al sur de Capua, a orillas del río *Clanis*. Se le concedió la ciudadanía *sine suffragio* durante las guerras samnitas (cf. VIII 17, 12).
- 239 Como en XXII 2, 10 dice Livio que le quedaba sólo uno, habrá que suponer que le había llegado el envío mencionado en 13, 7.
- 240 De Petelia, localidad de la costa oriental del Brucio (mod. Stromboli).
- 241 Cf. XXII 37.
- 242 Se nombraban en momentos de grave crisis económica. Cf. VII 21, 5.
- 243 Cónsul en 225, y censor en 220.
- 244 En 227 y 217.
- 245 Cf. XXII 33, 7.
- 246 En el año 340.
- 247 Tito Manlio Torcuato. Episodio referido en VIII 5, 7.
- 248 Seguimos la propuesta textual *qui minores* (Stroth).
- 249 Marco Junio Pera.

- 250 Para el año 215.
- 251 Las anteriores, en 234 y 229.
- 252 Teano Sidícino (Teano). Cf. nota 207.
- 253 En el Apenino, al sudeste de Mútna (Modena), en el territorio de los galos boyos.
- 254 El *magister equitum* podía convocar al senado. Cf. CIC., *De Leg.* III 4.
- 255 Continuación de XXII 22, 21.
- 256 Habitantes del bajo valle del Guadalquivir.
- 257 No se ha podido precisar la localización de esta ciudad, que sólo aparece nombrada aquí.
- 258 Los Escipiones.
- 259 Referencia al Ebro. Aunque se han hecho diversas propuestas, no hay certeza sobre su emplazamiento.
- 260 Seguimos la lectura *spem reliquerat*.
- 261 Consencia (hoy Consenza) fue la ciudad principal de los brucios desde 356 a. C. Estaba a orillas del río Crati.
- 262 Situada en la costa oriental del Brucio, en la Italia meridional. Había destruido a su vecina *Sybaris* en el s. VI, pero decayó a partir del s. IV tras ser derrotada por Locros. Sobre su relación con el pitagorismo, cf. I 18, 2.
- 263 Regio (hoy Reggio di Calabria) había estado bajo protección romana desde 280 a. C.
- 264 En 216.
- 265 En 237 y 224.
- 266 Cf. 17, 3.
- 267 En el año 340 se les había concedido la ciudadanía romana a los integrantes de la caballería campana (cf. VIII 11, 16). Al ser borrada Capua de la lista de *municipia* por haberse sublevado, los trescientos caballeros campanos fueron inscritos en un *municipium* vecino, el de Cumas, para que no perdiesen la ciudadanía, fechando la inscripción el día anterior a la sublevación.
- 268 Capua.
- 269 Roma.
- 270 Duraba ya 23 años.
- 271 Brundisio (Brindisi) pasó a poder romano en 245, quedando después unida a Roma por la Vía Apia. Fue el puerto habitual de embarque para Oriente.
- 272 En un punto situado a seis millas de Crotona, en el *promonturium Lacinium* (Capo delle Colonne), en el extremo sudoeste del Golfo de Tarento.
- 273 En 235 y 224.
- 274 Localidad de la Campania situada cerca de Cumas (a tres millas, dice en 13).
- 275 En la Lucania interior, cerca del río Bora.
- 276 Mantenemos *amisit*.
- 277 No hay ninguna otra mención de ninguna de las tres localidades.
- 278 Manteniendo *cui Scotino cognomen erat*, se añadiría «que tenía el sobrenombre de Escotino».
- 279 Desconocida la ubicación de estas tres poblaciones, no muy distantes de Capua en todo caso.
- 280 Cagliari.
- 281 ¿La Corneto actual, en la costa occidental de Cerdeña?

²⁸² Nola había sido ocupada por los romanos en 313 (cf. IX 28).

²⁸³ Del año 215.

²⁸⁴ En las inmediaciones de Menjíbar (Jaén).

²⁸⁵ En la costa, entre Tortosa y Sagunto.

LIBRO XXIV

SINOPSIS

Operaciones contra Locros y Crotona (1-3).

Sicilia: cambios al suceder Jerónimo a Hierón (4 - 7, 9).

Caps. 7, 10 - 20: ITALIA.

Elecciones en Roma. Discurso electoral de Q. Fabio Máximo (7, 10 - 9).

Reparto de competencias. Prodigios. Preparativos bélicos (10-11).

Aníbal en la Campania (12-13).

Batalla en las cercanías de Benevento (14-16).

Reveses de Aníbal en Nola. Medidas censorias en Roma (17-18).

Ataque a Casilino; otras acciones bélicas en suelo itálico (19-20).

Caps. 21-39: SICILIA.

Sicilia: disturbios, proclamación de la república en Siracusa (21 - 23, 4).

División en Siracusa. Persecución de la familia real (23, 5 - 26).

Elecciones en Siracusa. Enfrentamiento entre partidarios de Roma y de Cartago (27-28).

Ataque a Leontinos. Treta de Hipócrates (29-31).

Preparativos ante el asalto a Siracusa. Las «máquinas» de Arquímedes (32-34).

Operaciones en Sicilia por tierra y por mar (35-36).

La defección de Henna (37-39).

Caps. 40-49: OTROS ESCENARIOS.

Acontecimientos en Grecia (40).

La guerra en Hispania, con los dos Escipiones (41-42).

Roma: elecciones, reparto de competencias, prodigios (43-44).

Toma de Arpos, y otras acciones en Italia. Incendio en Roma (45-47).

En África, el rey Sifax se alía con los romanos. Tranquilidad en Hispania (48-49).

Operaciones contra Locros y Crotona

Después de regresar de la Campania al [1] Brucio, Hannón, ayudado y guiado por los brucios, tanteó las ciudades griegas²⁸⁶. Eran éstas más proclives a mantenerse fieles a Roma porque veían que los brucios, a los que odiaban y al mismo tiempo temían, se habían pasado al bando de los cartagineses. Lo intentó en primer [2] lugar con Regio, y allí perdió inútilmente bastantes días. Mientras tanto los locrenses trasladaban precipitadamente de los campos a la ciudad trigo, leña y demás cosas imprescindibles para el consumo, para evitar además dejarle al enemigo nada de valor; una multitud creciente de día [3] en día se desbordaba por todas las puertas de la ciudad, en la que al final quedaban sólo seiscientos, que se veían forzados a reparar los muros y las puertas y almacenar armas arrojadizas en los puntos defensivos. Esta multitud, [4] formada por una mezcla de gentes de todas las edades y condición social, vagaba por los campos desarmada en su mayoría; contra ella lanzó Amílcar a los jinetes cartagineses con instrucciones de respetar a todo el mundo, limitándose a ponerles delante los escuadrones para mantenerlos alejados de la ciudad y que huyeran dispersos. El propio general, [5] después de ocupar una elevación del terreno desde la que podía divisar los campos y la ciudad, ordenó a una cohorte de brucios que se acercaran hasta las murallas e invitaran a los locrenses principales a salir a parlamentar, y que los animaran a entregar la ciudad prometiéndoles la amistad [6] de Aníbal. Durante la entrevista, en un primer momento no se les dio el menor crédito a los brucios, pero luego, cuando sobre las colinas aparecieron los cartagineses e iban llegando fugitivos en reducido número con la noticia de que el resto de la población estaba toda en poder del enemigo, dominados al fin por el pánico respondieron [7] que consultarían al pueblo. Se convocó la asamblea inmediatamente; como los más irresponsables preferían un cambio en la situación y una alianza nueva, y además aquellos cuyos deudos habían sido atrapados por el enemigo fuera de la ciudad tenían hipotecada su decisión como si hubieran [8] entregado rehenes, y como los pocos que estaban a favor del mantenimiento de la alianza guardaban silencio en vez de atreverse a defenderlo abiertamente, se produjo la rendición a los cartagineses aparentemente por unanimidad. [9] Lucio Atilio, el prefecto de la guarnición, y los soldados que estaban a sus órdenes fueron conducidos en secreto al puerto y embarcados para su traslado a Regio, y Amílcar y los cartagineses fueron recibidos en la ciudad con la condición de que firmaría inmediatamente un tratado [10] en condiciones de igualdad; poco faltó para que no se respetara este acuerdo con los que se habían rendido, pues los cartagineses los acusaron de haber dejado marchar a los romanos de forma fraudulenta,

mientras que los locrenses se justificaban diciendo que habían escapado por [11] su cuenta. Incluso salieron en su persecución unos jinetes, por si acaso se daba la posibilidad de que la corriente del estrecho detuviera las naves o las obligara a volver a tierra. Por cierto que no dieron alcance a los que perseguían, pero avistaron otras naves que cruzaban el estrecho desde [12] Mesina a Regio. Eran las tropas romanas enviadas por el pretor Claudio para ocupar la ciudad como guarnición. Por eso se abandonó inmediatamente Regio. Por orden de [13] Aníbal se les concedió la paz a los locrenses en estas condiciones: vivirían libres con sus propias leyes; la ciudad estaría abierta a los cartagineses; el puerto lo controlarían los locrenses; la alianza estaría regulada sobre la base de la ayuda mutua, tanto en la paz como en la guerra, entre locrenses y cartagineses.

De esta forma se retiraron del estrecho los cartagineses, [2] mientras que los brucios manifestaban su disgusto porque habían dejado intactas Regio y Locros, ciudades que ellos se habían hecho a la idea de saquear. Por ello, por su [2] propia cuenta alistaron y armaron a quince mil de sus compañeros y marcharon a atacar Crotona, ciudad ésta griega [3] y costera también, convencidos de que incrementarían de forma muy considerable sus recursos si tenían en su poder, en la costa, una ciudad con puerto y sólidas murallas. Lo que les inquietaba era el hecho de que no se atrevían [4] del todo a no llamar en su ayuda a los cartagineses por no parecer que en algún momento no actuaban como aliados, mientras que si los cartagineses se presentaban de nuevo como árbitros de paz más que como colaboradores en la guerra, se iba a luchar por la libertad de Crotona, como antes por la de Locros, sin obtener ventaja. Se estimó, por [5] ello, que lo mejor era enviar embajadores a Aníbal y obtener de él garantías de que Crotona sería para los brucios en caso de ser recuperada. Aníbal respondió que esta decisión [6] había que tomarla sobre el terreno y los remitió a Hannón; de éste no sacaron nada en claro, pues no quería [7] que fuera saqueada una ciudad famosa y opulenta, y esperaba que cuando los brucios la atacasen y se viera con claridad que los cartagineses no aprobaban dicho ataque ni colaboraban con él, los demás se pasarían más aprisa a [8] su bando. Entre la población de Crotona no había un proyecto ni un sentir común. Era como si la misma enfermedad hubiera contagiado a todas las colectividades de Italia: había disensión entre la plebe y la aristocracia, el senado era proclive a los romanos y la plebe tiraba por los cartagineses. [9] Un desertor informa a los brucios de esta división en la ciudad, de que Aristómaco es el líder de la plebe y partidario de entregar la ciudad; que en ésta, escasamente habitada, cuyas murallas tienen puntos muy distantes entre sí, los senadores han puesto guardias y centinelas muy separados, y que está libre la entrada por

cada uno de los [10] puntos que vigilan los hombres de la plebe. A propuesta del desertor y guiados por él, los brucios acordonaron la ciudad, fueron admitidos por la plebe y al primer ataque [11] la tomaron entera a excepción de la ciudadela. Ésta estaba ocupada por la aristocracia, que la había preparado de antemano como refugio para una emergencia como aquella. Se refugió también allí Aristómaco, como si él hubiera aconsejado entregar la ciudad a los cartagineses y no a los brucios.

[3] La ciudad de Crotona estaba rodeada de una muralla de doce millas de perímetro antes de la llegada de Pirro [2] a Italia; después de la devastación causada por aquella guerra, apenas estaba habitada la mitad²⁸⁷. El río²⁸⁸, que antes discurría por el centro de la ciudad, pasaba ahora más allá de la zona poblada de edificios, y también la ciudadela [3] quedaba alejada de los edificios habitados. A seis millas de distancia estaba el templo de Juno Lacinia, más famoso que la propia ciudad, venerado en todos los pueblos [4] del contorno. Allí había un claro rodeado de densa arboleda, especialmente esbeltos abetos, y en el centro había ricos pastos donde sin pastor alguno pacían ganados de todas clases, consagrados a la diosa, y por la noche [5] los distintos rebaños solían regresar por separado a sus establos sin ser jamás víctimas del acecho de las fieras o de las trampas de los hombres. Así, de este ganado se sacaron [6] considerables sumas de dinero con el que se hizo y consagró una columna de oro macizo, y el templo se hizo famoso por su riqueza tanto como por su santidad, y como [7] suele ocurrir con lugares de tanto renombre, se le atribuyen algunas historias de hechos extraordinarios: es voz común que en el vestíbulo del templo hay un altar donde ningún viento puede aventar las cenizas. La ciudadela de [8] Crotona, que se asomaba al mar por una de sus vertientes y daba a la campiña por la otra, protegida primitivamente sólo por su situación natural, más adelante fue rodeada además con una muralla en el punto por el que Dionisio²⁸⁹, el tirano de Sicilia, la tomó a traición a través de las rocas de la parte de atrás. El estamento dirigente de [9] Crotona se hacía fuerte entonces en dicha ciudadela, que parecía suficientemente segura a pesar de sitiarse incluso su propia plebe además de los brucios. Éstos, al fin, viendo [10] que la ciudadela resultaba inexpugnable para sus solas fuerzas, forzados por la necesidad piden la ayuda de Hannón. Éste intentó inducir a los crotoniatas a rendirse con la [11] condición de que consintieran en que se estableciera allí una colonia de brucios para que aquella ciudad desolada y despoblada por las guerras recuperara su antigua densidad de población, pero el único a quien convenció fue a Aristómaco; aseguraban que estaban dispuestos a morir antes que [12] confundirse con los brucios y adoptar unos ritos, unas costumbres, unas leyes y, en breve, incluso una lengua que [13] no eran los suyos. Aristómaco, como no tenía influencia suficiente para aconsejar la

rendición ni encontraba la oportunidad de entregar la ciudadela igual que había entregado [14] la ciudad, se pasó a Hannón él solo. Poco después, una delegación locrense autorizada por Hannón entró en la ciudadela y los convenció para que consintieran en trasladarse a Locros y no pretendieran llevar las cosas a sus últimas consecuencias, que ya se había conseguido de Aníbal que pudieran hacerlo, pues se había enviado una embajada con [15] ese preciso propósito. Fue así evacuada Crotona; los crotoniatas, conducidos a la costa, embarcaron, y todos en masa partieron hacia Locros.

[16] En Apulia ni siquiera el invierno suponía una tregua entre Aníbal y los romanos. En Luceria invernaba el cónsul [17] Sempronio, y no lejos de Arpos, Aníbal. Se producían pequeñas escaramuzas entre ellos según a unos u otros se les presentaba una ocasión favorable, y con estas acciones los romanos iban mejorando y volviéndose de día en día más prudentes y cautos frente a las emboscadas.

Sicilia: cambios al suceder Jerónimo a Hierón

[4] En Sicilia las cosas habían cambiado por completo para los romanos con la muerte de Hierón y la transferencia de poderes a su nieto Jerónimo, un muchacho que difícilmente habría podido ejercer con moderación un poder de libertades, cuanto menos [2] un poder absoluto. A esa edad y con esas inclinaciones, se hicieron cargo de él sus tutores y amigos para precipitarlo en toda clase de vicios. Previendo que esto iba a ocurrir así, dicen que Hierón al término de su larga vida quiso dejar Siracusa convertida en república para evitar que su reino, forjado y afianzado a fuerza de buenas medidas de gobierno, se arruinase ignominiosamente bajo el despotismo del muchacho. A este propósito suyo se opusieron con [3] el mayor empeño sus hijas; estaban convencidas de que el chico ostentaría el título de rey, pero todo el poder real lo ejercerían ellas y sus maridos Adranodoro y Zoipo, que quedaban como principales tutores. No resultaba fácil para [4] una persona entrada ya en los noventa años, asediado día y noche por mimos femeninos, tener libertad de espíritu y dejar de preocuparse por intereses privados para pensar en el interés común. Por eso se limitó a dejarle quince [5] tutores al chico, encareciéndoles en el momento de morir que mantuviesen íntegra para con el pueblo romano la lealtad que él había cultivado durante cincuenta años, y persuadiesen al joven que siguiera fielmente sus huellas y las enseñanzas con que había sido educado. Esta fue su voluntad. Cuando expiró, los tutores hicieron público el testamento [6] y presentaron al muchacho —tenía, en efecto, unos quince años por entonces— a la asamblea del pueblo. Unas pocas personas que habían sido distribuidas por entre [7] la asamblea para suscitar aclamaciones manifestaron su aprobación al testamento; los demás, con miedo a

todo como si estuvieran en una ciudad huérfana tras la pérdida del padre...²⁹⁰. Se celebraron los funerales del [8] rey, señalados más por el cariño y el respeto de la ciudadanía que por el duelo de los suyos. Poco tiempo después, [9] Adranodoro desplazó a los demás tutores diciendo una y otra vez que Jerónimo era ya un joven capaz de gobernar; y renunciando él a la tutela que compartía con otros muchos hizo que gravitase sólo sobre él el poder de todos.

[5] Era difícil que los siracusanos sintiesen simpatía incluso hacia un rey bueno y moderado, sucesor de un Hierón [2] tan querido; pero la verdad es que Jerónimo, como si quisiera con sus defectos hacer sensible la pérdida de su abuelo, desde el mismo momento en que apareció en público [3] mostró hasta qué punto había cambiado todo. En efecto, quienes durante tantos años habían visto que Hierón y su hijo Gelón no se diferenciaban del resto de los ciudadanos ni por la manera de vestir ni por ningún otro distintivo, vieron ahora la púrpura y la diadema y la escolta armada, [4] e incluso lo vieron saliendo a veces del palacio en cuadriga [5] de blancos caballos al estilo de Dionisio el tirano. Este ceremonial tan suntuoso, esta apariencia externa, venían seguidos del correspondiente trato despectivo para con todo el mundo, altivez para escuchar, expresiones humillantes, audiencias escasas no ya para los extraños sino incluso para sus tutores, formas inauditas de placer, crueldad inhumana. [6] Y de esta forma, cundió el pánico entre todo el mundo en tal medida que algunos de los tutores se anticiparon al castigo que temían por medio del suicidio o el [7] exilio voluntario. Tres de ellos, Adranodoro y Zoipo, yernos de Hierón, y un tal Trasón, eran los únicos que tenían entrada en palacio con relativa familiaridad; en otras cuestiones, la verdad es que no tenía demasiado en cuenta su [8] opinión, pero como dos de ellos se inclinaban por los cartagineses y Trasón por la alianza con Roma, con su enfrentamiento y su proclividad atraían a veces la atención del [9] joven; entonces un tal Calón, que tenía la misma edad que Jerónimo y estaba habituado ya desde la infancia a un trato enteramente familiar con él, denunció una conjura urdida [10] para acabar con la vida del rey. El denunciante sólo pudo dar el nombre de uno de los conjurados, Teódoto, que se había puesto en contacto con él mismo. Detenido inmediatamente y entregado a Adranodoro para que lo torturase, admitió sin vacilar su culpa, pero a sus cómplices los encubría; al fin, sometido a todas las torturas [11] que la naturaleza humana es incapaz de soportar, fingiéndose vencido por el castigo, en vez de delatar a sus cómplices delató a inocentes, inventándose que Trasón era el promotor [12] del complot y que no se habría atrevido con una acción de aquella envergadura de no haber contado con un cabecilla tan poderoso. Citó además como cómplices [13] a algunos satélites del rey, personas sin relieve ninguno cuyos

nombres se le venían a la mente en su falsa acusación entre dolores y gemidos. Lo que dio más credibilidad a la delación en el ánimo del rey fue el hecho de que citara el nombre de Trasón, de modo que inmediatamente fue conducido al suplicio, y los demás, igualmente inocentes, sufrieron el mismo castigo. Ninguno de los cómplices se [14] escondió o huyó a pesar de ser largamente torturado su compañero, tal era su confianza en el valor y la lealtad de Teódoto y tal el aguante del propio Teódoto para mantener oculto lo que no debía ser revelado.

Así, quitado del medio Trasón, que era el único sostén [6] de la alianza con los romanos, la situación se veía inmediatamente abocada a la rebelión de forma evidente. Se enviaron [2] embajadores a Aníbal y éste a su vez envió a Aníbal, un joven noble, y a Hipócrates y Epicides, nacidos en Cartago pero oriundos de Siracusa por parte de su abuelo, un exiliado, y además cartagineses por línea materna. Éstos hicieron de intermediarios para la negociación de una [3] alianza entre Aníbal y el rey de Siracusa, y se quedaron con éste con el consentimiento de Aníbal. El pretor Apio [4] Claudio, que tenía Sicilia a su cargo, cuando tuvo noticia de estos datos envió al instante embajadores a Jerónimo. Cuando dijeron que habían venido a renovar la alianza que había existido con su abuelo fueron escuchados entre burlas, y Jerónimo los despidió preguntándoles con sorna [5] cuál era la suerte que habían corrido en la batalla de Cannas, pues los embajadores de Aníbal contaron cosas casi increíbles, y quería saber qué había de cierto, para decidir [6] a partir de ahí qué partido tomar. Los romanos dijeron que volverían a verlo cuando comenzase a escuchar en serio a las embajadas, advirtiéndole, más que rogándole, que no cambiara de alianza de forma irreflexiva, y se marcharon. [7] Jerónimo envió embajadores a Cartago para negociar un tratado de acuerdo con las bases establecidas con Aníbal. Se acordó que cuando echasen de Sicilia a los romanos, cosa que iba a ocurrir en breve si enviaban naves y tropas, el río Hímera²⁹¹, que divide la isla más o menos por la mitad, sería la frontera entre el reino de Siracusa [8] y los dominios cartagineses. Después, ensoberbecido por las adulaciones de los que le urgían a que se acordase no ya de Hierón sino incluso del rey Pirro, su abuelo materno, envió Jerónimo una segunda embajada diciendo que consideraba justo que se le cediese a él toda Sicilia, y que para el pueblo cartaginés se buscase en Italia el imperio [9] que le correspondía. No les sorprendía semejante frivolidad y presunción en un joven alocado, ni se la recriminaban, con tal de mantenerlo distanciado de los romanos.

[7] Pero todo contribuyó a precipitarlo en la ruina. Envío primero a Hipócrates y Epicides, cada uno con dos mil hombres armados, para tantear las ciudades que estaban [2] ocupadas por guarniciones romanas, y él marchó hacia Leontinos²⁹² con todo lo que

quedaba de ejército, que eran unos quince mil hombres de a pie y de a caballo. Los conjurados [3] —todos ellos, casualmente, servían en el ejército— ocuparon una casa deshabitada que daba a una calle estrecha por la que solía el rey bajar al foro. Mientras los demás [4] esperaban allí, armados y a punto, el paso del rey, a uno de ellos llamado Dinómenes, que pertenecía a la guardia personal, se le asignó la misión de entretener con cualquier pretexto a la escolta en un estrechamiento de la calle cuando el rey se acercara a la puerta. Se hizo tal como [5] habían acordado. Dinómenes levantó un pie como para aflojar un nudo demasiado apretado y detuvo a la comitiva, haciendo que quedara espacio libre suficiente para que se produjera el ataque contra el rey cuando se adelantó sin guardia; recibió varias heridas antes de que fuera posible acudir en su ayuda. Al oír los gritos y el alboroto se [6] lanzaron armas arrojadas contra Dinómenes, pues ya no cabía duda de que bloqueaba el paso adrede; se escapó, sin embargo, aunque recibió dos heridas. Los miembros [7] de la escolta del rey, cuando lo vieron tendido, emprendieron la huida; en cuanto a los homicidas, unos se dirigieron al foro al encuentro de la multitud que celebraba su libertad y otros a Siracusa para anticiparse a los planes de Adranodoro y demás partidarios del rey. Ante lo incierto [8] de la situación, Apio Claudio, viendo que la guerra estaba a punto de estallar, informó por carta al senado del acercamiento producido entre Sicilia y el pueblo cartaginés y Aníbal, y él, en prevención de los movimientos de los [9] siracusanos, concentró todas sus tropas en la frontera entre su provincia y el reino de Siracusa.

Elecciones en Roma. Discurso electoral de Quinto Fabio Máximo

[10] A finales de aquel año²⁹³, Quinto Fabio, por decisión del senado, fortificó e impuso una guarnición a Putéolos, que había comenzado a ser frecuentada como mercado en el transcurso de la guerra. [11] Cuando volvía de allí a Roma para las elecciones, las convocó para el primer día que la ley permitía celebrarlas, y al llegar del viaje se dirigió directamente al campo de Marte [12] sin entrar en la ciudad. El día de las elecciones la suerte señaló a la centuria aniense de jóvenes para votar la primera; ésta se pronunció por Tito Otacilio y Marco Emilio Regilo para el consulado, y entonces Quinto Fabio impuso silencio y habló en estos términos:

[8] «Si tuviéramos paz en Italia, o si tuviéramos un enemigo y una guerra que permitiera descuidar en alguna medida la vigilancia, cualquiera que pusiese la menor cortapisa a vuestras preferencias, que os traen al campo de Marte para conferir los cargos a quien queráis, me parece a mí [2] que tendría poco en cuenta vuestra libertad. Pero como en esta guerra y con este enemigo jamás general alguno cometió un error sin

que ello supusiera un grave desastre para nosotros, es conveniente que emitáis el voto para la elección de cónsules tan alerta como cuando salís armados al campo de batalla, y que cada cual se diga a sí mismo: «Voto por un cónsul que está a la altura de Aníbal como [3] general». Este año, en Capua, lanzó un reto Vibelio Táurea, el mejor jinete campano, y se le enfrentó Aselo Claudio, [4] el mejor jinete romano. Tiempo atrás²⁹⁴, contra un galo que lanzaba su desafío en el puente del Anio enviaron nuestros antepasados a Tito Manlio, que tenía plena confianza en su propio coraje y sus fuerzas. No pongo en duda [5] que fue esa misma la razón por la que años más tarde²⁹⁵ se confió en Marco Valerio cuando empuñó las armas para enfrentarse a un galo que también desafiaba a un combate. Igual que deseamos tener soldados de infantería [6] y de caballería tan fuertes al menos como el enemigo, si no más, también debemos buscar un general del nivel del general enemigo. Aun cuando elijamos general a la persona [7] que más destaca entre la ciudadanía, con todo, nada más resultar elegido, nombrado por un año, se medirá con un general experimentado cuyo mando ininterrumpido no está constreñido por ninguna clase de limitación, ni en tiempo ni en atribuciones, en orden a adoptar todo tipo de medidas y disposiciones según lo requieran las circunstancias de la guerra; a nosotros, en cambio, se nos va el año [8] entero sólo en los preparativos y el inicio de las operaciones.

Puesto que he explicado suficientemente qué clase de [9] personas debéis elegir cónsules, sólo me falta referirme brevemente a los que han sido objeto de las preferencias de los primeros en votar. Marco Emilio Regilo es el sacerdote [10] de Quirino y no podemos ni alejarlo de sus funciones sagradas ni mantenerlo aquí, si no queremos dejar desatendidos a los dioses o la dirección de la guerra. Tito Otacilio [11] tiene por esposa a la hija de una hermana mía, y tiene hijos de ella; pero son tales las muestras de generosidad que me habéis dado tanto a mí como a mis antepasados que no voy a anteponer mis intereses particulares a los de la patria. Cuando la mar está en calma, cualquier marino, [12] cualquier pasajero, puede manejar el timón; pero cuando estalla una violenta tempestad y la nave es arrastrada por el viento en la mar encrespada, entonces se necesita un timonel [13] que sea un hombre de verdad. No navegamos en un mar en calma, sino que ha estado a punto de hundirnos más de una borrasca; por consiguiente, poned el mayor cuidado en ser previsores y precavidos para ver quién se va a sentar al timón. Te hemos puesto a prueba en empresas menores, Tito Otacilio, y francamente no nos diste el menor pie para que confiemos en ti con vistas a otras de mayor [14] alcance. La flota que tú mandaste este año la habíamos preparado con un triple objetivo: asolar la costa de África, proteger la costa de Italia y sobre todo evitar que

desde Cartago se le hiciesen llegar a Aníbal refuerzos, dinero [15] y provisiones. Si Tito Otacilio prestó al Estado, ya no digo todos estos servicios, sino alguno de ellos, elegido cónsul. Pero si, bien al contrario, mientras él mandaba la flota le llegaron a Aníbal sin problemas y en perfectas condiciones cosas incluso que no le hacían falta, como si en [16] el mar no tuviera enemigos, si la costa de Italia durante este año ha sido más peligrosa que la de África, ¿qué razón puedes aducir para que te pongamos precisamente a [17] ti frente a un enemigo como Aníbal? Si tú fueras cónsul, consideraríamos que había que nombrar un dictador, siguiendo el ejemplo de nuestros mayores, y tú no podrías sentirte indignado porque hubiese entre la ciudadanía de Roma alguien considerado mejor soldado que tú. Eres tú, Tito Otacilio, el primer interesado en que no se imponga sobre tus hombros una carga que no puedas sobrellevar. [18] Os lo aconsejo con todo encarecimiento, Quirites: con el mismo ánimo que si estuvierais armados en el campo de batalla y tuvierais que escoger de pronto dos generales para [19] combatir bajo sus órdenes y auspicios, elegid también hoy los cónsules ante los que vuestros hijos pronunciarán la fórmula del juramento, con su edicto se concentrarán, bajo su supervisión y protección militarán. El lago Trasimeno [20] y Cannas son un recuerdo doloroso, pero también un precedente útil para prevenir hechos parecidos. Pregonero, llama de nuevo a votar a la anienne de jóvenes».

Tito Otacilio alborotaba y de forma violenta decía a [9] gritos que Fabio quería continuar en el cargo de cónsul; entonces éste dio orden a los lictores de que se acercasen a él y le recordó que los *fascēs* que le precedían llevaban [2] aún las hachas, puesto que no había entrado en la ciudad al dirigir su marcha directamente al campo de Marte. Entretanto emitió sufragio la centuria *praerrogativa* y resultaron [3] votados cónsules por ella Quinto Fabio Máximo, por cuarta vez, y Marco Marcelo, por tercera²⁹⁶. Las centurias restantes votaron a estos mismos para el consulado de forma unánime. Sólo un pretor fue reelegido, Quinto [4] Fulvio Flaco, los otros elegidos eran nuevos: Tito Otacilio Craso, por segunda vez²⁹⁷, Quinto Fabio, hijo del cónsul, que entonces era edil curul, y Publio Cornelio Léntulo. Finalizadas las elecciones de pretores, un decreto del senado [5] dispuso que como medida extraordinaria asumiera la pretura urbana Quinto Fulvio, y que fuera éste quien tuviera prioridad para gobernar la ciudad cuando los cónsules marcharan al frente. Aquel año hubo lluvias torrenciales [6] en dos ocasiones y el Tíber inundó los campos, causando grandes estragos en casas y ganados, con grandes pérdidas de vidas humanas.

El quinto año de la segunda guerra púnica tomaron [7] posesión²⁹⁸ del cargo de cónsules Quinto Fabio Máximo por cuarta vez y Marco Claudio Marcelo por tercera vez,

arrastrando consigo una adhesión de la ciudadanía más allá de lo habitual, y es que en muchos años no había habido [8] una pareja de cónsules como aquélla. Contaban los viejos que algo así había ocurrido con la proclamación de los cónsules Máximo Rulo y Publio Decio²⁹⁹ para la guerra con los galos, y más tarde con la de Papirio y Carvilio³⁰⁰ contra samnitas y brucios y el pueblo lucano junto con [9] el tarentino. Marcelo fue elegido cónsul en ausencia, pues se encontraba en el frente; se le prorrogó el consulado a Fabio, que estaba presente y era precisamente él el presidente [10] de los comicios. Las circunstancias y exigencias de la guerra y lo crítico de la situación hacían que nadie anduviera buscando precedentes o considerase al cónsul sospechoso [11] de ambición de poder; es más, elogiaban incluso su grandeza de espíritu por el hecho de que, al saber que el Estado tenía falta de un general de gran talla y que él lo era sin lugar a dudas, había dado menos importancia a la propia impopularidad que podría derivarse de aquella circunstancia que a los intereses del Estado.

Reparto de competencias. [2] Prodigios. Preparativos bélicos

[10] El día en que los cónsules entraron en funciones se reunió el senado en el Capitolio y como primera medida decretó que los cónsules echaran a suertes o se pusieran de acuerdo sobre cuál de ellos iba a presidir los comicios para la elección de censores, antes [3] de marcharse al frente. A continuación se les prorrogó el mando a todos los que estaban al frente de los ejércitos y se ordenó que permanecieran en sus campos de operaciones: Tiberio Graco en Luceria, donde se encontraba con un ejército de esclavos voluntarios; Gayo Terencio Varrón en territorio piceno, y Marco Pomponio en territorio galo. Se acordó también que de los pretores del año anterior, [4] en calidad de propretores, Quinto Mucio ocupara Cerdeña y Marco Valerio asumiera el mando en la costa cercana a Brundisio pronto a hacer frente a cualquier movimiento de Filipo, rey de Macedonia. La provincia de Sicilia le fue [5] asignada por decreto al pretor Publio Cornelio Léntulo, y a Tito Otacilio la misma flota que había mandado el año anterior contra los cartagineses.

Aquel año corrieron noticias de numerosos hechos portentosos; [6] cuanto más crédito les daban las gentes sencillas y supersticiosas, más se multiplicaban los rumores: en Lanuvio habían anidado unos cuervos en el interior del templo de Juno Sópita; en Apulia había ardido una palmera [7] verde; en Mantua había aparecido ensangrentada una laguna, consecuencia de un desbordamiento del río Mincio; además había llovido arcilla en Cales, y sangre en Roma en el mercado de ganado, y en el barrio Insteyo había brotado [8] bajo tierra un manantial con tanta fuerza en el agua que había arrastrado con

el ímpetu de un torrente los cántaros y toneles que allí había; cayeron rayos en un atrio [9] público en el Capitolio, en el templo de Vulcano del campo de Marte, en el de Vacuna en la Sabina, y en una vía pública, un muro y una puerta en Gabios. Circulaban ahora [10] rumores de otros hechos extraordinarios: la lanza de Marte en Preneste se había movido sola, en Sicilia había hablado un buey; en el claustro materno un niño exclamó «¡Viva, triunfo!» en el país de los marrucinos; en Espoleto, una mujer se había transformado en hombre; en Adria habían visto un altar en el cielo y figuras humanas en torno a él vestidas de blanco. Es más, incluso en Roma, en la [11] propia ciudad, inmediatamente después de verse un enjambre de abejas en el foro, lo cual es sorprendente por lo inusual, algunos aseguraban estar viendo legiones armadas en el Janículo, con lo cual concitaron a las armas a la [12] población, mientras que los que estaban en el Janículo decían que por allí no había aparecido nadie aparte de los [13] ocupantes habituales de la colina. Estos portentos fueron conjurados, por indicación de los arúspices, con víctimas mayores, y se decretó una rogativa pública a todos los dioses que tenían cojines sagrados en Roma.

[11] Cumplidas las ceremonias pertinentes para la reconciliación con los dioses, los cónsules sometieron a la deliberación del senado sus propuestas sobre los asuntos de Estado y sobre la dirección de la guerra, el volumen de los [2] efectivos y su localización y características. Se acordó que hubiera dieciocho legiones en campaña³⁰¹, que de cuatro de ellas se hicieran cargo los cónsules, dos cada uno, que dos ocupasen la Galia y otras tantas Sicilia y Cerdeña; dos estarían a las órdenes del pretor Quinto Fabio en Apulia, y dos de esclavos voluntarios a las de Tiberio Graco en [3] Luceria; se le dejó una al procónsul Gayo Terencio en el Piceno, otra a Marco Valerio para su flota de Brundisio, y [4] dos quedarían como guarnición en Roma. Para completar este número había que enrolar seis legiones nuevas. Los cónsules recibieron instrucciones de alistarlas cuanto antes [5] y preparar la flota de forma que, incluyendo las naves situadas ante las costas de Calabria, se completase aquel año [6] una armada de ciento cincuenta naves de guerra. Efectuado el reclutamiento y botadas cien nuevas naves, Quinto Fabio presidió los comicios para la elección de censores; resultaron elegidos Marco Atilio Régulo y Publio Furio Filo.

Como se intensificaban los rumores de que había guerra en Sicilia, Tito Otacilio recibió orden de partir hacia allí con su flota. Ante la escasez de marinería, los cónsules, [7] por decisión del senado, dispusieron que todo aquel cuya renta o la renta de su padre hubiera sido evaluada, durante la censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio, entre cincuenta mil y cien mil ases, o hubiese alcanzado esa cifra con posterioridad, aportase

un marinero con la paga de seis meses; los comprendidos entre cien mil y trescientos mil, tres marineros y un año de paga; los comprendidos [8] entre trescientos mil y un millón, cinco marineros; los que sobrepasasen el millón, siete marineros; los senadores aportarían ocho marineros y un año de paga militar. Los marineros [9] suministrados a tenor de este decreto, armados y equipados por sus dueños, subieron a las naves con alimentos preparados para treinta días. Fue ésta la primera vez que la flota romana se formó con una marinería financiada por particulares.

Aníbal en la Campania

Estos preparativos, mayores que de costumbre, [12] alarmaron sobre todo a los campanos, no fueran a iniciar los romanos con el asedio de Capua la campaña de aquel año. Enviaron, pues, embajadores a [2] Aníbal para pedirle que acercara a Capua su ejército, que se estaban reclutando en Roma nuevos ejércitos para atacarla, pues no había ninguna ciudad cuya defección hubiese provocado allí una reacción más hostil. Estaban tan excitados [3] cuando daban estas noticias que Aníbal pensó que había que darse prisa para que no se le adelantaran los romanos y salió de Arpos en dirección al Tifata, situándose en su antiguo campamento encima de Capua. Dejó allí a [4] los números y los hispanos para proteger tanto el campamento como la ciudad y bajó con el resto del ejército hacia el lago Averno³⁰², aparentemente para ofrecer un sacrificio, pero en realidad para tantear Putéolos y la guarnición [5] que estaba allí. Cuando llegaron noticias de que Aníbal había salido de Arpos y se dirigía de nuevo a Campania, Máximo regresó al frente sin interrumpir la marcha ni de [6] día ni de noche y dio orden a Tiberio Graco de que trasladara sus tropas de Luceria a Benevento y al pretor Quinto Fabio —se trataba del hijo del cónsul— de que sustituyera a Graco en Luceria.

[7] Al mismo tiempo salieron para Sicilia los dos pretores, Publio Cornelio para el ejército y Tito Otacilio para asumir [8] el mando de las operaciones navales en la costa. También salieron los demás hacia sus campos de operaciones, y aquellos a los que se les había prorrogado el mando conservaron los del año anterior.

[13] Cuando Aníbal se encontraba en el lago Averno acudieron a verle desde Tarento cinco jóvenes de la nobleza a los que había hecho prisioneros, unos en el lago Trasimeno y otros en Cannas, y les había dejado marchar a sus casas mostrando la misma afabilidad que con todos [2] los aliados de los romanos. Le informaron que al recordar el buen trato recibido de él habían llevado a una gran parte de la juventud tarentina a preferir la amistad y la alianza de Aníbal a la del pueblo romano, y que los suyos los habían enviado como embajadores para rogar a Aníbal que [3] llevase su

ejército más cerca de Tarento, que en cuanto se avistasen desde allí sus enseñas y su campamento, la ciudad se le entregaría sin la menor dilación, que los más jóvenes controlaban la plebe y la plebe controlaba el gobierno [4] de Tarento. Aníbal los felicita, los abruma con espléndidas promesas y les indica que vuelvan a casa para agilizar sus proyectos, que él se presentará en el momento adecuado. Con estas esperanzas se despidieron los tarentinos. El propio Aníbal estaba vivamente interesado en apoderarse [5] de Tarento. Veía que se trataba de una ciudad opulenta y famosa, y además marítima y muy bien situada frente a Macedonia, y que Filipo, en caso de cruzar a Italia, se dirigiría a su puerto, ya que Brundisio estaba en poder de los romanos. Celebró luego el acto religioso [6] objeto de su venida, y mientras permanecía allí arrasó el territorio de Cumas hasta el promontorio de Miseno, y repentinamente dirigió la marcha hacia Putéolos para sorprender a la guarnición romana. Había seis mil hombres [7] y aparte de las defensas naturales la posición estaba atrincherada. Tres días estuvo allí el cartaginés tanteando la guarnición desde todos los ángulos; después, como no adelantaba nada, se fue a devastar el territorio de Nápoles, más por rabia que por esperar apoderarse de la ciudad.

Su llegada al territorio próximo puso en movimiento [8] a la plebe de Nola, desafecta a los romanos desde hacía tiempo y hostil a su propio senado. Por eso, llegó una comisión a reclamar la presencia de Aníbal con la firme promesa de entregarle la ciudad. El cónsul Marcelo, llamado [9] por la aristocracia, le tomó la delantera. En un solo día se trasladó desde Cales a Suésula, a pesar de la demora que supuso el paso del río Volturno; a continuación introdujo [10] en Nola aquella misma noche seis mil hombres de a pie y trescientos jinetes para proteger al senado. Y así [11] como el cónsul actuó con prontitud en todo para adelantarse en la ocupación de Nola, Aníbal en cambio desaprovechaba el tiempo, pues al frustrarse sus dos tentativas anteriores se había vuelto bastante refractario a confiar en los nolanos.

Batalla en las cercanías de Benevento

[14] Por aquellas mismas fechas el cónsul Quinto Fabio llegó a Casilino con intención de atacarlo porque estaba ocupado por una guarnición cartaginesa, y como si se hubieran puesto de acuerdo se acercaron a Benevento por un lado Hannón, desde el Brucio, con un gran contingente de infantería y de caballería, y por [2] otro Tiberio Graco desde Luceria. Éste entró primero en la ciudad; después, cuando se enteró de que Hannón había acampado junto al río Calor³⁰³ a unas tres millas de la ciudad y que desde allí asolaba los contornos, salió a su vez murallas afuera y situó su campamento

aproximadamente a una milla del enemigo. Allí celebró una asamblea [3] de soldados. Tenía unas legiones compuestas en gran parte por esclavos voluntarios que, por segundo año consecutivo ya, habían preferido ganarse su libertad en silencio a pedirla abiertamente. No obstante, al salir de los cuarteles de invierno se había percatado de que circulaban por la formación murmullos de descontento preguntándose si es [4] que nunca iban a combatir como ciudadanos libres, y había expuesto por escrito al senado no tanto lo que deseaban sino lo que se merecían: hasta la fecha había podido contar con una colaboración leal y valerosa por su parte, y lo único que les faltaba ya para ser un ejemplo de soldados [5] cabales era la libertad. El senado le había autorizado a hacer lo que considerara conforme a los intereses del Estado. Así pues, antes de entablar combate con el enemigo les anuncia que ha llegado para ellos el momento de [6] conseguir la libertad tanto tiempo esperada; que al día siguiente piensa librar batalla cuerpo a cuerpo en terreno abierto y llano donde podrá desenvolverse la acción sólo a base de valor, sin ningún temor a una emboscada; por orden suya, se le dará inmediatamente la libertad a [7] todo el que vuelva con la cabeza de un enemigo, pero será castigado como un esclavo³⁰⁴ el que abandone su puesto; cada uno tiene en sus manos su propia suerte; el garante [8] de su libertad será no sólo él, sino el cónsul Marco Marcelo y el senado en pleno, que respondió a una consulta suya autorizándolo a decidir sobre su libertad. Acto seguido leyó [9] en voz alta la carta del cónsul y el decreto del senado, que fueron recibidos con un griterío de entusiasmado asentimiento. Pedían combate y le urgían con fiereza que diera inmediatamente la señal. Graco anunció la batalla para el [10] día siguiente y disolvió la asamblea; los soldados, entusiasmados, sobre todo aquellos para los cuales la libertad iba a ser la recompensa de un solo día de esfuerzo, dedicaron el resto del día a preparar las armas.

Al día siguiente, en cuanto comenzaron a sonar las trompetas [15] acudieron éstos los primeros al pretorio armados y preparados. A la salida del sol, Graco los sacó al campo de batalla y también los enemigos aceptaron la lucha sin dilación. Eran diecisiete mil hombres de infantería, brucios [2] y lucanos en su mayoría, y mil doscientos de caballería, entre los que había un número muy reducido de itálicos; el resto eran casi todos nómadas y moros. El combate [3] fue largo y encarnizado; durante cuatro horas no se decantó el resultado a favor de ninguno de los dos bandos, y el mayor inconveniente para los romanos lo constituían las cabezas convertidas en precio de la libertad. En efecto, cuando [4] uno daba prontamente muerte a un enemigo, primero perdía tiempo con el engorro de cortarle la cabeza entre la confusión y la aglomeración; después, con la mano derecha ocupada para sostener la cabeza, los más aguerridos quedaban al margen

del combate y la lucha quedaba en [5] manos de los cobardes y pusilánimes. Cuando los tribunos militares informaron a Graco de esta circunstancia, de que ningún enemigo que estuviera de pie era atacado, que se estaba degollando a los que estaban tendidos y en las diestras de los soldados había cabezas humanas en vez de espadas, ordenó que se diera en seguida la señal de tirar las [6] cabezas y lanzarse contra el enemigo, que el valor había quedado de manifiesto con claridad suficiente y que unos combatientes tan esforzados tenían asegurada la libertad. Se reinició entonces el combate, e incluso la caballería cargó [7] contra el enemigo; como le hicieron frente al instante los númidas, y la caballería combatía con tanto denuedo como la infantería, el resultado se tornó incierto de nuevo. El general romano rebajaba con sus palabras a los brucios y los lucanos por haber sido vencidos y sometidos tantas veces por sus antepasados, y el cartaginés, por su parte, a los esclavos romanos por ser soldados salidos del ergástulo, [8] hasta que al fin Graco anuncia a los suyos que no hay la más mínima esperanza de libertad si los enemigos no son derrotados y puestos en fuga aquel mismo día.

[16] Estas palabras caldean al fin los ánimos de tal forma que, después de repetir el grito de guerra, como si de repente se hubieran convertido en otros diferentes, se lanzaron contra el enemigo con tal empuje que ya no se les [2] pudo resistir por más tiempo. Cundió el desconcierto primero en la vanguardia cartaginesa, y luego en torno a las banderas, y por último fue rechazado su ejército entero; inmediatamente volvieron la espalda de forma decidida, emprendiendo la huida hacia el campamento presa de tal pánico y desconcierto que ni siquiera en las puertas del campamento o en la empalizada hubo quien opusiera resistencia. Los romanos, pisándoles los talones como si formaran un solo ejército, reiniciaron el combate dentro del recinto de la empalizada enemiga. La carnicería fue allí más horrible [3] en la medida en que la falta de espacio obstaculizaba la lucha; colaboraron además los prisioneros, los cuales, en plena confusión, se hicieron con armas, se agruparon, y cortaron desde atrás a los cartagineses impidiéndoles la huida. De modo que de tan numeroso ejército escaparon [4] menos de dos mil hombres, jinetes en su mayoría, junto con el propio general; los demás fueron todos ellos muertos o hechos prisioneros; también se tomaron treinta y ocho enseñas militares. Los vencedores tuvieron unas dos mil [5] bajas. Se le cedió a la tropa todo el botín a excepción de los prisioneros; se exceptuó también el ganado que en el plazo de treinta días pudieran identificar sus dueños.

Cuando regresaron al campamento cargados con el botín, [6] unos cuatro mil esclavos voluntarios que no habían puesto demasiado entusiasmo en el combate y no habían irrumpido junto con los demás en el campamento enemigo, temiendo un castigo

ocuparon una colina no lejos del campamento. Al día siguiente fueron sacados de allí por [7] intervención de los tribunos militares y se presentaron en la asamblea de soldados convocada por Graco. En ésta [8] el procónsul comenzó por conceder recompensas militares a los soldados veteranos de acuerdo con el valor y el esfuerzo de cada cual en aquella batalla; después, en referencia [9] a los esclavos voluntarios, dijo que prefería felicitarlos a todos, lo merecieran o no, antes de castigar a nadie en un día como aquél; que por orden suya todos eran libres, y que ello redundase en bien y prosperidad y buena suerte para el Estado y para ellos mismos. Estas palabras suscitaron [10] un clamor de entusiasmo desbordado, y tan pronto se abrazaban unos a otros dándose la enhorabuena como alzaban los brazos al cielo pidiendo toda clase de bienes para [11] el pueblo romano y para el propio Graco; éste, entonces, dijo: «Antes de igualaros a todos con los derechos de la libertad no he querido calificar a ninguno con la nota [12] de valiente o de cobarde; pero ahora, una vez cumplida la promesa hecha en nombre del Estado, en prevención de que se pierda por completo la diferencia entre el valor y la cobardía, daré orden de que se me den los nombres de los que acaban de provocar una secesión porque se sabían culpables de falta de combatividad, los citaré uno a uno [13] y les haré jurar que, salvo en caso de enfermedad, mientras dure su servicio militar comerán y beberán siempre de pie. Sobrellevaréis esta sanción con más calma si tenéis en cuenta que se trata de la nota más benévola con que se podía [14] calificar vuestra cobardía». Dio luego la orden de recoger el equipo, y los soldados, transportando o conduciendo ante ellos el botín, entre bromas y chanzas regresaron a Benevento [15] tan eufóricos que parecían volver de la celebración de un banquete en un día de fiesta y no del campo [16] de batalla. Todos los beneventanos masiva y desordenadamente salieron a su encuentro a las puertas de la ciudad abrazándolos, felicitándolos y brindándoles su hospitalidad. [17] Se habían preparado banquetes en los patios de las casas; los invitaban a participar y le rogaban a Graco que permitiese a sus hombres sentarse a la mesa; y Graco concedió el permiso a condición de que comiesen todos en el exterior, [18] cada uno delante de su propia puerta. Lo sacaron todo afuera. Tocados con gorros de hombres libres o con la cabeza cubierta con lana blanca³⁰⁵, comieron los voluntarios, unos recostados y otros de pie, sirviendo a la mesa a la vez que comían. A Graco le pareció que la ocasión [19] lo merecía y a su vuelta a Roma mandó pintar una reproducción de la celebración de aquella jornada en el templo de la Libertad que su padre había dedicado en el Aventino después de disponer su construcción con dinero de las multas.

Reveses de Aníbal en Nola. Medidas censorias en Roma

Mientras en Benevento se desarrollaban [17] estos acontecimientos, Aníbal, después de devastar el territorio napolitano, trasladó su campamento a Nola. Cuando el cónsul [2] se dio cuenta de su llegada, mandó venir al propretor Pomponio con el ejército que se encontraba en el campamento de encima de Suésula y se dispuso para salir al encuentro del enemigo y presentar batalla sin dilación. En el silencio de la noche mandó a Gayo Claudio [3] Nerón salir con el grueso de la caballería por la puerta más alejada del enemigo, ordenándole que, sin dejarse ver, describiera un semicírculo, siguiera a la columna enemiga sin ser notado y le saliera al paso desde retaguardia cuando viera que se había iniciado el combate. No pudo hacerlo [4] así Nerón, y no está claro si fue porque se equivocó de camino o porque no le dio tiempo. Se inició el combate [5] sin su presencia y los romanos eran a todas luces superiores; pero como no se presentaron los jinetes a su debido tiempo, el plan trazado se fue al traste. Marcelo no se atrevió a acosar al enemigo que retrocedía y dio a los suyos la orden de retirada cuando estaban venciendo. Con todo, [6] dicen que aquel día fueron muertos más de dos mil enemigos, y romanos menos de cuatrocientos. Casi a la puesta del [7] sol regresó Nerón después de cansar inútilmente a hombres y caballos sin haber ni tan siquiera avistado al enemigo. El cónsul lo increpó con gran dureza, llegando a decirle que él tenía la culpa de que no se le hubiera devuelto al [8] enemigo la derrota sufrida en Cannas. Al día siguiente los romanos presentaron batalla y el cartaginés permaneció en su campamento, reconociendo su derrota de forma tácita; dos días después, renunciando a sus esperanzas de apoderarse de Nola, objetivo intentado siempre sin éxito, marchó hacia Tarento, donde las esperanzas de una rendición eran más fundadas.

[18] No se ponía menos energía en la gestión de los asuntos [2] internos de Roma que en las acciones militares. Los censores, como no tenían que ocuparse de la contratación de obras públicas porque las arcas del Estado estaban vacías, dedicaron su atención a encauzar los comportamientos castigando los vicios que habían nacido con aquella guerra igual que se generan en los cuerpos enfermos con los males [3] crónicos. Como primera medida citaron a aquellos que, según se decía, después de la derrota de Cannas habían planeado abandonar Italia³⁰⁶. Su jefe, Marco Cecilio Metelo, [4] casualmente era entonces cuestor. Se les conminó a defenderse a él y a los demás acusados del mismo delito; no lograron demostrar su inocencia y los censores los declararon culpables de haber hablado, tanto en público como en privado, en contra del Estado con el objeto de formar [5] una conjura para abandonar Italia. A continuación de éstos fueron citados los prisioneros que, ya en camino, habían vuelto al campamento de Aníbal considerando así cumplido el juramento que habían hecho de que volverían,

dando una interpretación demasiado rebuscada de lo que [6] es cumplir un juramento. A éstos y a los anteriores se les suprimió el caballo, a los que lo tenían a expensas del Estado, y a todos se les dio de baja en su tribu, convirtiéndolos en erarios. Pero la acción correctora de los censores no [7] se ciñó exclusivamente al senado y al orden ecuestre. Borraron de las listas de jóvenes a todos los que no habían hecho el servicio militar durante cuatro años y no tenían exención regular ni habían alegado enfermedad. Todos [8] éstos, más de dos mil, fueron también convertidos en erarios y dados de baja en su tribu. A esta nota censoria tan dura [9] se añadió un riguroso decreto del senado disponiendo que todos los señalados por los censores hiciesen el servicio como soldados de a pie y fuesen enviados a Sicilia para unirse a los restos del ejército de Cannas, tropas éstas que no terminaban su período de servicio militar hasta que el enemigo fuera expulsado de Italia.

Como la falta de recursos públicos impedía que los censores [10] sacaran a subasta la contrata de conservación de edificios religiosos, el suministro de caballos curules³⁰⁷ y cosas por el estilo, acudieron a verles muchas personas acostumbradas [11] a este tipo de subastas, animándolos a que tomaran todas las medidas e hiciesen las adjudicaciones como si hubiera fondos en el erario, pues nadie iba a exigir el pago hasta que finalizara la guerra. Se presentaron luego [12] los amos de los esclavos a los que Tiberio Sempronio había dado la libertad en Benevento y dijeron que les habían mandado venir los triúmviros encargados de las finanzas para entregarles el importe de los esclavos, pero que no lo iban a aceptar hasta acabar la guerra. Mientras se [13] producían estas reacciones en la voluntad popular para paliar la penuria del erario, comenzaron también las aportaciones de dinero por parte de los pupilos primero y de las viudas después, convencidos los que hacían los depósitos [14] de que no encontrarían nada más seguro y respetable que la garantía del Estado. A partir de ese momento, si los pupilos o las viudas compraban o se proveían de cualquier [15] cosa, el cuestor lo anotaba en un registro. Esta actitud de generosidad de los particulares se propagó desde la ciudad a los campamentos, de forma que ni los jinetes ni los centuriones cogían su paga, y si alguno lo hacía le llamaban mercenario en tono de insulto.

Ataque a Casilino, y otras acciones bélicas [2] en suelo itálico

[19] El cónsul Quinto Fabio tenía su campamento cerca de Casilino, que estaba ocupado por una guarnición de dos mil campanos y setecientos soldados de Aníbal. Tenía el mando Estacio Mecio, enviado por Gneo Magio de Atela, que era *medix tuticus* aquel año y había armado indiscriminadamente a plebeyos y esclavos para atacar el

campamento romano mientras el cónsul estaba ocupado en el asedio de [3] Casilino. Fabio se dio cuenta de todo esto. Por eso envió a decir a su colega en Nola que se precisaba otro ejército para hacer frente a los campanos mientras se producía el [4] asedio de Casilino: o bien dejaba una pequeña guarnición en Nola y venía personalmente, o bien hacía venir de Benevento al procónsul Tiberio Graco, si Nola requería su [5] presencia y Aníbal representaba aún una amenaza. Ante este mensaje, Marcelo dejó dos mil hombres en la guarnición de Nola y se dirigió a Casilino con el resto del ejército; con su llegada se calmaron los campanos, que habían [6] iniciado ya algunos movimientos. De esta forma comenzó el asedio a Casilino por parte de los dos cónsules. Como los soldados romanos, al acercarse a las murallas de forma imprudente, recibían numerosas heridas sin que se adelantara gran cosa, Fabio pensaba que había que desistir de aquella operación de escaso relieve tan dificultosa como una importante y retirarse de allí, puesto que urgían otras acciones de mayor trascendencia; pero Marcelo decía que [7] si bien hay muchas cosas que un buen general no debe intentar, una vez emprendidas no debe dejarlas, porque la gran influencia de la fama se produce en sentido favorable o desfavorable; e impidió que se llevara a cabo la retirada sin haber conseguido el objetivo. Inmediatamente pusieron [8] en marcha los manteletes y demás máquinas de guerra y obras de todas clases; los campanos pidieron a Fabio que les permitiese marcharse a Capua sin peligro, y cuando [9] habían salido unos pocos, Marcelo ocupó la puerta por donde estaban saliendo y comenzó una masacre generalizada e indiscriminada, primero en torno a la puerta, y después, irrumpiendo en la ciudad, dentro de ésta. Los aproximadamente [10] cincuenta campanos que habían salido los primeros buscaron refugio al lado de Fabio y con la protección de éste llegaron a Capua. Casilino fue tomado a la primera oportunidad entre las conversaciones y las vacilaciones de los que pedían un salvoconducto, y los prisioneros, campanos [11] o soldados de Aníbal, fueron enviados a Roma y allí encarcelados; el grueso de la población fue distribuido por los pueblos vecinos para su custodia.

Por las mismas fechas en que se produjo la retirada [20] de Casilino después de coronar con éxito la empresa, en Lucania envió Graco a saquear los campos enemigos algunas cohortes reclutadas en aquella comarca, mandadas por el prefecto de los aliados. Hannón los atacó cuando estaban [2] dispersos en desorden y le devolvió al enemigo una derrota casi tan severa como la que él había sufrido en Benevento, y se retiró a toda prisa por temor a que Graco le diera alcance. En cuanto a los cónsules, Marcelo retrocedió [3] hacia Nola, de donde había venido, y Fabio avanzó hacia el Samnio para devastar los campos y recuperar por [4] las armas las ciudades que se habían sublevado.

El Samnio caudino sufrió más los rigores de la devastación: los campos, en una gran extensión, fueron quemados, capturados [5] hombres y animales, tomadas al asalto Compulteria, Telesia, luego Compsa, Fugífulas y Orbitanio, y atacadas Blanda, [6] de los lucanos, y Ecas, de los ápuulos³⁰⁸. En estas ciudades fueron muertos o hechos prisioneros veinticinco mil enemigos, y cogidos trescientos setenta desertores que el cónsul envió a Roma, donde fueron azotados con varas en el comicio y precipitados desde la roca Tarpeya todos [7] ellos. Todo esto lo hizo Fabio en unos pocos días. A Marcelo lo retuvo en Nola una enfermedad impidiéndole entrar [8] en acción. También el pretor Quinto Fabio, cuyo campo de operaciones eran los alrededores de Luceria, tomó al asalto por aquellas mismas fechas la plaza de Acuca y fortificó un campamento permanente en Ardoneas³⁰⁹.

[9] Mientras los romanos llevaban a cabo estas acciones en distintos sitios, Aníbal había llegado ya a Tarento, causando [10] a su paso en todo los mayores estragos; sólo cuando llegó a territorio tarentino inició su ejército un avance en son de paz. Allí no causó ningún daño ni se salió del camino en ningún momento, y resultaba evidente que esto no se hacía por moderación de los soldados o del general, sino [11] para granjearse las simpatías de los tarentinos. Pero cuando se acercó bastante a las murallas sin que, como él pensaba, se produjera ningún movimiento a la vista de la cabeza de la columna, acampó aproximadamente a una milla de la ciudad. Tres días antes de que Aníbal se acercara [12] a las murallas, en Tarento, Marco Livio, enviado por el propretor Marco Valerio, comandante de la flota de Brundisio, reclutó a toda prisa a la juventud y organizó los puestos [13] de vigilancia que las circunstancias requerían junto a todas las puertas y en el entorno de las murallas, en guardia día y noche sin dejar la menor oportunidad para una sorpresa ni del enemigo ni de los aliados vacilantes. Aníbal [14] perdió allí inútilmente unos cuantos días, y como nadie de los que habían ido al lago de Averno venía personalmente ni enviaba un mensajero o una carta, comprendiendo que se había fiado a la ligera de promesas vacías, levantó el campamento, y también en esta ocasión respetó el territorio tarentino [15] a pesar de que su fingido comedimiento no le había dado ningún resultado positivo, y es que no renunciaba a la esperanza de socavar la lealtad. Cuando llegó a Salapia³¹⁰ hizo traer trigo de los campos de Metaponto y Heraclea, porque el verano tocaba ya a su fin y le parecía un buen sitio para el campamento de invierno. Desde allí envió a [16] los númidas y moros a saquear a lo largo del territorio salentino y los cercanos bosques de Apulia, de donde trajeron sobre todo manadas de caballos, de los que se repartieron cerca de cuatro mil entre los jinetes para que los domaran; botín de otro tipo, no gran cosa.

Sicilia: disturbios, proclamación de la república en Siracusa

Los romanos, a la vista del estallido [21] en Sicilia de una guerra que había que tener muy en cuenta, y de que la muerte del tirano no había hecho cambiar de partido o de actitud a los siracusanos y sí les había proporcionado unos jefes activos, le asignan por decreto esta provincia a uno de los cónsules, Marco Marcelo. [2] A raíz del asesinato de Jerónimo se habían producido desórdenes entre la tropa en Leontinos y se había dicho a gritos y con violencia que era preciso ofrecer en sacrificio [3] al rey la sangre de los conjurados. Pronto comenzó a oírse el dulce nombre de la libertad recuperada, repetido una y otra vez, y a forjarse esperanzas de repartir el dinero del rey y servir a las órdenes de mejores generales; se referían los delitos vergonzosos y los desenfrenos aún más vergonzosos del tirano y se produjo un cambio tal de actitud que dejaron tirado sin sepultura el cuerpo del rey, poco [4] antes añorado. Los demás conjurados se quedaron para controlar al ejército, mientras que Teódoto y Sosis se dirigieron a Siracusa en caballos del rey todo lo aprisa que pudieron para sorprender a los partidarios del tirano antes [5] de que se enteraran de nada de lo que pasaba. Pero además de los rumores, lo más veloz que existe en estos casos, se les había adelantado también con la noticia uno de los [6] esclavos del rey. En consecuencia, Adranodoro aseguró con guardias La Isla³¹¹ y la ciudadela y los demás puntos estratégicos [7] que le era posible. Teódoto y Sosis entraron por el Hexápilo³¹² después de ponerse el sol, en la penumbra del crepúsculo; mostrando bien a la vista el manto real ensangrentado y la diadema, cruzaron por Tica convocando a las armas y a la libertad y llamando a una concentración [8] en Acradina. Parte de la población se precipita a las calles, otros permanecen de pie en los vestíbulos, otros se asoman desde las azoteas y las ventanas de las casas y preguntan qué es lo que pasa. Brillan luces por todas partes [9] y ruidos confusos lo llenan todo. Los que tienen armas se reúnen en espacios abiertos; los que no las tienen arramblan con los despojos de galos e ilirios del templo de Júpiter Olímpico³¹³ donados por el pueblo romano a Hierón y colgados allí por éste, y ruegan a Júpiter que les preste, [10] benévolo y propicio, aquellas armas sagradas con que se invisten para defender la patria, los templos de los dioses, la libertad. Toda esta multitud se une a los puestos de guardia [11] distribuidos por los jefes de los distritos de la ciudad. En La Isla, Adranodoro había protegido con tropas los graneros públicos, además de otros puntos. Se trataba de un [12] lugar rodeado de un muro de sillería, fortificado como una ciudadela; los jóvenes asignados al mismo como guarnición lo ocuparon y mandaron recado a Acradina de que los graneros y el trigo estaban a disposición del senado.

Al amanecer, toda la población, con armas o sin ellas, [22] se concentra en Acradina delante de la curia. Ante el altar de la Concordia que allí se encuentra, uno de los ciudadanos principales, llamado Polieno, pronunció un discurso franco y al mismo tiempo moderado en el tono, diciendo que la gente que ha sufrido el peso y las humillaciones [2] de la esclavitud se siente indignada contra ese mal familiar, pero las calamidades que comporta una guerra civil no las han visto los siracusanos con sus propios ojos, las han escuchado de labios de sus padres; los felicita por haber empuñado las armas con prontitud, pero más los felicitará [3] si no hacen uso de ellas a no ser en caso de extrema necesidad; por el momento, su parecer es que se envíen [4] emisarios a Adranodoro a conminarle a que se ponga a disposición del senado y el pueblo, que abra las puertas [5] de La Isla, y que entregue la guarnición; en caso de que Adranodoro quiera pasar de tutor del rey a rey, él mismo propondrá luchar por la libertad contra Adranodoro con [6] mayor ahínco que contra Jerónimo. Al término de este discurso se envió la comisión. A partir de ese momento comenzó a reunirse el senado, porque si bien se había mantenido dicho consejo público mientras mandaba Hierón, después de su muerte no había sido convocado ni consultado [7] hasta aquella fecha sobre ningún asunto. Al llegar ante Adranodoro quedó éste realmente impresionado por el común sentir de la ciudadanía y por la ocupación del resto de la ciudad, pero sobre todo por la entrega a manos ajenas [8] de la zona mejor fortificada de La Isla. Pero su esposa Damárata, hija de Hierón, ensoberbecida aún con sus aires de realeza y su altivez mujeril, lo llama apartándolo de los comisionados y le recuerda la frase que a menudo utilizaba [9] Dionisio el tirano en la que expresaba que debe uno abandonar la tiranía arrastrado por los pies, no montado a caballo; que a cualquiera le resulta fácil dejar la posesión de una gran posición en el momento que quiera, pero lo [10] difícil, lo arduo, es adquirirla, hacerse con ella; que les pida a los comisionados un plazo para reflexionar y que lo aproveche para hacer que vengan tropas desde Leontinos, y si les promete el dinero del rey, todo estará en sus [11] manos. Adranodoro no desechó del todo estos consejos de mujer ni los hizo suyos inmediatamente, persuadido de que seguía un camino más seguro para conquistar el poder [12] si de momento se plegaba a las circunstancias. Por consiguiente, encargó a la comisión que llevasen la respuesta de que él se sometería a la autoridad del senado y el pueblo.

Al día siguiente al amanecer abrió las puertas de La [13] Isla, fue al foro de Acradina, allí se subió al altar de la Concordia desde donde Polieno se había dirigido a la asamblea el día anterior, y comenzó un discurso en el que ante todo pidió disculpas por sus vacilaciones, pues él había [14] tenido cerradas las puertas no porque pretendiera

desligar sus intereses de los del Estado, sino porque, una vez desenvainadas las espadas, se preguntaba con temor hasta dónde llegarían las muertes: si se contentarían con la del tirano, lo cual bastaba para ser libres, o si serían degollados, acusados de delitos ajenos, todos los que habían estado relacionados con el palacio por alguna clase de parentesco, afinidad o cargo; una vez que se había dado cuenta de [15] que quienes habían liberado a la patria querían también mantenerla libre y que todos los pensamientos tenían como centro el bien común, no había vacilado en devolverle a la patria su propia persona y todo aquello que estaba confiado a su lealtad y tutela, puesto que quien se lo había confiado había perecido víctima de su propio desvarío. Dirigiéndose luego a los que habían dado muerte al tirano [16] y llamando por su nombre a Teódoto y Sosis, dijo: «Habéis realizado una hazaña memorable; pero, creedme, vuestra [17] gloria está en sus comienzos, no es completa todavía, y si no veláis por la paz y la concordia, subsiste el gravísimo riesgo de que desaparezca la libertad de nuestro país».

Con estas palabras puso ante sus pies las llaves de las [23] puertas y el dinero del rey, y al menos aquel día salieron contentos de la asamblea y elevaron plegarias de acción de gracias con sus mujeres e hijos en los templos de todos los dioses. Al día siguiente se celebraron los comicios para la elección de pretores³¹⁴. En primer lugar fue elegido Adranodoro, [2] y el resto, asesinos del tirano en su mayor parte; eligieron incluso a dos ausentes, Sópatro y Dinómenes; éstos, al oír lo ocurrido en Siracusa, trasladaron el tesoro [3] real que había en Leontinos a Siracusa y se lo entregaron [4] a los cuestores nombrados con ese fin. También el tesoro que había en La Isla fue trasladado a Acradina, y por acuerdo unánime se echó abajo el tramo de muralla que suponía una barrera demasiado fuerte entre La Isla y el resto de la ciudad. Las demás medidas que se tomaron fueron también consecuencia de esta predisposición de los ánimos hacia la libertad.

División en Siracusa. Persecución de la familia real

[5] Hipócrates y Epícles, enterados de la muerte del tirano —hecho éste que Hipócrates quiso mantener oculto incluso dando muerte al mensajero—, abandonados por sus tropas, regresaron a Siracusa porque les parecía que era lo más seguro dadas las circunstancias. [6] Una vez allí, para evitar el aparecer públicamente como sospechosos de andar buscando el momento propicio para dar un vuelco a la situación, se presentaron primero a los pretores y después, por mediación de éstos, al senado. [7] Allí declararon haber sido enviados por Aníbal a Jerónimo como amigo y aliado, y haber obedecido las órdenes de la persona a la que su general quiso que obedecieran; [8] que querían volver

al lado de Aníbal, pero como el viaje, con los romanos vagando a sus anchas por toda Sicilia, tenía sus riesgos, pedían que se les proporcionase alguna clase de escolta que los condujera a Italia, a Locros; que Aníbal les quedaría muy agradecido por aquel pequeño servicio. [9] Consiguieron sin dificultad lo que pedían, pues se deseaba perder de vista a unos generales del ejército real, militares experimentados y además osados, dado lo apurado de su situación, pero que no daban con la prisa debida [10] los pasos requeridos para lo que se pretendía. Entretanto, los jóvenes, soldados ellos y avezados al trato con los soldados, dejaban caer unas veces entre la propia tropa, otras entre los desertores, que en su mayoría procedían de las tripulaciones romanas, y otras incluso entre los miembros de la plebe de más baja extracción, acusaciones contra el senado y la nobleza, diciendo que éstos andaban tramando [11] un plan secreto encaminado a que Siracusa pasase a poder de los romanos con el pretexto de una renovación de la alianza, para después ejercer la tiranía una facción: los pocos instigadores de la renovación del tratado.

Cada día era más numerosa la multitud que afluía a [24] Siracusa dispuesta a dar oído y crédito a esta clase de acusaciones, dando pie para que concibieran esperanzas de un golpe de Estado Epicles e incluso Adranodoro. Éste acabó [2] por cansarse de escuchar a su esposa advirtiéndole que aquél era el momento de hacerse con la situación, mientras todo era confusión y las nuevas libertades estaban sin organizar, mientras tenía ante sí una tropa bien alimentada con el dinero del rey, mientras podían ayudarle en sus planes generales con experiencia militar enviados por Aníbal; concertó un plan con Temisto, que estaba casado con una hija de Gelón, y pocos días después cometió la imprudencia de revelárselo a un tal Aristón, actor de tragedias al que de forma habitual le había confiado también otros secretos. Era éste un hombre de buena familia y posición [3] social no afectada negativamente por su profesión, pues entre los griegos no supone desdoro el ejercicio de ese arte; por eso, consideró más importante la lealtad que debía a su patria y lo denunció a los pretores. Cuando éstos comprobaron [4] por indicios seguros que la denuncia no carecía de fundamento, consultaron con los senadores de más edad y con su autorización apostaron guardias en las puertas, y cuando Temisto y Adranodoro entraron en la curia los mataron; como nadie más conocía los motivos de una acción [5] a primera vista tan atroz, se originó un tumulto, y cuando al fin se restableció el silencio hicieron entrar en [6] la curia al denunciante. Éste lo explicó todo paso a paso: el origen de la conjuración, a partir del enlace matrimonial [7] entre Harmonía, la hija de Gelón, y Temisto; cómo los auxiliares africanos e hispanos tenían instrucciones para dar muerte a los pretores y otros ciudadanos de primera fila, con la declaración de que sus bienes constituirían el botín [8] de sus asesinos; ahora una

pandilla de mercenarios que acostumbraban a obedecer a Adranodoro estaban preparados para ocupar La Isla otra vez. A continuación expuso ante sus ojos toda la conspiración con su dotación de hombres y armas, detallando qué se pensaba hacer y quién lo iba a hacer. El senado, la verdad, encontró tan justificadas [9] aquellas muertes como la de Jerónimo, pero delante de la curia la multitud era un clamor, con división de opiniones y sin saber muy bien lo que ocurría; rugía amenazadora, pero a la vista de los cadáveres de los conjurados se encogió de miedo, de tal forma que marchó en silencio a una asamblea detrás del resto de la plebe que no se había alterado. [10] Sópatro fue encargado por el senado y por sus colegas de tomar la palabra.

[25] Como si llevase una acción judicial contra unos acusados, Sópatro comenzó hablando de su vida pasada e imputó a Adranodoro y Temisto la responsabilidad de todos los crímenes y sacrilegios posteriores a la muerte de Hierón, [2] pues ¿qué podía haber hecho por propia iniciativa Jerónimo, un muchacho apenas entrado en la pubertad?; el poder real lo habían ejercido sus tutores y maestros, recayendo en otro los odios; por eso debían haber muerto antes que Jerónimo, o, cuando menos, al mismo tiempo que [3] él, pero ellos, cuyo destino obligado era ya la muerte, habían planeado otros nuevos crímenes después de la muerte del tirano; primero abiertamente, cuando Adranodoro había cerrado las puertas de La Isla y se había hecho cargo de la herencia del trono, ejerciendo un señorío de dueño sobre lo que le había correspondido como administrador; después, traicionado por los de La Isla, sitiado por toda [4] la población que ocupaba Acradina, había intentado subrepticamente y por medio de engaños hacerse con el poder que había pretendido en vano abierta y públicamente; ni siquiera con beneficios y cargos públicos se había conseguido [5] aplacarlo, a pesar de elegirlo pretor junto con los libertadores de la patria, a él, que era un enemigo de la libertad; pero les habían imbuido ínfulas de realeza [6] sus reales esposas, casadas la hija de Hierón con uno de ellos y la de Gelón con el otro. Al hacer esta alusión estalla [7] un clamor por toda la asamblea gritando que no debe vivir ninguna de las dos ni sobrevivir nadie de la estirpe de los tiranos. Así es el natural de la masa: o se humilla [8] servilmente, o tiraniza despóticamente; la libertad, que se encuentra entre ambos extremos, no sabe alcanzarla con moderación ni conservarla; y ordinariamente no le faltan [9] indulgentes servidores de sus iras que incitan a la sangre y a la muerte sus ánimos desenfrenadamente ávidos de torturas. Como ocurrió entonces: los pretores presentaron inmediatamente [10] una proposición de ley —que fue aprobada casi antes de ser presentada— disponiendo que todos los miembros de la familia real fuesen ajusticiados, y hombres [11] enviados por los pretores dieron muerte a Damárata, hija de Hierón, y a Harmonía, hija de Gelón,

esposas de Adranodoro y Temisto.

Había una hija de Hierón, Heraclia, casada con Zoipo; [26] enviado éste por Jerónimo como embajador ante el rey Tolomeo³¹⁵, se había exiliado voluntariamente. Ella, enterada [2] de que también iban en su busca, se refugió en la capilla de los penates, junto con sus dos hijas doncellas, con el cabello suelto y otras formas exteriores que mueven a compasión; [3] a esto añadió las súplicas: que, por los dioses, por el recuerdo de su padre Hierón y de su hermano Gelón, no dejaran que se consumiera en las llamas ella, que no [4] tenía culpa, por odio a Jerónimo, de cuyo reinado únicamente le quedaba el exilio de su marido; que ni su suerte había sido como la de su hermana en vida de Jerónimo, [5] ni, muerto éste, era la misma su causa; ¿qué importaba que su hermana fuese a reinar con su marido en caso de que a Adranodoro le hubiesen salido bien sus planes, si ella habría tenido que servir como esclava igual que los demás?; [6] ¿quién ponía en duda que Zoipo embarcaría inmediatamente y regresaría a su patria si alguien le comunicaba [7] la muerte de Jerónimo y la liberación de Siracusa?; ¿en qué medida se frustran las esperanzas de los hombres! En una patria en libertad corrían peligro las vidas de su esposa y de sus hijos: ¿en qué estorbaban a la libertad o las leyes?; [8] ¿qué peligro representaban para nadie una mujer sola y prácticamente viuda y unas niñas que vivían en la orfandad?, y si ella personalmente no suscitaba ningún temor [9] pero el odio iba dirigido contra la familia real, que en ese caso la enviaran lejos de Siracusa, y de Sicilia, y ordenasen su deportación a Alejandría, la esposa al lado de su marido [10] y de su padre las hijas. No la escucharon ni la compadecieron...³¹⁶, vio que para no perder tiempo alguno desenvainaban [11] la espada. Entonces dejó de suplicar por sí misma e insistió en pedir que al menos perdonaran a las niñas, cuya edad merecía respeto hasta a los enemigos airados; que su afán de venganza contra los tiranos no incurriera en las mismas atrocidades que odiaban. Cuando aún [12] estaba hablando la arrastraron fuera de la capilla y le cortaron el cuello. Después se abalanzaron sobre las muchachas, a las que había salpicado la sangre de su madre; ellas, fuera de sí por el dolor y el pánico a un tiempo, como si fueran presa de un frenesí salieron de la capilla corriendo de tal forma que, de haber tenido vía libre hacia el exterior, habrían conmocionado a la ciudad entera. Aun así, [13] a pesar de lo reducido del espacio de la casa y de interponérseles tantos hombres armados, escaparon ilesas varias veces y se zafaron de los que las sujetaban, a pesar de tener que eludir manos tan numerosas y fuertes. Al fin, acribilladas [14] de heridas, después de llenarlo todo con su sangre, se desplomaron sin vida. Una circunstancia casual hizo más digna de lástima su muerte, ya de por sí digna de lástima: poco después llegó un mensajero diciendo que no se les diese muerte, pues los ánimos se

habían movido a compasión súbitamente. Después, la compasión se transformó en [15] cólera por semejantes prisas en castigarlas sin dejar tiempo para una reconsideración de la medida o un apaciguamiento de las iras. Por eso la multitud daba muestras de descontento [16] y reclamaba unas elecciones para sustituir a Adranodoro y Temisto — pues ambos eran pretores—, elecciones que no responderían en absoluto a lo que los pretores pensaban.

*Elecciones en Siracusa. Enfrentamiento entre partidarios de Roma y de
Cartago*

Se fijó la fecha de la jornada electoral; [27] ese día alguien de las últimas filas de la multitud sorprendió a todos dando el nombre de Epicides e inmediatamente otro dio el de Hipócrates. Después se repitieron estos nombres cada vez con mayor frecuencia, entre evidentes muestras de asentimiento [2] de la masa. Era una asamblea realmente confusa, con una masa popular, pero también de soldados, entre los que se mezclaban incluso una buena proporción de desertores que [3] deseaban un cambio total en la situación. Los pretores al principio se hacían los desentendidos tratando de ganar tiempo, pero finalmente, forzados por el sentir general y temerosos de una revuelta, proclamaron pretores a los mencionados. [4] Éstos no desvelaron sus intenciones inmediatamente después de su elección, aunque estaban molestos porque se había dirigido a Apio Claudio una embajada para negociar una tregua de diez días y además porque después de conseguirla se había enviado otra embajada para negociar [5] la renovación del antiguo tratado de alianza. Tenían los romanos por entonces una flota de cien naves en Murgancia³¹⁷, y estaban a la expectativa de la evolución de los acontecimientos surgidos en Siracusa a raíz de la muerte de los tiranos y del rumbo que tomaba la nueva y desacostumbrada libertad.

[6] Apio le envió los embajadores siracusanos a Marcelo, que llegaba a Sicilia por aquellos días; cuando escuchó las condiciones de paz, Marcelo pensó que era posible llegar a un acuerdo y envió a su vez embajadores a Siracusa para que negociasen directamente con los pretores la renovación [7] de la alianza. Pero allí ya no había la misma paz y tranquilidad. Cuando llegaron noticias de que había arribado a Paquino³¹⁸ una flota cartaginesa, Hipócrates y Epicides perdieron el miedo y lanzaban unas veces entre los soldados mercenarios y otras entre los desertores la acusación de que se estaba entregando Siracusa a los romanos. [8] Pues bien, cuando Apio comenzó a fondear sus naves junto a la bocana del puerto con el objeto de dar ánimos a los que estaban de su parte³¹⁹, las acusaciones infundadas cobraron una credibilidad que parecía muy

consistente, y en los primeros momentos incluso bajó una multitud [9] corriendo atropelladamente para rechazarlos si saltaban a tierra.

Dada la confusión reinante, se acordó convocar asamblea; [28] en ella había tendencias contrapuestas y la situación no andaba lejos de una revuelta; entonces, una de las personalidades, Apolónides, pronunció un discurso vistas las circunstancias muy provechoso. Dijo que jamás ciudad alguna [2] había estado más al borde de la posibilidad de salvarse y de la ruina; si todos, en efecto, se inclinaban unánimemente [3] o bien a favor de los romanos o bien a favor de los cartagineses, la ciudad estaría en una situación más afortunada y dichosa que ninguna otra; pero si unos tiraban [4] en una dirección y otros en otra, entre los propios siracusanos iba a estallar una guerra tan horrible como la de los romanos y los cartagineses, pues los dos bandos iban a tener dentro de unas mismas murallas su ejército, sus armas, sus generales; era preciso, por consiguiente, esforzarse [5] con todo empeño por que hubiese entre todos un sentir común; el debate acerca de las ventajas de una u otra alianza era mucho menos relevante, menos trascendente; pero, [6] con todo, a la hora de elegir aliados, había que seguir la autoridad de Hierón antes que la de Jerónimo, o sea, preferir una amistad vivida felizmente durante cincuenta años a otra en aquellos momentos desconocida, anteriormente desleal; había además un aspecto importante en la decisión: [7] se les podía negar la paz a los cartagineses sin tener que entrar necesariamente en guerra con ellos de inmediato, mientras que con los romanos o había paz o había guerra [8] inmediatamente. El discurso fue tanto más efectivo por cuanto no parecía que hubiese en él ambición personal o partidismo. A los pretores y un comité de senadores se unió también un consejo militar, y se pidió asimismo a los que mandaban unidades y a los prefectos de las tropas [9] auxiliares que tomaran parte en las deliberaciones. Después de un reiterativo y violento debate, al fin, como no se veía en absoluto forma de hacer la guerra contra los romanos, se acordó hacer con ellos la paz y enviar una delegación para dar cuerpo al tratado.

Ataque a Leontinos. Treta de Hipócrates

[29] No habían transcurrido muchos días cuando llegó de Leontinos una embajada a pedir protección militar para su territorio. Esta petición parecía muy a propósito para librarse del peso de una multitud indisciplinada y turbulenta y para alejar a sus cabecillas. [2] El pretor Hipócrates recibió orden de llevar allí a los desertores; les siguieron muchos de los mercenarios auxiliares, alcanzándose la cifra de cuatro mil hombres armados. [3] Fue aquélla una expedición satisfactoria tanto para quienes la enviaban como para los

enviados, pues a éstos se les brindó la oportunidad de hacer una revolución, cosa que ansiaban desde hacía ya tiempo, y los primeros se sentían felices de que se hubiera limpiado a fondo aquella especie de sentina de la ciudad. Pero fue como si aliviaran sólo de momento un cuerpo enfermo para que al poco tiempo [4] recayera en una enfermedad más grave. En efecto, Hipócrates comenzó por devastar la zona limítrofe con la provincia romana, primero mediante incursiones furtivas, y después, cuando Apio envió un destacamento para proteger las tierras de los aliados, atacando con la totalidad de sus tropas contra la unidad de vigilancia que tenía enfrente, causando numerosas bajas. Informado de ello Marcelo, [5] inmediatamente envió a Siracusa una embajada para poner de manifiesto que se había roto el compromiso de paz y en ningún momento iban a faltar motivos de guerra mientras Hipócrates y Epicides no fueran enviados lejos no ya de Siracusa sino de Sicilia entera. Epicides no quiso quedarse [6] y hacer frente a las acusaciones dirigidas contra su hermano ausente, ni dejar de aportar su parte para provocar la guerra, y marchó también él a Leontinos, y como veía a sus habitantes bastante soliviantados ya en contra del pueblo romano, comenzó a distanciarlos también de los siracusanos. Les dijo que éstos habían pactado la paz con [7] los romanos estipulando que todos los pueblos que habían sido súbditos de los tiranos quedarían sometidos a los siracusanos, los cuales ya no se conformaban con ser libres, sino que querían reinar y dominar a otros; que era preciso, [8] por tanto, hacerles saber que también los leontinos consideraban justo ser libres a su vez, porque el tirano había caído en su ciudad, porque allí se habían dado los primeros gritos por la libertad, y se había abandonado a los generales del rey para correr a Siracusa; por lo tanto, o se eliminaba [9] del tratado aquella cláusula, o el tratado en aquellas condiciones era inaceptable. Fue fácil convencer a la multitud, [10] y se respondió con arrogancia a los embajadores de los siracusanos cuando presentaron quejas por la matanza de la unidad romana de vigilancia y exigieron que Hipócrates y Epicides se marcharan a Locros o a cualquier otro sitio que quisieran con tal que salieran de Sicilia: se les dijo [11] que los leontinos no habían facultado a los siracusanos para que hicieran en su nombre la paz con los romanos ni se sentían obligados por tratados ajenos. Los siracusanos [12] informaron de esto a los romanos y les dijeron que los leontinos no estaban bajo su control, que podían, por tanto, los romanos hacerles la guerra sin violar el tratado de paz con ellos, y les ayudarían en dicha guerra con la condición de que, una vez sometidos, los leontinos pasaran de nuevo a depender de ellos tal como establecía el tratado de paz.

[30] Marcelo marchó sobre Leontinos con todo su ejército, llamando también a Apio para que atacase por el otro lado, y los hombres con que contaba estaban tan

encorajinados de rabia por la matanza del cuerpo de vigilancia en plenas negociaciones de paz, que tomaron la ciudad al primer [2] asalto. Hipócrates y Epicides, cuando vieron que las murallas eran tomadas por el enemigo y las puertas derribadas, se refugiaron en la ciudadela con unos pocos hombres y después por la noche huyeron a Herbeso³²⁰ furtivamente. [3] Una columna de ocho mil siracusanos armados que habían salido de su país se encontró junto al río Milas³²¹ con un hombre que les dio la noticia de la toma de la ciudad, añadiendo los demás detalles en una mezcla [4] de verdades y mentiras: se había producido una masacre indiscriminada de militares y civiles, y creía que no había quedado ningún adulto con vida; la ciudad había sido saqueada, [5] y los bienes de los ricos, repartidos. Ante las noticias de tales atrocidades, la columna hizo alto; cundió la alarma, mientras los jefes —que eran Sosis y Dinómenes— [6] deliberaban sobre los pasos a dar. Aquellas falsedades espeluznantes se vieron aparentemente confirmadas por el hecho de que habrían sido azotados y decapitados cerca de [7] dos mil desertores; en realidad, ningún leontino, ningún otro soldado, había sido objeto de violencias después del asalto a la ciudad, y a no ser lo que se perdió en la confusión inicial del asalto, todo les fue devuelto a sus dueños. No hubo forma de convencer a la columna para que siguieran [8] hacia Leontinos, indignados como estaban porque se hubiese entregado a la muerte a sus camaradas, ni para que esperasen allí mismo noticias más seguras. Los pretores, [9] viendo que los ánimos estaban al borde de un amotinamiento pero que aquella reacción no sería duradera si se quitaba de en medio a los promotores del desvarío, llevan el ejército a Mégara³²² y ellos con unos cuantos jinetes [10] se dirigen a Herbeso con la esperanza de hacerse con la ciudad a traición, dado el pánico general. Como este propósito [11] les salió fallido, decidieron actuar por la fuerza, y al día siguiente levantaron el campamento de Mégara para atacar Herbeso con todos los efectivos.

Hipócrates y Epicides salen al encuentro de la columna, [12] pues estaban convencidos de que, a falta de cualquier otra, su única alternativa, aunque arriesgada a primera vista, era confiarse a los soldados, acostumbrados a ellos la mayoría, pero enfurecidos en aquellos momentos por lo que se contaba acerca de la muerte de sus camaradas. Casualmente [13] las primeras banderas eran las de seiscientos cretenses que habían militado bajo su mando en el ejército de Jerónimo y le debían obligación a Aníbal por haberles dejado marchar después de hacerlos prisioneros en el Trasimeno entre las tropas auxiliares de los romanos. Cuando [14] los reconocieron por las enseñas y el tipo de armamento, Hipócrates y Epicides agitaron ramos de olivo y también cintas propias de los suplicantes y les pidieron que les dieran acogida, que después de acogerles les dieran

protección y que no los entregaran a los siracusanos, que éstos a su vez los entregarían al pueblo romano para que fueran ejecutados.

[31] Y, efectivamente, contestan a gritos que estén tranquilos, [2] que ellos correrán su misma suerte en todo. Durante este diálogo la columna había hecho alto, interrumpiéndose la marcha sin que los jefes se hubieran enterado aún del porqué de la parada. Cuando se corrió la voz de que estaban³²³ allí Hipócrates y Epicides y se extendió por toda la columna un murmullo de satisfacción manifiesta por su llegada, los pretores espolearon al instante sus caballos y [3] se adelantaron hasta la cabeza de la columna. Preguntan qué moda es aquélla, cómo se permiten los cretenses entrar en conversaciones con un enemigo y hacerle sitio entre las [4] filas sin que lo ordenen los pretores, y mandan apresar y encadenar a Hipócrates. Ante esta orden se suscitó al instante un griterío tan fuerte, primero entre los cretenses y después entre los demás, que no era difícil comprender que [5] si insistían peligraba su propia seguridad. Preocupados y sin saber muy bien qué hacer, dieron orden de volver al punto de partida, Mégara, y enviaron mensajeros a Siracusa a informar de cómo estaban las cosas.

[6] Estaban los ánimos propensos a recelar de todo, e Hipócrates añadió un engaño: envió a unos cretenses a apostarse por los caminos, y después leyó en alta voz una carta que él mismo había redactado, dando a entender que había sido interceptada: «Los pretores de Siracusa al cónsul [7] Marcelo». El escrito le decía, después del habitual saludo, que había actuado con toda propiedad al no perdonar a [8] nadie en Leontinos, pero que estaban en el mismo caso todos los soldados mercenarios, y nunca habría tranquilidad en Siracusa mientras hubiera un solo soldado extranjero tanto en la ciudad como en su ejército; que pusiera, [9] por tanto, los medios para echarles la mano encima a los que estaban acampados con los pretores en Mégara, y con su muerte liberase de una vez a Siracusa. Cuando [10] escucharon esto corrieron a las armas en medio de un griterío tal, que los pretores, aterrados, aprovecharon el tumulto para marcharse al galope a Siracusa. Pero ni siquiera [11] con su huida se apaciguó el motín y se producían agresiones contra los soldados siracusanos; no se hubiera librado ni uno de no haber acudido Epicides e Hipócrates a calmar la cólera de la masa, no por compasión ni por razones [12] humanitarias, sino para mantener viva la esperanza de su propia vuelta y tener a los propios soldados de su parte y al mismo tiempo como rehenes para ganarse también a [13] sus parientes y amigos en primera instancia por el gran servicio que les prestaban y en segunda por lo obligados que les quedaban. Y como sabían por experiencia lo tornadiza [14] que es la masa ante un ligero e inconsistente soplo de aire, echaron mano de uno de los soldados que habían estado sitiados en Leontinos y lo

sobornaron para que fuese a Siracusa a contar una historia que encajase con las mentiras contadas junto al Milas y encendiese la cólera de la [15] población saliendo él fiador y narrando como visto lo que no estaba claro.

Preparativos ante el asalto a Siracusa, Las «máquinas» de Arquímedes

No sólo le dio crédito el vulgo, sino que [32] fue introducido en la curia e impresionó también al senado. Algunas personas de peso decían públicamente que en Leontinos había quedado perfectamente desvelada la codicia y la crueldad de los romanos, que de haber entrado en Siracusa habrían cometido las mismas atrocidades o incluso mayores, dado que allí había más con que satisfacer su avaricia. Así pues, acordaron unánimemente [2] que se cerrarían las puertas y se protegería la ciudad. Sin embargo, el objeto del temor y del odio no era el mismo para todos. El estamento militar en su totalidad y la plebe [3] en buena parte sentían ojeriza hacia lo romano; los pretores y una minoría del estamento dirigente, aunque estaban soliviantados por las falsas noticias, tenían, sin embargo, mayores prevenciones con respecto a un peligro más próximo [4] y amenazador, y es que se encontraban ya delante del Hexápilo Hipócrates y Epicides, y los miembros del ejército que tenían parientes entre la población entraban en conversaciones con ellos para que abrieran las puertas y les permitieran defender la patria común contra el ataque de [5] los romanos. Se había abierto ya una de las puertas del Hexápilo y habían comenzado a dejarles entrar cuando intervinieron los pretores. Trataban de disuadirlos a fuerza de órdenes y amenazas primero, con su influencia personal después, y por último, como todo era en vano, olvidándose de su dignidad les suplicaban que no entregasen la patria a quienes primero fueron secuaces del tirano y después [6] corruptores del ejército. Pero la multitud soliviantada cerraba sus oídos a todo y se trataba de echar abajo las puertas con tanto empeño desde dentro como desde fuera; forzadas todas ellas, se dio entrada a la columna por todo [7] el Hexápilo. Los pretores huyeron a Acradina junto con la juventud de la ciudad. Los soldados mercenarios y los desertores y lo que quedaba del ejército real en Siracusa [8] engrosaron el ejército enemigo. De esta forma cae Acradina también al primer asalto, y se da muerte a todos los pretores, salvo los que escaparon en el tumulto. La noche [9] puso fin a la masacre. Al día siguiente se dio la libertad a los esclavos y se excarceló a los presos, y toda esta masa promiscua eligió pretores a Hipócrates y Epicides. Y Siracusa, después de un efímero resplandor de libertad, cayó de nuevo en su antigua esclavitud.

Cuando los romanos se enteraron de estos hechos trasladaron [33] inmediatamente su campamento de Leontinos a Siracusa. Además, una embajada que había enviado Apio

[2] por mar se encontraba casualmente en una quinquerre; una cuadrirreme que les precedía fue capturada nada más cruzar la entrada del puerto; los embajadores escaparon por los pelos. No sólo no se respetaban ya los derechos de [3] la guerra, ni siquiera los de la paz; y entonces el ejército romano estableció su campamento junto al Olimpio³²⁴ —se trata de un templo de Júpiter—, a mil quinientos pasos de la ciudad. Se decidió enviar también desde allí una [4] delegación, y para que ésta no entrase en la ciudad salieron a su encuentro de puertas afuera Hipócrates y Epicides y los suyos. El portavoz de los romanos dice que no viene [5] a traer la guerra a los siracusanos, sino ayuda y apoyo tanto para los que han buscado refugio a su lado después de escapar en plena masacre como para los que padecen, atenazados por el miedo, una esclavitud más horrible que el exilio e incluso que la muerte; que los romanos no van a consentir que quede impune la infame muerte de los aliados; por lo tanto, si los que se han refugiado a su lado [6] pueden volver sin peligro a su patria, y son entregados los responsables de la matanza, y se les restituye a los siracusanos la libertad y la legalidad, no habrá necesidad ninguna de recurrir a las armas; si estas condiciones no se cumplen, se recurrirá a la fuerza contra todo el que ofrezca resistencia. A esto respondió Epicides que si tuvieran algún [7] encargo para él y los suyos, les darían una respuesta; que volviesen cuando en Siracusa estuviese el poder en manos [8] de aquellos a quienes se habían dirigido; si rompían las hostilidades, los propios hechos les harían comprender que no era lo mismo en absoluto atacar Siracusa que atacar Leontinos. Dicho esto, dejó a los embajadores y cerró las puertas.

[9] Desde ese momento se inició el ataque a Siracusa simultáneamente por tierra y por mar; por tierra desde el Hexápilo y por mar desde Acradina, cuyas murallas bañan las olas. Y como habían tomado Leontinos con el susto del primer asalto, confiaban en penetrar por un sitio o por otro en aquella ciudad extensa y dispersa, y acercaron a las murallas maquinaria de asalto de todo tipo.

[34] La operación puesta en marcha con tanto ahínco habría tenido éxito de no haber sido por la presencia de un hombre singular en Siracusa en aquellos momentos. [2] Era éste Arquímedes, un observador sin par del cielo y de los astros, pero más extraordinario aún como inventor y constructor de máquinas de guerra con las que sin esforzarse mucho burlaba las más laboriosas operaciones del [3] enemigo. La muralla se extendía a lo largo de un terreno desigual, elevado y de acceso difícil en muchos puntos, pero con tramos en depresión a los que se podía llegar por vaguadas horizontales, y en cada sitio emplazó los artefactos [4] de todo tipo que resultaban más apropiados. Marcelo atacaba la muralla de Acradina, bañada por el mar como [5] ya se ha dicho, con

sesenta quinquerrems. Desde algunas de las naves, arqueros y honderos, e incluso vélites, cuyo venablo son incapaces de devolver los que no son expertos, alcanzaban a casi todo aquel que permaneciera sobre la [6] muralla; éstos mantenían sus naves a distancia del muro porque el lanzamiento de proyectiles requiere espacio. Otras quinquerrems, emparejadas de dos en dos después de eliminar los remos interiores para adosar costado con costado, propulsadas por la bancada exterior de remos como si fuera [7] una sola nave, transportaban torres de varios pisos y otros artefactos para batir los muros. Frente a este dispositivo [8] naval emplazó Arquímedes en los muros máquinas de diversos tamaños. Contra las naves que estaban a distancia lanzaba piedras de gran tamaño; las más cercanas las atacaba con proyectiles más ligeros, y por eso mismo más frecuentes. Finalmente, con objeto de que los suyos lanzaran [9] sus proyectiles sobre el enemigo sin ser alcanzados, abrió en el muro de arriba abajo numerosas troneras aproximadamente de un codo, y a través de éstas, y sin descubrirse, atacaban al enemigo, unos con flechas y otros con escorpiones³²⁵ de tamaño medio. Algunas naves se acercaban [10] más para quedar, por dentro, lejos del alcance de los proyectiles; sobre la proa de estas naves se lanzaba, por medio de una especie de grúa³²⁶ que sobresalía por encima de la muralla, una mano de hierro sujeta con una sólida cadena; un pesado contrapeso de plomo hacía retroceder la mano hacia tierra e izando la nave por la proa la situaba en vertical sobre la popa; luego, al soltarla de repente [11] como si cayera desde el muro, con gran pánico de la tripulación, sufría la nave tal embate contra las olas que le entraba bastante agua aunque cayese horizontal. De este modo se frustró el ataque por mar, y todas las esperanzas [12] se cifraban en un ataque por tierra con todos los efectivos. Pero también aquí cada sector estaba igualmente [13] equipado con un dispositivo de artefactos de todas clases, después de largos años de previsión por parte de Hierón y a sus expensas, y gracias al ingenio singular de Arquímedes. [14] Ayudaba también la naturaleza del terreno, porque la roca sobre la que se asentaban los cimientos de la muralla era en gran parte tan pendiente que caían pesadamente sobre el enemigo no sólo los proyectiles lanzados a máquina sino incluso los que rodaban por su propio peso. [15] Por la misma razón era difícil el acceso subiendo por ella, [16] pues se afirmaba el pie de forma poco estable. De modo, pues, que se celebró un consejo, y en vista de que todos los intentos resultaban fallidos se decidió desistir del asalto y bloquear al enemigo por tierra y mar.

Operaciones en Sicilia por tierra y por mar

[35] Entretanto Marcelo marchó aproximadamente con la tercera parte de sus tropas

a recuperar las ciudades que durante la revolución se habían pasado a los cartagineses. Se le rindieron espontáneamente [2] Heloro³²⁷ y Herbeso; Mégara la tomó por la fuerza, la saqueó y la destruyó como escarmiento para los demás, pero [3] sobre todo de los siracusanos. Más o menos por las mismas fechas, también Himilcón, que había tenido anclada largo tiempo su flota junto al cabo Paquino, desembarcó en Heraclea, llamada Minoa³²⁸, con veinticinco mil soldados de a pie y tres mil de a caballo y doce elefantes; [4] eran unos efectivos mucho más numerosos que los que había tenido la flota junto al Paquino, pero después de la ocupación de Siracusa por parte de Hipócrates se fue a Cartago, donde contó con la ayuda de unos embajadores de Hipócrates y de una carta de Aníbal en la que decía que había llegado el momento de reconquistar gloriosamente Sicilia, y también gracias a la influencia decisiva de [5] su presencia personal consiguió sin dificultad que se enviara a Sicilia el mayor volumen posible de efectivos de infantería y caballería. Llegó a Heraclea y de allí a Agrigento³²⁹ [6] en cosa de pocos días y las recuperó; las demás ciudades partidarias de los cartagineses se esperanzaron de tal forma con echar a los romanos de Sicilia que hasta los que sufrían asedio en Siracusa acabaron animándose; considerando que bastaba una parte de las tropas para defender [7] la ciudad se repartieron los campos de acción de la guerra: Epicles se encargaría de la defensa de la ciudad, e Hipócrates se uniría a Himilcón en la dirección de la guerra frente al cónsul romano. Con diez mil hombres [8] de a pie y quinientos de a caballo salió de noche por los espacios libres que quedaban entre los puestos de vigilancia y fue a situar su campamento cerca de la ciudad de Acrilas³³⁰. Cuando estaba atrincherándolo se presentó Marcelo [9] de regreso de Agrigento, que estaba ya ocupado cuando él se dirigió allí a toda prisa en un vano intento de adelantarse al enemigo; lo último con que contaba era con encontrarse con un ejército siracusano en aquel momento y en aquel lugar; con todo, por temor a Himilcón y los [10] cartagineses, con los que de ningún modo podía medirse con las fuerzas con que contaba, avanzaba con las mayores precauciones, con su columna dispuesta a hacer frente a cualquier emergencia.

Por suerte, estas precauciones tomadas con vistas a los [36] cartagineses le resultaron útiles contra los sicilianos. Los encontró desorganizados y dispersos, ocupados en asentar el campamento, desarmados buena parte de ellos, y envolvió a la totalidad de la infantería; la caballería, después de ofrecer alguna resistencia, huyó con Hipócrates a Acras³³¹.

[2] Esta acción sirvió de freno a los sicilianos, que estaban en trance de abandonar a los romanos, y Marcelo regresó a Siracusa. A su vez Himilcón, pocos días después, se unió con Hipócrates y acampó junto al río Anapo, a unas ocho [3] millas de allí. Casi al

mismo tiempo cincuenta y cinco naves de guerra cartaginesas al mando de Bomílcar se dirigieron [4] desde alta mar al puerto grande de Siracusa, y asimismo una flota romana de treinta quinquerrems desembarcó a la primera legión en Panormo³³². Podía pensarse que la guerra se había desplazado de Italia, dedicados como estaban a [5] Sicilia los dos pueblos. Pensó Himilcón que la legión romana que había desembarcado en Panormo iba a ser presa segura para él cuando se dirigiera a Siracusa, pero se equivocó [6] de camino. En efecto, el cartaginés avanzó por el interior mientras que la legión, escoltada por la flota, fue por la costa hasta donde estaba Apio Claudio, que había salido a su encuentro hasta Paquino con parte de sus tropas. [7] Los cartagineses no se quedaron más tiempo en Siracusa. Por un lado, Bomílcar, en parte porque no confiaba mucho en su flota, pues la de los romanos tenía bien a gusto doble número de naves, y en parte porque veía que con una espera inútil lo único que hacían los suyos era agravar la escasez de recursos de sus aliados, se dio a la vela e hizo la travesía hasta África. Por otro lado, Himilcón, [8] después de seguir inútilmente a Marcelo hasta Siracusa por si se presentaba una oportunidad de entrar en combate antes de que tomara contacto con tropas más numerosas, en vista de que no se presentó semejante oportunidad en ningún momento y de que el enemigo en Siracusa tenía la seguridad de las fortificaciones y los efectivos, para no [9] malgastar inútilmente el tiempo sentándose a contemplar el asedio de sus aliados levantó de allí el campamento con la intención de acudir con su ejército a dondequiera que reclamase su presencia la posibilidad de una sublevación contra los romanos, dando moral con su presencia a los partidarios de su causa. En primer lugar recuperó Murgancia, [10] después que sus propios habitantes le entregaron la guarnición romana; allí habían almacenado los romanos gran cantidad de trigo y toda clase de provisiones.

La defección de Henna

A la vista de esta rebelión se animaron [37] también otras ciudades, y las guarniciones romanas eran desalojadas de las ciudadelas o entregadas a traición y aplastadas. Henna³³³, emplazada en una altura [2] escarpada en todo su contorno, resultaba inexpugnable por su emplazamiento y además porque tenía una fuerte guarnición en su ciudadela y un prefecto de guarnición al que francamente no era nada fácil sorprender a traición. Era [3] éste Lucio Pinario, un tipo duro que daba más importancia a que no pudiesen engañarle que a la lealtad de los sicilianos; además, las noticias de las traiciones y defecciones de tantas ciudades y el desastroso final de sus guarniciones lo habían alertado haciéndole tomar toda clase de precauciones. Por eso, día

y noche estaba todo preparado [4] y alerta con guardias y centinelas, y los soldados no se [5] alejaban de sus armas ni de su puesto. Cuando los ciudadanos principales de Henna, que previamente se habían puesto de acuerdo con Himilcón para la entrega de la guarnición, comprendieron que el romano no dejaba la menor oportunidad para un ataque por sorpresa, se convencieron³³⁴ [6] de que era preciso actuar abiertamente y dijeron que la ciudad y la fortaleza debían estar bajo su control, si es que habían entrado en la alianza con los romanos como ciudadanos libres, y no entregados a ellos como esclavos [7] a vigilar. Que consideran justo, por consiguiente, que se les devuelvan las llaves de las puertas de la ciudad: el vínculo más fuerte entre unos buenos aliados es la lealtad, y ellos tendrán el reconocimiento del senado y el pueblo romano si se mantienen en su amistad voluntariamente [8] y no por la fuerza. A esto replica el romano que a él lo ha puesto al frente de la guarnición su general, y es éste quien le ha confiado las llaves de las puertas y la custodia de la ciudadela, y que esto no dependía de su voluntad ni de la voluntad de los hennenses sino de la voluntad de [9] quien se lo había confiado; que entre los romanos era un delito capital el abandono de una guarnición, delito que incluso habían castigado algunos padres con la muerte a sus propios hijos³³⁵; el cónsul Marcelo no estaba lejos: que le enviasen embajadores, pues era él quien tenía facultad para [10] decidir sobre la cuestión. Ellos dicen, sin embargo, que no piensan enviar a nadie, y aseguran que si de palabra no consiguen nada, buscarán alguna forma de recuperar su libertad. [11] Responde Pinario que si les disgusta la idea de acudir al cónsul, al menos le permitan reunir la asamblea del pueblo a fin de saber si se trata de la opinión de unos cuantos o de la población entera. Se concedió una asamblea para el día siguiente.

Cuando regresó a la ciudadela después de esta entrevista [38] reunió a los soldados y les dijo: «Supongo que habéis oído, soldados, que las guarniciones romanas han sido rodeadas y aplastadas por los sicilianos a lo largo de estos días. Vosotros evitasteis una sorpresa similar gracias, en [2] primer lugar, a la benevolencia de los dioses, y gracias después a vuestro propio valor permaneciendo sobre las armas firmes y alertas día y noche. Ojalá sea posible pasar el resto del tiempo sin cometer ni ser víctimas de ninguna acción execrable. Frente a una traición por sorpresa, las [3] precauciones son las que hemos tomado, y como por ese camino no obtenían muchos resultados, exigen abierta y públicamente las llaves de las puertas; no bien las entreguemos, Henna pasará inmediatamente a manos de los cartagineses y nosotros seremos degollados aquí con una muerte más vil aún que la de la guarnición de Murgancia. A duras [4] penas he conseguido tan sólo una noche para deliberar, con el propósito de informaros del peligro que nos amenaza. Al amanecer celebrarán una asamblea para acusarme a mí e incitar al

pueblo en contra vuestra. Mañana, pues, [5] o vuestra sangre o la de los hennenses inundará Henna. Si os toman la delantera no tendréis la menor esperanza, si vosotros os adelantáis no correréis ningún peligro; la victoria será para el que primero desenvaine la espada. Atentos todos, por tanto, y armados, esperaréis la señal. [6] Yo participaré en la asamblea y hasta que todo esté a punto ganaré tiempo hablando y discutiendo. Cuando os haga [7] una señal con la toga dad el grito de guerra, lanzaos sobre la multitud desde todas partes, arrasadlo todo con vuestra espada y cuidaos de que no sobreviva nadie de quien se [8] pueda temer un ataque o una traición. A vosotros, Ceres madre y Prosérpina, y demás dioses de las alturas y de las profundidades que moráis en esta ciudad, en estos lagos y bosques sagrados, os suplico que nos seáis propicios y benévolos si tomamos esta decisión para evitar una traición, [9] no para cometerla. Mi arenga sería más larga, soldados, si tuvierais que combatir con hombres armados; inermes y desprevenidos, los mataréis hasta saciaros. Además, el campamento del cónsul está cerca, de suerte que no hay nada que temer de Himilcón y los cartagineses».

[39] Después de esta arenga se les manda marchar y reponer fuerzas. Al día siguiente se sitúan en distintos puntos para bloquear las calles y cerrar las salidas; la mayor parte toman posiciones dominando el teatro y sus alrededores, [2] donde era ya habitual verles en las asambleas. El prefecto romano, presentado al pueblo por los magistrados, dijo que era el cónsul y no él quien tenía poder de decisión sobre aquella cuestión, y repitió casi lo mismo del día anterior. [3] Primero sin que casi se note, después en mayor número, y finalmente todos al unísono, le piden que devuelva las llaves; como él andaba con vueltas y daba largas, lo amenazaban de forma violenta y parecía que de un momento a otro iban a emplear la fuerza como último recurso; entonces el prefecto hizo con la toga la señal convenida, [4] y los soldados, alertas y preparados desde hacía rato, dan el grito de guerra y unos se precipitan desde arriba y por la espalda sobre la asamblea, mientras que otros se agrupan [5] cerrando el paso hacia las salidas del teatro. Encerrados en el recinto teatral mueren los hennenses, amontonándose por efecto de la carnicería y también de la huida y rodando unos cuerpos sobre otros en montón al caer los heridos sobre los ilesos, los vivos sobre los muertos. [6] De allí salen a la carrera en todas direcciones y se generaliza la huida y la masacre como si la ciudad fuera tomada al asalto sin que la rabia de los soldados remita por el hecho de masacrar a una multitud desarmada, como si los excitase el peligro y el ardor de un combate de igual a igual. Así, con esta acción, culpable o inevitable, se conservó [7] Henna.

Marcelo no desaprobó la acción y además les entregó a los soldados el botín de la

población, convencido de que el miedo disuadiría a los sicilianos de traicionar a las guarniciones. La noticia de este desastre, al serlo de una ciudad [8] situada en el centro de Sicilia y célebre tanto por las defensas naturales de su privilegiado emplazamiento como por el hecho de que en ella todo era sagrado por los vestigios del antiguo rapto de Prosérpina, se propagó por toda Sicilia casi en un solo día; y como se creía que con aquella [9] execrable carnicería se había profanado la morada tanto de los dioses como de los hombres, entonces sí que se pasaron a los cartagineses incluso los que antes tenían dudas. Hipócrates se retiró de allí a Murgancia e Himilcón a Agrigento, [10] pues habían acudido con sus ejércitos a Henna inútilmente llamados por los traidores. Marcelo regresó a Leontinos, [11] hizo llevar al campamento trigo y demás provisiones, dejó allí una pequeña guarnición y marchó a sitiar Siracusa. A continuación dejó que Apio Claudio se fuera [12] a Roma a presentar su candidatura al consulado, y en su lugar puso a Tito Quincio Crispino al frente de la flota y del antiguo campamento. Él construyó y fortificó cuarteles [13] de invierno a cinco millas del Hexápilo, en un lugar llamado León³³⁶. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos en Sicilia hasta el principio del invierno.

Acontecimientos en Grecia

[40] Aquel mismo verano se desencadenó también contra el rey Filipo una guerra [2] que se veía venir hacía tiempo. Embajadores de Orico³³⁷ se presentaron al pretor Marco Valerio, que vigilaba con su flota Brundisio y las costas de los alrededores de Calabria, y le comunicaron que Filipo había comenzado por atacar Apolonia³³⁸, desplazándose río³³⁹ arriba con ciento veinte [3] pequeñas embarcaciones de dos hileras de remos; después, como aquellas operaciones llevaban más tiempo de lo que esperaba, había trasladado de noche subrepticamente sus tropas a Orico, y esta ciudad, situada en el llano, sin la fuerza de murallas ni hombres ni armas, había sido tomada [4] al primer asalto. Al mismo tiempo que le daban estas noticias le rogaban que les prestase ayuda y que a aquel enemigo declarado de los romanos lo alejasen, por tierra y mar, de las ciudades de la costa, que no eran atacadas por más razón que la de su situación, que dominaba Italia. [5] Marco Valerio dejó una guarnición de dos mil hombres al mando del legado Publio Valerio, y con la flota preparada y a punto, embarcando en naves de carga a los soldados que no cabían en las naves de guerra, llegó al día siguiente [6] a Orico, ciudad ésta ocupada por una pequeña guarnición que había dejado el rey al retirarse de allí, y la recuperó [7] tras un ligero combate. Hasta allí llegaron desde Apolonia unos emisarios con la noticia de que estaban siendo sitiados por negarse a abandonar la causa de Roma, y que no podrían resistir por más tiempo el ataque de los macedonios [8] si no se les

enviaban refuerzos romanos. Prometió hacer lo que pedían y envió dos mil soldados de elite en naves de guerra hacia la desembocadura del río al mando de Quinto Nevio Crista, prefecto de los aliados, hombre activo y militar experimentado. Éste hizo desembarcar a [9] las tropas, reenvió las naves a Orico, su punto de partida, a reunirse con el resto de la flota, condujo a sus hombres lejos del río por una ruta nada vigilada por las fuerzas del rey, y por la noche entró en la ciudad sin que nadie por parte del enemigo lo notara. Durante la jornada siguiente [10] descansaron mientras el prefecto pasaba revista a los apoloniatas en edad militar, así como a las armas y recursos de la ciudad. Animado por los resultados de la inspección y al mismo tiempo informado por los espías del abandono y falta de precauciones del enemigo, salió de [11] la ciudad sin el menor ruido en el silencio de la noche y penetró en el campamento enemigo, abierto y mal vigilado, hasta tal punto que, según se asegura, cruzaron la empalizada un millar de hombres antes que nadie se diese cuenta; y de no haber iniciado la matanza, hubieran podido llegar hasta la tienda del rey. La matanza de los que estaban [12] más cerca de la puerta despertó a los enemigos. A partir de ese momento fueron presa todos de un pánico tan cervical que nadie intentó empuñar las armas y expulsar del campamento al enemigo e incluso el propio rey, huyendo [13] casi desnudo tal y como había despertado de su sueño, ataviado de forma poco acorde con la dignidad no ya de un rey, sino de un simple soldado, trató de ganar el río y la flota. En la misma dirección corrieron en masa los [14] demás. Poco menos de tres mil hombres fueron muertos o hechos prisioneros, siendo el número de éstos, sin embargo, algo más elevado que el de muertos. El campamento [15] fue saqueado, y las catapultas, ballestas y demás máquinas de guerra traídas para el asedio de la ciudad se las llevaron los apoloniatas a Apolonia para defender sus murallas si en algún momento se encontraban en una situación parecida. El resto del botín del campamento fue todo [16] para los romanos. Cuando llegaron a Orico las noticias de estos hechos, Marco Valerio llevó inmediatamente la flota a la desembocadura del río para que el rey no pudiera [17] emprender la huida en las naves. Filippo, por tanto, sintiéndose en inferioridad para combatir tanto por tierra como por mar, sacó a tierra las naves, las quemó y se dirigió por tierra a Macedonia con un ejército en gran parte desarmado y despojado. La flota romana mandada por Marco Valerio pasó el invierno en Orico.

La guerra en Hispania, con los dos Escipiones

[41] Aquel mismo año el desarrollo de los acontecimientos en Hispania tuvo resultados diversos³⁴⁰. Así, antes de que los romanos cruzasen el río Ebro, Magón y Asdrúbal derrotaron tropas muy numerosas [2] de los hispanos, y la Hispania ulterior

habría abandonado a los romanos si Publio Cornelio no hubiera cruzado precipitadamente el Ebro con su ejército y acudido en el momento preciso, cuando sus aliados estaban indecisos. [3] Primeramente los romanos acamparon en Castro Albo³⁴¹, lugar famoso por la muerte de Amílcar el Grande³⁴². [4] Su ciudadela estaba fortificada y en ella habían almacenado trigo anteriormente; no obstante, como todos los alrededores estaban ocupados por el enemigo y la columna romana había sido atacada impunemente por la caballería enemiga, siendo muertos cerca de dos mil de los que andaban rezagados o dispersos por los campos, los romanos se retiraron de allí hacia una zona más tranquila y fortificaron un campamento junto al monte Victoria³⁴³. Allí llegó [5] Gneo Escipión con todas sus tropas; y también Asdrúbal hijo de Gisgón, tercer general cartaginés³⁴⁴, con un ejército en toda regla, situándose todos al otro lado del río frente al campamento romano. Publio Escipión salió [6] ocultamente a reconocer los alrededores con tropas ligeras, pero el enemigo lo descubrió, y lo habría aplastado en campo abierto si no hubiera ocupado una colina cercana. Rodeado también allí, lo liberó del cerco la llegada de su hermano. Cástulo³⁴⁵, fuerte y célebre ciudad de Hispania, [7] estrechamente unida a los cartagineses hasta el punto de que la esposa de Aníbal era de allí, se pasó a los romanos. Los cartagineses iniciaron un ataque a Ilturgi porque había [8] allí una guarnición romana y parecía que sobre todo el hambre la iba a poner en sus manos. Salió Gneo Escipión [9] a prestarles ayuda a los aliados y a la guarnición romana con una legión ligera, entró en la ciudad por entre los dos campamentos causando muchas bajas al enemigo, y al día siguiente hizo una salida brusca con un resultado igualmente favorable. Los muertos en los dos combates [10] pasaron de los doce mil, y de mil los prisioneros; enseñas militares se capturaron treinta y seis. Se produjo así la retirada de Ilturgi. A continuación iniciaron los cartagineses [11] el asedio a la ciudad de Bigerra³⁴⁶ —aliada de los romanos también ésta—. La llegada de Gneo Escipión la liberó del asedio sin tener que combatir.

[42] Desde allí se trasladó a Munda³⁴⁷ el campamento cartaginés, y allá los siguieron los romanos a toda prisa. [2] Se libró allí una batalla campal de casi cuatro horas en la que iban venciendo claramente los romanos cuando se dio la señal de retirada, porque le había atravesado el muslo a Gneo Escipión una jabalina y los soldados que estaban en torno a él temían que la herida fuese mortal. [3] Pero no había duda de que se podía haber tomado aquel día el campamento cartaginés de no haber sobrevenido aquel contratiempo, pues aparte de los soldados también los elefantes habían sido rechazados hasta la empalizada y fueron acribillados con jabalinas treinta y nueve de éstos encima [4] mismo de las trincheras. Se dice que también en esta batalla hubo cerca de doce mil

mueritos y que fueron capturados cerca de tres mil hombres y cincuenta y siete enseñas [5] militares. Desde allí los cartagineses se retiraron a la ciudad de Auringis³⁴⁸ y los siguieron los romanos para echárseles encima mientras eran presa del pánico. De nuevo libró allí batalla Escipión, trasladado en litera al frente de batalla, y su victoria fue clara; murieron, sin embargo, menos de la mitad de enemigos que la vez anterior, puesto que eran menos los supervivientes que podían participar [6] en el combate. Pero era una raza nacida para hacer la guerra una y otra vez; Magón, enviado por su hermano a reclutar tropas, en poco tiempo completó un ejército, recobrando [7] ánimos para intentar de nuevo el combate. Eran soldados galos en su mayoría, y lucharon en el bando tantas veces vencido en pocos días con la misma moral que [8] los anteriores y con idéntico resultado: más de ocho mil muertos, no muy por debajo de los mil prisioneros, y cincuenta y ocho enseñas militares capturadas. También la mayoría de los despojos pertenecían a los galos: torques de oro y brazaletes muy numerosos. Cayeron asimismo en aquella batalla dos famosos reyezuelos galos llamados Meniacapto y Vismaro. Fueron capturados ocho elefantes, y muertos tres.

Yéndoles tan bien las cosas en Hispania, los romanos [9] al fin sintieron vergüenza de que la ciudad de Sagunto, que era la causa de la guerra, siguiera en poder del enemigo por espacio ya de ocho años. Recuperaron, pues, dicha [10] plaza después de desalojar por la fuerza a la guarnición cartaginesa, y se la devolvieron a aquellos de sus antiguos habitantes que había perdonado el azote de la guerra. En cuanto a los turdetanos, que habían desencadenado la [11] guerra entre los romanos y los cartagineses, los sometieron, los vendieron como esclavos y les destruyeron la ciudad.

Roma: elecciones, reparto de competencias, prodigios

Éstos fueron los acontecimientos desarrollados [43] en Hispania durante el consulado de Quinto Fabio y Marco Claudio. En Roma entraron en funciones los nuevos [2] tribunos de la plebe e inmediatamente los censores Publio Furio y Marco Atilio fueron citados para comparecer ante el pueblo por el tribuno de la plebe Marco Metelo. (El año anterior, siendo él censor, le habían [3] retirado el caballo y lo habían dado de baja en su tribu y reducido a la condición de erario por haber conspirado, en Cannas, para abandonar Italia)³⁴⁹. Pero gracias al apoyo de nueve tribunos se les eximió de tener que defenderse mientras estaban en funciones y quedaron en libertad. La muerte de Publio Furio y la dimisión de Marco [4] Atilio impidieron que llegasen al final del lustro.

[5] El cónsul Quinto Fabio Máximo convocó elecciones consulares³⁵⁰. Resultaron elegidos, ausentes ambos, Quinto Fabio Máximo, hijo del cónsul, y Tiberio Sempronio

Graco [6] por segunda vez³⁵¹. Pretores fueron elegidos dos que entonces eran ediles curules, Publio Sempronio Tuditano y Gneo Fulvio Centúmalo, y junto con ellos Marco Atilio [7] y Marco Emilio Lépido. Según la tradición, aquel año las representaciones teatrales ofrecidas por los ediles curules [8] duraron por primera vez cuatro días. El edil Tuditano es el mismo que en Cannas abrió paso entre los enemigos cuando otros estaban paralizados de espanto ante tamaño desastre.

[9] Una vez celebradas estas elecciones, a propuesta del cónsul Quinto Fabio, llamados a Roma los cónsules electos, tomaron posesión de su cargo y consultaron al senado acerca de la guerra, de los campos de actuación suyos y de los pretores, y de los ejércitos cuyo mando debía asumir cada cual.

[44] La distribución de tareas y ejércitos fue así: a los cónsules se les encargó de la guerra con Aníbal, asignándole a uno de ellos el ejército que había mandado el propio Sempronio, y al otro el que había mandado el cónsul Fabio; [2] eran ejércitos de dos legiones cada uno. El pretor Marco Emilio, al que había correspondido la jurisdicción en causas con extranjeros, traspasaría sus poderes a su colega Marco Atilio, pretor urbano, y él se haría cargo de Luceria y de las dos legiones que habían estado al mando del entonces [3] pretor y ahora cónsul Quinto Fabio. Arímino le correspondió a Paulo Sempronio y Suésula a Gneo Fulvio, con dos legiones cada uno también, de forma que Fulvio mandaría las legiones urbanas y Tuditano se haría cargo de las de Marco Pomponio. A otros se les prorrogaron mandos [4] o provincias: a Marco Claudio, Sicilia, con las fronteras que había tenido el reino de Hierón; al propretor Publio Léntulo su antigua provincia, a Tito Otacilio la flota —y no se les enviaron nuevas tropas—; a Marco Valerio, [5] Grecia y Macedonia con la flota y la única legión que ya tenía a su mando; a Quinto Mucio, Cerdeña y su anterior ejército de dos legiones; a Gayo Terencio el Piceno con la única legión que ya tenía a sus órdenes. Además se tomó [6] la disposición de alistar dos legiones urbanas y veinte mil soldados aliados. Con estos jefes y tropas se organizó la defensa del imperio romano frente a las muchas guerras ya declaradas o en perspectiva.

Una vez alistadas las dos legiones urbanas y las tropas [7] complementarias para las demás, los cónsules, antes de marchar de Roma, expiaron los hechos portentosos de los que se había tenido noticia. La muralla y la puerta de Cayeta³⁵² [8] e incluso el templo de Júpiter de Aricia habían sido alcanzados por el rayo. Otras ilusiones ópticas y acústicas fueron creídas como si fueran reales: en el río de Tarracina³⁵³ se habían visto reflejadas naves inexistentes, y en el templo de Júpiter Vicilino que está en territorio de Compsa se había oído ruido de armas, y las aguas del río de Amiterno³⁵⁴ bajaban tintas

en sangre. Hecha la expiación [9] de acuerdo con las instrucciones de los pontífices, los cónsules partieron, hacia Lucania, Sempronio, y hacia Apulia, Fabio. El padre de éste fue como legado de su hijo al campamento de Suésula. El hijo se adelantó a su encuentro [10] y los lictores iban delante en silencio por respeto a su dignidad; el anciano pasó delante de los *fascēs* montado a caballo, y cuando el cónsul ordenó al lictor más cercano que le llamase la atención y éste le gritó que se bajase del caballo, él, descabalgando al fin, dijo: «He querido comprobar, hijo, si sabías realmente que eres el cónsul».

Toma de Arpos y otras acciones en Italia. Incendio en Roma

[45] A este campamento acudió clandestinamente Dasio Altinio Arpino con tres esclavos, prometiendo entregar Arpos si ello le iba a suponer alguna recompensa. [2] Fabio sometió el asunto a la deliberación del consejo; unos eran del parecer de azotar y dar muerte como desertor a aquel enemigo de unos y otros que tenía dos caras, que después de la derrota de Cannas, como si las lealtades debieran alinearse al lado del éxito, se había pasado al bando de Aníbal arrastrando [3] a Arpos a la defección, y que ahora, cuando Roma, contra lo que él esperaba y deseaba, parecía resurgir de sus raíces, se comprometía a brindar una nueva traición a quienes había traicionado, alineado siempre con uno contrario y sintiendo como el contrario, aliado desleal, enemigo inconstante; había que dar una tercera lección a los desertores, [4] añadida al traidor de Falerios y a la del Pirro³⁵⁵. Por el contrario, Fabio, el padre del cónsul, decía que se estaban emitiendo libre y alegremente opiniones acerca de cualquiera sin tener en cuenta las circunstancias del momento, en plena conflagración bélica, como si se estuviera en época de [5] paz; de modo que³⁵⁶, cuando lo que había que hacer y pensar era más bien si había alguna posibilidad de que ningún aliado se separase del pueblo romano, no se pensaba en ello, sino que se decía que lo procedente era dar un escarmiento si alguien reconsideraba y volvía a poner sus miras en una alianza anterior; si se podía abandonar a los romanos [6] pero no se podía volver a su lado, ¿quién ponía en duda que en cosa de poco tiempo, perdida toda esperanza en sus aliados, Roma iba a ver a Italia entera unida por tratados con los cartagineses? Con todo, no es que él creyera [7] que había de fiarse lo más mínimo de Altinio, pero iba a proponer una vía intermedia; su propuesta era que [8] no se le considerase por el momento ni como enemigo ni como aliado, que mientras duraba la guerra se le mantuviese en libertad vigilada en alguna ciudad leal cerca del campamento; ya se estudiaría, cuando finalizase la guerra, si era más merecedora de castigo su traición de antes o de perdón su vuelta de ahora. Se aceptó la propuesta de Fabio, [9] y tanto Altinio como sus compañeros fueron entregados a la representación de

Cales, disponiendo además que se le retuviera una cantidad bastante considerable de oro que había traído consigo. En Cales quedaba libre durante el [10] día y lo seguían los guardias, y durante la noche lo tenían encerrado. En Arpos, al principio lo echaron en falta en su casa e iniciaron su búsqueda; después se difundió la [11] noticia por toda la ciudad y se suscitó el revuelo lógico ante la pérdida de una personalidad, y ante el temor a una revuelta se enviaron mensajeros inmediatamente. El cartaginés [12] no sintió el menor disgusto por lo ocurrido, porque también él tenía sus dudas desde hacía tiempo acerca de la lealtad de aquel hombre y se le presentaba una excusa para hacerse con los bienes de alguien tan rico y venderlos. Sin embargo, buscando que la gente creyese que actuaba por [13] indignación y no por avaricia, sumó la crueldad a la codicia: hizo venir al campamento a la esposa y a los hijos, [14] los interrogó acerca de la fuga de Altinio primero y de la cantidad de oro y plata que había dejado en casa después, y una vez enterado de todo los hizo quemar vivos.

[46] Fabio marchó de Suésula y se dispuso a atacar Arpos en primer lugar. Situó su campamento a unos quinientos pasos de la ciudad, y después de observar de cerca su emplazamiento y sus murallas decidió atacar precisamente por donde los muros eran más sólidos, porque vio que la vigilancia [2] allí estaba más descuidada. Una vez preparado todo lo que se suele utilizar en el ataque a las ciudades, escogió los mejores centuriones de todo el ejército, los puso a las órdenes de tribunos valientes y combativos, les asignó una fuerza de seiscientos hombres, cantidad que le pareció suficiente, y les dio orden de llevar escalas a aquel sector del muro cuando sonara el toque para el cuarto relevo de la [3] guardia. Había allí una puerta baja y estrecha que daba a una calle poco poblada en la zona deshabitada de la ciudad. Les ordena pasar al otro lado por medio de escalas y abrir la puerta desde dentro o romper los cierres, y que una vez ocupada aquella parte de la ciudad den la señal con un cuerno para que se acerque el resto de las tropas, [4] que él lo tendrá todo preparado y a punto. Se hizo todo con prontitud, y lo que parecía que iba a ser un inconveniente para los encargados de la acción, contribuyó de forma decisiva a que pasaran desapercibidos. A partir de media noche empezó a llover con fuerza, obligando a los guardias y centinelas alejados de los puestos a buscar refugio [5] bajo techo; el ruido de la lluvia, más intenso al principio, no dejó oír el estrépito de los que derribaban la puerta, y más lento y monótono después, acariciando sus oídos, [6] adormeció a una buena parte de ellos. Una vez en posesión de la puerta mandan a los trompetas, distribuidos a lo largo de la calle a intervalos regulares, que toquen para llamar [7] la atención del cónsul. Cuando según lo planeado se hizo así, el cónsul dio orden de avanzar, y poco antes del amanecer entraban en la ciudad por la puerta derribada.

Por fin, entonces, despertaron los enemigos; la lluvia [47] amainaba ya y comenzaba a rayar el alba. Había en la [2] ciudad una guarnición de Aníbal, unos cinco mil hombres, y los propios arpinos habían armado otros tres mil, que los cartagineses colocaron en primera línea cara al enemigo para evitar cualquier sorpresa a su espalda. El combate [3] se inició en la oscuridad propia de la angostura de las calles. Los romanos ocuparon no sólo las calles sino las casas próximas a la puerta, para evitar la posibilidad de ser atacados o heridos desde arriba; se reconocieron entre sí algunos, [4] tanto arpinos como romanos, y en seguida entraron en conversación, preguntando los romanos qué era lo que pretendían los arpinos, qué daño les habían hecho los romanos [5] o qué beneficios los cartagineses para que, siendo itálicos, hicieran la guerra en favor de unos bárbaros extranjeros en contra de sus antiguos aliados los romanos, y trataran de hacer a Italia tributaria y estipendiaria de África. Los arpinos se excusaban diciendo que sus jefes los habían [6] vendido a los cartagineses sin ellos saberlo en absoluto, que unos pocos les tenían oprimidos y en sus manos. Las conversaciones, una vez iniciadas, se iban generalizando; [7] al fin el pretor de Arpos fue conducido por los suyos a presencia del cónsul y entre las enseñas y los frentes de combate se selló un compromiso, y automáticamente los arpinos empezaron a combatir a favor de los romanos contra los cartagineses. Asimismo los hispanos, poco menos [8] de un millar de hombres, se pasaron con sus enseñas al cónsul después de pactar con él como única condición que se dejaría marchar a la guarnición cartaginesa sin que sufriera daño. Se les abrieron las puertas y se dejó marchar [9] a los cartagineses con un salvoconducto; llegaron sanos y [10] salvos hasta Aníbal, en Salapia. Retornó así Arpos a los romanos sin que muriera nadie, a no ser exclusivamente [11] el antiguo traidor y ahora desertor. Se dio orden de que los hispanos recibieran doble ración, y el país pudo contar con su valerosa y leal aportación en multitud de ocasiones.

[12] Mientras que uno de los cónsules se encontraba en Apulia y el otro en Lucania, ciento doce jinetes de la nobleza campana salieron de Capua autorizados por los magistrados, haciendo creer que iban a saquear en territorio enemigo, y se presentaron en el campamento romano situado sobre Suésula. Expusieron ante el puesto de guardia quiénes eran y dijeron que querían entrevistarse con el pretor. [13] Tenía el mando del campamento Gneo Fulvio; cuando se le informó, ordenó que fueran conducidos a su presencia desarmados diez de ellos, y cuando escuchó sus demandas —realmente lo único que pedían era la devolución de sus bienes cuando Capua fuese recuperada—, los acogió a todos [14] con un compromiso de fidelidad. Por su parte, el otro pretor, Sempronio Tuditano, tomó al asalto la plaza de Atrino³⁵⁷, cogiendo más de siete mil

prisioneros y cierta [15] cantidad de bronce y plata acuñada. En Roma hubo un tremendo incendio que duró dos noches y un día. Quedó todo arrasado entre las Salinas³⁵⁸ y la puerta Carmental, incluyendo el Equimelio y el barrio Yugario y los templos [16] de la Fortuna y de Matuta Madre; el fuego se propagó a gran distancia, incluso al otro lado de la puerta, devorando muchos edificios sagrados y profanos.

En África, el rey Sifax se alía con los romanos. Tranquilidad en Hispania

Este mismo año, Publio y Gneo Cornelio, [48] después de los éxitos obtenidos en Hispania recuperando muchos aliados antiguos e incorporando otros nuevos, extendieron también a África sus pretensiones. Sifax era rey de los númidas, convertido [2] repentinamente en enemigo de los cartagineses. Le enviaron como embajadores a tres centuriones para hacer [3] un pacto de amistad con él y prometerle que, si persistía en su acoso bélico a los cartagineses, esto sería del agrado del senado y el pueblo romano y ellos pondrían su empeño en que a su debido tiempo le pagaran con creces la deuda contraída. Al bárbaro le gustó esta embajada; [4] habló con sus componentes de la estrategia bélica a seguir, y al escuchar las palabras de aquellos experimentados soldados se dio cuenta de la cantidad de cosas que ignoraba en comparación con tan sistematizada disciplina. Entonces [5] les pidió en primer lugar que, portándose como buenos y leales aliados, volvieran dos de ellos a llevar a sus generales la respuesta a la embajada y uno se quedase a su lado como instructor del arte militar, pues el pueblo númida no tenía experiencia en el combate a pie, sólo se manejaba bien a caballo; así habían guerreado sus antepasados ya desde [6] los orígenes de su pueblo, y así se les había habituado a ellos desde la niñez; pero tenían un enemigo que confiaba en el combate a pie, y si quería equiparársele en igualdad de fuerzas tenía que preparar también él soldados de infantería; para conseguir ese propósito había en su reino [7] hombres en abundancia, pero no conocimientos sobre el modo de armarlos, equiparlos y entrenarlos; faltaba por completo la medida y la organización, como en una masa reunida al azar. Los delegados respondieron que provisionalmente [8] harían lo que él pretendía, después de recibir garantías de que reenviaría inmediatamente al centurión en caso de que sus generales no aprobasen lo que habían hecho. [9] El que se quedó con el rey se llamaba Quinto Estatorio. Junto con los dos romanos el rey envió a Hispania tres delegados númidas para que los generales romanos les [10] ratificaran el compromiso. También les dio instrucciones para que se pusieran directamente en contacto con los númidas que servían como auxiliares en las guarniciones cartaginesas [11] induciéndolos a la desertión. Por su parte, Estatorio alistó soldados de infantería para el rey entre la numerosa juventud, y

organizándolos según el modelo romano les enseñó a formar, maniobrar, seguir las enseñanzas y [12] guardar las filas, y los habituó de tal forma a los trabajos de atrincheramiento y demás deberes militares que al poco tiempo el rey tenía tanta confianza en la infantería como en la caballería, venciendo a sus enemigos cartagineses al chocar con ellos en campo abierto en una batalla en toda [13] regla. También les reportó en Hispania grandes ventajas a los romanos la llegada de los delegados del rey, pues al saberse su presencia comenzaron a producirse frecuentes deserciones de númidas.

Éstos fueron los comienzos de la amistad entre Sifax y los romanos. Cuando se enteraron de ello los cartagineses, sin perder un instante enviaron embajadores a Gala, que reinaba en la otra parte de Numidia, cuyos habitantes se llaman mésulos.

[49] Gala tenía un hijo, Masinisa, de diecisiete años³⁵⁹ de edad, pero con un temperamento el muchacho, que ya entonces se veía claramente que iba a dar al reino que heredaría [2] mayores dimensiones y mayor riqueza. Los delegados le explican a Gala que, puesto que Sifax se ha unido a los romanos para ser con su alianza más poderoso frente a los reyes y pueblos de África, será mejor también para [3] él unirse cuanto antes a los cartagineses, antes de que pase Sifax a Hispania o los romanos a África; que es posible aplastar a Sifax mientras es aliado de Roma sólo de palabra. Fue fácil persuadir a Gala para que enviase un ejército, [4] cuyo mando reclamaba su hijo; éste, unido a las legiones cartaginesas, derrotó a Sifax en una batalla de grandes proporciones; se dice que fueron treinta mil los muertos en ella. Sifax huyó del campo de batalla con unos pocos jinetes [5] a territorio de los númidas maurusios, los que viven más en el extremo junto al Océano, enfrente de Cádiz; cuando se enteraron de su presencia acudieron bárbaros de todas partes y en poco tiempo preparó un contingente armado muy numeroso con el que pasar a Hispania, separada [6] por un estrecho angosto. Masinisa con su ejército victorioso llegó hasta allí, donde sin ayuda alguna de los cartagineses hizo la guerra por sí solo contra Sifax gloriosamente.

En Hispania no ocurrió nada digno de mención salvo [7] el hecho de que los generales romanos atrajeron a su lado a la juventud celtíbera por la misma paga que habían convenido con los cartagineses, y enviaron a Italia más de trescientos [8] hispanos de la alta nobleza para que tratasen de atraerse a los paisanos suyos que servían como auxiliares en el ejército de Aníbal. De lo ocurrido aquel año en Hispania sólo una cosa es digna de mención: el hecho de que estos celtíberos fueron los primeros mercenarios que hubo en el ejército romano.

- 286 Regio, Locros y Crotona.
- 287 Menos de 2.000 habitantes, según XXIII 30, 6.
- 288 El *Aesaurus*, hoy Esaro.
- 289 Venció a los crotoniatas en 389 y dominó la ciudad durante doce años.
- 290 «Cumplen con su deber», según la conjetura de Weissenborn (*munus suscipiunt*) para el texto que falta.
- 291 El actual Salso, que desemboca en el sur de la isla. Había en Sicilia otro río Hímera: el actual Grande, que desemboca en el Tirreno.
- 292 Actual Lentini, cerca de Siracusa.
- 293 El 215.
- 294 En 361 a. C. Episodio narrado en VII 10.
- 295 En 349 a. C. Relatado en VII 26, 1-5.
- 296 Las anteriores, en 222 y 215.
- 297 La anterior, en 217.
- 298 15 de marzo del año 214.
- 299 Quinto Fabio Máximo Rulo o Ruliano y Publio Decio Mus, cónsules en 295 a. C., libraron la batalla de Sentino y finalizaron la tercera guerra samnita.
- 300 Lucio Papirio Cúrsor y Espurio Carvilio Máximo fueron cónsules en 272 y sometieron casi toda la Italia meridional.
- 301 Sin contar las que operaban en Hispania.
- 302 Situado entre Cumas y Putéolos. La creencia popular veía en él la entrada al reino de los muertos.
- 303 Afluente del Volturno.
- 304 Con la crucifixión, en caso de pena de muerte. Los libres eran decapitados.
- 305 Los que obtenían la libertad recientemente, después de raparse la cabeza, se tocaban con un gorro blanco o, a falta de éste, se ceñían la cabeza con una cinta blanca.
- 306 Cf. XXII 53, 5.
- 307 Los de las cuadrigas que tiraban de los carros con las estatuas de los dioses en las solemnidades de los juegos.
- 308 Compulteria, en las inmediaciones de Caiazzo. Telesia, actual Telese. Blanda, al oeste de Lucania. Ecas, en Apulia. Sin referencias para situar Fugífulas y Orbitanio.
- 309 No hay menciones de Acuca ni de Ardoneas que permitan determinar su posición.
- 310 Al norte de Cannas, al norte de las fuentes del Ofanto, en la Apulia septentrional.
- 311 Los barrios o distritos de Siracusa eran La Isla (Ortigia), Acradina (la parte principal), Tica, Nápoles y Epípolas. Había un muro que separaba Acradina de Tica y Nápoles.
- 312 La gran puerta norte de la muralla de Dionisio. En realidad eran seis puertas contiguas, punto difícil de defender.
- 313 Erigido por Hierón II; se encontraba en el foro.
- 314 Traducción de arcontes.
- 315 Tolomeo IV Filópator.
- 316 Parece haber una pequeña laguna en el texto, para la que se han presentado propuestas diversas.
- 317 ¿En el interior de la isla, a la derecha del Simeto?

- 318 Extremo sureste de la isla.
- 319 Seguimos la lectura *quo amicae* (Madvig).
- 320 Al norte de Heraclea Minoa.
- 321 Actual S. Giuliano, con desembocadura en el Golfo Megárico.
- 322 Al norte de Siracusa.
- 323 Con la lectura *adesse* de la *ed. Rom.* 1469.
- 324 Situado al sudoeste de la ciudad y del río Anapo.
- 325 Máquinas bélicas de lanzamiento.
- 326 El vocablo latino, *toleno*, lo explica VITRUVIO (IV 21) como un artilugio compuesto por un poste vertical bien hincado en el suelo y otro horizontal articulado con el primero por el centro.
- 327 En la costa este de Sicilia, entre Siracusa y el Paquino.
- 328 Esta población de Sicilia, situada al oeste de Agrigento, era una antigua colonia fenicia cuyo nombre pasó a ser Minoa, y al ser colonizada por los espartanos recibió el de Heraclea.
- 329 Situada hacia el centro de la costa suroeste de Sicilia. Conquistada por Roma en 262, pasó alternativamente a poder romano y cartaginés durante la Segunda Guerra Púnica.
- 330 Al oeste de Siracusa, no lejos de Acras.
- 331 Al oeste de Siracusa, cerca de la ribera derecha del Anapo.
- 332 En la costa norte de Sicilia, en su tercio occidental. Fue una de las poblaciones *liberae et immunes*, aunque careciendo de tratado con Roma.
- 333 En pleno corazón de la isla.
- 334 Seguimos la lectura *rentur* (entre *palam* y *agendum*) (Drak).
- 335 Por ejemplo, el episodio narrado en VIII 7.
- 336 ¿Donde Magnisi? TUCÍDIDES (6, 97, 1) lo sitúa más lejos.
- 337 Entre Apolonia y Corcira, en la costa septentrional del Epiro.
- 338 Al norte de Orico, junto al río Aoo.
- 339 El Aoo.
- 340 La narración vuelve a XXIII 49, 14.
- 341 Akra Leuka. Alicante.
- 342 El padre de Aníbal, muerto en 228 en combate contra los vetones.
- 343 No identificado.
- 344 Además de Magón y el Aníbal hijo de Bomílcar.
- 345 Cf. XXII 20, 12, y nota 168.
- 346 Desconocida.
- 347 Montilla.
- 348 ¿Jaén?
- 349 Cf. 18, 3-6.
- 350 Para el año 213.
- 351 La primera, en 215.
- 352 Actual Gaeta.

- 353 El *Amasenus*.
- 354 El *Aternus* (Pescara).
- 355 Cf. V 27 y PLUT., *Pyrrh.* c. 21.
- 356 Seguimos la lectura *ut cum* de Weissenborn.
- 357 No hay otra mención de esta plaza.
- 358 Cerca de la puerta Trigémica.
- 359 Más bien veintisiete, si tenía noventa y dos cuando murió en 149 a. C.

LIBRO XXV

SINOPSIS

Aníbal ronda Tarento. Acciones en el Brucio y Lucania (1, 1-1, 5).

Caps. 1, 6-7, 9: ROMA.

Difusión y represión de prácticas religiosas foráneas en Roma. Elecciones. Juegos (1, 6-2).

Asignación de provincias. Incidentes con un publicano (3-4).

Problemas con el reclutamiento. Quejas de los supervivientes de Cannas y respuesta del senado. Prodigios (5-7, 9).

Caps. 7, 10-22: TARENTO Y CAPUA.

Evasión de rehenes tarentinos. Represalias, y reacciones (7, 10-8).

Aníbal marcha sobre Tarento; ocupa la ciudad, pero no la ciudadela (9-11).

El vaticinio de Marcio. Institución de los Juegos Apolinales (12).

Embajada de Capua a Aníbal. Los cónsules asaltan el campamento cartaginés (13-14).

Movimiento de tropas hacia Capua. Muerte y funerales de Graco (15-17).

La acción en torno a Capua: combate singular, aproximación y alejamiento de Aníbal, asedio (18-20, 4).

Aníbal marcha a Apulia y vence al pretor Fulvio. Tres ejércitos romanos sitian Capua (20, 5-22).

Caps. 23-31: SIRACUSA.

La acción en Siracusa. Tentativas de penetración de los romanos (23).

Marcelo entra en Siracusa. Combates por barrios (24-25).

Acradina, sitiada, prepara su defensa ayudada por Cartago (26-27).

Los sicilianos negocian la rendición, temida por los desertores (28-29).

Toma de Naso y Acradina. Muerte de Arquímedes (30-31).

Caps. 32-39: HISPANIA.

Hispania: los Escipiones dividen sus fuerzas. Asdrúbal pacta la inhibición de los celtíberos (32-33).

Choque con Indíbil, muerte de Publio Escipión. Derrota de Gneo Escipión, versiones sobre su muerte (34-36).

El soldado L. Marcio reorganiza a los romanos, les habla, y derrota a los cartagineses (37-39).

Sicilia: últimos combates, victoria final de Marcelo (40-41, 7).

Roma: nuevos magistrados (41, 8-13).

Aníbal ronda Tarento. Acciones en el Brucio y Lucania

Mientras se desarrollaban estas operadones [1] en África y en Hispania, Aníbal pasó el verano en territorio salentino con la esperanza de que una traición le permitiera apoderarse de la ciudad de Tarento. Entre tanto, se pasaron a su bando algunas poblaciones poco importantes de los propios salentinos. Al mismo [2] tiempo, en el Brucio, dos de los doce pueblos que el año anterior se habían pasado a los cartagineses, Consencia y Tauriano³⁶⁰, retornaron a la alianza con el pueblo romano. Otros más habrían hecho lo mismo si Tito Pomponio [3] Veyentano, prefecto de los aliados, que había alcanzado la consideración de un jefe militar en toda regla con unas cuantas incursiones en territorio brucio coronadas por el éxito, no se hubiese enfrentado con Hannón con un ejército reunido de cualquier manera. En este combate fueron [4] muertos o hechos prisioneros gran número de hombres, aunque de una masa indisciplinada de campesinos y esclavos. La pérdida menos importante fue la captura, entre los demás, del propio prefecto, responsable entonces del aventurado combate, y anteriormente recaudador de impuestos con toda clase de malas artes, poco de fiar y ruinoso tanto para sus colegas como para el Estado. El cónsul [5] Sempronio en Lucania libró numerosos combates de escasa importancia, ninguno de ellos digno de mención, y tomó al asalto varias plazas de los lucanos poco conocidas.

Difusión y represión de prácticas religiosas foráneas en Roma. Elecciones.

Juegos

[6] Cuanto más se alargaba la guerra y los triunfos y los reveses hacían cambiar la actitud de las gentes tanto como la situación, se iba difundiendo entre la población tal cantidad de prácticas supersticiosas, venidas de fuera además en gran parte, que se diría que de repente habían cambiado o los dioses o los hombres. [7] Y ya no sólo iban cayendo en desuso los ritos romanos en privado y en el interior de las casas, sino que incluso en público, en el foro y en el Capitolio había una multitud de mujeres que no ofrecían sacrificios ni suplicaban de [8] acuerdo con las costumbres patrias. Sacrificadores y adivinos se habían adueñado de las mentes; su número se vio incrementado, por una parte, por la avalancha de campesinos a los que la miseria y el pánico habían empujado hacia la ciudad desde los campos que la larga duración de la guerra había vuelto peligrosos e incultos, y por otra parte por las ganancias fáciles que sacaban de la ignorancia ajena, que explotaban como si ejercieran una profesión

autorizada. [9] Al principio podían oírse en privado los comentarios indignados de los hombres de bien; después las quejas adquirieron proporciones públicas, alcanzando también a los [10] senadores. Cuando los ediles y los triúnviros capitales³⁶¹, censurados con dureza por el senado por no impedirlo, trataron de desalojar del foro a aquella multitud y desarticular el montaje de los sacrificios, estuvieron a punto de [11] ser agredidos. Cuando resultó evidente que aquel mal estaba demasiado arraigado como para ser sofocado por magistrados menores, el senado encargó al pretor Marco Emilio la misión de liberar al pueblo de aquellas supersticiones. El pretor leyó en asamblea pública el decreto del [12] senado y publicó un edicto disponiendo que todo aquel que tuviera libros de profecías o plegarias, o copias del ritual de sacrificios le entregase a él antes de las calendas de abril todos estos libros y escritos, y que nadie hiciese sacrificios en lugar público ni sagrado según ritos nuevos o foráneos.

Aquel año fallecieron varios sacerdotes del culto oficial: [2] el pontífice máximo Lucio Cornelio Léntulo; el pontífice Gayo Papirio Masón, hijo de Gayo; Publio Furio Filo, augur, y Gayo Papirio Masón, hijo de Lucio, decénviro de los sacrificios. Fueron nombrados pontífices Marco [2] Cornelio Cetego en sustitución de Léntulo y Gneo Servilio Cepión en sustitución de Papirio; augur fue nombrado Lucio Quincio Flaminio, y decénviro de los sacrificios Lucio Cornelio Léntulo.

Se aproximaba ya la fecha de las elecciones consulares, [3] pero como no se estimaba conveniente apartar de las tareas bélicas a los cónsules entregados a ellas, el cónsul Tiberio Sempronio nombró dictador para presidir los comicios a Gayo Claudio Centón. Éste nombró jefe de la caballería a Quinto Fulvio Flaco. El primer día de elecciones [4] el dictador proclamó cónsules³⁶² a Quinto Fulvio Flaco, el jefe de la caballería, y a Apio Claudio Pulcro, que había tenido Sicilia a su cargo como pretor. A continuación [5] fueron elegidos pretores Gneo Fulvio Flaco, Gayo Claudio Nerón, Marco Junio Silano y Publio Cornelio Sila. Finalizados los comicios, el dictador dejó el cargo. Aquel año, [6] junto con Marco Cornelio Cetego fue edil curul Publio Cornelio Escipión, el que después recibió el sobrenombre de Africano. Como los tribunos de la plebe se oponían a que fuera candidato alegando que no se le podía tener en cuenta porque no tenía todavía la edad reglamentaria [7] para presentar su candidatura, dijo: «Si todos los ciudadanos romanos quieren elegirme edil, tengo años bastantes». A continuación salieron todos corriendo hacia sus tribus a depositar el voto con tal entusiasmo que los tribunos [8] desistieron de su propósito inmediatamente. La esplendidez de los ediles se manifestó de esta forma: se celebraron unos juegos romanos magníficos para los recursos con que se contaba por entonces y se repitieron un día más,

y se repartieron a cada barrio cincuenta medidas de aceite. [9] Los ediles de la plebe Lucio Vilio Tápulo y Marco Fundanio Fundulo presentaron ante el pueblo acusación de conducta inmoral contra varias matronas; mandaron al destierro [10] a algunas de ellas que resultaron condenadas. Los juegos plebeyos se celebraron durante dos días seguidos y se ofreció un banquete a Júpiter con motivo de los juegos.

Asignación de provincias. Incidentes con un publicano

[3] Quinto Fulvio Flaco, por tercera vez³⁶³, y Apio Claudio entraron en funciones como cónsules. Por su parte, los pretores sortearon los campos de actuación; a Publio Cornelio Sila le correspondió la jurisdicción urbana y la peregrina, que anteriormente [2] llevaban entre dos; a Gneo Fulvio Flaco, Apulia; a Gayo Claudio Nerón, Suésula, y a Marco Junio Silano, [3] Etruria. A los cónsules se les asignó formalmente la guerra con Aníbal con dos legiones cada uno que recibirían el uno de Quinto Fabio, el cónsul del año anterior, y el otro [4] de Fulvio Centúmalo. En cuanto a los pretores, serían para Fulvio Flaco las legiones que habían estado a las órdenes del pretor Emilio en Luceria, y para Nerón Claudio las que había tenido a su mando Gayo Terencio en el Piceno; ellos mismos reclutarían las tropas de complemento. A Marco Junio se le asignaron, para enfrentarse a los etruscos, las legiones urbanas del año anterior. A Tiberio [5] Sempronio Graco y a Publio Sempronio Tuditano se les prorrogó el mando en las provincias de Lucania y Galia con sus ejércitos respectivos; asimismo, se le asignó Sicilia, [6] su antigua provincia, a Publio Léntulo; a Marco Marcelo, Siracusa y lo que había sido el reino de Hierón; la flota, a Tito Otacilio; Grecia a Marco Valerio, Cerdeña a Quinto Mucio Escévola, y las Hispanias a Publio y Gneo Cornelio. Los cónsules reclutaron dos legiones urbanas para los [7] antiguos ejércitos, y se completó así aquel año un total de veintitrés legiones.

La actuación de Marco Postumio Pirgense obstaculizó [8] el reclutamiento por parte de los cónsules y estuvo a punto de provocar disturbios graves. Postumio era un publicano [9] cuyas trampas y codicia durante muchos años ningún ciudadano había igualado si exceptuamos a Tito Pomponio Veyentano, el que había sido capturado el año anterior por los cartagineses mandados por Hannón cuando se dedicaba a saquear de forma temeraria los campos de Lucania. Estos dos, como los riesgos del transporte de material [10] para el ejército en caso de temporal corrían a cargo del Estado, se habían inventado naufragios inexistentes, y en los casos en que eran reales los que denunciaban no eran fortuitos sino provocados por ellos fraudulentamente. Cargaban en barcos viejos y averiados unos cuantos suministros [11] de escaso valor, los echaban a pique en alta

mar después de recoger a la tripulación en lanchas preparadas al efecto y presentaban un informe falso exagerando el valor [12] de la mercancía. Semejante fraude había sido denunciado el año anterior al pretor Marco Emilio y éste había dado cuenta del mismo al senado, pero ningún senadoconsulto había condenado el hecho, porque en unas circunstancias como aquéllas los senadores no querían crear malestar [13] en el estamento de los publicanos. El pueblo estaba dispuesto a perseguir el fraude con mayor rigor, y al fin, exasperados dos tribunos de la plebe, Espurio y Lucio Carvilio, viendo que el hecho suscitaba animosidad y escándalo, impusieron a Marco Postumio una multa de doscientos [14] mil ases. Cuando llegó el día del debate sobre la multa, la plebe acudió en masa a la asamblea, tanto que el recinto [15] del Capitolio apenas daba cabida a la multitud. Una vez vista la causa, daba la impresión de que la única esperanza para el acusado era que el tribuno de la plebe Gayo Servilio Casca, pariente cercano de Postumio, pusiera su veto [16] antes de que las tribus fueran llamadas a votar. Nombrados interventores, los tribunos retiraron al pueblo y se trajo una urna para que sortearan dónde votarían los latinos. [17] Entretanto los publicanos instaban a Casca para que retrasase la fecha de la asamblea; el pueblo protestaba; por otra parte, Casca casualmente ocupaba un asiento en primera fila, en un extremo; lo agitaban sentimientos encontrados [18] de temor y vergüenza al mismo tiempo. En vista de que no podían confiar demasiado en su apoyo, los publicanos, con el objeto de sembrar la confusión, irrumpieron en cuña en el espacio que había quedado libre al retirarse el público, discutiendo a la vez con el pueblo y con los tribunos. [19] La cosa estaba al borde de una refriega cuando el cónsul Fulvio dijo a los tribunos: «¿No veis que habéis perdido la autoridad y esto puede desembocar en una insurrección si no os apresuráis a disolver la asamblea?».

Una vez disuelta la reunión de la plebe se convocó al [4] senado, y los cónsules informaron de que los publicanos habían reventado la asamblea de la plebe con osadía y violencia; recordaron que Marco Furio Camilo, cuyo destierro [2] podía haber acarreado la ruina de Roma, había dejado que sus airados conciudadanos lo condenasen, y antes [3] que él los decéviros, con cuyas leyes se había vivido hasta entonces, y después muchos ciudadanos de primera fila habían permitido que el pueblo los juzgase; Postumio Pirgense [4] le había quitado por la fuerza el derecho al voto al pueblo romano, había suprimido una asamblea de la plebe, había desautorizado a los tribunos, había presentado batalla al pueblo romano, había tomado una posición para cortar el contacto entre los tribunos y la plebe y para impedir que se llamase a las tribus a votar. Lo único [5] que había contenido a la gente de entablar una lucha sangrienta era la flexibilidad de los

magistrados, que en vista de las circunstancias habían cedido ante el desvarío y la osadía de unos pocos y se habían dejado vencer ellos y el pueblo romano, disolviendo voluntariamente una asamblea [6] que el acusado iba a impedir por la fuerza de las armas, para no dar un pretexto a los que buscaban pelea. Los mejores de los presentes recibieron esta exposición [7] considerando la gravedad que los hechos merecían y el senado declaró formalmente que se trataba de un acto de violencia contra el Estado y de un precedente muy peligroso, e inmediatamente los Carvilius tribunos de la plebe dejaron [8] de lado el debate de la multa y presentaron acusación de pena capital contra Postumio, disponiendo que, si no entregaba la fianza, fuese apresado y encarcelado por el *viator*. Postumio depositó la fianza y no compareció. Los tribunos presentaron la siguiente propuesta a la plebe, y [9] la plebe la aprobó: si Marco Postumio no comparecía antes de las calendas de mayo y si cuando ese día se le llamase por su nombre no contestaba ni tenía justificada su ausencia, se le consideraría desterrado, decidiendo que sus bienes fuesen vendidos y le fuesen negados el agua y el fuego. [10] Después, a todos los que habían instigado a la masa y promovido los disturbios les señalaron día los tribunos para responder a una acusación capital y les exigieron fianzas. [11] Primero metían en la cárcel a los que no depositaban la fianza, y después incluso a los que estaban en disposición de depositarla. Para eludir ese riesgo la mayoría se exiliaron.

*Problemas con el reclutamiento. Quejas de los supervivientes de Cannas y
respuesta del senado. Prodigios*

[5] Así fue el desenlace del fraude de los publicanos y la osadía con que después [2] trataron de taparlo. Tuvieron lugar a continuación los comicios para la elección de pontífice máximo, comicios que presidió el nuevo pontífice Marco Cornelio Cetego. [3] Hubo tres candidatos, en competición muy reñida: el cónsul Quinto Fulvio Flaco, que ya había sido antes cónsul dos veces y censor; Tito Manlio Torcuato, distinguido también con dos consulados³⁶⁴ y una censura, y Publio Licinio Craso, que se iba a presentar candidato [4] a edil curul. En dicha confrontación venció este último, un joven, a los que tenían más edad y habían desempeñado altos cargos. Antes de él y por espacio de ciento veinte años, sin haber desempeñado previamente una magistratura curul nadie había sido elegido pontífice máximo excepto Publio Cornelio Colusa.

[5] Los cónsules tenían dificultad para llevar a cabo el reclutamiento, porque el reducido número de hombres jóvenes difícilmente alcanzaba para el doble objetivo, el alistamiento de legiones urbanas nuevas y de tropas suplementarias para las antiguas. Sin embargo, el senado les prohibió [6] desistir del empeño y dispuso que se nombrasen dos

comisiones de tres miembros para que buscaran en los distritos rurales, los mercados urbanos y los centros de reunión, una hasta el miliario quincuagésimo y la otra más allá, a todos los hombres libres que hubiera y alistaran como [7] soldados a los que considerasen con fuerzas suficientes para llevar las armas aunque no estuviesen aún en edad militar. Se pidió a los tribunos de la plebe que, si lo creían oportuno, [8] presentaran al pueblo una propuesta de ley disponiendo que a todos los que prestasen el juramento militar antes de los diecisiete años se les reconociesen los años de servicio como si se hubiesen incorporado a filas a los diecisiete años o más. Las dos comisiones de triúnviros creadas [9] en virtud de este decreto del senado efectuaron la búsqueda de hombres de condición libre por los campos.

Por las mismas fechas se dio lectura en el senado a [10] una carta enviada desde Sicilia por el cónsul Marco Marcelo referente a las reclamaciones de los soldados que militaban a las órdenes de Publio Léntulo. Formaban este [11] ejército los supervivientes de la derrota de Cannas, confinados en Sicilia, como se dijo ya antes, con la condición de no volver a Italia hasta que finalizara la guerra púnica³⁶⁵.

Éstos, con permiso de Léntulo, enviaron ante Marco [6] Marcelo a los cuarteles de invierno una comisión formada por los centuriones y soldados de caballería más relevantes y por la élite de la infantería, y uno de ellos, autorizado a hablar, dijo: «Habríamos ido a verte, Marco Marcelo, [2] en Italia cuando eras cónsul, nada más aprobarse aquel decreto del senado, si no injusto, sí ciertamente riguroso que nos atañía, si no hubiésemos esperado que al ser enviados a una provincia conmocionada por la muerte de sus reyes, a una dura guerra contra sicilianos y cartagineses [3] a un mismo tiempo, íbamos a aplacar al senado con la sangre de nuestras heridas, igual que lo hicieron en tiempos de nuestros antepasados combatiendo contra el propio Pirro los que habían sido cogidos prisioneros por Pirro [4] en Heraclea. Y eso que ¿qué acción nuestra mereció que os irritarais con nosotros o estéis irritados ahora, padres [5] conscriptos? (Al verte a ti, Marco Marcelo, tengo la impresión de que estoy mirando a los dos cónsules y al senado en pleno). Si te hubiéramos tenido a ti de cónsul en Cannas, sería mejor nuestra suerte y la de la república. [6] Permite, por favor, que nos defendamos del cargo que se nos imputa, antes de exponer las quejas sobre nuestra situación. Si lo que nos perdió en Cannas no fue la cólera de los dioses ni el destino que teje con sus leyes el devenir inmutable de los acontecimientos humanos, sino una acción culpable, ¿de quién fue, en definitiva, esa culpa?, ¿de los [7] soldados o de los generales? Es obvio que yo, un soldado, jamás acusaré de nada a mi general, y más sabiendo que el senado le ha dado las gracias porque no desesperó de salvar a la república, y que después de su huida

de Cannas [8] se le prorrogó el mando un año tras otro. También nos hemos enterado de que los demás supervivientes de aquel desastre que fueron nuestros tribunos militares se presentaban candidatos a los cargos, y los ejercían, y obtenían [9] el gobierno de las provincias. ¿Es que os mostráis fácilmente indulgentes con vosotros mismos y con vuestros hijos, padres conscriptos, y os mostráis duros con estos pobres hombres? ¿Así que para el cónsul y otros ciudadanos de primera fila no fue una deshonra la huida dado que no había ninguna otra alternativa, y a los soldados los enviasteis al frente a una muerte segura? En el Alia huyó [10] casi todo el ejército, y en las Horcas Caudinas entregó las armas al enemigo sin haber siquiera intentado combatir —y eso sin mencionar otras ignominiosas derrotas de nuestros ejércitos—; con todo, se estuvo tan lejos de cargar [11] ningún baldón sobre esos ejércitos que incluso fue reconquistada Roma por aquel que había huido a Veyos desde el Alia, y las legiones caudinas que habían vuelto a Roma [12] desarmadas fueron reenviadas al Samnio e hicieron pasar bajo el yugo al mismo enemigo que había disfrutado humillándolas a ellas de esa forma. ¿Puede realmente alguien [13] acusar de haber huido y de haber tenido miedo al ejército de Cannas, donde cayeron más de cincuenta mil hombres, de donde huyó el cónsul con setenta jinetes, donde no quedaron más supervivientes que los que dejó el enemigo cuando se cansó de matar? Mientras se decía que no al rescate [14] de los prisioneros, la gente nos elogiaba porque nos habíamos reservado para el Estado, porque habíamos vuelto a reunirnos con el cónsul en Venusia y habíamos constituido algo parecido a un ejército regular. Ahora estamos en [15] una situación peor que los que caían prisioneros en tiempos de nuestros antepasados. Efectivamente, a ellos sólo se les cambiaban las armas, el rango y el emplazamiento de la tienda en el campamento, y, no obstante, recuperaron todo esto con un solo servicio a la patria, con una sola victoria; ninguno de ellos se vio relegado al exilio, nadie [16] se vio privado de finalizar el servicio militar; se les dio, en fin, un enemigo con el que batirse y poner fin de una vez a su vida o a su deshonra. A nosotros lo único que [17] se nos puede achacar es haber procurado que sobreviviese a la batalla de Cannas algún soldado romano, y estamos alejados no ya de la patria y de Italia, sino incluso del enemigo, [18] para que nos hagamos viejos en el exilio y no tengamos ninguna esperanza, ninguna oportunidad de borrar nuestra ignominia, de aplacar el resentimiento de nuestros [19] compatriotas, de tener una muerte digna, en definitiva. No pedimos la cancelación de nuestro deshonor ni la recompensa por nuestro valor; tan sólo la posibilidad de poner a prueba nuestro coraje y en juego nuestro valor. Pedimos fatigas y riesgos para cumplir el deber de hombres, de soldados. [20] En Sicilia se lleva a cabo una guerra encarnizada por segundo año consecutivo ya; los cartagineses

asaltan unas ciudades, los romanos otras; se enfrentan ejércitos de infantería, de caballería; en torno a Siracusa se opera por [21] tierra y por mar; escuchamos los gritos de guerra de los combatientes y el estrépito de las armas mientras nosotros permanecemos inactivos como si no tuviéramos manos ni armas. El cónsul Tiberio Sempronio, en repetidas ocasiones ya, ha combatido contra el enemigo en batalla regular con legiones de esclavos: como recompensa por sus servicios [22] tienen la libertad y la ciudadanía. Darnos siquiera el trato de los esclavos comprados para esta guerra; que podamos enfrentarnos al enemigo y buscar la libertad peleando. ¿Tú quieres poner a prueba nuestro valor bien sea en el mar, o en tierra, en el frente de batalla o en el asalto [23] a una ciudad? Reclamamos especialmente los más duros trabajos y peligros, para que cuanto antes se haga lo que se debió hacer en Cannas, puesto que toda nuestra vida desde entonces está marcada por la ignominia».

[7] Nada más pronunciar estas palabras se echaron a los pies de Marcelo. Éste manifestó que no entraba en sus atribuciones decidir sobre ello, que escribiría al senado y seguiría [2] en todo sus instrucciones. Dicha carta fue llevada a los nuevos cónsules y leída por ellos en el senado; después de un debate sobre su contenido, el senado acordó lo siguiente: a unos soldados que en Cannas habían abandonado [3] a sus camaradas en pleno combate, no veía el senado razón alguna para confiarles la defensa del Estado; si el procónsul Marco Claudio era de otra opinión, que [4] hiciera lo que creyese acorde con los intereses del Estado y su propio deber, siempre y cuando a ninguno de aquellos hombres se le rebajara de servicios auxiliares, ni se le concediera recompensa militar por su valor, ni se le permitiera volver a Italia mientras el enemigo estuviera en suelo itálico.

Después, en virtud de una decisión del senado y de [5] un plebiscito, el pretor urbano convocó los comicios, en los que se eligió una comisión de cinco miembros para la reparación de los muros y las torres, y otras dos comisiones de tres miembros, una para inventariar los objetos de culto y registrar los donativos, y la otra para reparar los [6] templos de la Fortuna y de Madre Matuta en el interior de la puerta Carmental, y el de la Esperanza en el exterior de dicha puerta, pues un incendio los había destruido el año anterior.

El tiempo fue horrible: en el monte Albano llovieron [7] piedras sin parar durante dos días; cayeron rayos en muchos sitios: en dos templos en el Capitolio, en varios puntos de la empalizada del campamento de encima de Suésula, donde resultaron muertos dos centinelas; en Cumas, [8] la muralla y algunas torres fueron no sólo alcanzadas, sino derruidas por los rayos. En Reate³⁶⁶ se vio revolotear un peñasco enorme, y ponerse más rojizo de lo habitual el sol, como del color de la sangre. Con

motivo de estos [9] portentos hubo un día de plegaria pública, y durante varios días los cónsules se dedicaron al ceremonial religioso celebrándose por las mismas fechas nueve días de festividad sacra.

Evasión de rehenes tarentinos. Represalias, y reacciones

[10] Desde hacía ya tiempo era esperada por Aníbal y temida por los romanos la defección de los tarentinos, y ocurrió fuera de la ciudad una circunstancia casual [11] que la apresuró. Un tarentino, Fileas, llevaba ya bastante tiempo en Roma, teóricamente como embajador; hombre de temperamento inquieto, completamente incapaz de soportar la prolongada inactividad en la que se sentía como enervado, encontró la manera de [12] llegar hasta los rehenes de Turios y Tarento. Estaban bajo custodia en el atrio de la Libertad sin demasiada vigilancia porque ni a ellos ni a sus compatriotas les convenía [13] engañar a los romanos. En frecuentes entrevistas se ganó su confianza, sobornó a dos guardianes del templo, los sacó al oscurecer del lugar vigilado y huyó acompañándolos [14] personalmente en su escapada clandestina. Al amanecer se divulgó por la ciudad la noticia de la fuga, se envió en su persecución, los cogieron a todos y los trajeron de vuelta desde Tarracina. Conducidos al lugar de los comicios, fueron apaleados con la aprobación del pueblo y despeñados desde la roca Tarpeya.

[8] La atrocidad de este castigo crispó los ánimos en las dos ciudades griegas más famosas de Italia, crispación [2] pública pero también privada e individual en la medida en que a cada uno le afectaba por su relación de parentesco o de amistad con los que habían muerto de forma tan [3] ignominiosa. Unos trece de éstos, jóvenes de la nobleza tarentina, cuyos cabecillas eran Nicón y Filémeno, formaron [4] una conjura. Éstos pensaron que antes de dar ningún paso había que hablar con Aníbal, salieron de noche de la ciudad con el pretexto de ir a cazar y fueron a verle; y cuando estaban cerca de su campamento, los demás se [5] ocultaron en un bosque cerca del camino y Nicón y Filémeno se adelantaron hasta los puestos de guardia, fueron detenidos y a petición suya conducidos a presencia de Aníbal. Cuando expusieron las razones de su plan y lo que [6] tenían pensado, recibieron felicitaciones y un cúmulo de promesas y se les pidió que llevaran a la ciudad reses de los cartagineses que habían sacado a pastar, para hacer creer a sus conciudadanos que habían salido de la ciudad a coger botín. Se les aseguró que podrían hacerlo sin riesgo y sin encontrar resistencia. Este botín de los jóvenes [7] llamó la atención, pero la sorpresa fue a menos cuando se atrevieron a hacer lo mismo una segunda vez y luego varias más. En un nuevo encuentro con Aníbal se selló [8] el compromiso de que después de su liberación los tarentinos tendrían sus propias leyes,

conservarían todas sus posesiones, y no pagarían ningún tributo a los cartagineses ni recibirían guarnición en contra de su voluntad; la guarnición sería entregada y quedaría en poder de los cartagineses. Después que llegaron a este acuerdo, Filémeno [9] ponía en práctica con mayor frecuencia su costumbre de salir y regresar a la ciudad durante la noche. Era ya famoso por su afición a la caza; lo seguían los perros y todo el equipo; casi siempre volvía con alguna pieza que él [10] había cobrado o que el enemigo había puesto previamente a su alcance, y se la regalaba al prefecto o a los guardianes de las puertas; creían que salía precisamente de noche por miedo a los enemigos.

Cuando era ya una práctica tan habitual que se le [11] abría la puerta a cualquier hora de la noche que hiciese la señal con un silbato, Aníbal estimó que era el momento de llevar adelante la operación. Estaba a tres días de [12] camino, y para que resultase menos extraño que estuviera acampado tanto tiempo en el mismo sitio, fingía estar enfermo. [13] Incluso los romanos que estaban de guarnición en Tarento habían dejado de encontrar sospechosa su prolongada inactividad.

Aníbal marcha sobre Tarento; ocupa la ciudad, pero no la ciudadela

[9] Pero cuando decidió dirigirse a Tarento escogió entre la infantería y la caballería los diez mil hombres que le parecieron más idóneos para la expedición por su agilidad física y el poco peso de su equipo. Empezó la marcha durante el [2] cuarto relevo de la guardia nocturna, y envió por delante unos ochenta jinetes nómadas con la orden de cabalgar en torno a los caminos inspeccionándolo todo atentamente, no fuera a pasarles desapercibido algún campesino que avistara [3] la columna a distancia; harían retroceder a los que fueran por delante en su misma dirección y darían muerte a los que vinieran en dirección contraria, con el objeto de dar la impresión a los habitantes de la comarca de que se trataba de salteadores más que de un ejército. Él aceleró la marcha de la columna y a unas quince millas de distancia [4] de Tarento acampó. Ni siquiera entonces anunció a dónde se dirigían, se limitó a reunir a los soldados y ponerlos sobre aviso para que marcharan todos por el camino y no dejaran que nadie se desviase o se saliese de las filas, y sobre todo que estuvieran atentos a las órdenes que iban a recibir y no hicieran nada sin una orden de sus jefes; él en su momento les haría saber lo que quería [5] que hiciesen. Casi a la misma hora llegaron a Tarento los rumores de que un reducido número de jinetes nómadas asolaban los campos y habían provocado el pánico entre [6] los campesinos en un amplio contorno. Ante esta noticia, la única medida que tomó el prefecto romano fue ordenar que al día siguiente al amanecer saliera parte de la caballería a impedir los saqueos del enemigo; en otro sentido su [7] despreocupación fue tal que,

más bien al contrario, aquella incursión de los nómadas fue para él una prueba de que Aníbal y su ejército no se habían movido del campamento.

Aníbal se puso en marcha a primera hora de la noche. [8] Hacía de guía Filémeno con su habitual cargamento de caza; los demás traidores estaban a la espera de lo que se había acordado. Habían convenido, en efecto, que al [9] entrar con la caza por la portilla de costumbre, introdujera hombres armados mientras que Aníbal, por la parte opuesta, se acercaba a la puerta Temenítide; es ésta una zona [10] interior orientada al este; murallas adentro hay un espacio relativamente amplio ocupado por tumbas. Al aproximarse a la puerta, Aníbal encendió una antorcha, según lo convenido, y como respuesta de Nicón brilló otra señal igual; después se apagaron las dos llamas. Aníbal avanzaba [11] en silencio hacia la puerta. Nicón atacó por sorpresa a los dormidos centinelas, dándoles muerte en sus camastros y abriendo la puerta. Entra Aníbal con la columna de [12] infantería y ordena a los jinetes que se detengan para que puedan acudir a la carrera por el espacio libre a donde la situación lo exija. Por su parte, Filémeno se iba acercando [13] por el otro lado a la portilla por la que solía pasar. Su voz, conocida, y su señal, ya familiar, despertaron al centinela y se le abrió la puertecilla cuando dijo que apenas podía cargar con el peso de una pieza de gran tamaño. Detrás de dos jóvenes que portaban un jabalí entró él con [14] un cazador que no llevaba carga y con un venablo atravesó al centinela que incautamente se había vuelto hacia los portadores del animal, asombrado por el tamaño de éste. Después entran unos treinta hombres armados, degüellan [15] a los demás centinelas y fuerzan la puerta más próxima, e inmediatamente irrumpen la columna en orden de combate. Conducidos de allí al foro en silencio, se reunieron con [16] Aníbal. Entonces el cartaginés repartió dos mil galos en tres grupos y los mandó por la ciudad, asignando a cada grupo dos tarentinos como guías. Les ordenó que ocupasen [17] las calles más frecuentadas, y que cuando se iniciase el ataque diesen muerte a mansalva a los romanos y respetasen a los tarentinos. Pero para que pudiera hacerse así dio instrucciones a los jóvenes tarentinos de que cuando avistasen a distancia a alguien de los suyos le aconsejasen que no hiciera ni dijera nada y que estuviese tranquilo.

[10] Pronto reinaron la confusión y el griterío que suelen producirse cuando se toma una ciudad, pero nadie sabía [2] muy bien qué estaba ocurriendo realmente. Los tarentinos creían que los romanos se habían lanzado al saqueo de la ciudad; los romanos suponían que había estallado alguna [3] traición entre la población. El prefecto se despertó al iniciarse el revuelo y huyó al puerto, embarcó en una lancha y dando un rodeo se trasladó de allí a la ciudadela. [4] Creaba confusión también el sonido de una

trompeta procedente del teatro, pues por una parte la trompeta era romana, preparada de antemano por los traidores precisamente por esto, y por otra parte la tocaba un griego poco versado, con lo cual no se sabía con certeza quién daba [5] la señal y a quiénes. Cuando amaneció, los romanos salieron de dudas al reconocer las armas cartaginesas y galas, mientras que los griegos, al ver a los romanos muertos tendidos por todas partes, comprendieron que la ciudad estaba [6] tomada por Aníbal. Después la claridad del día fue a más y los romanos que habían sobrevivido a la matanza se refugiaron en la ciudadela y poco a poco se fue acallando el tumulto; entonces Aníbal ordenó convocar a los tarentinos [7] a una reunión sin armas. Acudieron todos menos los que habían seguido a los romanos en su retirada a la ciudadela, dispuestos a correr su misma suerte, cualquiera que fuese. En la asamblea, Aníbal les habló a los tarentinos [8] en tono amistoso, poniendo énfasis en el trato que había dispensado a los compatriotas suyos que había cogido prisioneros en el Trasimeno o en Cannas, y al tiempo que lanzaba invectivas contra la prepotente dominación de los romanos, les dijo que se fuera cada uno a su casa [9] y escribieran su nombre en la puerta; él iba a dar orden de que en cuanto se diera la señal fueran saqueadas todas las casas que no tuvieran nombre escrito; si alguien escribía su nombre en la casa habitada por un ciudadano romano —pues ocupaban las viviendas vacías—, lo consideraría un enemigo. Una vez disuelta la asamblea, cuando [10] los nombres escritos en las puertas permitieron distinguir las viviendas amigas de las enemigas, se dio la señal y salieron corriendo en todas direcciones a saquear las moradas de los romanos; el botín fue abundante.

Al día siguiente dirigió su ataque contra la ciudadela. [11] Al ver que por el lado del mar, que la baña en su mayor parte como si fuera una península, estaba protegida por un profundo acantilado, y por el lado de la ciudad por la muralla y por un foso de grandes dimensiones, y que no era posible, por ello, tomarla al asalto ni con trabajos de asedio, decidió aislar la ciudad y la ciudadela por [2] medio de una empalizada, para que la atención a la defensa de los tarentinos no lo apartara de operaciones más importantes y para evitar que los romanos atacasen a los tarentinos desde la ciudadela cuando les viniera en gana si éstos quedaban sin una fuerte guarnición. Abrigaba además [3] alguna esperanza de entrar en combate con los romanos si intentaban obstaculizar la obra, o, si su furia los llevaba más lejos, debilitar las fuerzas de la guarnición causándole tantas bajas que los tarentinos pudiesen por sí solos [4] defender de ellos la ciudad. Cuando comenzaron los trabajos se abrió de repente la puerta y los romanos atacaron a los que estaban trabajando en la fortificación y los soldados que estaban de vigilancia delante de las obras se dejaron rechazar para que el éxito momentáneo volviera más audaz al

enemigo y éste los siguiera más lejos y en [5] mayor número al rechazarlos. En ese momento se dio la señal y surgieron por todas partes los cartagineses que Aníbal había mantenido listos con ese fin; no resistieron el ataque los romanos, pero les impedía huir en desbandada la falta de espacio, en unos sitios el estorbo de los trabajos ya iniciados y en otros los materiales de las obras. [6] Un gran número se precipitó en el foso, y fueron más los muertos durante la huida que durante el combate. A partir de entonces se reinició el trabajo sin que nadie tratara [7] de impedirlo. Se cavó una zanja enorme y se levantó una empalizada en su lado interior, disponiéndose además a añadir a corta distancia un muro en paralelo, para que incluso sin guarnición fuesen capaces de defenderse de los [8] romanos. Dejó, no obstante, una pequeña guarnición para que colaborase también en la terminación del muro; él marchó con el resto de las tropas y acampó junto al río Galeso³⁶⁷, distante cinco millas de la ciudad.

[9] Desde este campamento volvió para inspeccionar los trabajos, y como habían avanzado bastante más aprisa de lo que él pensaba, albergó esperanzas de poder incluso asaltar la ciudadela, situada, por otra parte, en sitio llano y no protegida por la altura como las demás, y separada de [10] la ciudad por el muro y el foso. Cuando ya se estaban empleando en el ataque toda clase de artefactos y trabajos de asedio, una guarnición enviada desde Metaponto les dio ánimos a los romanos para atacar por sorpresa durante la noche los trabajos del enemigo. Deshicieron unos y otros los quemaron, y terminó así el ataque de Aníbal a la ciudadela por aquella parte. La única esperanza que le quedaba [11] era el asedio, y éste no podía ser suficientemente efectivo porque los ocupantes de la ciudadela, que al estar situada en una península domina la entrada del puerto, tenían libre acceso al mar, y la ciudad, por el contrario, tenía cortada la llegada de abastecimientos por mar, corriendo mayor peligro de pasar estrecheces los sitiadores que los sitiados. Aníbal convocó a los tarentinos principales [12] y les expuso las dificultades que se presentaban: él no veía la fórmula para asaltar una ciudadela tan bien defendida ni tenía la menor confianza en un asedio mientras los enemigos fueran dueños del mar; en cambio si hubiera [13] naves con las que impedir la entrada de provisiones, los enemigos saldrían de allí o se entregarían automáticamente. Los tarentinos estaban de acuerdo, pero opinaban que [14] quien hacía la sugerencia debía aportar también los medios para ponerla en práctica; en efecto, eso podían hacerlo [15] naves cartaginesas traídas de Sicilia, mientras que las suyas, que estaban encerradas en una pequeña ensenada, ¿cómo iban a salir de allí a mar abierto si el enemigo controlaba la entrada del puerto? «Saldrán», dijo Aníbal. «Muchos [16] problemas difíciles por naturaleza se resuelven a base de ingenio. Tenéis una ciudad situada en un llano; hay

calles abiertas y con anchura suficiente en todas direcciones. Por la calle que cruza por el centro de la ciudad desde [17] el puerto hasta el mar transportaré las naves en carros sin grandes dificultades, y será nuestro el mar que ahora domina el enemigo, y cercaremos la ciudadela desde allí por mar y desde aquí por tierra; es más, en breve la tomaremos o abandonada por los enemigos o con ellos dentro». [18] Estas palabras suscitaron no sólo confianza en el resultado, sino además una gran admiración hacia el general. Al momento se trajeron de todas partes carros que fueron unidos unos a otros, se transportaron máquinas para sacar a tierra las naves, y se pavimentó la calzada para que los carros se desplazaran mejor y el transporte fuera [19] más fácil. Después se hizo acopio de hombres y bestias de carga y se inició animosamente la tarea. A los pocos días la flota equipada y lista bordeó la ciudadela y echó [20] anclas en la bocana misma del puerto. Ésta es la situación que Aníbal dejó en Tarento, y él regresó a sus cuarteles de invierno. Pero los historiadores no coinciden acerca de si fue este año o el anterior la rebelión de los tarentinos; los más, y los que vivieron en época más próxima a los hechos, sostienen que tuvo lugar este año.

El vaticinio de Marcio. Institución de los Juegos Apolinales

[12] Las ferias latinas retuvieron en Roma a los cónsules y los pretores hasta el día quinto antes de las calendas de abril. [2] Ese día marchó cada uno a su provincia después de ofrecer un sacrificio en el monte Albano. Los vaticinios de Marcio, conocidos [3] entonces, suscitaron escrúpulos religiosos. Había sido el tal Marcio un adivino famoso, y cuando el año anterior el senado había decretado que se llevara a cabo una investigación sobre esa clase de libros, los suyos habían llegado a manos del pretor Marco Emilio, que se encargaba del asunto; éste se los había pasado en seguida al nuevo pretor [4] Sila. Uno de los vaticinios del tal Marcio confirmado por el curso de los acontecimientos, si bien hecho público después de ocurrir éstos, hacía creíble también el otro, concerniente [5] a cosas que todavía no habían ocurrido. En la primera profecía se predecía el desastre de Cannas más o menos con estas palabras: «Descendiente de Troya, huye del río Cannas, para evitar que los extranjeros te obliguen a entrar en combate en la llanura de Diomedes³⁶⁸. Pero no me vas a creer hasta que anegues con tu sangre [6] la llanura, y el río arrastrará muchos miles de cadáveres de los tuyos desde la tierra fecunda hasta el ancho mar; que tu carne sirva de alimento a los peces, las aves y las fieras que pueblan la tierra, pues así me lo ha revelado Júpiter». Los que habían combatido en aquellos lugares [7] identificaban tanto la llanura del argivo Diomedes como el río Cannas, así como el propio desastre. Se leyó entonces [8] el otro vaticinio, más difícil de interpretar porque el

porvenir es más oscuro que el pasado y además era más enrevesado por el tipo de escritura. «Si queréis, romanos, [9] expulsar de vuestro territorio al enemigo, ese azote que viene de lejanos países, creo que se le deben prometer con voto unos juegos a Apolo que se celebren en su honor todos los años con esplendidez; cuando el pueblo haya aportado del dinero público una parte, que contribuyan los particulares a tenor de su persona y de sus bienes; que presida [10] la celebración de dichos juegos el pretor que administre al pueblo y a la plebe la justicia en su más alto grado; que los decenviros ofrezcan sacrificios con víctimas siguiendo el rito griego. Si hacéis esto como es debido, seréis siempre felices y vuestra situación irá a mejor, pues el dios que hace fructificar vuestros campos en paz aniquilará a los que os hacen la guerra». Emplearon un día en desentrañar³⁶⁹ [11] el significado de este vaticinio; al día siguiente se aprobó un decreto del senado disponiendo que los decenviros consultaran los libros sibilinos acerca de la celebración de juegos y del ceremonial religioso en honor [12] de Apolo. Realizada la consulta e informado de ella el senado, éste acordó que se prometieran con voto y se celebraran los juegos en honor de Apolo y que cuando los juegos se celebrasen debían entregársele al pretor doce [13] mil ases para los gastos y dos víctimas mayores. Se aprobó otro decreto del senado disponiendo que los decenviros celebraran el sacrificio conforme al ritual griego con las siguientes víctimas: para Apolo, un buey con los cuernos dorados y dos cabras blancas con los cuernos dorados; para [14] Latona, una vaca con los cuernos dorados. Cuando el pretor iba a celebrar los juegos en el Circo Máximo publicó un edicto disponiendo que durante su celebración el pueblo contribuyera según sus posibles con un donativo a Apolo. [15] Éste es el origen de los Juegos Apolinales, prometidos con voto y celebrados con motivo de una victoria, y no de salud pública como muchos creen. El pueblo los contempló llevando coronas, las matronas hicieron rogativas; todo el mundo abrió sus puertas y banqueteo al aire libre, y fue una jornada en que abundaron ceremonias de todo tipo.

*Embajada de Capua a Aníbal. Los cónsules asaltan el campamento
cartaginés*

[13] Mientras Aníbal se encontraba en los alrededores de Tarento y los dos cónsules en el Samnio, pero dispuestos, al parecer, a sitiar Capua, los campanos empezaban a pasar hambre, calamidad habitual en un asedio prolongado, porque las tropas romanas les habían impedido hacer la siembra. [2] Enviaron por consiguiente embajadores a Aníbal, rogándole que hiciese transportar trigo a Capua desde las localidades del contorno, antes de que los cónsules llevaran las legiones a sus campos y los destacamentos del enemigo

bloqueasen todos los caminos. Aníbal ordenó a Hannón que [3] se trasladase del Brucio a la Campania con su ejército y se ocupase de que los campanos tuvieran trigo suficiente. Hannón salió del Brucio con su ejército procurando evitar [4] los campamentos enemigos y a los cónsules que estaban en el Samnio, y cuando ya se aproximaba a Benevento, acampó en una posición elevada a tres millas de la propia ciudad. Desde allí mandó traer el trigo al campamento [5] desde los pueblos aliados del contorno, donde había sido almacenado por el verano, asignando destacamentos para que escoltaran los convoyes. Después envió a Capua un [6] mensajero a decir qué día debían presentarse en el campamento para recibir el trigo después de traer del campo toda clase de vehículos y animales de carga. Los campanos lo [7] hicieron con su característica dejadez y abandono; enviaron poco más de cuatrocientos vehículos aparte de unas cuantas bestias de carga. Hannón los recriminó por ello, porque ni siquiera el hambre, que excitara a los animales mudos, era capaz de estimular su atención, y dejó para más adelante la fecha en que debían ir a buscar el trigo con más medios de transporte. Los beneventanos fueron [8] informados de todos estos extremos tal y como habían ocurrido y enviaron inmediatamente diez diputados a los cónsules —el campamento romano estaba en los alrededores de Boviano—. Los cónsules, después de escuchar lo que [9] estaba ocurriendo cerca de Capua, decidieron de mutuo acuerdo que uno de ellos llevara su ejército a Campania. Fulvio, a quien había correspondido este cometido, emprendió la marcha por la noche y entró en Benevento. Sobre el terreno se enteró de que Hannón había salido a [10] recoger trigo con parte del ejército; que el cuestor procedía a la entrega de trigo a los campanos; que habían llegado dos mil carros y una multitud desorganizada y desarmada; que todo se hacía de forma embarullada y precipitada, y que con aquella mezcolanza de campesinos venidos de fuera se había ido al traste la organización y el carácter militar del campamento.

[11] Después de asegurarse de la certeza de estos datos, el cónsul ordenó a sus hombres que preparasen para esa noche únicamente las enseñas y las armas, que había que [12] atacar el campamento cartaginés. Se pusieron en marcha durante el cuarto relevo de la guardia, dejando en Benevento todos los equipos individuales y la impedimenta; llegaron al campamento poco antes del amanecer y provocaron tal pánico que, de haber estado emplazado el campamento en terreno llano, podía haber sido tomado al primer ataque [13] con toda seguridad. Le sirvió de defensa la elevación del terreno y el atrincheramiento, pues no se podía llegar desde ningún punto a no ser con una difícil y penosa escalada. [14] Al amanecer se entabló un encarnizado combate. Los cartagineses no se limitaban a defender la empalizada, sino que, como les era favorable la

posición, despeñaban a los enemigos que salvaban la escalada con gran esfuerzo.

[14] Sin embargo, el valor y el empeño pudieron con todo y se llegó hasta la empalizada y las trincheras por varios sitios al mismo tiempo, aunque a costa de perder muchos [2] hombres entre muertos y heridos. En vista de ello, el cónsul reunió a los tribunos militares y los legados y dijo que era preciso renunciar a la temeraria empresa; que le parecía menos arriesgado que el ejército regresase aquel día a Benevento y después, al día siguiente, acampar junto al campamento enemigo para que no pudieran ni los campanos [3] salir de éste ni Hannón regresar a él; para conseguir esto más fácilmente, él haría venir también a su colega con su ejército y concentrarían allí toda la acción bélica. El griterío de los soldados que rechazaban con disgusto una orden tan poco valiente desbarató estos planes del general cuando ya mandaba tocar a retirada. Coincidió que [4] estaba en la vanguardia una cohorte peligna, y su prefecto, Vibio Accao, cogió el estandarte y lo lanzó al otro lado de la empalizada enemiga. Pidiendo luego maldiciones [5] contra sí mismo y contra la cohorte si los enemigos se apoderaban de aquel estandarte, cruzó él en cabeza el foso y la empalizada e irrumpió en el campamento. Los pelignos [6] combatían ya dentro de la empalizada, cuando en otro punto Valerio Flaco, tribuno militar de la tercera legión, echaba en cara a los romanos su cobardía por dejar para los aliados el honor de tomar el campamento; entonces Tito Pedanio, primer centurión de los *principes*, le [7] arrebató la enseña al abanderado y dijo: «Dentro de un instante esta enseña y este centurión estarán dentro de la empalizada enemiga; los que estén dispuestos a impedir que la enseña sea capturada por el enemigo, que me sigan». Cuando cruzó el foso lo siguieron primero los de su manípulo y después toda la legión. En esos momentos el cónsul, [8] al ver a los que saltaban la empalizada, cambió de parecer y pasó de mandar retroceder a impulsar y animar a sus hombres haciéndoles ver el peligroso trance en que se encontraban la cohorte de sus aliados y la legión de sus compatriotas. Y así, todos y cada uno se lanzaron, [9] entrando con fuerza, fuese llano o escarpado el terreno, a pesar de que desde todas partes se lanzaban armas arrojadas y los enemigos formaban una barrera con sus armas y sus cuerpos; incluso muchos heridos a los que abandonaban las fuerzas al desangrarse, se esforzaban por caer del otro lado de la empalizada enemiga. Por eso, en un [10] instante se tomó el campamento como si estuviera situado en el llano y no tuviera defensas. A partir de ese momento, con todos entremezclados dentro de la empalizada, más que un combate aquello era una carnicería.

[11] Fueron muertos más de seis mil enemigos y capturados más de siete mil, además de los campanos que acarreaban el trigo con todo su equipo de carros y animales de carga; fue también muy abundante el resto del botín que Hannón había traído de los

campos de los aliados del pueblo romano cuando había salido a saquear en todas direcciones. [12] Después, una vez destruido el campamento enemigo, regresaron a Benevento y allí vendieron y repartieron el botín los dos cónsules —pues llegó también Apio Claudio [13] pocos días después—. También fueron recompensados los que más habían colaborado en la toma del campamento enemigo, particularmente el peligno Accao y Tito Pedanio, [14] el primer centurión de la tercera legión. Desde Cominio Ocrito³⁷⁰, donde había recibido la noticia del desastre del campamento, Hannón regresó al Brucio, regreso que más parecía una huida que una marcha, con el reducido número de forrajeadores que casualmente tenía consigo.

Movimiento de tropas hacia Capua. Muerte y funerales de Graco

[15] Por su parte, los campanos, enterados de lo que era un desastre para ellos y a la vez para sus aliados, enviaron una delegación a Aníbal para informarle de que los dos cónsules estaban cerca de Benevento, a un día de marcha de Capua: tenían la guerra prácticamente en sus puertas y murallas; si no acudía en su ayuda a toda prisa, Capua caería en [2] poder del enemigo en menos tiempo que Arpos; ni siquiera Tarento, no ya su ciudadela, debía tener tanta importancia como para entregarle al pueblo romano abandonada e indefensa la ciudad de Capua, a la que solía parangonar con Cartago. Aníbal prometió que estaría [3] pendiente de la situación de Capua y de momento envió con la delegación dos mil jinetes, refuerzo con el que podrían impedir la devastación de sus campos.

Entretanto los romanos estaban pendientes, entre otras [4] cosas, de la ciudadela de Tarento y la guarnición que estaba allí sitiada. El legado Gayo Servilio, enviado a comprar trigo a Etruria por el pretor Publio Cornelio por decisión del senado, llegó burlando la vigilancia del enemigo hasta el puerto de Tarento con unas cuantas naves cargadas. Con su llegada, los que antes, dadas sus pocas esperanzas, [5] habían sido tentados por el enemigo a pasarse a su bando en repetidas ocasiones a través de conversaciones con ellos, llamaban e invitaban a su vez a los enemigos a cambiar de bando. Por otra parte, la guarnición tenía fuerza bastante, pues las tropas que había en Metaponto habían sido trasladadas para ayudar a la defensa de la ciudadela de Tarento. De este modo, los metapontinos, liberados de [6] pronto de la amenaza que los mantenía sujetos, se pasaron a Aníbal.

Esto mismo hicieron también en esta misma costa los [7] turinos. Tanto como la defección de los metapontinos y tarentinos, a los que estaban unidos por lazos de parentesco aparte de ser oriundos del mismo país, Acaya, los empujó el resentimiento

contra los romanos por la muerte reciente de los rehenes. Los amigos y parientes de éstos [8] enviaron mensajeros con cartas a Hannón y Magón, que estaban cerca, en el Brucio, diciéndoles que si acercaban su ejército a las murallas, ellos entregarían la ciudad en sus manos. En Turios³⁷¹ mandaba Marco Atinio con una [9] pequeña guarnición; pensaban que podrían arrastrarlo fácilmente a entablar un combate imprudente, por la confianza que tenía no en sus hombres, realmente pocos, sino en la juventud turina: la había organizado en centurias y armado expresamente para una eventualidad como aquella. [10] Los generales cartagineses se repartieron las tropas y penetraron en territorio turino; Hannón avanzó con la columna de infantería presta al ataque en dirección a la ciudad; Magón con la caballería hizo alto detrás de unas colinas muy [11] bien situadas para ocultar una emboscada. Atinio a través de sus escuchas detectó únicamente la presencia de la columna de infantería y formó sus tropas en orden de batalla, ignorando tanto la traición interna como la emboscada [12] enemiga. El combate de la infantería fue muy poco vivo, con pocos romanos peleando en primera línea y con unos turinos más a la espera del resultado que en plan de colaborar; por su parte, el frente cartaginés cedía terreno adrede, con el propósito de llevar al enemigo desprevenido al [13] otro lado de la colina ocupada por su caballería. Cuando llegaron allí apareció con su grito de combate la caballería y puso en fuga inmediatamente a la poco disciplinada masa de turinos que no se mantenía muy firme en su lealtad [14] hacia el bando por el que luchaba. Los romanos, a pesar de que por un lado los tenía rodeados la infantería y por el otro la caballería y los acosaban, sostuvieron sin embargo el combate durante bastante tiempo; al fin también ellos [15] volvieron la espalda y huyeron a la ciudad. Apelotonados allí, los traidores abrieron las puertas y dejaron entrar a la columna de sus paisanos, pero cuando vieron a los romanos derrotados precipitarse hacia la ciudad, gritaron que se echaban encima los cartagineses y si no cerraban a toda prisa las puertas iban a entrar también en la ciudad los [16] enemigos entremezclados. De esta forma dejaron fuera a los romanos y se los pusieron en bandeja al enemigo para que los liquidara. Atinio pudo entrar, sin embargo, con unos pocos más. Después continuaron durante algún tiempo las disensiones, pues los otros opinaban que había que rendirse a las circunstancias y entregar la ciudad a los vencedores. Pero como ocurre casi siempre, la mala suerte y [17] los malos consejos prevalecieron. Atinio y los suyos fueron conducidos al mar y embarcados, no tanto por respeto a los romanos como porque querían tener consideración con él porque los había gobernado con moderación y justicia, y se dejó entrar a los cartagineses en la ciudad.

Los cónsules marchan al frente de sus legiones desde [18] Benevento hasta el

territorio campano con el propósito de arrasar los trigales, ya crecidos, y también de atacar Capua; estaban convencidos de que darían renombre a su consulado [19] si destruían una ciudad tan opulenta y al mismo tiempo eliminarían la grave humillación que suponía para el imperio el hecho de que llevase ya tres años impune la rebelión de una ciudad tan próxima. Por otra parte, para que no [20] quedase sin protección Benevento ante los imprevistos de la guerra, para que pudieran hacer frente al ataque de la caballería de Aníbal en el caso de que éste acudiera a Capua a prestar ayuda a sus aliados, cosa que no dudaban que haría, ordenaron a Tiberio Graco que viniera a Benevento desde Lucania con las tropas de caballería y las de armamento ligero; para mantener la situación en Lucania, que dejase a alguien el mando de la infantería y del campamento permanente.

Cuando Graco estaba ofreciendo un sacrificio antes de [16] partir de Lucania, ocurrió algo que presagiaba algún desastre. Una vez finalizado el sacrificio, dos serpientes se [2] deslizaron desde algún lugar oculto hasta las entrañas de la víctima y se pusieron a comer el hígado, y al ser descubiertas [3] desaparecieron de la vista rápidamente. Siguiendo instrucciones de los arúspices se repitió el sacrificio y se guardaron con más cuidado las entrañas de la víctima, pero cuentan que por segunda y tercera vez las serpientes [4] probaron el hígado y se marcharon sanas y salvas. Los arúspices advirtieron que el presagio se refería al general, que debía tener cuidado con las maquinaciones de individuos que no daban la cara; pero ninguna precaución pudo [5] eludir el destino que se cernía sobre él. Había un lucano, Flavo, cabecilla del sector de lucanos que se mantenía a favor de los romanos mientras una parte se había pasado a Aníbal; nombrado pretor precisamente por los primeros, [6] desempeñaba entonces el cargo por segundo año³⁷². Cambió éste repentinamente de inclinación buscando un motivo de reconocimiento ante el cartaginés, y no le pareció suficiente con pasarse él y arrastrar a los lucanos a la defección si no ratificaba el pacto con el enemigo con la cabeza y la sangre de su general y huésped, al que traicionó. [7] Fue a entrevistarse clandestinamente con Magón, que tenía el mando en el Brucio; éste le dio garantías de que, si les entregaba al general romano, los lucanos entrarían en la alianza como pueblo libre con sus propias leyes, y él condujo al cartaginés a un sitio donde dijo que llevaría a Graco [8] con pocos hombres, que Magón ocultase allí fuerzas armadas de infantería y caballería —cabía, por otra parte, [9] un gran número en aquel escondite—. Después de inspeccionar el lugar y hacer un reconocimiento en todas las direcciones, se acordó la fecha para llevar a cabo la operación. [10] Flavo se presentó ante el general romano. Dijo que había puesto en marcha una operación importante y que para culminarla era

necesaria la colaboración personal de Graco: había convencido a los pretores de todos los pueblos que se habían pasado a Aníbal en aquel movimiento común a toda Italia para que retornaran a la amistad de los romanos ahora que la situación de Roma, que había [11] estado al borde de la aniquilación con el desastre de Cannas, iba mejorando y consolidándose de día en día mientras que el poderío de Aníbal se debilitaba y quedaba reducido casi a nada; los romanos no se iban a mostrar implacables [12] con su antiguo error, que jamás había existido pueblo alguno más comprensivo y pronto a conceder el perdón: ¿cuántas veces no se les había perdonado también a sus antepasados su rebelión? Esto les había dicho él, [13] pero ellos preferían oír esto mismo de labios del propio Graco y estrechar personalmente su diestra llevándose consigo esta garantía de su compromiso; él les había señalado [14] para la entrevista un sitio que no estaba a la vista, no lejos del campamento romano; allí en cuatro palabras podían arreglar la cosa para que toda la nación lucana fuese una aliada fiel de Roma. Graco, lejos de pensar que hubiera [15] trampa en las palabras o en la realidad, seducido por su verosimilitud, salió del campamento con los lictores y un escuadrón de caballería y guiado por su huésped se metió de cabeza en la emboscada. De pronto aparecieron los [16] enemigos y Flavio se unió a ellos, disipando cualquier duda sobre su traición. Se lanzan armas arrojadas contra Graco y sus jinetes desde todas partes. Graco desmonta de [17] un salto, ordena a los demás que hagan lo mismo y los anima a que ennoblezcan con su valor la única salida que el destino les ha dejado, porque ¿qué otro recurso les [18] queda más que la muerte, siendo tan pocos y asediados por una gran multitud en un valle rodeado de bosque y montañas? La alternativa está entre ofrecer sus cuerpos como [19] un rebaño para que los degüellen impunemente o, en vez de esperar pasivamente el final, pasar a un ataque rabioso y caer entre un montón de armas y cuerpos de enemigos agonizantes, en una acción intrépida, bañados en la sangre [20] del enemigo; que todos ataquen al lucano traidor y desertor; el que se lleve por delante a los infiernos esta víctima, conseguirá un gran honor y un consuelo supremo para su [21] propia muerte. Mientras pronunciaba estas palabras enrolló el capote militar alrededor del brazo izquierdo, pues ni siquiera escudos habían traído consigo, y se lanzó sobre el [22] enemigo. Se entabló un combate desproporcionado al número de combatientes. Los romanos estaban especialmente indefensos frente a los dardos, y como los lanzamientos se efectuaban por todas partes desde posiciones más elevadas sobre un valle profundo, caían acibillados. [23] Los cartagineses ponían empeño en coger vivo a Graco, que había quedado ya indefenso, pero cuando divisó entre los enemigos a su huésped el lucano, cargó con tal furia contra sus filas cerradas que no había posibilidad de dejarlo [24] con vida sin perder gran

número de hombres. Magón envió su cadáver a Aníbal inmediatamente y éste ordenó que lo depositaran ante el estrado del general con los *fascēs* capturados con él.

[25] Si este relato es el verídico, Graco murió en Lucania en el llamado Campo Viejo.

[17] Hay quienes sostienen que fue muerto en territorio de Benevento cerca del río Calor, a donde se dirigió desde el campamento con los lictores y tres esclavos para bañarse; [2] como precisamente entre los sauces que crecían en las orillas estaban escondidos los enemigos, desnudo y desarmado trató de defenderse con los cantos que arrastraba [3] el río. Según escriben otros, se alejó quinientos pasos del campamento por consejo de los arúspices para efectuar en un lugar no contaminado los ritos de expiación de los presagios a que nos hemos referido anteriormente y lo rodearon dos escuadrones de númeridas casualmente emboscados allí. Tan poco comprobados están tanto el lugar como la forma en que murió un hombre tan famoso y eminente. Hay también diferentes versiones acerca de los funerales [4] de Graco. Unos dicen que fue enterrado en el campamento por sus hombres; otros, y ésta es la versión más extendida, que Aníbal hizo levantar la pira funeraria a la entrada del campamento cartaginés, y que desfiló el ejército con sus [5] armas, entre las danzas de los hispanos y el movimiento de armas y cuerpos acostumbrados en los respectivos países, celebrando el propio Aníbal las exequias con todos los honores de palabra y de obra. Ésta es la versión de [6] los que mantienen que los hechos ocurrieron en Lucania. Si se prefiere dar crédito a los que sitúan su muerte junto al río Calor, los enemigos únicamente se apoderaron de la cabeza de Graco; se la llevaron a Aníbal y éste envió [7] al instante a Cartalón al campamento romano para entregársela al cuestor Gneo Cornelio, que celebró los funerales del general en el campamento, asistiendo los beneventanos junto con el ejército.

*La acción en torno a Capua: combate singular, aproximación y
alejamiento de Aníbal, asedio*

Los cónsules penetraron en territorio [18] campano y, cuando estaban devastándolo todo, una salida de los habitantes de la plaza y de Magón con su caballería los asustó, hicieron volver a toda prisa a la formación a los soldados diseminados por todas partes, y sin poder apenas formarse en orden de combate fueron derrotados, perdiendo más de mil quinientos hombres. A partir [2] de ahí creció enormemente la arrogancia de aquel pueblo ya de por sí presuntuoso y hostigaban a los romanos con ataques continuos; pero aquella única batalla entablada sin tomar precauciones ni pensárselo dos veces, hizo que los cónsules anduvieran más atentos y con más cuidado. [3] Con todo, un incidente de

escasa importancia les devolvió la moral a éstos y les bajó los humos a aquéllos, y es que en una guerra no hay nada tan irrelevante que no adquiriera a veces la importancia de un gran acontecimiento. [4] Un campano, Badio, huésped de Tito Quincio Crispino, estaba unido a él por estrechos vínculos de hospitalidad. La relación se había intensificado porque estando en Roma enfermo Badio antes de la rebelión campana había sido atendido generosa y amigablemente en casa de Crispino. [5] Entonces el tal Badio se adelantó hasta los puestos que hacían la guardia delante de la puerta y pidió que llamaran a Crispino. Cuando le dieron el recado a Crispino supuso que se trataría de una entrevista amistosa y familiar, pues seguía vivo el recuerdo de su relación personal a pesar de la ruptura oficial de relaciones, y se adelantó un poco a [6] los demás. Cuando estuvieron a la vista uno de otro, Badio dijo: «Te desafío a un combate, Crispino. Montemos a caballo, que los demás se aparten y veamos quién es mejor [7] guerrero». A esto replicó Crispino que ni a uno ni a otro les faltaban enemigos con los que demostrar su valor; que él, aunque se lo encontrase frente a frente en el campo de batalla, se apartaría para no mancillar su diestra con la sangre de su huésped. Y dándose la vuelta se disponía [8] a alejarse. Pero entonces el campano lo acusó de blando y cobarde con mayor arrogancia, dirigiendo a quien no tenía culpa los insultos que él mismo merecía, llamándole enemigo demasiado hospitalario que fingía perdonar a quien [9] sabía que era superior a él; si no le parecía que con la ruptura de la alianza entre sus pueblos estaban bastante rotos los lazos personales, el campano Badio renunciaba públicamente, con ambos ejércitos como testigos, al vínculo de hospitalidad con el romano Tito Quincio; nada tenía [10] en común con él, ningún pacto los unía, era enemigo de un enemigo que había venido a atacar su patria y sus penates públicos y privados; si era hombre, que se enfrentase a él. Crispino dudó bastante y sus compañeros de escuadrón [11] lo instaron a que no consintiera que el campano lo insultara impunemente. Por consiguiente, se detuvo sólo [12] para preguntar a los generales si le daban permiso para pelear en combate singular contra un enemigo que lo desafiaba; conseguido el permiso, cogió sus armas, montó a caballo, y llamando a Badio por su nombre lo citó a combate. El campano no se demoró ni un instante y se lanzaron [13] con sus caballos al choque. Crispino le atravesó con su lanza a Badio el hombro izquierdo por encima del escudo y saltó del caballo sobre él cuando cayó herido, para rematarlo a pie en el suelo. Badio, antes de que se le viniese [14] encima, abandonó el escudo y el caballo y huyó hacia los suyos. Crispino, exhibiendo el caballo y las armas [15] que había capturado y la lanza ensangrentada, orgulloso de sus trofeos, fue conducido a presencia de los cónsules entre las aclamaciones y parabienes de los soldados y allí fue felicitado en los términos más elogiosos y generosamente

recompensado.

Aníbal trasladó del territorio de Benevento a Capua [19] su campamento, y dos días después de su llegada presentó batalla, pues estaba seguro de que, si los campanos [2] habían librado con éxito un combate pocos días antes sin estar él presente, mucho menos podrían los romanos hacerle frente a él y a su ejército, tantas veces victorioso. Cuando se inició el combate, el ejército romano pasó dificultades [3] sobre todo durante la carga de la caballería, que los cubría de dardos, hasta que se dio la señal a los jinetes para que lanzaran sus caballos contra el enemigo. Se combatía, [4] pues, a caballo cuando el ejército de Sempronio, que mandaba el cuestor Gneo Cornelio, fue avistado a lo lejos y atemorizó por igual a los dos bandos, que pensaron [5] que le llegaban refuerzos al enemigo. Como si se hubieran puesto de acuerdo, se dio la señal de retirada por ambas partes y volvieron al campamento, separándose cuando la lucha estaba más o menos igualada; fueron más, sin embargo, los que cayeron por parte romana durante la primera [6] carga de la caballería. Después, para alejar a Aníbal de Capua, los cónsules se separaron a la noche siguiente, marchando Fulvio a territorio de Cumas y Claudio a Lucania. [7] Cuando al día siguiente se informó a Aníbal de que el campamento romano estaba vacío y que habían salido dos columnas en direcciones distintas, al principio no sabía [8] a cuál seguir y decidió ir tras Apio. Éste llevó al enemigo dando un rodeo por donde le pareció y regresó a Capua por otro camino.

En esa zona se le presentó a Aníbal una nueva oportunidad [9] de conseguir una victoria. Había un tal Marco Centenio, de sobrenombre Pénula, que sobresalía entre los centuriones primipilos tanto por su corpulencia como por su [10] coraje. Después de licenciarse, presentado ante el senado por mediación del pretor Publio Cornelio Sila, pidió a los senadores [11] que le concedieran cinco mil soldados; que él, como buen conocedor del enemigo y de la zona, no tardaría en llevar a cabo una acción que compensaría esa asignación y emplearía contra su inventor las mismas artimañas con las que habían sido atrapados hasta entonces tanto los generales [12] como los ejércitos romanos. Si fue estúpido hacer semejante promesa, no lo fue menos darle crédito como si fueran las mismas las cualidades de un buen soldado [13] y las de un buen general. En vez de cinco se le concedieron ocho mil soldados, mitad romanos y mitad aliados; además él reclutó por su cuenta en el campo sobre la marcha un buen número de voluntarios y llegó con su ejército casi doblado a Lucania, donde Aníbal se había detenido después de seguir a Claudio inútilmente. No había [14] duda, por supuesto, sobre el resultado de un enfrentamiento entre el general Aníbal y un centurión, y entre unos ejércitos uno de ellos veterano en salir victorioso y el otro bisoño por completo y además en buena medida

improvisado y armado a medias. Cuando las columnas se divisaron [15] una a la otra y ninguna de ellas rehusó el combate, inmediatamente se formaron los frentes. A pesar de las diferencias de todo orden, se luchó, sin embargo, más de dos horas, espolcado el ejército romano mientras se mantuvo en pie su jefe. Cuando éste desafió los dardos enemigos, [16] impulsado no sólo por su reputación anterior sino por el miedo al deshonor que le aguardaba si sobrevivía a una derrota provocada por su temeridad, y sucumbió, el ejército romano fue dispersado inmediatamente, pero la caballería [17] bloqueaba todas las salidas y no encontraron paso libre ni siquiera para huir, hasta el extremo de que apenas se escaparon seis mil de tantos como eran; los demás fueron aniquilados a mansalva por distintos procedimientos.

Los cónsules iniciaron de nuevo el asedio de Capua [20] con todas sus fuerzas, acarreando y aprestando todo lo que hacía falta para dicha empresa. Se almacenó trigo en [2] Casilino; junto a la desembocadura del Volturno, donde ahora está la ciudad, se atrincheró un fuerte, y tanto allí como en Putéolos, fortificada ya por Fabio Máximo anteriormente ³⁷³, se estacionó una guarnición para tener el control del mar cercano y del río. En estos dos fuertes de [3] la costa se almacenó el trigo enviado recientemente de Cerdeña y el que había comprado en Etruria el pretor Marco Junio, para que el ejército estuviera provisto durante el [4] invierno. Por otra parte, además del revés sufrido en Lucania, también el ejército de esclavos voluntarios que había servido con la mayor lealtad mientras Graco vivía, a la muerte de su general, considerándose licenciado, desertó.

*Aníbal marcha a Apulia y vence al pretor Fulvio. Tres ejércitos romanos
sitian Capua*

[5] Aníbal no quería desentenderse de Capua ni abandonar a sus aliados en tan apurada situación, pero debido al triunfo conseguido por la temeridad de un jefe romano andaba a la espera de la oportunidad de sorprender a otro general y [6] otro ejército. Unos embajadores ápuulos le informaron de que el pretor Gneo Fulvio, al principio, mientras atacaba algunas ciudades de los ápuulos que se habían pasado a Aníbal, había puesto bastante dedicación en su tarea, pero después, sus triunfos desmedidos le habían hecho caer tanto a él como a sus hombres ahitos de botín en tal permisividad y dejadez que la disciplina militar [7] era inexistente. Como Aníbal en muchas ocasiones anteriores y asimismo pocos días antes había tenido la experiencia de cuál es la situación de un ejército mandado por un jefe incompetente, trasladó a Apulia su campamento.

[21] En las cercanías de Herdónea ³⁷⁴ se encontraba el pretor Fulvio con las legiones

romanas. Cuando llegó allí la noticia de que los enemigos estaban al llegar, faltó poco para que los soldados, sin que el pretor diera la orden, desclavaran las enseñas y se formaran en orden de combate; se contuvieron más que nada por el convencimiento de [2] que podrían hacerlo a su arbitrio cuando quisieran. La noche siguiente, Aníbal, al saber que en el campamento romano había habido revuelo y que muchos, llamando a las armas, habían instado con insolencia a su jefe a que diera la señal, persuadido de que se le brindaba la oportunidad [3] de una victoria apostó tres mil hombres con armamento ligero en los caseríos, matorrales y bosques del contorno dispuestos a salir de su escondite todos a la vez a una señal dada; también ordenó a Magón que con unos dos mil jinetes [4] ocupara todas las rutas que suponía que el enemigo trataría de seguir en su huida. Se hicieron estos preparativos durante la noche, y al despuntar el día formó sus tropas en orden de batalla. Tampoco Fulvio anduvo remiso, [5] arrastrado por la aventurada impetuosidad de sus hombres y no porque personalmente tuviera alguna esperanza. Así pues, con la misma irreflexión con que habían salido al campo de batalla se formó el propio frente a capricho de los soldados, que corrían al azar y se paraban en el puesto que les venía en gana, y después abandonaban el puesto porque se les antojaba o por miedo. La legión primera [6] y el ala auxiliar izquierda formaron delante, resultando un frente muy estirado. Aunque los tribunos gritaban que [7] hacia dentro no había consistencia ni fuerza alguna y que los enemigos abrirían brecha por dondequiera que atacasen, no prestaban atención, es más, ni siquiera escuchaban ninguna indicación útil. Y enfrente estaba Aníbal, un [8] general completamente diferente, con un ejército diferente, formado de modo diferente. Consiguientemente, los romanos ni siquiera aguantaron el grito de guerra y la primera carga de los otros. Su jefe, comparable a Centenio por [9] su torpeza y temeridad pero de ningún modo en coraje, al ver la lucha decidida y a los suyos en pleno desconcierto, cogió precipitadamente su caballo y huyó con unos doscientos jinetes. El resto del ejército, rechazado por el [10] frente y envuelto a continuación por la espalda y por los flancos, sufrió tantas bajas que de sus veintidós mil hombres no escaparon más de dos mil. El campamento fue tomado por el enemigo.

[22] Cuando llegaron a Roma una tras otra las noticias de estos desastres cundió en la población profundo pesar y pánico. Pero, a pesar de todo, como los cónsules, que tenían el mando supremo, hasta ese momento iban teniendo éxito en sus operaciones, era menor la conmoción producida [2] por estos reveses. Gayo Letorio y Marco Metilio fueron enviados como comisionados ante los cónsules para darles instrucciones de que recogiesen con cuidado los restos [3] de los dos ejércitos tratando de evitar que por miedo o desesperación se entregasen al enemigo como había ocurrido después de la

derrota de Cannas, y que buscasen a [4] los desertores del ejército de esclavos voluntarios. La misma tarea le fue encomendada a Publio Cornelio, al que también se había encargado un reclutamiento; éste hizo público un edicto en los mercados y centros de reunión disponiendo que se buscara a los esclavos voluntarios y se les hiciese volver al ejército. Todo esto se hizo con la mayor atención.

[5] El cónsul Apio Claudio dejó el mando a Décimo Junio en la desembocadura del Volturno y a Marco Aurelio Cota en Putéolos con instrucciones de enviar inmediatamente el trigo al campamento a medida que llegase alguna nave de [6] Etruria o Cerdeña; él regresó a Capua y encontró a su colega Quinto Fulvio llevándose de Casilino todo lo necesario [7] y preparándose para asediar Capua. Entonces pusieron cerco a la ciudad los dos e hicieron venir de Suésula, del campamento de Claudio, al pretor Claudio Nerón. [8] También éste dejó allí una pequeña guarnición para mantener la posición y bajó hacia Capua con el resto de las tropas. Se plantaron así tres tiendas de general en torno a Capua, y tres ejércitos se pusieron manos a la obra en puntos distintos, disponiéndose a rodear la ciudad con un foso y una empalizada y levantando torres a intervalos regulares. Al mismo tiempo luchaban en muchos puntos [9] contra los campanos que trataban de impedir los trabajos, con tales resultados que los campanos acabaron por mantenerse dentro de las puertas y la muralla. Sin embargo, [10] antes de que se completaran estos trabajos fue enviada una delegación a Aníbal a quejarse de que hubiera abandonado Capua y prácticamente se la hubiera entregado a los romanos, y a instarle a que acudiese en su ayuda siquiera entonces, cuando estaban no sólo sitiados sino rodeados de una empalizada. El pretor Publio Cornelio envió una [11] carta a los cónsules diciéndoles que antes, de completar la circunvalación, les dieran, a los campanos que la quisieran, la oportunidad de salir de Capua llevándose sus cosas consigo: serían libres y conservarían todas sus pertenencias [12] los que salieran antes del quince de marzo; después de esa fecha, tanto los que saliesen como los que se quedasen dentro serían tratados como enemigos. Comunicada oficialmente [13] esta propuesta a los campanos, la menospreciaron, de tal forma que contestaron a su vez profiriendo injurias y amenazas.

Aníbal había llevado sus legiones desde Herdónea a [14] Tarento con la esperanza de apoderarse de la ciudadela tarentina por la fuerza o el engaño. Como no adelantó gran cosa en ese sentido, cambió de rumbo en dirección a Brundisio, en la idea de que esta plaza sería entregada a traición. Mientras perdía también allí el tiempo inútilmente, [15] llegaron a él los embajadores campanos exponiéndole sus quejas y a la vez sus ruegos. Aníbal les replicó con suficiencia que ya anteriormente había roto el cerco, y que [16] tampoco ahora resistirían los cónsules su llegada. Despedidos con estas esperanzas, los

embajadores tuvieron serias dificultades para regresar a Capua, rodeada ya de doble foso y empalizada.

La acción en Siracusa. Tentativas de penetración de los romanos

[23] Cuando más se estrechaba el cerco de Capua, llegó a su fin el ataque a Siracusa, al que también ayudó una traición en el interior, aparte de la energía y el coraje [2] del general y el ejército. Efectivamente, Marcelo, a principios de la primavera, dudaba entre dirigir la acción bélica a Agrigento contra Himilcón e Hipócrates o apretar el cerco de Siracusa. [3] A pesar de que veía que no podía tomar por la fuerza esta ciudad debido a su inexpugnable emplazamiento en tierra y en el mar ni tampoco por hambre, puesto que desde Cartago la abastecían de provisiones casi con entera libertad, [4] sin embargo, para probar todos los intentos, pidió a los tráfugas siracusanos —pues había con los romanos algunos aristócratas expulsados durante la sublevación contra los romanos porque no compartían en absoluto los nuevos planteamientos— que se entrevistaran con quienes les eran afectos, tantearan su actitud y les dieran garantías de que, si Siracusa era entregada, ellos vivirían libres y [5] con sus propias leyes. No eran muy fáciles las entrevistas, porque eran muchos los sospechosos y la atención y las miradas de todos estaban pendientes de que no pasara inadvertida [6] ninguna iniciativa de esa índole. Un esclavo de los desterrados se introdujo en solitario en la ciudad haciéndose pasar por desertor, reunió a unos cuantos e inició los contactos para tratar esta cuestión. Después se taparon varios con redes en una barca de pesca y así fueron conducidos dando un rodeo hasta el campamento romano y se entrevistaron con los tráfugas. Estos mismos volvieron a hacerlo varias veces por el mismo sistema, y después otros y otros más y al final sumaban cerca de ochenta. Pero [7] cuando estaba ya todo dispuesto para la traición, un tal Átalo, indignado porque no se había contado con él para la operación, la denunció a Epícles y todos fueron torturados y muertos.

Inmediatamente después se presentó otra posibilidad, [8] después que ésta se había frustrado. Un tal Damipo, un lacedemonio enviado por Siracusa al rey Filipo, había sido capturado por naves romanas. Epícles estaba muy interesado [9] en rescatarlo a toda costa y Marcelo no se opuso a ello, pues ya entonces los romanos buscaban la amistad de los etolios, aliados de los lacedemonios. Los enviados [10] a la entrevista para tratar de su rescate estimaron que había un lugar exactamente equidistante y que les iba bien a ambas partes, junto al puerto de los Trogilos ³⁷⁵, cerca de una torre que llaman Galeagra ³⁷⁶. Acudieron allí varias [11] veces y uno de los romanos observó desde cerca el muro, contó las piedras, echó cuentas mentalmente de lo que medía cada una a lo ancho,

calculó la altura del muro ajustando [12] la deducción cuanto pudo, y al comprobar que era bastante más bajo de lo que en un principio habían pensado él y todos los demás y que incluso podía ser salvado con escalas no muy largas, informó de ello a Marcelo, que lo tomó en serio; pero como no era posible aproximarse [13] al lugar porque estaba vigilado con especial cuidado precisamente por la razón mencionada, se estaba a la espera de una oportunidad. La brindó un tráfuga cuando anunció [14] que se celebraban las fiestas de Diana durante tres días y, puesto que otras cosas escaseaban a causa del asedio, se celebrarían banquetes con abundancia de vino suministrado por Epicides para toda la plebe y distribuido entre las tribus por los ciudadanos principales.

[15] Cuando Marcelo se enteró de esto habló con algunos de los tribunos militares; éstos escogieron los centuriones y los soldados apropiados para llevar a cabo una acción tan importante y tan audaz, se prepararon escalas en secreto, y ordenó que se dieran instrucciones a los demás para que repusieran fuerzas y se acostaran temprano, que había [16] que salir de expedición durante la noche. Luego, cuando le pareció que era el momento en que los que habían banquetado durante todo el día estarían ya saciados de vino y les entraría la modorra, ordenó que llevaran escalas los soldados de un solo manípulo y cerca de mil hombres armados fueron conducidos al objetivo en estrecha columna. [17] Cuando los primeros escalaron el muro sin ruido ni alboroto, los demás les siguieron en fila, pues la audacia de los que iban delante infundió valor incluso a los que vacilaban.

Marcelo entra en Siracusa. Combate por barrios

[24] Cuando ya habían ocupado una parte del muro los mil hombres, se acercó el resto de las tropas e iban subiendo a la [2] muralla con más escalas. Se les había dado la señal desde el Hexápilo, hasta donde habían llegado los primeros sin encontrar a nadie, porque la mayoría habían comido en las torres y estaban amodorrados por el vino o, medio cargados ya, seguían bebiendo; no obstante, sorprendieron a algunos de ellos [3] en sus camastros y los mataron. Al lado del Hexápilo hay una pequeña puerta; comenzaron a echarla abajo con gran violencia mientras desde el muro se daba la señal con una trompeta, según lo convenido, y en todas partes se operaba ya no furtivamente sino con contundencia manifiesta, y es que ya habían llegado a Epípolas ³⁷⁷, lugar [4] fuertemente vigilado, y más que de pasar inadvertidos se trataba de infundir pánico al enemigo, como de hecho ocurrió. En efecto, en cuanto se oyó el sonido de las trompetas [5] y el grito de guerra de los que acababan de ocupar los muros y una parte de la ciudad, los centinelas creyeron que estaba todo tomado y unos escapaban muralla

adelante y otros saltaban desde lo alto de la muralla o eran arrastrados por el tropel de los que huían despavoridos. Sin [6] embargo, una gran parte no se había percatado de la gravedad de la situación, en parte porque todos estaban abotargados por el vino y el sueño y en parte porque en una ciudad tan extensa lo que ocurría en un sector no se sentía suficientemente en toda ella. Justo antes del amanecer, [7] una vez forzado el Hexápilo, entró Marcelo en la ciudad con todas sus tropas y todos espabilaron y corrieron a empuñar las armas para defender, si de alguna forma se podía, la ciudad, casi conquistada ya.

Epicides salió de La Isla, que ellos llaman Naso, forzando [8] la marcha de su columna, convencido de que expulsaría a los pocos que habrían pasado al otro lado de la muralla en un descuido de los centinelas. A los que se [9] cruzaban en su camino les decía una y otra vez que exageraban la alarma y contaban cosas más graves y terribles de lo que era la realidad; pero cuando vio que alrededor de Epípolas estaba todo lleno de hombres armados, se limitó a hostigar al enemigo con unos cuantos proyectiles y dio la vuelta con su columna regresando a Acradina no tanto por temor a la fuerza y el número de enemigos [10] como por evitar que, aprovechando la ocasión, se produjera alguna traición interna y se encontrase cerradas las puertas de Acradina y de La Isla, dada la confusión reinante. [11] Cuando Marcelo traspasó las murallas y contempló desde lo alto extendida ante sus ojos la que posiblemente era la ciudad más hermosa del mundo en aquella época, dicen que se le arrasaron los ojos de lágrimas, en parte por la alegría de haber llevado a cabo una hazaña semejante y [12] en parte por la antigua gloria de la ciudad. Pensaba en las flotas atenienses hundidas y en los dos potentes ejércitos aniquilados junto con sus dos famosos generales, y en tantas guerras libradas contra los cartagineses pasando momentos [13] tan críticos, en tantos y tan opulentos tiranos y reyes, sobre todo Hierón, el rey cuyo recuerdo estaba más vivo y que además se había distinguido por sus servicios al pueblo romano más que por todo lo que su valor y su [14] fortuna le habían deparado. Mientras pensaba en todo esto y le asaltaba la idea de que todo iba a ser pasto de las llamas y quedar reducido a cenizas en cosa de una hora, [15] antes de llevar sus tropas a Acradina envió por delante a los siracusanos que estaban con el ejército romano, como ya se ha dicho, para que de buenas maneras trataran de convencer a los enemigos para que entregaran la ciudad.

[25] Las puertas y murallas de Acradina estaban defendidas sobre todo por desertores, que no tenían ninguna esperanza de perdón en el caso de una rendición con condiciones, y no permitieron que nadie se acercase a los muros ni iniciara [2] conversaciones. Marcelo, por consiguiente, cuando se frustró su tentativa, dio orden de

avanzar hacia el Euríalo ³⁷⁸. Se trata de un monte situado en un extremo de la ciudad, de espaldas al mar, que domina la ruta que conduce a los campos y el interior de la isla, en una posición muy a propósito para recibir abastecimiento. Mandaba [3] esta fortaleza Filodemo de Argos, nombrado por Epicides. Marcelo le envió a Sosis, uno de los asesinos del tirano, quien, después de tener una larga conversación en la que le dieron largas para nada, volvió a decir a Marcelo que Filodemo se había tomado un tiempo para reflexionar. Éste iba dando largas un día tras otro hasta que Hipócrates [4] e Himilcón se acercasen con sus tropas, seguro de que, si conseguía que entraran en la fortaleza, el ejército romano encerrado entre las murallas podría ser aniquilado. Viendo Marcelo que no era posible ni la entrega ni la [5] toma del Euríalo, situó su campamento entre Nápoles ³⁷⁹ y Tica —nombres de distritos de la ciudad que son casi como ciudades—, pues temía que si entraba en zonas más pobladas no sería posible evitar las escapadas de una tropa ansiosa de botín. Se presentaron allí comisiones procedentes [6] de Tica y Nápoles con las cintas y velos de los suplicantes rogando que no se cometieran matanzas ni incendios. Marcelo reunió al consejo para deliberar sobre lo [7] que más que demandas eran súplicas, y de acuerdo con el sentir general hizo pública la orden a los soldados de que no se cometiera violencia contra las personas libres, pero que todo lo demás se destinaba a botín. Se cercó el campamento [8] con material de derribo de las paredes, formando un muro, y en las puertas del campamento que abrían a alguna calle se apostaron guardias y centinelas en prevención de que pudiera producirse algún ataque al campamento durante las correrías de los soldados. A continuación [9] se dio la señal y los soldados salieron corriendo en todas direcciones; derribaron las puertas, y aun a pesar del pánico y la confusión reinante por todas partes se abstuvieron, sin embargo, de derramar sangre; el pillaje fue incontrolado hasta que se llevaron todas las cosas de valor acumuladas [10] en una larga etapa de prosperidad. Entretanto, también Filodemo, después de evacuar sus tropas, entregó el monte a los romanos en vista de que no había ninguna esperanza de ayuda y después de recibir garantías de que [11] podría volver sano y salvo al lado de Epicides. Mientras todos ponían su atención en el tumulto procedente de la parte conquistada de la ciudad, Bomílcar, aprovechando que aquella noche la flota romana no podía permanecer anclada en mar abierto a causa de la violencia del temporal, [12] salió del puerto de Siracusa con treinta y cinco naves y puso rumbo a alta mar sin encontrar obstáculos, dejando cincuenta y cinco naves a Epicides y los siracusanos. [13] Explicó a los cartagineses en qué situación tan crítica se encontraba Siracusa y pocos días después regresó con cien naves, siendo recompensado por Epicides, según cuentan, con muchos regalos procedentes del tesoro real de Hierón.

Acradina, sitiada, prepara su defensa ayudada por Cartago

[26] Con el Euríalo en su poder y después de situar allí una guarnición, Marcelo quedaba liberado de una preocupación especial: que el enemigo lanzase un ataque por la espalda contra la fortaleza y pusiese en aprietos a los suyos, encerrados entre las murallas sin [2] libertad de movimientos. A continuación puso cerco a Acradina situando tres campamentos en puntos estratégicos, esperando reducir a los sitiados a una situación de extremada [3] necesidad. Durante varios días los puestos de guardia de una y otra parte permanecieron inactivos, y de pronto la llegada de Hipócrates e Himilcón desencadenó una ofensiva de ataques contra los romanos por todas partes. [4] Por un lado, en efecto, Hipócrates fortificó el campamento de junto al puerto grande, dio la señal a los ocupantes de Acradina y atacó el antiguo campamento de los romanos que mandaba Crispino; por otro lado, Epicides hizo una salida brusca contra los puestos de vanguardia de Marcelo, y además la flota cartaginesa se adelantó hasta la zona de costa situada entre la ciudad y el campamento romano para evitar que Marcelo pudiera enviar a Crispino ninguna clase de refuerzos. Sin embargo, con esto los [5] enemigos crearon más confusión que fuego real, pues Crispino no sólo rechazó de sus trincheras a Hipócrates, sino que incluso lo persiguió cuando huía en desbandada, y por otra parte Marcelo rechazó a Epicides al interior de la ciudad, y parecía que quedaba bastante asegurado incluso [6] para el futuro que no habría peligro de repentinas incursiones por su parte. A esto vino a sumarse una epidemia, [7] desastrosa para todos, que probablemente desviaría la atención de unos y otros de los propósitos bélicos. En efecto, al estar en la estación del otoño y en una comarca insana por naturaleza, pero mucho más fuera de la ciudad que dentro de ella, el calor insoportable afectó a casi todos en ambos campamentos. Al principio era lo insano de la [8] estación y del lugar lo que les hacía enfermar y morir; después propagaba la enfermedad el contacto con los enfermos para atenderlos, de forma que o bien se desatendía y abandonaba a la muerte a los que la habían contraído, o bien arrastraban consigo a los que estaban a su lado para atenderles, contagiados de la misma virulencia del mal. Fallecimientos y funerales eran el espectáculo diario, y [9] por todas partes se oían lamentos día y noche. Al final, [10] al habituarse a aquel horror, se había embotado de tal manera la sensibilidad que, aparte de no acompañar a los muertos con las lágrimas y los lamentos obligados, ni siquiera los sacaban ni enterraban, y los cuerpos sin vida yacían tirados a la vista de los que esperaban una muerte [11] similar y los muertos contaminaban a los enfermos y los enfermos a los sanos con el miedo, la putrefacción y el olor pestilente de los cuerpos; algunos preferían la muerte por la espada y atacaban en solitario los puestos de guardia [12] enemigos. Con todo, la epidemia afectó de forma

mucho más virulenta el campamento cartaginés que el romano, pues los romanos, durante su prolongado asedio a Siracusa, se habían habituado en mayor medida al clima [13] y a la humedad. Los sicilianos del ejército enemigo, en cuanto vieron que la enfermedad se propagaba debido a la insalubridad del terreno, se dispersaron en dirección a [14] las ciudades cercanas, cada uno a la suya. Pero los cartagineses, que no tenían ningún lugar adonde ir, perecieron todos, hasta el exterminio, incluidos los propios jefes Hipócrates [15] e Himilcón. Marcelo, en vista de que el mal iba a más con tan gran virulencia, trasladó a sus hombres a la ciudad y los cuerpos enfermos se restablecieron al estar bajo techo y a la sombra; a pesar de todo, esta misma enfermedad se llevó a muchos en el ejército romano.

[27] Aniquilado el ejército cartaginés de tierra, los sicilianos que habían militado a las órdenes de Hipócrates tomaron ³⁸⁰ dos plazas no muy grandes, pero protegidas por su emplazamiento y por fortificaciones, distantes de Siracusa una de ellas tres millas y la otra quince; allí llevaban provisiones desde sus ciudades y también concentraban los refuerzos. [2] Entretanto, Bomílcar zarpó de nuevo con su flota hacia Cartago y presentó la situación de los aliados de tal forma que suscitó esperanzas no sólo de poder prestarles a éstos una ayuda eficaz, sino además de poder atrapar a los romanos en la ciudad virtualmente tomada, y consiguió [3] que se enviaran con él al frente todas las naves de transporte que fuera posible cargadas con toda clase de suministros y que se reforzara la flota. Salió, pues, de Cartago [4] con ciento treinta naves de guerra y setecientas de transporte y tuvo vientos favorables en la medida suficiente para hacer la travesía hasta Sicilia; pero esos mismos vientos le impedían doblar el Paquino. Los rumores de su llegada [5] primero, y después su tardanza, mayor de lo que se esperaba, causaron alegría y temor alternativamente entre los romanos y los siracusanos. Epicides temía que la flota cartaginesa [6] se dirigiera de nuevo a África si continuaban soplando durante muchos días los mismos vientos del este, que entonces no se interrumpían desde la salida del sol; confió el mando de Acradina a los jefes de las tropas mercenarias [7] y fue al encuentro de Bomílcar por mar. Éste [8] tenía su flota en un fondeadero orientado hacia África y temía un combate naval no porque fuese inferior en fuerzas o en número de naves —tenía incluso más, por cierto—, sino porque los vientos que soplaban eran más favorables a la flota romana que a la suya; sin embargo, Epicides consiguió que aceptara correr el albur de una confrontación naval. Marcelo, por su parte, viendo que se concentraban [9] tropas sicilianas procedentes de toda la isla y que estaba al llegar la flota cartaginesa con gran cantidad de provisiones, decidió, a pesar de ser inferior en número de naves, impedir el acceso de Bomílcar a Siracusa, para no verse atacado

simultáneamente por tierra y por mar encerrado en una ciudad enemiga. Las dos flotas enemigas se encontraban [10] a los lados del promontorio Paquino dispuestas a ir al choque en cuanto la primera calma en el mar les permitiera salir a mar abierto. Por eso, cuando empezó a amainar [11] el viento del este, que llevaba varios días soplando con fuerza, Bomílcar fue el primero en iniciar la maniobra; al principio dio la impresión de que su flota ponía rumbo a alta mar para doblar más fácilmente el promontorio; [12] pero después, al ver que las naves romanas avanzaban en su dirección, asustado no se sabe bien por qué inesperada circunstancia, Bomílcar dio velas hacia alta mar, envió mensajeros a Heraclea para que transmitieran la orden de que las naves de transporte emprendiesen el camino de vuelta [13] a África y él se dirigió a Tarento bordeando Sicilia. Epicles, frustrada de pronto una expectativa tan importante, para no volver a sufrir asedio en una ciudad en gran parte tomada, navegó hacia Agrigento más con la idea de mantenerse a la espera de acontecimientos que de realizar ningún movimiento desde allí.

Los sicilianos negocian la rendición, temida por los desertores

[28] En cuanto llegó al campamento de los sicilianos la noticia de que Epicles había salido de Siracusa y que los cartagineses habían abandonado la isla y prácticamente se la habían entregado otra vez [2] a los romanos, enviaron a Marcelo una delegación a discutir los términos de la rendición de la ciudad después de tener contactos con los sitiados para sondear su voluntad. [3] Como había acuerdo casi unánime en que todo lo que había pertenecido a los reyes fuese para los romanos, conservando los sicilianos todo lo demás juntamente con la libertad y leyes propias, fueron convocados a las conversaciones aquellos a los que Epicles había confiado el poder; [4] los delegados dijeron que habían sido enviados por el ejército siciliano a Marcelo y a ellos al mismo tiempo, con el propósito de que la suerte fuese la misma de todos los que estaban sitiados y los que habían permanecido fuera del asedio, y que ni unos ni otros pactaran nada por [5] separado. Después se les dejó entrar para que hablaran con sus parientes y amigos; les expusieron los términos del acuerdo a que habían llegado ya con Marcelo y, al brindárseles la esperanza de salvarse, los convencieron para que se unieran a ellos y atacaran a Policlito, Filistión y un Epicles de sobrenombre Sindón, prefectos de Epicles. Muertos [6] éstos, se convocó una asamblea popular y los delegados se lamentaron de la penuria y demás problemas que los propios oyentes solían criticar entre ellos en privado, pero dijeron que no había que echar la culpa a la mala suerte aun siendo tantas las calamidades que los abrumaban, porque de ellos dependía el sufrirlas más o

menos tiempo; la razón de que los romanos atacasen Siracusa había [7] sido el aprecio a los siracusanos, no el odio, pues habían iniciado la guerra y comenzado el asedio de la ciudad en cuanto se habían enterado de que el poder había sido tomado por Hipócrates y Epicides, secuaces primero de Aníbal y después de Jerónimo, siendo objeto de su ataque no la propia ciudad sino sus crueles tiranos. Pero una vez [8] muerto Hipócrates, incomunicado con Siracusa Epicides y muertos sus prefectos, desalojados por completo los cartagineses de la ocupación de Sicilia por tierra y mar, ¿qué motivos tenían ya los romanos para no querer que Siracusa siguiera incólume como si el propio Hierón viviera, aquel singular valedor de la amistad con Roma? De modo que [9] el único peligro tanto para la ciudad como para sus gentes lo representaban ellos mismos en caso de que dejaran escapar la oportunidad de reconciliarse con los romanos; ahora bien, en adelante no se iba a presentar ninguna otra oportunidad como la de aquel preciso momento si se veía claro que, en cuanto se había visto libre, Siracusa se había puesto del lado de los romanos³⁸¹.

[29] Esta intervención fue seguida por todos con grandes muestras de aprobación. Se decidió, sin embargo, elegir pretores antes de nombrar los embajadores; después algunos de estos pretores fueron enviados como delegados ante Marcelo, [2] y su portavoz dijo: «Ni fuimos primero nosotros, los siracusanos, quienes rompimos con vosotros, sino Jerónimo, [3] menos impío con vosotros que con nosotros, ni fue después ningún siracusano quien perturbó la paz convenida a la muerte del tirano sino los satélites del rey, Hipócrates y Epicides, oprimiéndonos unas veces con el miedo y otras con engaños. Nadie puede decir tampoco que hayamos tenido en ningún momento una etapa de libertad en que no [4] hayamos estado en paz con vosotros. Ahora, por cierto, en cuanto hemos comenzado a ser dueños de nuestras decisiones al morir los que tenían oprimida Siracusa, hemos venido inmediatamente a entregar las armas, la ciudad, las murallas, y entregarnos nosotros, sin rechazar ninguna condición [5] que nos sea impuesta por vosotros. Los dioses te han concedido a ti, Marcelo, la gloria de conquistar la más famosa y hermosa de las ciudades griegas. Todo lo que hemos llevado a cabo en cualquier época por mar y por tierra que merezca ser recordado, se añade a la gloria de [6] tu triunfo. ¿Prefieres tal vez que se transmita sólo de oídas lo grande que era la ciudad conquistada por ti, y no que pueda además contemplarla la posteridad y que todo aquel que la visite por tierra y por mar pueda señalar tanto los trofeos que nosotros ganamos a los atenienses y los cartagineses como los que tú nos ganaste a nosotros? ¿Lo prefieres a entregar incólume Siracusa a tu familia para que perdure bajo la protección y supervisión de los Marcelos? [7] No dejéis que prevalezca el recuerdo de Jerónimo sobre

el de Hierón. Fue amigo éste durante mucho más tiempo que enemigo aquél, y los servicios de uno los comprobasteis de hecho vosotros, mientras que el desvarío del otro sirvió únicamente para su propia ruina».

No tenían nada que temer de los romanos, dispuestos [8] además a conceder cualquier cosa; el mayor riesgo de violencia estaba entre ellos mismos, pues los desertores, que pensaban que serían entregados a los romanos, lograron difundir ese mismo miedo entre los soldados mercenarios auxiliares; éstos cogieron precipitadamente las armas y primero [9] dieron muerte a los pretores y después corrieron en todas direcciones a degollar a los siracusanos, matando con rabia a los que el azar ponía a su alcance, y arramblaron con todo lo que cayó bajo sus manos. Luego, para no [10] quedarse sin jefes, eligieron seis prefectos para que mandaran tres en Acradina y otros tres en Naso. Cuando al fin se calmó el tumulto hicieron pesquisas para averiguar qué se había tratado con los romanos y comenzaron a ver claro lo que ocurría en realidad: que su situación y la de los desertores era muy diferente.

Toma de Naso y Acradina. Muerte de Arquímedes

Los delegados regresaron de junto a [30] Marcelo muy oportunamente, manifestando que los mercenarios se habían dejado llevar de falsas suposiciones y que los romanos no tenían ninguna razón para querer castigarlos. Uno de los tres prefectos de Acradina era [2] un hispano llamado Mérico. Le enviaron a propósito entre los acompañantes de los delegados a un hispano de las tropas auxiliares; éste se entrevistó con Mérico sin testigos, y primero le expuso la situación en que había dejado Hispania — pues había llegado de allí hacía poco—: todo aquello estaba tomado por las armas romanas; él, si quería hacer [3] algo que mereciera la pena, podía ser el caudillo de sus paisanos, tanto si quería servir en el ejército romano como si prefería volver a la patria; si, por el contrario, seguía prefiriendo el asedio, ¿qué podía esperar, cerrado por [4] tierra y por mar? Estas razones hicieron efecto en Mérico, y como se había acordado enviar embajadores a Marcelo, incluyó entre ellos a su hermano, al que el mismo hispano tomó aparte y lo llevó ante Marcelo; después de recibir garantías y ponerse de acuerdo sobre el desarrollo de la [5] acción, regresó a Acradina. Entonces Mérico, para disipar cualquier sospecha de traición en el ánimo de todos, dice que no le gusta que los embajadores anden yendo y viniendo, que no se va a recibir ni enviar ninguno, y para que la vigilancia sea más estrecha hay que dividir entre los prefectos los puntos estratégicos de suerte que cada uno de [6] ellos se responsabilice de la defensa de su sector. Todos se mostraron de acuerdo. Al hacer la distribución, a él le correspondió la zona comprendida entre la

fuelle de Aretusa y la entrada del puerto grande, cosa que hizo saber [7] a los romanos. De este modo, Marcelo ordenó que por la noche una cuadrirreme remolcase hasta Acradina con un cable una nave de transporte con soldados y que éstos desembarcaran enfrente de la puerta próxima a la fuente [8] de Aretusa. Esto se hizo durante el cuarto relevo de la guardia y, de acuerdo con el plan previsto, Mérico recibió en la puerta a las tropas desembarcadas. Al amanecer, Marcelo atacó con todos sus efectivos las murallas de Acradina, [9] de forma que no sólo atrajo la atención de quienes la ocupaban, sino que incluso desde Naso acudieron a la carrera columnas de soldados abandonando sus puestos de vigilancia [10] para rechazar el violento ataque de los romanos. En medio de esta agitación, unas naves ligeras preparadas de antemano llegaron hasta Naso dando un rodeo y desembarcaron tropas; éstas atacaron por sorpresa los puestos de guardia medio desguarnecidos y la puerta abierta por donde poco antes habían salido los soldados, y sin encontrar apenas resistencia tomaron Naso, abandonada por la precipitada huida de sus centinelas. Por otra parte, fueron [11] los desertores los menos tenaces en mantenerse en su puesto y defenderla, porque como no se fiaban lo suficiente ni siquiera de los suyos, huyeron en pleno combate. Marcelo, [12] en cuanto se percató de que Naso había caído, que sólo una parte de Acradina estaba ocupada, y que Mérico se había unido a los suyos con la guarnición, mandó tocar a retirada para evitar el saqueo de las riquezas reales, que tenían más fama que valor efectivo.

Una vez refrenada la impetuosidad de la tropa, en cuanto [31] los tráfugas tuvieron tiempo y oportunidad para huir, los siracusanos, libres al fin de temor, abrieron las puertas [2] de Acradina y enviaron representantes a Marcelo con una única petición: su vida y la de sus hijos. Marcelo reunió [3] al consejo, al que asistieron también los siracusanos que, expulsados de su patria durante la revuelta, habían estado en las filas romanas, y respondió que al pueblo romano [4] le habían ocasionado tantos perjuicios en los últimos pocos años los que habían dominado Siracusa como servicios había prestado Hierón durante cincuenta años; pero que la mayor parte de esos perjuicios habían repercutido donde debían, y los propios siracusanos habían pagado por haber violado los pactos un castigo mucho más duro de lo que el pueblo romano habría querido. Lo cierto es que él llevaba [5] tres años sitiando Siracusa, no para que el pueblo romano tuviese esclavizada a la población, sino para que los jefes de los tráfugas no la tuvieran oprimida y sometida. Un ejemplo de lo que podían haber hecho los siracusanos [6] lo representaban aquellos siracusanos que se habían exiliado al ejército romano, o bien el jefe hispano Mérico, que había entregado la guarnición, o bien, en fin, la decisión, tardía, es verdad, pero valiente, de los propios siracusanos.

[7] Para él la recompensa de todos los peligros y fatigas soportados durante tanto tiempo por tierra y mar en torno a las murallas de Siracusa no era tan grande por haber tenido la suerte de tomar Siracusa como lo sería si hubiese [8] podido conservarla salva. Después se envió un cuestor a Naso con un destacamento para hacerse cargo del tesoro real y custodiarlo. La ciudad fue entregada al pillaje de los soldados después de distribuir vigilantes en las casas [9] de los que habían estado entre las tropas romanas. Se cometieron muchos actos brutales de saña y codicia, y en medio de la enorme confusión que pueden provocar los soldados entregados al pillaje corriendo por las calles de una ciudad conquistada, cuenta la tradición que Arquímedes, cuando estaba inclinado sobre unos dibujos que había trazado en el suelo, fue muerto por un soldado que desconocía de [10] quién se trataba; Marcelo se disgustó por ello y se ocupó de que se le diera sepultura y además hizo buscar a sus parientes, significando para ellos honores y protección su [11] nombre y su recuerdo. Así fue, a grandes rasgos, la toma de Siracusa, donde se cogió tanto botín casi como si se hubiera conquistado Cartago, contra la que se luchaba de poder a poder.

[12] Pocos días antes de la toma de Siracusa, Tito Otacilio se trasladó de Lilibeo a Útica ³⁸² con ochenta quinqueres, [13] entró en el puerto antes del amanecer y capturó las naves de transporte cargadas de trigo, y saltando a tierra devastó una buena porción del territorio circundante de Útica, llevando de vuelta a las naves toda clase de botín. [14] Tres días después de haber salido de Lilibeo regresó con ciento treinta naves de transporte cargadas con el trigo y el botín; el trigo lo envió inmediatamente a Siracusa, donde los rigores del hambre amenazaban por igual a vencedores [15] y vencidos de no haber llegado tan a tiempo el trigo.

*Hispania: los Escipiones dividen sus fuerzas. Asdrúbal pacta la inhibición
de los celtíberos*

Aquel mismo verano, en Hispania ³⁸³, [32] donde en casi dos años no había tenido lugar ninguna acción especialmente destacable y la guerra se desarrollaba más a base de estrategia que de enfrentamientos armados, los generales romanos salieron de los cuarteles de invierno y unieron sus tropas. Se reunió entonces el consejo y [2] todas las opiniones coincidieron en que, si bien hasta entonces lo único que se había hecho era retener a Asdrúbal que pretendía pasar a Italia, era ya tiempo de dar los pasos para [3] poner fin a la guerra en Hispania; estaban convencidos, además, de que se habían reunido fuerzas suficientes para ello con la incorporación a filas de veinte mil celtíberos efectuada aquel invierno. Los ejércitos cartagineses eran [4] tres. Asdrúbal, hijo de

Gisgón, y Magón, que habían unido sus tropas, se encontraban a unos cinco días de marcha de distancia de los romanos. Más cerca estaba Asdrúbal [5] el hijo de Amílcar, que tenía su ejército junto a una ciudad llamada Amtorgis ³⁸⁴. Los generales romanos [6] querían sorprender primero a éste, y esperaban que hubiera fuerza más que suficiente para ello; les preocupaba únicamente que el otro Asdrúbal y Magón se alarmaran con su derrota, se retiraran a los montes y bosques inaccesibles y prolongaran la guerra. Pensaron, pues, que lo mejor era [7] dividir las tropas en dos cuerpos para abarcar toda Hispania al mismo tiempo en su campaña y se las repartieron de esta forma: Publio Cornelio mandaría dos terceras partes de los efectivos romanos y aliados contra Magón y Asdrúbal, [8] y Gneo Cornelio, con un tercio del antiguo ejército, al que se unirían los celtíberos, dirigiría la campaña contra [9] Asdrúbal Barca. Los dos generales con los dos ejércitos emprendieron la marcha al mismo tiempo yendo en cabeza los celtíberos, y acamparon cerca de la ciudad de Amtorgis [10] a la vista del enemigo, separados de él por un río. Gneo Escipión se quedó allí con las tropas que antes hemos dicho y Publio Escipión partió hacia el objetivo bélico que se le había asignado.

[33] Asdrúbal, cuando se dio cuenta de que en el campamento había un ejército romano muy reducido que cifraba todas sus esperanzas en las tropas auxiliares de los celtíberos, [2] buen conocedor de la absoluta deslealtad de los pueblos bárbaros y especialmente de la de todos aquellos entre [3] los que llevaba tantos años de campaña, llegó a un acuerdo con los jefes celtíberos a través de conversaciones secretas —la comunicación era fácil al estar llenos de hispanos ambos campamentos— para que a cambio de una fuerte [4] recompensa retiraran de allí sus tropas. No les pareció, por una parte, una acción monstruosa —no se trataba, en efecto, de que volvieran sus armas contra los romanos—, y por otra parte se les ofrecía, por no hacer la guerra, una suma suficiente como para hacerla, y además resultaban en general agradables tanto el propio descanso como la vuelta a casa y el placer de ver a los suyos y sus cosas. [5] De modo que no resultó más difícil convencer a la tropa que a sus jefes. Aparte de que ni siquiera tenían el temor de que los romanos, tan pocos en realidad, los retuvieran [6] por la fuerza. La verdad es que los jefes romanos deberán tener siempre cuidado con esto y servirles de advertencia estos precedentes, de suerte que no confíen en las tropas auxiliares extranjeras hasta el punto de tener en los campamentos un contingente inferior de fuerzas de su propia patria. Los celtíberos desclavaron inesperadamente sus enseñas [7] y se marcharon, y cuando los romanos les preguntaron la razón y les rogaron encarecidamente que se quedasen, su única respuesta fue que los reclamaba una guerra intestina. Escipión, dado que no era posible retener a los aliados [8] ni con ruegos ni a la

fuerza, en vista de que sin ellos estaba en inferioridad con respecto al enemigo y que no podía reunirse de nuevo con su hermano ni tenía a su alcance ninguna otra vía de solución, decidió retroceder cuanto le fuera posible, poniendo el mayor cuidado en no enfrentarse [9] en ningún momento en terreno llano con el enemigo, que había cruzado el río e iba pisándole los talones en su retirada.

*Choque con Indibil, muerte de Publio Escipión. Derrota de Gneo
Escipión, versiones sobre su muerte*

Por aquellos mismos días se cernía sobre [34] Publio Escipión un motivo de alarma similar y un peligro mayor representado por un enemigo nuevo. Se trataba del joven [2] Masinisa, aliado entonces de los cartagineses, al que más tarde hizo famoso y poderoso la amistad con Roma. Éste, [3] en esta ocasión, con su caballería de númidas salió al encuentro de Publio Escipión cuando se acercaba y después se dedicó a hostigarlo día y noche sin cesar, y aparte de capturar a los que se alejaban del campamento [4] a recoger leña y forraje y andaban dispersos, cabalgaba incluso hasta el pie mismo del campamento y lanzándose con frecuencia sobre los puestos de guardia creaba una enorme confusión por todas partes. También sembró la alarma por [5] la noche en las puertas y en la empalizada con sus incursiones por sorpresa, y los romanos no se veían libres de temor o de inquietud en ninguna parte y en ningún momento, [6] obligados a permanecer dentro de la empalizada sin posibilidad de aprovisionarse de nada. Era casi un asedio en toda regla y estaba claro que se iba a estrechar más si Indibil, que según se decía estaba al llegar con siete mil quinientos susetanos ³⁸⁵, establecía contacto con los cartagineses; [7] entonces Escipión, general precavido y previsor, forzado por las circunstancias tomó una temeraria determinación: salir al encuentro de Indibil por la noche y entrar [8] en combate dondequiera que se topase con él. Dejó, pues, una pequeña guarnición en el campamento confiándole el mando al legado Tiberio Fonteyo, emprendió la marcha a media noche, y cuando se encontró con el enemigo entabló [9] combate con él. Peleaban en formación más de marcha que de combate; pero aun teniendo en cuenta lo desorganizado de la batalla, llevaban ventaja los romanos. Pero súbitamente la caballería númida, que el general creía haber burlado, se desplegó por los flancos sembrando el pánico, [10] y además, cuando se había iniciado el enfrentamiento con los númidas, se presentó un nuevo enemigo, el tercero: los generales cartagineses que les habían dado alcance por retaguardia cuando ya estaban combatiendo. Un doble frente envolvía a los romanos, que no sabían contra qué enemigo lanzarse primero o por dónde tratar de romper el [11] cerco todos en bloque. Una lanza atravesó el costado derecho del general

cuando estaba peleando y dando ánimos y exponiéndose donde eran mayores las dificultades; cuando la cuña de enemigos que cargaron contra los que se apiñaban en torno al general vio que Escipión caía sin vida del caballo, echaron a correr vibrantes de entusiasmo anunciando entre gritos por todo el frente que había caído el general romano. Esta noticia, difundida por todas partes, [12] convirtió a los enemigos en claros vencedores y a los romanos en vencidos. Perdido el jefe, éstos en seguida comenzaron [13] a huir del campo de batalla; pero aunque no resultaba difícil abrirse paso entre los númeridas y las tropas auxiliares de armamento ligero, sin embargo apenas si podían escapar [14] de tan gran número de jinetes y de tantos soldados de a pie, tan veloces como los caballos, y sucumbieron casi más durante la huida que durante la batalla, y no habría sobrevivido ni uno de no ser porque el día corría ya hacia su ocaso y llegó en seguida la noche.

A continuación los generales cartagineses se dieron prisa [35] en sacar ventaja de su suerte y, después de conceder apenas el respiro imprescindible a sus hombres, forzaron la marcha para ir a reunirse con Asdrúbal el de Amílcar, firmemente convencidos de que si llegaban a establecer contacto con él se podría resolver la guerra. Cuando llegaron [2] a su objetivo hubo felicitaciones entusiásticas entre los ejércitos y los generales felices por la reciente victoria, pues se había aniquilado a un ejército entero y a un general de tanta talla, y esperaban, dándola por hecha, una segunda victoria no menos decisiva. La verdad es que aunque [3] a los romanos no les había llegado la noticia de tamaño desastre, sin embargo había una especie de abatimiento silencioso y un callado presentimiento como el que suele darse cuando los ánimos presagian ya una catástrofe inminente. El propio general, aparte de ser consciente de su abandono [4] por parte de los aliados y del enorme incremento de las tropas enemigas, por conjeturas y deducciones se mostraba más inclinado a suponer que se había sufrido una derrota que a esperar algo bueno. En efecto, si Asdrúbal y Magón [5] no habían resuelto su propia guerra, ¿cómo habían podido salir con su ejército sin encontrar resistencia?, ¿cómo era [6] que su hermano no les había hecho frente ni había salido tras ellos, al menos para unir las tropas con las suyas si no podía impedir que se reunieran los generales y los ejércitos [7] enemigos? Preocupado por estos interrogantes, tenía el convencimiento de que el único camino seguro de momento era alejarse de allí todo lo que pudiera. En una sola noche recorrió un trecho considerable sin que el enemigo se percatara ni realizara, por tanto, ningún movimiento. [8] Cuando, al amanecer, los enemigos se dieron cuenta de su partida iniciaron la persecución forzando la marcha cuanto podían, enviando delante a los númeridas. Éstos les dieron alcance antes de la noche, y hostigándolos unas

veces [9] por retaguardia y otras por los flancos, los obligaron a detenerse y ponerse a la defensiva. Escipión, sin embargo, los animaba a pelear y avanzar al mismo tiempo, en la medida en que pudieran hacerlo sin correr riesgos, antes de que les dieran alcance las tropas de a pie.

[36] Pero durante bastante tiempo no se avanzó gran cosa, pues tan pronto tenían que adelantar como detener la marcha [2] y ya la noche se echaba encima; entonces Escipión retiró a sus hombres del combate y una vez reagrupados subió con ellos a una colina no demasiado segura, la verdad, y menos para una tropa desmoralizada, pero que era la [3] más elevada del contorno. Allí, con la impedimenta y la caballería colocada en el centro y la infantería formada en círculo alrededor, al principio mantenían a raya sin dificultad a los nómadas lanzados a la carga contra ellos; [4] pero después, cuando se presentaron los tres generales con sus tres ejércitos al completo y estaba claro que sólo las armas iban a ser insuficientes para defender una posición [5] no fortificada, el general comenzó a mirar en torno y a pensar si habría alguna forma de rodearse de una empalizada. Pero la colina estaba tan pelada y era tan pedregoso el terreno que no era posible encontrar madera para cortar estacas ni tierra apropiada para el terraplén, ni para excavar el foso o cualquier otro trabajo de fortificación. Tampoco era el terreno en absoluto lo bastante accidentado [6] o abrupto como para dificultarle al enemigo el acceso o el ascenso; todo él caía en pendiente suave. Con todo, [7] para levantar la barrera de algo parecido a una empalizada, amontonaron alrededor las albardas atadas unas a otras, con sus cargas, apilándolas hasta alcanzar la altura de una empalizada normal, echando encima toda clase de fardos cuando las albardas no alcanzaban.

Cuando llegaron los ejércitos cartagineses, las columnas [8] escalaron la colina sin la menor dificultad. Al principio los contuvo aquella especie de inusitada fortificación como algo sorprendente, mientras sus jefes les preguntaban [9] gritando por todas partes por qué se quedaban parados y no deshacían y destrozaban aquella ridiculez que no servía ni para detener a mujeres o niños; el enemigo estaba atrapado sin poder escapar, escondido detrás de los petates. Así los increpaban despectivamente los jefes, pero no [10] resultaba fácil derribar la barrera de bultos ni saltar por encima de ella, ni cortar las albardas apiladas y cubiertas con los propios bagajes personales. Sin embargo, derribaron [11] con estacas la barrera de bultos abriendo camino a los soldados, y como se hizo lo mismo en muchos puntos, en seguida estuvo tomada por completo la posición. Los [12] enemigos, muy numerosos y con la victoria a su alcance, masacraban a discreción a los nuestros, que eran pocos y presa del pánico; no obstante, gran parte de estos soldados buscaron refugio en los bosques cercanos y llegaron huyendo hasta el campamento de

Publio Escipión, mandado por el legado Tiberio Fonteyo. En cuanto a Gneo Escipión, [13] según unos relatos fue muerto en la colina durante la primera carga del enemigo, y según otros escapó con unos pocos hombres hasta una torre cercana al campamento, ésta fue rodeada de fuego y de esta forma, al arder las puertas que no había habido forma de echar abajo, fue tomada y muertos todos los que estaban dentro, incluido [14] el propio general. Gneo Escipión fue muerto a los ocho años de su llegada a Hispania, a los veintinueve días de la muerte de su hermano. El pesar por la muerte de ambos [15] fue tan hondo en toda Hispania como en Roma; mejor dicho, entre sus compatriotas el dolor se debía también, en parte, a la pérdida de los ejércitos, a la pérdida de la [16] provincia y al desastre nacional, mientras que las Hispanias lloraban y lamentaban la pérdida de los propios generales; más la de Gneo, porque habían estado más tiempo bajo su mando y se había ganado antes su simpatía, y había sido el primero en ofrecer un ejemplo de la justicia y moderación romanas.

El soldado L. Marcio reorganiza a los romanos, les habla, y derrota a los cartagineses

[37] Cuando parecían aniquilados los ejércitos y perdidas las Hispanias, un solo hombre restableció la desesperada situación. [2] Había en el ejército un soldado romano de caballería, Lucio Marcio, hijo de Septimio, un joven activo bastante más valeroso e inteligente de lo que correspondía [3] a su posición social. A sus excelentes dotes naturales se habían añadido las enseñanzas de Gneo Escipión, del que había adquirido a lo largo de muchos años todos los [4] conocimientos de la vida militar. Éste había reunido a los soldados fugitivos y había sacado algunos otros de las guarniciones formando un respetable ejército y se había unido [5] a Tiberio Fonteyo, lugarteniente de Publio Escipión. Pero el caballero romano llegó a gozar de tanto prestigio y respeto entre la tropa que cuando se acordó elegir un jefe del ejército en los comicios militares después de fortificar el campamento al lado de acá del Ebro, relevándose unos [6] a otros en la vigilancia de la empalizada y en los puestos de guardia hasta que todos emitieron su voto, le otorgaron a Lucio Marcio el mando supremo por unanimidad. A partir [7] de ese momento dedicó todo el tiempo de que disponía, que no era mucho, a fortificar el campamento y hacer acopio de provisiones, obedeciendo puntualmente los soldados todas las órdenes y sin que su ánimo decayera lo más mínimo. Pero cuando llegaron noticias de que Asdrúbal [8] el de Gisgón, que venía con intención de liquidar lo que quedaba de resistencia, había cruzado el Ebro y se estaba acercando, y los soldados vieron que el nuevo general daba la señal para la batalla, se acordaron de los generales

[9] que tenían poco antes y de cómo eran los jefes y los ejércitos en los que estaban acostumbrados a depositar su confianza cuando marchaban al combate, y de pronto todos se pusieron a llorar y a mesarse la cabeza, y unos tendían sus manos al cielo echando la culpa a los dioses y otros, tendidos en tierra, invocaban cada uno el nombre de su general. No se conseguía acallar las lamentaciones a pesar [10] de que los centuriones trataban de levantarles los ánimos a los hombres de sus manípulos y el propio Marcio les hablaba con suavidad o los increpaba porque se entregaban a llantos inútiles y propios de mujeres en vez de tensar sus ánimos para defenderse a sí mismos y al mismo tiempo a la república y no dejar que sus generales quedaran sin venganza. De pronto se escuchó un grito de guerra y sonido [11] de trompetas —pues los enemigos estaban ya cerca de la empalizada—. En un instante el pesar se transformó súbitamente en rabia, se dispersaron corriendo por las armas y en una especie de arrebató se lanzaron hacia las puertas y cayeron sobre el enemigo que se acercaba descuidado [12] y desorganizado. Esta acción inesperada siembra el pánico instantáneamente entre los cartagineses; se preguntan asombrados de dónde han salido de pronto tantos enemigos si su ejército está casi aniquilado, de dónde les viene tanta audacia y tanta confianza en sí mismos a unos hombres vencidos y puestos en fuga, qué general ha surgido una vez muertos los dos Escipiones, quién tiene el mando del [13] campamento, quién ha dado la señal de combate. Desconcertados y asombrados ante tantas y tan sorprendentes circunstancias, empiezan por ceder terreno, y después son rechazados con una fuerte acometida y emprenden la huida. [14] Los fugitivos habrían sufrido una horrible carnicería o sus perseguidores los habrían acosado de forma imprudente y arriesgada si Marcio no hubiera dado a toda prisa la señal de retirada y contenido a su ejército desbocado, poniéndose delante de las primeras enseñas y sujetando a más de uno con sus propias manos. Les hizo volver en seguida al campamento, sedientos aún de sangre y muerte. [15] Cuando los cartagineses, que primero habían sido rechazados en tropel de la empalizada enemiga, vieron que nadie los perseguía, creyendo que el miedo había hecho detenerse al enemigo, marcharon al campamento sintiéndose superiores como antes y a paso tranquilo.

[16] Idéntico descuido mostraron en la vigilancia del campamento. En efecto, a pesar de la proximidad del enemigo, pensaban, sin embargo, que eran los restos de los dos [17] ejércitos destruidos hacía pocos días. Como por esa razón la vigilancia en las líneas enemigas era muy relajada, Marcio, después de comprobar este dato, centró su atención en un plan a primera vista más temerario que audaz: [18] tomar la iniciativa de un ataque al campamento enemigo, en el convencimiento de que era más viable asaltar el

campamento de Asdrúbal solo que defender el suyo si se unían otra vez los tres ejércitos y sus tres generales, y al mismo [19] tiempo, si su plan salía bien, se recuperaría de su apurada situación, y si era rechazado, al menos haría que se le tomase en serio al haber pasado a la ofensiva.

Sin embargo, pensó que debía hablar a sus hombres y [38] animarlos, por si los desconcertaba lo sorprendente y alarmante de una acción nocturna cuyo proyecto no se correspondía con su actual situación; los reunió en asamblea y les habló en estos términos: «Cualquiera que conozca mi [2] respeto por nuestros generales antes y después de su muerte así como la situación en que todos nosotros nos encontramos, soldados, puede tener la seguridad de que el mando que tengo, si bien me habéis honrado mucho al conferírmelo, también es en sí mismo una carga y un motivo de preocupación. En efecto, en unas circunstancias en que apenas [3] si sería dueño de mí para encontrar algún consuelo para mi ánimo abatido si el peligro no amortiguara el dolor, me veo constreñido a pensar en todos vosotros yo solo, tarea realmente difícil en la aflicción. Y ni siquiera en [4] unos momentos en que tengo que considerar de qué forma podré conservar para la patria lo que aquí queda de los dos ejércitos me es posible alejar de mi ánimo una persistente tristeza, pues nunca me abandona un doloroso recuerdo, [5] y día y noche los dos Escipiones me agitan con inquietudes y desvelos y a menudo me despiertan de mi sueño para que no deje que queden sin venganza ni ellos ni sus [6] hombres, vuestros camaradas, nunca vencidos en estas tierras durante ocho años, ni la patria, y me ordenan seguir sus enseñanzas y sus principios y que así como nadie fue [7] más obediente que yo a sus órdenes cuando vivían, así también después de su muerte piense sobre todo qué hubieran hecho ellos en cada circunstancia y eso lo considere lo mejor. Querría que también vosotros, soldados, los honrárais [8] no con los lamentos y lágrimas con que se acompaña a los que han muerto —están vivos y en pleno vigor en la gloria de sus hazañas—, sino que cada vez que os asalte su recuerdo os entreguéis al combate como si los tuvierais [9] ante vuestros ojos animándoos y dándoos la señal. Seguramente fue ésta la imagen que ayer se ofreció a vuestros ojos y a vuestros corazones y propició ese combate memorable [10] en el que demostrasteis al enemigo que el nombre de Roma no se había extinguido con los Escipiones y que un pueblo cuya energía y valor no se había hundido en el desastre de Cannas, saldrá a flote, sin la menor duda, de cualquier contratiempo del destino».

[11] «Ahora, puesto que por vuestra propia iniciativa os habéis atrevido a tanto, quiero comprobar de qué sois capaces bajo la dirección de vuestro jefe. Porque ayer, cuando di la señal de retirada en el momento en que vosotros perseguíais

desenfrenadamente al enemigo derrotado, no pretendía poner freno a vuestra audacia sino reservarla para [12] una ocasión mejor de una gloria mayor, para que más adelante, bien preparados y armados, pudierais tener la oportunidad de atacarlos por sorpresa cuando estén desarmados e incluso dormidos. Y las esperanzas de una oportunidad semejante, soldados, no las he concebido al azar y sin más ni más, sino que tienen su fundamento en la propia [13] realidad. Si alguien os preguntara cómo es que siendo pocos y derrotados defendisteis el campamento frente a quienes eran muchos y vencedores, vuestra única respuesta sería sin duda que precisamente por temor a esa circunstancia lo habíais reforzado todo con trabajos de fortificación [14] y vosotros mismos estabais preparados y alerta. Y es que así son las cosas: los hombres están indefensos por completo frente a lo que no es de temer dada su situación, porque uno no toma precauciones ni se protege frente a aquello a lo que no da importancia. Lo que menos teme [15] el enemigo en estos momentos es que nosotros, sitiados y atacados hace poco, tomemos la iniciativa de atacar su campamento. Atrevámonos con lo que no se puede creer que nos atreveremos; será más fácil precisamente porque parece muy difícil. Durante el tercer relevo de la guardia os pondréis en marcha en silencio, conmigo al frente. Sé, [16] lo he comprobado, que el relevo de los centinelas y los puestos de guardia no se hace con regularidad. Al primer [17] grito de guerra que se escuche en las puertas, al primer ataque, estará tomado el campamento. Entonces, con unos enemigos aturridos por el sueño y despavoridos ante el inesperado alboroto, cogidos por sorpresa en sus camastros, llevad a cabo la masacre de la que ayer muy a vuestro pesar os visteis privados. Sé que el plan parece descabellado, [18] pero en las situaciones difíciles y casi desesperadas los planes más intrépidos son los más seguros, porque si se duda un instante en el momento en que se presenta una ocasión cuya oportunidad pasa volando, es inútil buscarla después de dejarla escapar. Un ejército está cerca, otros [19] dos no están lejos. Si atacamos ahora, hay alguna esperanza; además, ya habéis probado vuestras fuerzas y las suyas. Si lo dejamos para otro día y empezamos a ser tomados [20] en serio al divulgarse la acción de ayer, corremos el riesgo de que se unan todos los generales y todas las tropas. ¿Haremos frente después a tres generales y tres ejércitos a los que no pudo resistir Gneo Escipión con su ejército íntegro? Lo mismo que sucumbieron nuestros generales al dividir [21] sus tropas, también pueden ser aplastados por separado los enemigos divididos. No hay ninguna otra forma de desarrollar la guerra, de modo que lo único que podemos esperar es la oportunidad de la próxima noche. Marchad, y [22] que los dioses nos ayuden, reponed fuerzas para irrumpir en el campamento enemigo descansados y en plenitud de fuerzas con el mismo coraje con que

defendisteis el vuestro».

[23] Escucharon con alegría el inesperado plan de su nuevo jefe, y cuanto más osado era más les gustó. Emplearon el resto del día en preparar el equipo y reponer fuerzas y la mayor parte de la noche la dedicaron al descanso. Durante el cuarto relevo de la guardia se pusieron en movimiento.

[39] Más allá del campamento más cercano, a una distancia de seis millas, había otras tropas cartaginesas. Los separaba un profundo valle densamente poblado de árboles; aproximadamente en el centro de este bosque se escondió la caballería y una cohorte romana, empleando una táctica [2] púnica. Interceptado de esta forma el camino por la mitad, el resto de las tropas fue llevado en marcha silenciosa hacia el próximo objetivo, y como no había ningún puesto de guardia ante las puertas del campamento ni centinelas en la empalizada, penetraron como si se tratara de su propio campamento, sin que nadie ofreciera resistencia por ninguna [3] parte. Inmediatamente suenan las trompetas y se lanza el grito de combate. Unos degüellan a los enemigos medio dormidos, otros prenden fuego a los techos de paja seca de los barracones, otros ocupan las puertas para impedir [4] la huida. El fuego, el griterío y la masacre, todo al mismo tiempo, hacen que los enemigos, como privados de sentido, no puedan oír ni tomar precaución alguna. Se precipitan sin armas entre los pelotones de hombres armados. [5] Unos corren hacia las puertas, otros saltan por encima de la empalizada al estar bloqueadas las salidas, y a medida que logran escapar huyen precipitadamente hacia el otro [6] campamento; entonces son rodeados por la cohorte y la caballería, que salen corriendo de su escondite, y son muertos [7] absolutamente todos, aunque, aun en el caso de que alguno hubiera escapado de aquella carnicería, los romanos se trasladaron al segundo campamento tan deprisa después de tomar el primero que no se les podía adelantar nadie con la noticia del desastre. Allí, como estaban más [8] lejos del enemigo y algunos habían salido al amanecer en distintas direcciones a coger forraje y leña y alguna presa, lo encontraron todo aún más descuidado y en desorden; en los puestos de guardia, únicamente depositadas las armas; los soldados, desarmados, o bien sentados o tumbados por el suelo, o bien paseando por delante de la empalizada y de las puertas. Éstos eran los enemigos, tan desprevenidos [9] y despreocupados, con los que entablaron combate los romanos acalorados aún por la reciente pelea y eufóricos por la victoria. Así fue que no pudieron ofrecer resistencia ninguna en las puertas; en el interior se originó un encarnizado combate cuando con los primeros gritos y confusión acudieron corriendo desde todo el campamento. Habría durado largo tiempo si la vista de los escudos romanos [10] ensangrentados no hubiese sido para los cartagineses una señal de la otra

derrota y no les hubiese infundido el consiguiente pánico. Este pánico hizo que todos, salvo [11] los que sorprendió la muerte, emprendieran la huida dispersándose por donde encontraban salida y perdiendo el campamento. Así, en una noche y un día, fueron tomados dos campamentos enemigos bajo el mando de Lucio Marcio. Claudio, que tradujo del griego al latín los Anales de [12] Acilio, sostiene que fueron muertos cerca de treinta y siete mil enemigos, que fueron hechos prisioneros cerca de mil [13] ochocientos treinta, y que el botín conseguido fue muy considerable, incluyendo un escudo de plata de ciento treinta y siete libras de peso con la efigie de Asdrúbal Barca. Valerio Aciate reseña que se tomó únicamente el campamento [14] de Magón y que fueron muertos siete mil enemigos; que en una segunda salida se libró un combate contra Asdrúbal, siendo diez mil los muertos y cuatro mil trescientos [15] treinta los prisioneros. Pisón escribe que fueron muertos cinco mil hombres en una emboscada cuando Magón perseguía [16] a rienda suelta a los nuestros en retirada. Todos engrandecen el nombre del general Marcio, e incluso añaden a su gloria real circunstancias portentosas: que de su cabeza brotó una llama, sin él darse cuenta, cuando estaba pronunciando una arenga, con gran susto de los soldados que estaban [17] a su alrededor, y que como testimonio de su victoria sobre los cartagineses hubo en el templo hasta el incendio del Capitolio un escudo, llamado escudo de Marcio, con la [18] efigie de Asdrúbal. Después, durante algún tiempo la situación se mantuvo tranquila en Hispania, sin que ni unos ni otros acabaran de decidirse al riesgo de un combate decisivo después de sufrir e infligir alternativamente tan serios reveses.

Sicilia: últimos combates, victoria final de Marcelo

[40] Mientras en Hispania se desarrollaban estos hechos, Marcelo, después de la toma de Siracusa, lo organizó todo en Sicilia con tanta honradez e integridad que aparte de su reputación acrecentó la respetabilidad del pueblo romano. Trasladó a Roma las obras de arte de la ciudad, las esculturas y cuadros, que abundaban [2] en Siracusa, que evidentemente eran un botín quitado al enemigo conseguidos por derecho de guerra. A partir de ahí, por otra parte, nació la admiración por las obras de arte griegas, y a raíz de esto, el abuso del expolio indiscriminado de todo lo sagrado y lo profano que últimamente se ha vuelto contra los dioses romanos, empezando por el propio templo que Marcelo decoró espléndidamente. [3] Los extranjeros, en efecto, solían visitar los templos dedicados por Marco Marcelo atraídos por las magníficas obras de ese género, de las que queda sólo una pequeñísima parte.

Acudían a Marcelo embajadas de casi todas las ciudades [4] de Sicilia; las

condiciones eran distintas a tenor de la disparidad de sus alegatos. Los que no se habían rebelado o habían reanudado relaciones amistosas antes de la caída de Siracusa, fueron aceptados y tratados como aliados leales. A los que se habían entregado por miedo después de la toma de Siracusa, se les impusieron, como vencidos, las condiciones del vencedor. Les quedaban sin embargo a los [5] romanos restos de resistencia no desdeñables en los alrededores de Agrigento: Epicides y Hannón, jefes supervivientes de la campaña anterior, y un tercero, nuevo, enviado por Aníbal para reemplazar a Hipócrates, un hipacritano ³⁸⁶ de origen libiofenicio al que sus paisanos llamaban Mútimes, hombre de acción que había aprendido toda la ciencia de la guerra teniendo a Aníbal por maestro. Epicides y [6] Hannón le dieron el mando de las fuerzas auxiliares númeridas, con las que recorrió las tierras enemigas y se puso en contacto con los aliados para mantenerlos leales, ofreciéndole ayuda a cada uno en el momento preciso con tal éxito [7] que al poco tiempo su nombre era conocido en toda Sicilia y él constituía la mayor esperanza de los partidarios de la causa cartaginesa. Consiguientemente, los generales cartaginés [8] y siracusano, encerrados hasta entonces tras las murallas de Agrigento, se decidieron a salir fuera de los muros, no tanto por consejo de Mútimes como por lo que confiaban en él, y acamparon junto al río Hímera. Cuando [9] Marcelo tuvo conocimiento de esto, puso sus tropas en movimiento inmediatamente y acampó a unas cuatro millas de distancia del enemigo con el objeto de mantenerse [10] a la espera de lo que éste hacía o preparaba. Pero Mútimes no le dejó tiempo ni lugar para esperas o planes, al cruzar el río y atacar los puestos de guardia enemigos creando [11] una gran confusión y alarma. Al día siguiente, en una batalla casi regular, obligó al enemigo a retirarse al interior de sus fortificaciones. A continuación fue reclamada su presencia al producirse un motín de los númeridas en el campamento: aproximadamente trescientos de ellos se habían marchado a Heraclea Minoa. Marchó a calmarlos y traerlos de nuevo, no sin advertir a los jefes, según dicen, de forma tajante, que durante su ausencia no entraran en combate [12] con el enemigo. Les sentó mal esto a los dos jefes, pero peor a Hannón, preocupado desde hacía tiempo por la fama de Mútimes: éste, un medio africano, ¿le iba a poner cortapisas a él, un general cartaginés enviado por el [13] senado y el pueblo? Hannón convenció a Epicides, que no acababa de decidirse, para que cruzaran el río y presentaran batalla, pues si esperaban a Mútimes y el resultado de la batalla era favorable, la gloria sería de Mútimes con toda seguridad.

[41] Ahora bien, Marcelo, considerando vergonzoso que él, que había rechazado de Nola a un Aníbal lleno de moral por la victoria de Cannas, se echara para atrás ante estos enemigos a los que había vencido por tierra y por mar, ordenó a sus hombres que

cogieran en seguida sus armas [2] y sacaran las enseñas. Cuando estaba formando a sus tropas llegaron diez númeridas cabalgando a rienda suelta desde el frente enemigo, manifestando que sus compatriotas, movidos en primer lugar por la rebeldía que había hecho [3] retirarse a Heraclea a trescientos de ellos, y también porque veían que su prefecto había sido alejado por los jefes, envidiosos de su gloria, la víspera misma de la batalla, no [4] iban a intervenir en el combate. Eran gente falsa, pero cumplieron fielmente lo prometido. Y de esta forma, a los romanos les subió la moral al circular con gran rapidez entre sus filas la noticia de que el enemigo se había quedado sin caballería, que era lo que más temían, y, por su lado, [5] los enemigos estaban nerviosos porque, además de no contar con la colaboración de la mayor parte de sus fuerzas, les entró incluso temor de que su propia caballería les atacase. No fue, por tanto, muy reñido el combate: el primer grito [6] de guerra y la primera acometida decidieron el resultado. Los númeridas permanecieron quietos en las alas durante el choque; cuando vieron a los suyos en retirada, los acompañaron en la huida sólo durante un tiempo, pues al ver [7] que se dirigían a Agrigento todos ellos en tropel, por miedo al asedio se dispersaron en todas direcciones hacia las ciudades más cercanas. Murieron muchos miles de hombres y fueron cogidos seis mil y ocho elefantes. Ésta fue la última batalla de Marcelo en Sicilia; a continuación regresó victorioso a Siracusa.

Roma: nuevos magistrados

El año estaba a punto de finalizar ³⁸⁷, [8] de modo que el senado decretó en Roma que el pretor Publio Cornelio enviara a los cónsules a Capua una carta diciéndoles [9] que mientras Aníbal estaba lejos y no se desarrollaba en torno a Capua ninguna acción importante, uno de ellos, si les parecía, fuera a Roma para la elección de nuevos magistrados. Recibida la carta, los [10] cónsules de común acuerdo decidieron que Claudio presidiera los comicios y Fulvio permaneciera en Capua. Claudio [11] proclamó cónsules a Gneo Fulvio Centúmalo y Publio Sulpicio Galba, hijo de Servio, que no había ejercido antes ninguna magistratura curul. A continuación fueron elegidos [12] pretores Lucio Cornelio Léntulo, Marco Cornelio Cetego, [13] Gayo Sulpicio y Gayo Calpurnio Pisón. A Pisón le correspondió la jurisdicción urbana, a Sulpicio, Sicilia, Apulia a Cetego, Cerdeña a Léntulo. A los cónsules se les prorrogó el mando por un año.

- 360 En la costa occidental del Brucio, al sur de *Vibo Valentia*.
- 361 Tenían a su cargo las prisiones y la ejecución de las sentencias.
- 362 Para el año 212.
- 363 Las anteriores, los años 237 y 224.
- 364 En 235 y 224.
- 365 Cf. XXIV 18, 9.
- 366 Actual Rieti. En territorio sabino, sobre la Vía Salaria.
- 367 En la Magna Grecia, cerca de Tarento. Nombre actual.
- 368 La zona de Apulia donde se encontraba Cannas. El nombre alude a Diomedes, rey de Etolia, hijo de Tideo.
- 369 Mantenemos en el texto *explanandum*.
- 370 Se desconoce su emplazamiento.
- 371 Ciudad situada en el Golfo de Tarento, al norte de Crotona. En 282 pasó a poder romano, y alternó su adhesión a Roma y a Aníbal.
- 372 Seguimos la conjetura *altero anno* de Weissenborn.
- 373 Cf. XXIV 7, 10.
- 374 Actual Ardonia, en la Apulia interior, al sur de Arpos.
- 375 Al norte de Siracusa.
- 376 Entre Tica y Acradina.
- 377 El barrio o distrito más occidental, más hacia el interior, de Siracusa, colindante con el de Tica.
- 378 Al oeste de Epípolas.
- 379 El distrito sur, colindante con el de Tica por el Norte y el de Acradina por el Este.
- 380 Seguimos la conjetura *ceperant*, donde se supone que hay una breve laguna en el texto que incluiría los nombres de las dos plazas.
- 381 Seguimos la conjetura *Syracusas esse et applicare se Romanis*.
- 382 Fundada por los fenicios, situada en la desembocadura del río Bágradas.
- 383 Retoma la narración de XXIV 42, 11.
- 384 Desconocida.
- 385 Probablemente vivían cerca de la costa, al norte del Ebro, colindando con los lacetanos.
- 386 De Hipacra, moderna Biceria.
- 387 El 212.

ÍNDICE GENERAL

NOTA TEXTUAL

LIBRO XXI

LIBRO XXII

LIBRO XXIII

LIBRO XXIV

LIBRO XXV

Índice

Anteportada	2
Portada	5
Página de derechos de autor	7
NOTA TEXTUAL	8
LIBRO XXI	9
LIBRO XXII	74
LIBRO XXIII	141
LIBRO XXIV	199
LIBRO XXV	253
ÍNDICE	308